

483.061
N. 767 v
1930
C.1

El Veintiuno de Mayo de 1879

Compilación de artículos, biografías y discursos
que con tal motivo escribiera -:- -:- -:-

BIBLIOTECA
SANTUARIO CUNA DE PRAT
SAN AGUSTIN DE PUÑUAL

Dn. Benjamín Vicuña Mackenna

00185

Tomados de la prensa de la época,
- libros y revistas ya agotados -

R. 185

POR EL

General Pedro J. Muñoz Feliú



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA DEL MINISTERIO DE GUERRA

1930

INDICE

	Págs.
Dos palabras	
Prólogo, del autor para la "Corona Poética de los Héroes"	1
Gran Meeting, discurso pronunciado el 24 de mayo de 1879 ..	7
Los héroes de Iquique: A. Prat - C. Condell	13
Los compañeros del capitán Prat: I. Serrano - E. Riquelme	25
Contestación a una carta del señor E. Turenne	37
La significación nacional del combate de Iquique	41
El combate, según tradiciones de la marinería. - Una visita a la COVADONGA	57
La sombra del héroe	75
Discursos en la recepción de los marinos de la COVADONGA	99
1879 - El año de Arturo Prat	103
Arturo Prat (de "El Album de la Gloria")	111
Páginas de una leyenda del mar. - La gloria del combate re- conocida por el Estado Mayor peruano	173
La jornada del 21 de mayo contada a la posteridad por los telegrafistas de Iquique	179
La niñez de Prat y de Uribe, los últimos capitanes de la ESMERALDA	195
La gloria de Prat y Condell en las nieves de la Escandinavia	219
Los pilotos de la ESMERALDA	247
A Prat como luchador contra la intervención electoral	259
La galantería y el martirio. Prat y la mujer del hombre infierno	273
El tercer aniversario. La significación, etc.	277
Una visita a la tumba de Prat por uno de sus compañeros	285
La última revelación de Prat, en el cuarto aniversario	291
Discurso como presidente de una comisión, en la 3.ª conme- moración	297
Como se encontró la ESMERALDA	303

DOS PALABRAS

Admirador entusiasta del cantor de las glorias chilenas, de don Benjamín Vicuña Mackenna, por su inmensa obra histórica, literaria y de costumbres que ha escrito sobre nuestra amada Patria, con las cuales, tal vez, podrían formarse holgadamente unos 500 volúmenes (fuera de los 191 ya existentes), me puse a reunir sus artículos, biografías y discursos que, con motivo del 21 de mayo y sus héroes, escribiera en la prensa de la época, desde Iquique a Quírihué, en libros y folletos, hoy completamente agotados y muy difícil de encontrar.

En este sentido, la suerte me ha sido propicia, pues creo presentar al lector el total de lo que tan esclarecido patriota dió a luz sobre los acontecimientos y protagonistas del hecho más glorioso que registran los anales históricos de nuestra Patria en cerca de 400 años: sobre el 21 de mayo de 1879.

Presento dichos artículos tal cual los he encontrado, sin tomarme más libertad que la de cambiar su ortografía (la chilena, en que fueron escritos, por la de la Real Academia) y modificar una que otra palabra, error evidente de impresión. El orden, es el de fechas.

Doy mis agradecimientos mas expresivos a la respetable señora doña Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna, por el permiso otorgado, y a mi ilustrado amigo don Ricardo Donoso, cuya obra bibliográfica sobre el autor, me ha servido de seguro Mentor en mis búsquedas.

Si estos artículos admirables del primero y más fecundo escritor de la América española (según los ingleses, cuyas bibliotecas tienen las obras completas de Vicuña Mackenna), despertaran el interés y avivaran el patriotismo de los chilenos que los lean, sería llegado el caso de que cada uno de ellos contribuyera con una suma, modesta o grande, que podría depositarse en la Liga «Pro-Patria» (Arturo Prat N.º 8), por ejemplo, con el fin de formar un fondo que, unido al que con tal objeto consultase el Gobierno (Ministerio de Marina) serviría para levantar de su lecho de arenas, a 30 metros de profundidad, en las aguas de Iquique, a la gloriosa y vieja capitana que intacta yace allí olvidada desde hace 51 años; para que como el

VICTORY de Nelson, sirva de escuela objetiva de patriotismo, en Valparaíso o Talcahuano, a los niños y a la juventud que se levanta, para que éstos puedan hacer así un Chile cada día más grande.

Tal es el objeto de este libro, simple eco de su autor, que así lo pidió en su último artículo.

Santiago, Mayo 21 de 1930.

PEDRO J. MUÑOZ FELIU.

General retirado.

PROLOGO

De don Benjamín Vicuña Mackenna, para la "CORONA POETICA DE LOS HEROES DE IQUIQUE", recopilación hecha por don Pedro N. Préndez.

UNA PALABRA

"Ya el cielo azul oscurecen
Las nubes que el viento empuja";
(ERNESTO RIQUELME) "El Alba", 1870.

I

En todos tiempos la poesía ha sido hermana del heroísmo.

Desde Homero a Ercilla, la historia de los grandes hechos fué contada, o más bien, ha sido cantada a la humanidad al són de sonoro plectro.

Y esto no ha sido artificio ni atavío de rica y exuberante imaginación, sino el impulso natural del corazón del hombre, el eco que ha partido del fondo de su alma, la vibración irresistible de sus emociones, fueran éstas de admiración o de llanto, de gratitud o de entusiasmo, de tétrico dolor, como en el Dante, de dulces amores como en Petrarca, de sublimé desesperación como en Byron o Espronceda.

La poesía es el genio de los pueblos; y por eso cada raza, cada nación ha tenido la suya.

Y lo que ennoblece y levanta ese arte que los antiguos divinizaron haciéndolo Dios, es que así como el letargo de innoble esclavitud o las sombras de brutal ignorancia apagan en el pecho de los hombres y en la leyenda de los pueblos los cantos de su naturaleza, así también es la libertad, la gloria, las hazañas, el alma, la inmortalidad, el amor, todo lo grande que encierra nuestro ser, lo que forma el pábulo sagrado que alimenta eternamente y aviva en la alborada del día y al caer la parda noche el estro sublime del bardo y de la poetiza.

II

Vése en la breve pero de sobrado hermosa historia de nuestro país confirmada en cada siglo esta augusta verdad.

Chile es el país más rico en cantos en el suelo americano, porque ha sido el más rico en heroísmo.

Ercilla, Pedro de Oña, don Juan de Mendoza, Alvarez de Toledo, todos poetas épicos, son al mismo tiempo los sencillos narradores de esa epopeya infinita y robusta, no acabada todavía, que ha tenido por teatro, entre españoles armados de fierro y americanos indómitos, las selvas de la Araucanía, que los últimos poseen, con su lanza y sus siglos, casi entera.

III

Igual movimiento, igual anuncio aparecen en la alborada de nuestra segunda epopeya.

El primer diarista de la revolución, Camilo Henríquez, antes humilde fraile de la Buena Muerte en Qui-

to y en Lima, es nuestro primer poeta revolucionario, y hasta el nombre con que bautiza su hoja revela la inspiración de su mirada profética, **La Aurora**.

La Aurora de Chile es una especie de **Araucana** escrita en prosa, porque el genio de la poesía nacional y de su época prevalece en su espíritu y en su temple. Es una edad de batallas, y por consiguiente es una edad de cantos; Irisarri, Vera, Egaña, Lafinur, hombres llegados a nuestro suelo de todos los climas de la América, a virtud de la comunidad servil de la familia colonial, todos han despertado como a pesar suyo, y se hacen poetas, junto al fraile sublime que, conforme a su instituto, entona a la España las últimas plegarias en la almohada de su prolongada agonía, como señora y emperatriz del Nuevo Mundo.

Por esto hemos dicho que la poesía es el verdadero genio de los pueblos, es la luz de las épocas, la aurora de toda civilización, el resplandor de toda gloria.

IV

Y nunca se vió con mayor pujanza ni más vívida claridad la expresión de ese sentimiento innato del corazón de la criatura y de sus agrupaciones espontáneas llamadas pueblos, que delante de las hazañas para siempre memorables de que fueron testigos, hace hoy apenas un mes, las aguas de Iquique.

Humilde y olvidada sepultura encontraron en la enemiga arena los restos gloriosos de **Arturo Prat** y de **Ignacio Serrano**. Hondo es el abismo en que **Ernesto Riquelme** y sus valerosos compañeros se sepultaron en el fragor de marítima batalla; pero si las gayas flores de los gentiles campos y jardines de Chile no han

podido cubrir el sitio de su sublime martirio, la poesía nacional ha levantado del fondo del mar sus heróicos cadáveres para cubrirlos de ósculos y de lágrimas; para coronar sus pálidas sienes de luciente laurel y atar a sus manos uncidas sobre el pecho cruces y cipreces cinerarios; para amortajarlos con bálsamos y perfumes que trascienden hasta el cielo; para colmarlos de cánticos y de plegarias que han ido a resonar bajo la bóveda de los templos enlutados por la mano del pueblo hecho sacerdote.

Hecho nunca visto en la tardía historia de nuestras emociones nacionales! En el breve espacio de un mes, el pueblo chileno en todos los confines, en el claustro, en la plaza pública, al pié de las estatuas, en el aula infantil, en la alcoba de tímida virgen, en el regazo de las madres, en el campamento de los soldados, en el hogar de generoso extranjero, en todas partes se han alzado las notas del himno común, y la epopeya sublime y completa ha sido escrita por el concurso espontáneo de un millar de voces y de líras.

V

La condensación de ese cántico, he aquí la razón, la forma y el atractivo del presente libro.

El álbum **Esmeralda** no es por esto un libro personal.

Es, al contrario, el eco piadosamente escogido, cuidadosamente compaginado del genio y del alma de todos los chilenos. Es el monumento, inmortal como el alma, erigido antes que el bronce de la gratitud pública a los héroes de Chile y al nombre que los personifica: **La Esmeralda**.

Por esta misma razón este libro no necesita preámbulo de literatos ni recomendaciones de editor. Es un volumen que más o menos hemos hecho todos y del cual hemos encontrado en la hora oportuna un hábil encuadernador.

Por esto el álbum **Esmeralda** va a ser, aun contra la voluntad de reacios egoísmos, el libro de oro del tiempo en que vivimos, la leyenda cotidiana, el adorno de Injo de todos los hogares en que se ama el nombre de Chile y se reverencia y se bendice sus glorias.

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, junio de 1879.



GRAN MEETING

(mayo 24 de 1879)

A la 1 P. M., se celebró un gran meeting patriótico al pié de la estatua de O'Higgins. —A las 12.30 del día, la bandera con que San Martín el 12 de febrero de 1818 proclamó en la plaza de Santiago la independencia de Chile, fué sacada de la Municipalidad y se llevó al lugar del meeting, custodiada por una escolta de bomberos armados.— En el meeting habría unas diez mil personas.

Presidió don Rafael Larraín Moxó, quién descubriéndose y con voz grave y conmovida dijo: “En nombre de Arturo Prat y sus gloriosos compañeros se abre la sesión”.

Inmediatamente en medio de incesantes aclamaciones el señor Vicuña Mackenna pronunció el siguiente discurso:

“COMPATRIOTAS”

“Quisiera esta vez, bajo este espléndido cielo que en este día ha alumbrado en la América tantos heroísmos, quisiera que un tímpano de bronce se anidara en

mi garganta para que mi voz fuera oída, como la campana de una gran nación que corre en tropel a la batalla, en todos los confines de Chile, del Loa hasta Magallanes.

“Quisiera que mis ecos tuvieran la santa unción del sacerdote, las lágrimas de todas las madres, los sollozos de la virgen para consagrar eterna y bendita la memoria de los que han perecido por la patria alzando al cielo luminosa hoguera o cayendo con el acero en la mano sobre el puente enemigo, lo que es mil veces más glorioso que el estéril heroísmo de las llamas.

“Quisiera que todas nuestras catedrales y los más humildes santuarios cubrieran sus bóvedas con enlutadas vestiduras y abrieran sus puertas a la plegaria de expiación y de ofrenda que la gratitud y amor deben a los que sucumben, como sucumbieron los tripulantes de nuestra vieja y gloriosa capitana.

“Quisiera que todas las madres que la fecundidad haya bendecido en estas horas, pusieran a sus hijas en la pila del cristiano ese nombre tres veces santo de ¡ESMERALDA!

“Quisiera que el Gobierno de la República, por petición expresa y solemne del pueblo, hiciera esculpir en letras de oro ese nombre, de eterna fama entre las naciones, en la popa de la nave capitana que lleva hoy el de su primer captor, consumando de esa suerte no póstumo despojo sino una restitución de histórica gloria. Porque el verdadero nombre de los héroes no es el de su raza sino el de sus hazañas.

“Quisiera por lo mismo que el nombre de ARTURO PRAT figurara para siempre en el rol de nuestra marina de guerra como el de aquel soldado, príncipe de

Auvernia,— “primer granadero de la Francia”— que pasó, durante un siglo después de muerto, la revista de su regimiento al pié de la bandera.

Ciudadanos:

“En uno de los sitios públicos de Amberes he visto la estatua de un heroico huérfano que en la guerra de 1830 voló en la Escalda la cañonera que mandaba antes de arrear la bandera de la Bélgica libre, confiada a su infantil pujanza.

“Y nosotros, compatriotas, ¿no tendremos un trozo de mármol de nuestras canteras, una efigie de bronce fundida de cañones enemigos, para consagrar la proeza de Iquique, digna de la antigüedad?

¡Si, señores!

“Manos piadosas, corazones movidos a augusto respeto recogerán pronto sobre las aguas enemigas las astillas de la nave gloriosa, y con ellas labraremos siquiera digno trofeo y digna tumba a los manes de sus tripulantes caídos con la muerte de los bravos y de los mártires.

“Porque es preciso que sepais, conciudadanos, que esa es la divisa de todas las naves que con la bandera de Chile al tope surcan a estas horas las aguas del Pacífico. Tengo la confianza de almas heroicas; y llegada es ya la hora en que la América sepa que lo que han consumado los marinos de Chile a la vista de millares de sus enemigos, no es sólo un arranque imprevisto de magnánimos corazones, sino un pacto sublime y cumplido.

“Y ese pacto austero de los hombres de la mar, retenedlo bien, señores, será mañana la única divisa del ejército de tierra.

“En esta guerra, como en las guerras que hicieron nuestros mayores, no quedará ninguna bandera en manos de naciones enemigas. . . . Ni los marinos ni los soldados chilenos han aprendido todavía el arte cómodo de izar al tope “bandera de parlamento”.

“Pero entretanto y en medio de ejemplos de tan levantada virtud, ¿qué haremos nosotros para ponernos a su altura?

“Ciudadanos:

“Vosotros los que no tenéis sino vuestra sangre que ofrecer en aras de la Patria, corred desde aquí mismo a los cuarteles a inscribiros bajo las banderas. La Patria necesita de todos sus hijos para dar pronto y glorioso acabo a la lucha que se inicia.

“A las armas, chilenos, a las armas! en la ciudad y en la aldea, en el palacio y en la choza. A las armas! a las armas!

“Y los que no tengan la envidiable dicha de marchar envueltos en los pliegues de la bandera tricolor, que ocurran sin demora a las maestranzas, a los hospitales de sangre, a los asilos, a los sitios en que se recojan ofrendas amplias o humildes para el desamparo de la viuda, para el hambre de los hijos de los héroes. . .

“Y cuando el país entero haya hecho todo eso, entonces, compatriotas, pero sólo entonces, esos mudos emblemas de nuestras viejas glorias que embellecen y coronan esta ancha avenida triunfal —O’Higgins, Carrera, San Martín— dejarán su helada y silenciosa vestidura, y alzando su voz y su brazo de bronce del fondo de los mármoles y de los siglos, bendecirán a la América, puestos de rodillas, declarando a las edades que sus nietos de Chile fueron dignos de sus abuelos”.

Tan pronto como concluyó el señor Vicuña Mackenna, se presentó el señor Carlos A. Rogers con un parte que en esos instantes acababa de recibir manifestando que no era conocido sino la mitad del heroísmo de los chilenos en Iquique, y exclamó: "Prat ha muerto sobre la cubierta del HUASCAR! Un ¡hurra! inmenso atronó el aire...

Publicado en:

"La Apoteosis de Arturo Prat", por
J. A. Rosales, pág. 326.

"Guerra del Pacífico", Ahumada Moreno, I. pág. 293.

"El Mercurio" de Valparaíso.

"El Nuevo Ferrocarril".



LOS HEROES DE IQUIQUE

ARTURO PRAT — CARLOS CONDELL

I

Las nobles mujeres de Chile que han hecho izar delante de sus moradas los colores de la patria al tope y a media asta, han sabido interpretar, como acontece casi siempre, las emociones que en estos momentos solemnes agitan el corazón de todos los chilenos.

Hay un gran dolor; pero hay también una gloria inmortal, y el alma balanceada, como en la ola la quilla, se eleva hasta el cielo o decae hasta el llanto o el gemitido, delante de la honda impresión que la trabaja.

Por esto, y mientras la luz llega por entero con la chispa del fuego que el mar no apaga, siéntese una especie de lenitivo que calma todas las ansiedades, acercándose a la cuna y a la vida de esos hombres, niños ayer, levantados en una hora de sublime heroísmo, a la categoría de héroes de eterna y gloriosa memoria.

Por esto, apretando el corazón entre las manos, vamos a darnos tiempo en la hora en que el cañón no

esperado, pero tampoco temido, estremece las gargantas de nuestras improvisadas fortalezas, allá en el lejano desierto.

Conversemos con las sombras de los héroes que ya fueron, mientras al ruido de las bombas que cruzan por el aire, levántanse del polvo del suelo de la patria nuevos héroes.

II

Arturo Prat es hijo de Santiago (?). Nació en 1846 en la quinta que es hoy la **Providencia**, propiedad de su benemérito abuelo don Pedro Chacón Morales, una de las almas más patrióticas y más entusiastas que ocultara la fisonomía de un patriarca antiguo.

Prat conoció el dolor desde temprano porque su padre, don Agustín Prat, comerciante de esta plaza, era casi paralítico cuando el heroico niño vino al mundo. Su madre, la respetable señora Rosario Chacón, hermana del jurisconsulto y del poeta que acaba de ser visitado por la muerte, vive todavía en Valparaíso.

Arturo Prat pasó su tierna niñez en el campo, aprendiendo a amar esta tierra bendita, a la sombra de los álamos frondosos, a la orilla de las acequias cristalinas y divizando la eterna diadema de los Andes. La patria es una especie de cartilla de altos relieves que se deletrea con el corazón, y por esto jamás se borra ni se extingue.

III

A la edad de 12 años el niño Arturo Prat fué llevado a Valparaíso y el 30 de agosto de 1858 entró a la Escuela Naval.

En treinta y tres años de vida, Arturo Prat ha sido durante veintiuno hijo del mar, de ese mar que ayer le ha recibido inscribiendo su nombre en los anales inmortales de su fama y sus leyendas.

Los marinos que como él mueren, vuelven al seno de su madre, y ésta, cubriendo su rostro con su áspero ósculo, envíalos a la posteridad que los glorifica.

IV

El cadete Prat fué desde el primer día lo que ha sido el capitán de fragata que cayó sobre el puente del **Huáscar** o en la pira del heroico sacrificio: fué el hijo del deber. Estudioso, observador, dócil, entusiasta, pero sin la petulancia de los años, todos sus jefes le recuerdan con ternura, con amor, casi con respeto.

A los dieziocho años había hecho todos sus estudios técnicos, y el 21 de julio de 1864 era guardia-marina examinado.

¡Interesante coincidencia! El primer buque en cuya cubierta pusiera el pié el noble mancebo al ceñirse la espada de oficial, fué la heroica capitana que, junto con su vida, ha entregado ilesa como gloria a las olas. La **Esmeralda** no sólo ha sido escuela de marinos durante veinticuatro años: ha sido nodriza de niños sublimes. La carrera de Arturo Prat ha sido la misma de J. J. Latorre. Son dos gemelos nacidos en la misma hamaca de tosea lona colgada en las cuadernas. ¡Ah! ¿No ha quedado todavía el uno sobre el puente de su nave vencedora para vengar al que ha caído?

Al lado de Latorre y de Jorge Montt, que manda en la escuadra otra nave de glorioso nombre, se halló Arturo Prat en las aguas de Papudo el 26 de noviembre de 1865, cuando Chile tenía desenvainada la espada pa-

ra defender una nación ofendida que lloraba, pero que no sabía pelear.

Nosotros esa vez, como antes, pelearíamos por ella.

Prat, como Latorre y como Montt, fué hecho teniente 2.º el 29 de noviembre de 1865, como recompensa de la nación a los que tres días antes habían quitado del mastelero de mesana de la **Covadonga** el pabellón de España.

V

Después de ese día Arturo Prat navegó poco. Su ciencia y su talento le retenían de preferencia en el claustro de la Escuela Naval, al pié de los cerros. Era tal su amor al estudio que sufrió con resignación una postergación injusta a trueque de quedar con sus discípulos y sus libros.

No contento con estas tareas del deber, ofrecía al pueblo las del afecto que en todas las inteligencias elevadas inspiran siempre los desvalidos de la luz. Era uno de los profesores más asiduos de la "Escuela Franklin" y allí enseñaba al pueblo las ciencias naturales y sus maravillas. Volvíase a si mismo, por ese camino, el niño que había nacido en medio del grandioso panorama de los Tajamares al pié de los Andes.

VI

Fué también en esa época de su vida cuando Arturo Prat, como el renombrado capitán del **Alabama** en Cincinnati, quiso ensanchar el radio de sus estudios, y se hizo abogado.

Tenemos a la vista la memoria de prueba que el 26 de julio de 1876 escribió y dió a luz, con el título de

Observaciones a la ley electoral vigente, el joven y laborioso marino.

Este trabajo de no pequeña meditación política es la obra de un filósofo y de un patriota. Prat, acostumbrado a pensar como todos los hombres de su profesión en horas de profunda y prolongada soledad, había recibido la nueva ley política y liberal con entusiasmo no disimulado; pero en el acto señalaba en ella con pulso certero los perfiles y las sinuosidades de sus más notables defectos.

“El 12 de noviembre de 1874, dice al comenzar, se promulga la ley de elecciones vigente.

“El país entero aplaude con entusiasmo su advenimiento, considerándolo como ley redentora que venía a salvar de las influencias ilegítimas y del privilegio de las mayorías, la libertad del voto y la representación de las minorías.

“Si ella no satisfizo las aspiraciones más avanzadas en esta materia, ni todas las exigencias de los partidos, había al menos consagrado la justa y conveniente representación de las minorías, por medio del voto acumulativo en la Cámara de Diputados y del limitado en las municipalidades.

“La antigua ley había sido enteramente trastornada; la misma Constitución política extendiendo al personal del Senado y estableciendo su elección por provincia, había ayudado a esta transformación eminentemente liberal.

“La creación del poder electoral y su organización por medio de la junta de mayores contribuyentes, que sustituye a las municipalidades en el ejercicio de toda función electoral, la prohibición impuesta a la junta receptora para objetar por sí misma, a los sufra-

gantes su calidad de electores, la importantísima reforma de la presunción de la renta por el hecho de saber leer y escribir, que equivale a la forma más inteligente y la única aceptable del sufragio universal, y la justicia electoral por jurados, importaban innovaciones tan trascendentales que los partidos de oposición, condenados de ordinario a una forzosa abstención, sacudieron su letargo y se aprontaron a la lucha que debía presenciar el año de 1876, y en la cual, por una coincidencia casual, iba a verificarse la renovación total de todos los poderes públicos que emanan de elección directa o indirecta del pueblo”.

VII

Lo anterior es el aplauso. Pero el reflexivo estudiante de derecho no ha necesitado de un fuerte telescopio para descubrir las principales nebulosas de la esfera que examina, y por esto señala uno a uno “algunos de los defectos, dice el mismo, de detalle y de reglamentación” que han pasado talvez desapercibidos en los bancos de los legisladores.

Censura en este propósito las celadas que la ley implica en la constitución de las mesas; estudia y condena la participación de los subdelegados en el acto electoral, la presencia de la fuerza armada y por último el **jurado electoral**, este feto de la astucia política, enterrado casi antes de nacer.

El joven filósofo acepta esa institución, pero no en la forma en que había sido concebida como tribunal militante de partido. A su juicio, el jurado electoral debía ser exclusivamente pasivo y **anterior** al menos en tres años a la constitución actual de los poderes cuyos

actos debía juzgar. Repudia, por consiguiente, a los jueces puramente políticos de quienes dice que son — “nombrados al azar (son sus propias y sanas palabras) y sin responsabilidad definida por las faltas que cometieren, y que es lógico presumir, visto nuestro estado de moralidad política, que no puede ser menos halagüeña”.—

VIII

Al llegar a este punto de la breve y gloriosa vida que recorreremos, la pluma se detiene involuntariamente, como si dudáramos si estamos escribiendo la vida de un pensador o de un monje, o sólo la de un soldado y de un héroe. Y entonces hácese preciso evocar con la memoria de los que le conocieron, la imagen de aquel marino, de espartano vestir y de austero aspecto, que cada mañana asistía silencioso pero amable y comedido con sus colegas, a los claustros de la Universidad para estudiar el derecho y apoderarse así de la ciencia que debía fortificar en su alma la rica savia generada en la cuna. Los hombres de acción son héroes en todas partes. Los hombres de pensamiento que consuman un acto heroico son dos veces héroes.

IX

Los que han conocido a Arturo Prat en la intimidad, le pintan como un tipo de perfecta virtud para con la madre, con la esposa, con el tierno nido que mecía ayer con amoroso brazo, para con el amigo, con el camarada y el soldado. Pero atribuyen a su fisonomía esos tintes incoloros de los hombres que no revelan su destino. Mas en el retrato del héroe que debemos a la

cortesía de un amigo de su intimidad, aparece con evidente reflejo la impresión de una alma resuelta; la frente ancha, huesuda y un tanto despoblada, el cabello hacia atrás, el ojo grande, negro, casi sombrío, la nariz recta como el acero, la boca grande y enérgica, que espeso y ennegrecido bigote encubre y acentúa. Tal es la efigie más reciente del capitán de la **Esmeralda**.

Lo que engañaba, por tanto, en él no era el rostro ni la expresión, sino la profunda y velada modestia que formó la base de su carácter moral. Arturo Prat, "el doctor Prat" como le llamaban en Montevideo y en Buenos Aires, era del tipo de esos hombres que, como Nelson y Farragut, llevan bajo la carena exterior de su estructura, esa especie de Santa Bárbara moral, oscura mientras no se incendia, que se llama el heroísmo. Si nosotros no hubiéramos visto en Washington cubierto de insignias al almirante Farragut, le habríamos tomado por un pacífico campesino del Potomac. Como hijo de español habríase talvez encontrado en él analogías con el abuelo de nuestro mártir, que fué campesino del Mapocho.

Los Prat como los Farragut, son de la misma raza: son catalanes.

X

El penúltimo servicio que Arturo Prat hizo a su patria fué el desempeño de una misión confidencial que requería un espíritu fino de observación y de extrema cordura. No se elige a un hombre vulgar para vigilar de cerca las operaciones de un país que nos amenaza con una guerra.

Prat se embarcó para Montevideo el 6 de diciembre de 1878, y cuando regresó al Pacífico, ya estaba encendida la tea que debía alumbrar sus sangrientas proezas.

El 27 de abril se encontraba todavía en Valparaíso, y ese día escribía a uno de sus amigos que deseaba marchar a la guerra: "No puedo menos de aplaudir el impulso que te guía".

Era ese el impulso de su propio corazón, el amor sencillez y puro de la patria.

¡Noble mancebo! El resplandor de eterna gloria cubra tu nombre!

XI

Dos o tres días después, arrastrado por ese mismo impulso, Arturo Prat partía para el Norte dejando en Valparaíso una esposa joven y amada que le había ofrecido dos hijos, dos cunas que el pabellón de Chile cubre desde hoy como un santo y querido hogar.

Lo demás es sabido, o más bien es ignorado todavía. Según muchos, el mismo solicitó el mando de la **Esmeralda** al comenzar la campaña, por lo mismo que se siente siempre placer en volver a montar el brioso bruto en que hicimos la primera correría de alegre e impetuosa niñez.

XII

Delante de la ambigüedad de los telegramas, esa niebla lejana de las modernas batallas, hácese con frecuencia estas preguntas: ¿Ha volado la **Esmeralda**? ¿O simplemente se ha ido a pique? ¿Ociosa divergencia! Porque lo único que debería preguntarse es si la nave chilena o su bandera cayeron en manos del potente e irresistible enemigo.

Antiguamente se hacía esto arrimando un lanza fuego a la Santa Bárbara. Hoy es innecesario. Se pone firme el flanco del glorioso esquife al embate del ariete, y se salta ágiles por la borda para morir sobre la cubierta enemiga.

¿Y no es ésta, la gloria de la cuchilla, tan fúlgida como la del fuego?

XIII

Entre tanto, en la duda de este fin que todo hace glorioso, nos detenemos.

No puede pronunciarse hoy la última palabra sobre la vida de Arturo Prat, ni sobre su muerte.

Esa palabra queda reservada a la losa de su epitafio.

Pero en lo que ya ha habido acuerdo en todos los pechos de Chile, dentro y fuera de la patria, es en que su fama imperecedera sea consagrada, junto con la de sus bravos compañeros, en un monumento nacional que recuerde a la capital de Chile la gloria de haberle dado la vida con una leyenda escrita al pié de empinada columna rostral y en la cual se diga que los hijos de Los Andes saben crear a la patria con los cascos de sus naves en el mar tan fuerte baluarte como su granito eterno.

La heroica vida de Arturo Prat no sería completa sin el corolario de la de su bravo vengador.

No emprenderemos, sin embargo, la tarea de presentar de cuerpo entero al comandante y al salvador de la **Covadonga**. Del otro, de su inmortal camarada, hemos podido hacer un trazo extenso, estudiándolo en la

inmovilidad de su heróico cadáver. Pero del soldado que no ha apagado todavía en el reposo la mecha del cañón, no pueden bosquejarse sino los perfiles.

Carlos Condell nació en Valparaíso en el mismo año más o menos en que nació en Santiago Arturo Prat, y entraba a la Escuela Naval precediéndole sólo en treinta y un días, el 27 de julio de 1858.

Y sin embargo, desde ese mismo día comienzan los contrastes de carrera y de carácter para los dos gloriosos gemelos que han caído sobre la cubierta de un buque como de adentro de los pliegues del tricolor de Chile.

Carlos Condell es esencialmente un hombre de acción, es un navegante, es un artillero, es un hijo del mar.

Ha servido con todos los jefes de nuestra marina, en la **Chacabuco** con Simpson, en el **Abtao** con el malogrado Emilio Errázuriz, en la **Esmeralda** con Williams, y por último, en la **Covadonga**, que su espada y su bocina acaban de cubrir de gloria y de la cual fué captor con Manuel Thompson.

Y es en el puente de esa pequeña nave donde los dos héroes de Iquique se han encontrado otra vez y recibido juntos los despachos de tenientes el 29 de noviembre de 1865.

Hemos dicho que Arturo Prat no abandonó nunca su carrera ni aún para hacerse abogado. Pero en razón de esa marcada diversidad de rumbos paralelos que dejamos señalados, Carlos Condell, arrastrado por la impetuosa virilidad de su alma, envía dos veces sus despachos cancelados al Ministerio de Marina (abril de 1867 y mayo de 1872). Hay hombres que no soportan el peso de una pluma en sus charreteras, y son precisamente esos los que mejor aguantan la metralla. . . .

El capitán Condell es hijo de un escocés, teniente de la marina británica y después comerciante en el Perú y en Chile. Su madre fué una señora peruana doña Manuela de la Haza, hermana del contra-almirante de este nombre, en actual servicio en el Callao.

El capitán Condell es por consiguiente de raza de pájaros del mar.

Su padre, cuyo nombre era Federico, y su madre, fallecieron en el mismo año (1853), dejando a su hijo la tarea de hacerse hombre por sí mismo.

Esta tarea la ha sacado por entero el capitán de mar, el primero en la historia naval del mundo que con un barquichuelo de madera ha echado a pique un poderoso blindado.

Los pormenores son todavía desconocidos. Pero hay dos frases transmitidas por la lengua vibrante del alambre, que resumen por hoy la grandiosa epopeya de Iquique.

Y poniendo ahora término a esta rápida revista de la justicia ante la gloria, cerramos estas páginas con ellas: **Prat ha muerto sobre el puente del Huáscar.— La Covadonga está en la poza de Antofagasta.**

Santiago, mayo 26 de 1879.

B. Vicuña Mackenna.

¹ "Ferrocarril" de 27 de mayo de 1879.

² "Boletín de la Guerra del Pacífico",
pág. 155.



LOS COMPAÑEROS DEL CAPITAN PRAT

I. IGNACIO SERRANO - II. ERNESTO RIQUELME

(A LOS ALUMNOS DEL INSTITUTO NACIONAL Y DEL CLAUSTRO
UNIVERSITARIO)

“Por ser yo uno de los últimos llama-
dos, me ha tocado embarcarme en la *Co-
radonya*, buque que no es de mis afeccio-
nes. Me habría gustado más la *Esmeral-
da*, pues tu recordarás que tantas veces
te he manifestado mis simpatías por este
buque, pues en él hice clases a tantos de
los que hoy tengo por compañeros”.

(Carta del teniente Ignacio Serrano a
su hermano Rodolfo, Valparaíso, abril 25
de 1879).

“Fue en este tercer choque cuando el
comandante Prut de la *Esmeralda* saltó,
revólver en mano, sobre la cubierta del
Huáscar gritando: “¡Al abordaje, mu-
chachos!” Lo siguieron un oficial, Se-
rrano que llegó hasta el castillo donde
murió...”

(Relación del enemigo: “Comercio”
de Iquique, mayo 21).

I

No alcanzarán jamás los ecos de la prensa a enco-
miar lo suficiente ante los vivos, ni la historia legará a
la posteridad lauros ni aplausos sobrados para el capi-

tán ilustre que en la flor de sus años ha perdido Chile, al pié de la torre del monitor **Huáscar**, en las aguas de Iquique.

Pero al ladó del bravo de los bravos e imitando su sublime ejemplo han encontrado el temprano fin de sus días, entre 130 heróicos chilenos, dos jóvenes dignos de acompañar a su jefe en su inmolación mil veces gloriosa.

Entre innumerables héroes desconocidos, de esos para quienes la gloria es casi siempre anónima y por tanto más alta y meritoria, descuellan hasta hoy el teniente 1.º Ignacio Serrano y el guardia-marina Ernesto Riquelme, ambos hijos de la provincia de Santiago, como Prat; ambos alumnos del Instituto Nacional, también como Prat.

De ellos va sernos lícito decir dos palabras en recuerdo de sus nobles hechos y de su heroico fin.

II

Ignacio Serrano es hijo de una familia militar de las fronteras, pero como Williams Rebolledo, Toro, Santa Cruz y otros jóvenes marinos de grandes esperanzas, nació en el departamento litoral de Melipilla, que tiene como el de Valparaíso, su porción de mar en la costa del Pacífico. Fué su padre don Ramón Serrano, oriundo de Concepción, y radicado con cortos intereses agrarios en Melipilla, y su madre la señora Mercedes Montaner, de origen remoto francés y que todavía existe unida a nuevos vínculos.

El padre penquista, de estirpe de soldado, falleció en 1856. Los primeros Montaner que vinieron a Chile fueron marinos de San Maló, en Bretaña.

No es extraño por esto que los Serrano-Montaner sean una raza de soldados. Ramón, teniente 1.º de la **Magallanes** y célebre ya por sus atrevidas exploraciones en la costa occidental de la Patagonia y en la Tierra del Fuego, se incorporó al buque en que hoy sirve, en la víspera del combate del Loa. Eduardo es guardiamarina del **Blanco**. Ricardo es teniente del regimiento 3.º de línea, y todavía el cuarto y último, Rodolfo, estudiante de medicina, sólo alienta una inspiración: la de ir al ejército a prestar, entre las balas, sus servicios de cirujano, o de aprendiz de cirujano. El primogénito es el ingeniero civil don Alberto Serrano, establecido en Curicó. “Contigo seremos cinco al servicio de la guerra, escribía por esto a su hermano menor, el bravo que ha muerto sobre la cubierta del **Huáscar**, y luego proféticamente añadía: “Si a alguno de nosotros nos toca morir, confío en la Providencia que no ha de ser en tierra chilena ni tan fácilmente”. ¡El cielo ha escuchado sus heroicos presagios!

III

Ignacio Serrano no era un hombre excepcional como Arturo Prat. Era uno de esos tipos ligeros, simpáticos, alegres, valientes a toda prueba y sin sospecharlos ellos mismos, que se encuentran con frecuencia en su camino por los hombres que cultivan el grato comercio del soldado y del marino. No pertenecía a la escuela de ese mozo convencido y sublime, especie de **Stonewal Jackson** de nuestra joven escuadra, salido como él del claustro de un colegio, que nunca iba a la batalla sin encomendar a Dios su alma, para ejercitar en seguida los prodigios inmortales de ciencia y de bravura que

le han valido en una de las plazas de Richmond, su ciudad natal, una grandiosa y merecida estatua.

Nó, Ignacio Serrano no oraba antes de ir a pelear. Era de aquellos que cuando sienten el toque de zafarrancho entran a su camarote a partirse simétricamente el pelo, rebuscan en el fondo de su maleta el más terso par de guantes, y salen tranquilamente con la sonrisa en los labios, ceñéndose gallardamente la espada a la cintura y llamando a sus camaradas a sus puestos con enérgicos y festivos nombres. Ignacio Serrano era de la escuela de aquél capitán español Manuel Boria que cayó sobre los tramos del palacio real de Madrid en 1840, bajo las balas de nuestro coronel Barrientos, y que al morir en el banco, recomendaba a su asistente introdujera en su corazón, por las heridas de su cadáver, la miniatura de la mujer que amaba. Ignacio Serrano era del tipo de aquel rey y soldado francés Joaquín Murat, que murió en Pizzo al frente de un pelotón napolitano con el retrato de su esposa en la diestra y que, cuidando al mismo tiempo su última apostura, dijo a los tiradores: **Salvate il viso; visate al cuore.**

Ignacio Serrano tenía también esposa desde hacía siete años, y cerrando su modesto y feliz hogar en el Tomé, donde era hasta hace dos meses gobernador marítimo, llevóla a Puerto Montt y confióla a la guarda de nobles amigos. “Mi casa en Tomé, decía militarmente a su hermano, desde Valparaíso el 25 de abril, **se la llevó el diablo**”. Y luego, volviendo a la natural ternura de todos los pechos animosos, añadía: “Si la suerte me fuera tan adversa que me tocara morir, ¿qué te podré decir de mi Emilia? ¿Qué te podré encargár para ella? Eso tu lo sabes, pues conoces que no tengo sino mi sueldo” ¡Bravo soldado de Chile! Os engaña-

bais al escribir esas líneas de conmovedor desaliento.— La viuda del teniente 1.º Ignacio Serrano, señora Emilia Goicolea, natural de Ancud y residente hoy en Puerto Montt, es desde el 21 de mayo de 1879 la hija adoptiva de todos los chilenos.

IV

Ignacio Serrano era un mozo inteligente, pero travieso e independiente. Hizo sus primeros estudios en el Instituto Nacional; mas, cuando apareció en el horizonte la guerra con España huyó del aula a la marina, y el 14 de mayo de 1865 entraba a la Escuela Naval. Intimo amigo de Arturo Prat, cuyo carácter entero y reposado completaba el suyo, dominó desde los primeros días entre sus compañeros por su viveza y su arrogancia: era un **niño diablo**, pero lleno de inteligencia y de recursos.

En 1870 fué ya ayudante de la escuela de aprendices de mar. Pero después era profesor del arte de aparejar en la Escuela Naval, a bordo de la **Esmeralda**, cuando Prat era profesor en ramos superiores en ella.

Y ambos amaban como a una madre común a la vieja capitana. “Por ser yo uno de los últimos llamados, escribía Serrano desde la rada de Valparaíso, el 25 de abril de 1879, nos ha tocado embarcarnos en la **Covadonga**, buque que no es de mis afecciones. Me habría gustado más la **Esmeralda**, pues recordarás que tantas veces te he manifestado mis simpatías por este buque, pues en él hice clases a tantos de los que hoy tengo por compañeros”.

V

Y aquí viénese de suyo a la memoria un rasgo olvidado de la vida de Arturo Prat. Cuando la **Esmeralda** iba a perecer en el gran temporal del 24 de mayo de 1876, el joven marino, a la sazón su segundo comandante, hallábase en tierra, y al saber el peligro de la querida nave, ganó su bordo echándose dos veces a nado en las furiosas olas. Y una vez a bordo, se hizo amarrar a la mura para dar las voces de salvamento que el caso requería. La **Esmeralda** dirigida así por él y por el capitán Lynch, su primer jefe, que supo también llenar noblemente su deber, se salvó en la playa. Prat pasó tres días postrado por la fiebre; pero la quilla gloriosa flotaba sobre las aguas.

Un hecho singular todavía. El guardia-marina Ernesto Riquelme fué conquista de Prat en el claustro de la Universidad, cuando ambos cursaban leyes, y se hallaba aquél al estallar la presente guerra a bordo del **Cochrane**; pero en el Norte pidió ser trasladado a la **Esmeralda** y su noble cuanto desventurada madre nos ha enviado a decir que la última carta del heroico niño era la expresión del más vivo regocijo, porque había vuelto a juntarse sobre la vieja y venerada quilla con su antiguo y querido capitán y amigo.

¿Hay por ventura en el corazón del hombre, en la religión de la amistad, en la fidelidad a la bandera un vaticinio misterioso que nos arrastra al desenlace de la vida en una gloriosa alianza? Prat, Serrano y Riquelme, los tres han elegido el sitio, los tres se han dado la cita sublime, los tres han muerto, entrelazadas las espadas y los brazos. Añádese todavía que el noble cirujano de la Covadonga, Pedro Regalado Videla, era

otra agregación del claustro universitario a la legión heroica. El había conocido allí a Prat. Era pariente cercano de Riquelme; y así, todos los mártires han ido convidándose a su destino y reconociéndose los unos a los otros en el borde de la inmortalidad.

Una página más todavía de este sublime misterio.

Cuando el bravo teniente Luis Uribe hizo hace 5 o 6 años la hermosa calaverada de casarse en Londres con una linda inglesa, sin esperar los trámites engorrosos de la ordenanza y se le juzgó en consejo de guerra, Arturo Prat fué su defensor e hizo que en el pecho de los viejos marinos prevaleciera la ley del amor a la ley de la disciplina. Uribe fué absuelto, y es el mismo valeroso oficial que ha sabido cumplir sobre el puente de la **Esmeralda** las últimas órdenes de su glorioso defensor. Luego no había a bordo del buque inmortal una tripulación, sino una cohorte, una familia, una sola alma fundida en un rico crisol de todas las almas, de capitán a paje, que allí pelearon y allí sucumbieron.

Entre tanto, el denodado oficial, que con el sargento de artillería de marina Aldea y un marino desconocido saltó al abordaje sobre el **Huáscar**, había previsto su destino y lo había aceptado. "Dile a mi mamá, escribía todavía a su hermano en la carta que de él hemos citado varias veces, que no se asuste porque a mi y a Ramón nos hayan tocado los peores buques de la escuadra, pues no es posible que vayamos todos en el **Blanco**, como Eduardo que vá como en un baúl".

El sabía que la **Esmeralda** no era un baúl sino una sepultura, y voluntariamente, con verdadero amor de hijo, fué a buscar su fin en su seno.

¿Entonces hay para el hombre un destino inevitable y revelado?

VI

Ignacio Serrano tenía una de esas fisonomías y aposturas llanas y enérgicas que cuando se las divisa en cualquier sitio se dice uno involuntariamente a sí mismo:—“Allí va un soldado”. De mediana estatura, ancha espalda y complexión muscular, era el tipo simpático de todos los hombres de guerra: la huella francesa no estaba del todo borrada en su bizarra estructura.

Tenemos sobre nuestra mesa un retrato suyo sacado por la máquina hace cuatro meses en Concepción, y la figura parece destacarse del papel albuminado como si quisiera “saltar al abordaje”: tal era su natural energía.

No se experimenta por esto la menor extrañeza que sus propios enemigos hayan escrito el glorioso epitafio del teniente Serrano con esta frase que todos los hombres de guerra y de mar sabrán comprender en su lacónico y heroico significado: ESTE OFICIAL MURIÓ AL PIE DEL TORREON.

VII

Hemos hablado de esta compendiosa relación (primera lista nominal de los que irán pasando a la inmortalidad después del último toque de llamada) de un niño que ha sucumbido en la **Esmeralda** atravesado por las balas. Ese niño se llama **Ernesto Riquelme**.

Ha perdido en él la República a una alma pura y una de esas existencias que para todos son queridas, porque son el símbolo de todo bien.

Hijo de una mujer cumplida, que ha ennoblecido durante 30 años el trabajo de la inteligencia por la en-

señanza, la señora Bruna Venegas de Riquelme, el joven mártir heredó de su padre, don José Riquelme, el primer taquígrafo que hubo en Chile, una naturaleza rica en entusiasmo y en amor al arte.

Nacido el 14 de abril de 1852, era el más joven de los oficiales de la **Esmeralda**, y se cuenta de él, no como maravilla sino como una simple predestinación en su hogar, que a la edad escasa de 10 años, deteniéndose (estando de visita con su madre en casa de una amiga en Valparaíso), delante de un modelo de la **Esmeralda**, manifestó tan entusiasta afición al buquecillo que hubieron de regalárselo y traerlo a Santiago para adorno de su modesto aposento, donde todavía se custodia "con la bandera al tope".

Pero su verdadero cabo de enganche fué, como antes dijimos, el capitán Prat. A los 18 años Riquelme era bachiller en humanidades, y en 1874 había hecho ya la mayor parte del curso de leyes cuando el glorioso capitán le atrajo a su bandera.

Desde ese día el bachiller y el abogado vivieron bajo una sola insignia, y bajo sus immaculados pliegues perecieron. El capitán Prat había hecho a su antiguo condiscípulo su secretario particular y ayudante de órdenes en la **Esmeralda**.

VIII

Dijimos que lo que prevalecía en la naturaleza ricamente dotada del joven guardia-marina era el amor al arte, y para él la guerra era, bajo ese punto de vista, un elemento familiar.

Entrado a la marina en 1874, cuando se anunció que tendríamos blindados, hizo a bordo del **Cochrane** el

viaje de instrucción y de reparación que esta nave verificó en Inglaterra en 1877, y residiendo habitualmente en Londres, allí cultivó la música y el arte de los torpedos, el dibujo y los idiomas; en todo lo cual hizo tan notorios progresos, que del último ramo tomó arranque en su alma dulce pasión correspondida, que el cielo no consintió en bendecir. El jóven guardia-marina, menos impetuoso que su camarada ya nombrado, había venido a preparar en Chile el hogar de sus amores, y se alistaba para atravesar otra vez el Océano en su demanda, cuando ingrato plomo rompió su pecho. ¡Lleven las brisas del mar a la tierna desconocida el pésame de todos los que aman y son amados!

IX

El joven Riquelme tenía todas las virtudes de las almas entusiastas y por esto era bien querido de cuantos le conocían. Bombero de Santiago, aprendió la abnegación en esa escuela de nobles voluntades, y por esto pasa hoy a tomar su puesto, el primero en la lista de llamada de su viuda compañía, ayer la 2.ª, hoy la **Esmeralda**.

El honor en esa parte está cumplido como ofrenda pública. Pero el país sabe que Ernesto Riquelme, como Arturo Prat e Ignacio Serrano, tienen madres que los lloran, y que esas madres son el santo resumen de sus méritos, de sus glorias y de sus recompensas.

X

Una última observación al pasar en revista la memoria de las tres más ilustres víctimas de la **Esmeralda**. Prat, Serrano y Riquelme eran hijos de la provincia de

Santiago, suelo mediterráneo que no parecía llamado a ofrecer sus hijos en tributo a las leyendas y a las tragedias del Océano.

Pero lo que consuela y alienta en su sublime sacrificio es que si ellos hubieran visto la luz en el más oscuro rincón de Chile, habrían ejecutado con la misma indomable bravura la inmortal hazaña de Iquique para ejemplo de sus conciudadanos y la eterna glorificación de la patria historia.

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, mayo 30 de 1879.

¹ "Boletín de la Guerra", pág. 174.

² "Guerra del Pacífico", Ahumada Moreno, I, pág. 351.

³ "Apoteosis de Prat", por Rosales, pág. 63.

⁴ "Ferrocarril", de 31 de mayo de 1879.

⁵ "El Mercurio", de 2 de junio de 1879.

⁶ "El Album de la Gloria", con algunas modificaciones, en págs. 243 a 246.



CONTESTACION a una carta del

Señor Ernesto Turenne

Santiago, junio 23 de 1879.

Mi estimado amigo:

Me ha sido particularmente grato leer su patriótica carta, en que Ud., a nombre del pueblo itateño, tributa un verdadero y merecido culto de entusiasmo al inmortal ARTURO PRAT, hijo de Itata.

Y mi satisfacción no nace sólo de la justa admiración que veo manifestar a sus compatriotas por el ilustre marino, sino del propósito de honrar su memoria con un monumento, por pequeño que sea, erigido en la plaza pública de la capital del departamento en que él viera la luz.

Esta clase de manifestaciones hacen falta en Chile, donde es costumbre que todo lo absorban las grandes ciudades. Y de aquí viene que los pueblos de provincia carecen casi por completo de esos estímulos permanentes que incitan constantemente a la gloria y hacen reverenciar sus ejemplos, efectos que causan en todas partes

las estatuas de los grandes hombres; al paso que las localidades se privan del poderoso atractivo que tales monumentos ofrecen al viajero.

Cuantas pequeñas ciudades y aun aldeas conozco yo en Europa que no tienen más embellecimiento que un trozo de bronce o de mármol, pero que, por lo mismo, son visitadas por todos los que aman la virtud o la gloria, y que de otra manera habrían hecho de largo su camino. Así, he visto la estatua de Kleber en Estrasburgo, donde fué sirviente en un restaurant, la de Montesquieu en Burdeos, la del poeta y peluquero provenzal Jasmín en Agen, la del tejedor de seda Jacquard en Lyon, la de Hoche en Versailles, la de Armand Carrel en San Mandé y la del gran soldado cuyo nombre lleva Ud., “el gran Turena”, en su ciudad natal de Sedán, así como se custodia en el Museo de los Inválidos de París, bajo un fanal, la bala de cañón que lo mató en Salszbach.

No voy yo tan lejos que creyera lícito decir, por ejemplo, que la estatua de don Bernardo O’Higgins debiera existir en Chillán Viejo, ni la de Camilo Henríquez en Valdivia, ni la del mismo Arturo Prat en Quirihue. Pero los hijos de esas localidades harían un acto de justicia, de reparación y hasta de buen negocio, erigiendo a cada una de sus grandes memorias una pirámide, una columna, un pequeño obelisco, un busto de bronce si más no fuera. Así se retempla y se engrandece el espíritu local en una esfera que no es lugareña sino universal, y así los niños, desde la más tierna edad, comienzan a formar concepto de que ni los negocios, ni el dinero, ni la holganza, ni el fastuoso egoísmo son todo lo que hay que ambicionar en el tránsito corto de la vida.

Me asocio, por tanto, a la digna actitud del pueblo itateño manifestado por Ud. en la carta que contesto, y si, gracias a esos nobles sentimientos puestos en acción, lograsen reunir Uds. una pequeña suma (dos mil pesos, por ejemplo), sería suficiente para levantar en la plaza de Quirihue un monumento digno de sus habitantes y del héroe. Con su aviso, yo cuidaría de remitirles un diseño, y aprovechando los duplicados y los bajos relieves que habrán de hacerse y que costarán muy poco, así como el molde del busto que trabaja el escultor Plaza, yo creo que se podrá hacer algo bonito y hasta hermoso. La piedra para las gradas, pedestal y columna deben ser precisamente del granito o traquita del Coiquén; y si fuere posible, de la misma hacienda de San Agustín del Puñual, situada a su pié.

De todas suertes, si Uds. se resuelven, cuenten siempre con la buena voluntad de este viejo amigo que ha vivido ya cerca de medio siglo erigiendo memorias a todas las glorias de Chile.

Y espero todavía que la de ARTURO PRAT no ha de ser la última.

Lo saluda entre tanto, su afectísimo amigo.

B. Vicuña Mackenna.

“Guerra del Pacífico”. Ahumada Moreno, I. pág. 351.

“El Nuevo Ferrocarril”, 6 de febrero de 1881.

“Las dos Esmeraldas”. Documentos, pág. XVIII.



LA SIGNIFICACION NACIONAL DEL COMBATE DE IQUIQUE

(*"El Ferrocarril del Lanco"*, 30 de junio de 1879)

"...La demora es favorable al enemigo. Lo urgente es adelantarse al arribo de nuevos elementos para el enemigo". (Moisés Vargas, Editorial del BOLETIN DE LA GUERRA DEL PACIFICO del 22 de abril).

I

Un largo mes ha corrido desde que un puñado de marinos acaudillados por inmortal mancebo, consumaron en las aguas de Iquique la hazaña de mayor renombre que registrarán unidas la historia y la leyenda del Pacífico; y todavía no se apaga en el noble pecho del chileno la candente emoción, ni el clamor de aplauso, ni el llanto irresistible que el hecho, los héroes y sus mártires despertaron.

¿Cuál corazón no se ha sentido, a la verdad, intensamente conmovido? ¿Quién no ha llorado? ¿Quién no ha ocurrido dos veces al templo a entonar las alabanzas de la gratitud y a escuchar las plegarias de los sacerdotes sobre los manes de los que cayeron en la ti-

tánica y desigual batalla? ¿Ni quién, por último, ha excusado depositar en el altar de la Patria en peligro, la ofrenda, crecida o humilde, de su admiración para eternizar ésta en los atributos humanos de la inmortalidad?

Han ofrecido los unos el granito del pedestal de los héroes, los otros han obsequiado el bronce, las mujeres su oro, los niños su óbolo, los que nada tienen, su idea o su entusiasmo; y así, el monumento de Prat ha sido la obra exclusiva del pueblo en el espacio escaso de treinta días, cuando antes en este país, de suyo moroso aun ante la gloria, habría sido obra de años y de auxilios solicitados para consagrar los mármoles en que hoy están inscritos los nombres de todos nuestros grandes capitanes.

Las sombras de los inmolados de Iquique deben sentirse, por tanto, satisfechas.

Justicia cumplida les ha sido tributada, y ahora hácese sentir únicamente la ausencia de la acción del gobierno en la alta recompensa de los gloriosos muertos después de la apoteosis ofrecida a los vivos. Tiénesse entendido, sin embargo, que esa tardanza se explica por detalles técnicos que no será largo ni tedioso obviar.

II

Pero ejecutado de esa manera espléndida y espontánea el deber del pueblo, cabe cerrar ahora por una pausa, el libro de la gloria a fin de darnos y dar cuenta del significado moral y nacional que atribuimos al combate de Iquique.

Desvanecido el humo de las baterías, apagado el estrépito del bronce, recogidos en prestada fosa los ca-

dáveres, es empresa útil, para valorizar la acción consumada, estudiar los resortes morales que han dado impulso a los corazones de los combatientes, aun después que su destrozada nave, rotos sus tubos de vapor, manteníase inmóvil y heroica delante del monstruo invulnerable que la atacaba.

La contienda marítima de Iquique no es sólo un combate, es una iniciativa: no sólo es una gloria americana, es una lección nacional para todos los chilenos, pueblo y gobierno.

III

Estudiémosla a fin de que podamos aprenderla y en seguida, usufructuarla.

Aquellos jóvenes, ninguno de los cuales ha cumplido la edad señalada a la mediana de la vida por un augusto martirio, no han tenido participación alguna en la declaración de guerra, ni en las causas que la han provocado, ni en los intereses puestos en conflicto. Son simples soldados llamados por la voz de la Patria al puesto del deber y del peligro, y allí están serenos para cumplirlo y arrostrarlo. Nada más.

—Aquí os quedareis en vuestros viejos barcos, les dice su Jefe, que se aleja en aventurera expedición de asaltos y batallas; y los dos juveniles capitanes limítanse a alzar su copa en congratulación fraternal a los que parten y de obediencia silenciosa al superior que les enclava en ingloriosa arena.

—Os confió la guardia del puerto y la bandera, les ha dicho otra vez el Almirante, al hacer rumbo al Callao; y al amanecer del memorable 21 de mayo, cuando el tenue cortinaje de la noche tropical dá paso a la luz,

los dos sublimes centinelas, como el centurión de Pompeya en su garita, están en sus puestos, el uno guardando la entrada del puerto, el otro montando la guardia al frente de la ciudad bloqueada.

Avistan a esa hora el lejano humo enemigo. La fuga es posible, la salvación necesaria. Pero ésa no es la consigna recibida, y entonces los dos capitanes, reunidos al disparo de un cañón, hacen militarmente rumbo hacia el enemigo para completar el reconocimiento.

Colúmbrase ya claramente las más poderosas naves enemigas en el despejado horizonte, con todas sus señales de combate enarboladas; pero sobre el puente de los más débiles esquifes de nuestra marina, ningún rostro palidece, ningún alma flaquea, ningún brazo desfallece.

El mozo sublime, que manda en jefe y que en esos días y en esas aguas había cumplido apenas 31 años, atiende a todos los aprestos con calma previsora, con voz serena, y mientras se iza al tope la más vistosa bandera, se cargan los cañones y "almuerza la gente". —Sigue después, de borda a borda, un diálogo corto y sublime que ya todos conocen.

Rompe en seguida el enemigo los fuegos, y al estallar la primera bomba entre los dos barquichuelos al habla, el grito de ¡"Viva Chile!" hace eco a su infernal silbido en el espacio.

Y todo ésto se hace con calma imperturbable, con el reposo del deber en la rutina cotidiana, con la destreza de una maniobra de aparejo, con el claro concepto del que manda en la parada. Abrígase, en consecuencia, la vieja capitana sobre la costa, encima del pueblo, y la goleta se sitúa sobre la isla, al pie del faro. El tercer consorte, un vapor de comercio y desar-

mado, ha recibido fría pero oportunamente la orden de salvarse, y se ha salvado.

No se ha descuidado un solo detalle, ni siquiera el de la magnánima arenga de combate. El ¡**Ven a tomarlas!** de Leonidas se ha escuchado sobre el puente de la **Esmeralda** al relucir de las espadas; y al concluir el mozo espartano, ha gritado otra vez ¡**Viva Chile!** descubriéndose la tranquila, ancha y radiosa frente.

Tal es la síntesis del combate, al comenzar.

IV

Ocúrrese entonces pensar, delante de todo esto, que en la batalla de Iquique no sólo reluce el indómito valor — prenda antigua y nunca desmentida del chileno — porque hay un principio más alto, un sentimiento más intenso, una luz dominadora y superior como la de los astros fijos, que ha dado impulso y guía a aquella resolución incomparable, pareja, uniforme, inalterable, idéntica antes de la batalla, al estallar la batalla, en medio de su hórrido fragor que ha durado cuatro horas, en su terrible acabo que no ha durado sino un minuto.

Y ese algo que se adelanta como concepción moral al fallo de la historia, como la luz de los faros a la entrada del puerto, fórmalo la alianza sencilla y a la vez sublime de estos dos grandes sentimientos de la época: — el deber y el amor a la Patria.

He aquí el carácter moral, la definición verdaderamente nacional del combate de Iquique. Y por esto hemos dicho que su fama no ha venido a Chile sólo como un resplandor, sino como una enseñanza.

V

Y aquí ha llegado el **momento psicológico**, según la frase célebre del canciller Bismark, de hacerse a sí mismo esta pregunta:

I.—¿Háse manifestado hasta aquí el país preparado para recibir esa lección? ¿Se ha mostrado digno de recibirla? ¿Hállase pronto para aprovecharla?

II.—Y su Gobierno, los conductores oficiales de esta guerra improvisada, ¿hánse mostrado a la altura de la situación respecto del pueblo, del soldado, de la guerra misma?

No necesitamos hacer esfuerzo de franqueza para solucionar una y otra de esas graves preguntas de nuestra actualidad, porque para eso, y nada más que para eso, voluntariamente escribimos. Y desde luego declaramos que en pocas épocas, si en alguna, mostróse Chile, como país y como pueblo, a la altura de mayores ni más generosos sacrificios. Hombres, voluntades, dinero sin tasa en medio de evidente penuria, esfuerzo simultáneo en todas las clases sociales, desde el labriego que va a morir hasta la noble matrona que convierte su casa en taller y su alcoba en plegaria, todo ha sido ofrecido con apresuramiento pocas veces visto; desenterrándose del surco hasta el último sobrante de la legumbre, — pan cotidiano del labrador a la puerta de su rancho — y depositándose sobre el mármol suntuoso de los bancos las ofrendas opíparas que reemplazan al oro y las piedras preciosas.

Eso ha hecho el país con alegría, con desprendimiento, con incansable buena voluntad, y sigue haciendo todavía hasta en sus últimos confines, en sus más humildes aldeas y desoladas campañas.

El país se ha mostrado, por tanto, a la altura del resorte moral que agitó los corazones de sus hijos en Iquique, al pie de su bandera “¿qué no ha sido jamás arriada!”.

VI

Pero, ¿nos es dable, en justicia, decir otro tanto de los que hasta aquí han conducido oficialmente la guerra?

Harto y sinceramente quisiéramos apresurarnos a estampar aquí un fallo de plena absolución. Pero el deber de patriótica imparcialidad que nos guía, nos lo impide.

¿Condenamos por ésto? Tampoco habría en ello justicia ni equidad siquiera, y por lo mismo dejamos sentado el problema y dejamos venir su solución con espíritu sereno y ánimo completamente desapasionado, no oscurecido siquiera por el vapor de ajenas y dolorosas luchas.

Hállase, en efecto, pendiente en este preciso momento esa solución, que por tan largo tiempo y tan pacientemente aguarda el país. Un emisario responsable y alto ha partido, y no habría ni lealtad ni patriotismo en no dejar a su acción el plazo justo en que debe comenzar y llevarse a cabo como salvadora iniciativa.

Pero mientras ese momento llega, nos será lícito fijar como simples precedentes una serie corta de hechos ya consumados que a nuestro juicio constituyen otros tantos errores de concepto y de aplicación, y que por lo mismo conviene fijar, si más no sea que como humildes postes miliarios de la ruta, destinados a evitar dolorosos extravíos en la futura y ardua jornada.

VII

Cuatro cansados meses van corridos desde que el 14 de febrero iniciamos de hecho la presente guerra, tomando posesión del territorio boliviano por la fuerza de las armas y arriando la bandera que allí flotaba como emblema de nacionalidad. Nosotros mismos despedimos la 2.^a División de ocupación a bordo del **Limari**, el 24 de aquel propio y ya lejano mes. Y aquí es preciso declarar que hubo en los principios de la campaña una laudable celeridad, y el recto concepto (a nuestro juicio circunstancia capital) de la importancia de la iniciativa enérgica, siempre provechosa en este género de acontecimientos.

Pero al primer esfuerzo sucedió fatal sopor. Sólo 40 días después de la captura de Antofagasta avansóse una cabeza de columna a la raya estratégica del Loa, defendida con mosquetes y trabucos de la era colonial y de la independencia (que hemos visto), y ocupóse a Calama el 23 de marzo, perdiéndose, por la no excusada tardanza, preciosas vidas.

Primera sombra de la campaña, o más bien, de su concepción general y de su espíritu, cuyo análisis es el que nosotros perseguimos en este artículo, no como tácticos ni siquiera como críticos, sino simplemente como hombres de mediana razón y patriotismo.

Pero, al mismo tiempo, cometióse el error más grave y todavía persistente de dejar en poder del enemigo terrestre en posesión de San Pedro de Atacama, capital mediterránea del Desierto, como Antofagasta lo era de su litoral, centro de recursos y de movilización porque es un comercio de mulas y de forrajes, llave de la comunicación con la República Argentina, puerta y ruta tradicional para el aprovisionamiento terrestre de

Iquique y de las caletas guaneras situadas entre el Loa y el río de Arica.

El abandono militar de las líneas naturales de estrategia fué, por tanto la primera y grave falta de dirección superior durante los dos primeros meses de la guerra, y, en cierta manera, continúa siéndolo todavía.

VIII

Pero queremos conceder que el puerto de Autofagasta, con su mal surgidero y peligrosa barra, rodeado su anfiteatro por altas colinas que convierten su asiento en un "verdadero horno", según la expresión de uno de nuestros generales, y que no ofrece paraje alguno adecuado para establecer un campo de maniobras y de movimientos combinados de batalla, suficiente siquiera para una división; queremos conceder, decíamos, que esa ciudad, provista de abundantes recursos de boca y rancho, hubiese sido centro natural de las operaciones, "la cabeza de la línea", mientras estuvimos empeñados en una guerra mediterránea y de flanco con Bolivia.

Pero desde el 2 de abril, (hace ya cerca de tres meses), cuando enviamos sus pasaportes al enviado Plenipotenciario del Perú, que durante largo tiempo (otro mes cabal, del 4 de marzo al 4 de abril), estuvo engañándonos con gasto de sombrero y de sonrisas, la línea de operaciones sufría un trastorno radical, al cual no nos hemos todavía, ni con mucho, amoldado. Segunda y enorme falta de previsión diplomática a la vez que guerrera.

Verdad es que en la misma noche en que el señor de Lavalle salía por el tren casi furtivamente de Santiago, hacíase a la mar nuestra escuadra desde su apos-

tadero provisorio de Antofagasta, y a las dos y media de la tarde del día 5 de abril, el mismo bizarro oficial que hoy reposa en toseco ataúd en su cementerio de arena, notificaba al Prefecto de Iquique, junto con el bloqueo del puerto, la ruptura general de las hostilidades.

Mas, ¿era Iquique un puerto verdaderamente estratégico en sí mismo y con relación a su comarea en el mapa del Perú? ¿Hállase ese pueblo, de vida completamente artificial y aislada, a la cabeza de un valle feraz, como Arica, o se comunica por un ferrocarril con un centro de recursos, como Ilo y Paeocha con Moquegua, y Mollendo o Islay con Arequipa? ¿Ofrece siquiera las ventajas de un desembarcadero para abrir una campaña rápida y provechosa, como Pisco fuélo para San Martín en 1820 y Ancón para Bulnes en 1838?

Y si a ninguna puerta del interior da paso posible aquella agria garganta, y si, lo que es todavía más grave, por las condiciones de su organización puede abastecerse por tierra como plaza industrial y como plaza de guerra, ¿a qué conducía entonces su largo, infructuoso e inglorioso bloqueo?

IX

¿O ignorábase todo a bordo del buque almirante o a bordo de la Moneda, este portón de piedra de nuestra tarda vida administrativa?

Cuarenta largos días estuvieron estacionadas allí nuestras naves (del 13 de abril al 16 de mayo), y no se produjo un solo hecho que revelara, militarmente hablando, la justificación de aquel pesado y engorroso procedimiento. Al contrario, y lo que parecería hoy inverosímil si no fuese un hecho perfectamente comprobado, mientras se aseguraba por rumores que la gruesa guarnición de Iquique, aumentada, atolondra-

damente a nuestro juicio, hasta un número excesivo, se moría de hambre y de sed, marchaba a ese mismo sitio y sus contornos la división boliviana del general Villegas, fuerte de dos mil hombres; y todavía, la primera medida que tomaba el general Prado, director general de la guerra, al desembarcar en Arica el 20 de mayo y al saber que el bloqueo había sido levantado el 21, era mandar el 22 otro batallón boliviano (el Olañeta) a todo escape a Pisagua, en el **Oroya**.

¿Qué resultado práctico había producido, entre tanto, el largo y dispendioso bloqueo de Iquique, que nos obligaba a mantener toda nuestra escuadra permanentemente sobre su máquina, mientras que la del Perú se reparaba tranquilamente bajo los cañones del Callao? ¿Cómo se producían la escasez y el hambre en el desierto, cuando en vez de echar afuera las “bocas inútiles”, llegaban de todas partes nuevos consumidores a la plaza bloqueada? Pecábase así aun contra el diccionario de la lengua, que define el bloqueo, como “un asedio que se pone a un puesto fortificado, ocupando los pasos, contornos, alrededores y cercanías para impedir que se introduzcan víveres, municiones y refuerzos”.

X

El bloqueo de Iquique—asedio nominal, “bloqueo de papel”, como lo llama el derecho de gentes—fué el tercer error grave de la campaña y el mayor de todos, porque ese, evidentemente, no debió ser, desde el primer día, el objetivo de las operaciones, a no ser que la presente guerra sea, como muchas han sido, guerra de salitre contra salitre, pailas de cocimiento del litoral boliviano contra pailas de cocimiento en el litoral pe-

ruano, la Pampa de Salinas contra la Pampa del Tamarugal, Antofagasta contra Iquique.

Y si no ese, ¿cuál debió ser el punto inicial de la campaña contra el Perú?

No seremos nosotros los que hagamos intrusa indicación de lo que a otros corresponde por profesión y responsabilidad. Pero, en cambio, no tenemos embarazo alguno en recordar que en ninguna guerra o conmoción civil que haya tenido por teatro el vasto territorio del Perú, ningún general, o caudillejo siquiera, escogió jamás el puerto de Iquique como punto de partida para sus operaciones. San Martín ocupó sólo a Piéscó y a Huacho, Blanco Encalada desembarcó en Islay, Bulnes en Ancón, Pinto y Benavente en Arica, Miller en Sama, como Vivanco buscó siempre el apostadero del Callao y hasta Piérola el de Ilo. Sólo al mariscal Castilla ocurriósele, en su briosa senectud, montar a caballo en la Pampa del Tamarugal, especie de mar interior petrificado, para ir a morir, petrificado él a su vez, en la segunda jornada, en **Tilivichi**.

Verdad es que el bravo almirante Williams declaró en su notificación de bloqueo al Prefecto de Iquique el 5 de abril, que ponía aquel asedio marítimo sólo como "medida estratégica" para obligar a la escuadra enemiga a dejar su abrigo del Callao. Pero ¿cuál demostración más evidente de que aun ese plan era una ilusión y una falta, como la de que habiendo ido al fin de cuarenta días a buscarla él mismo en aquella rada, con dolorosísimos sacrificios, ni allí mismo la halló?

Entre tanto, estaba visto, demostrado y aun anunciado en claras letras de molde en los diarios de Santiago, que la única guerra marítima que nos haría el Perú sería la de "emboscada".

¿Y era acaso por esto que nosotros le respondíamos con guerra de bloqueos?

Iquique no corresponde a ninguna parte vital del organismo del Perú, porque no era siquiera su arca de escudos. Era tal vez la parte menos noble de su cuerpo, que ninguna arma dura cubría durante el primer mes de la contienda, y nosotros, desdeñando su corazón y su cerebro, nos quedamos allí al ancla, calentando nuestros fierros y permitiendo al adversario ceñirse en todas partes la coraza.

XI

Y ¡cuidado!—que en las guerras modernas—guerras a vapor y en ferrocarril — todo depende, como en la dirección del proyectil en el cañón rayado, del movimiento inicial.

Testimonios amplios de esta verdad ya consagrada, dan una a una todas las últimas grandes guerras de la Europa continental.

En la de Italia, en 1859, sobró el tiempo que nosotros hemos empleado en acuartelarnos en Antofagasta, para hacer la campaña completa y victoriosa desde Palestro a Solferino, desde París a Villafranca, conforme a estas sencillas fechas y victorias: Declaración de guerra, abril 23 de 1859; Montebello, primer encuentro de vanguardias, junio 21; es decir, un mes después de rotas las hostilidades; Magenta, primera gran batalla campal, 4 de junio; Solferino, segunda y última gran batalla, junio 24; paz de Villafranca, 11 de julio. Total completo, dos meses y 20 días!

XII

¿Y cuánto duró la gran campaña franco-prusiana de 1870, cuyos objetivos eran respectivamente Berlín y París? Fué un mes más corta que aquella.

Declarada la guerra el 14 de julio, el hoy príncipe imperial de Alemania arroja la vanguardia de Mac-Mahón en Wisemburgo el 2 de agosto, y el 4 a Mac-Mahón mismo y a Frossard en las dos batallas campales y simultáneas de Wörth y de Forbach; y en seguida, todos los cuerpos de ejército unidos marchan sobre Gravelotte y Sedán (agosto 14 y setiembre 1.º) y vencedores en todas partes, rodean a París con una **cintura de cañones** el 18 de setiembre, **cuarenta y seis** días después de disparado el primer cañonazo en las fronteras.

Y la campaña de Sadowa entre la Prusia y Austria, ¿por cuánto tiempo prolongóse en 1866? — Una semana, y a tal punto, que apenas hubo tiempo de quemar pólvora; por término medio, los prusianos vencedores no dispararon sino **siete tiros** por plaza durante toda la campaña.

XIII

Y fíjese la atención en que la fortuna y el éxito definitivo han estado en todas estas guerras con el que ha acometido primero, con el que ha alcanzado el primer acierto, con el que más rápidamente ha impartido al proyectil el movimiento inicial, cumpliéndose así en todas sus partes aquel sabio refrán de nuestro pueblo, de suyo batallador, que dice: “El que pega primero, pega dos veces”.

XIV

Y esa rapidez de acción que alaban y admiran todos los estratégicos de Europa, era la misma que pusieron en juego, con reducidos medios, sin ferrocarriles

y sin vapor, sin telégrafo y sin los millones del papel-moneda, nuestros antiguos capitanes. San Martín partió de Valparaíso el 20 de agosto de 1820; el 8 de setiembre desembarcaba en Pisco; el 22 de ese mes despachaba al general Arenales con una división que levantaría en armas el corazón del Perú; y a fines de octubre desembarcaba otra vez en Huacho y asediaba a Lima por el Norte, mientras Lord Cochrane zafaba del Callao, con un agarrón heroico de su ruda mano, la **Esmeralda**, el 5 de noviembre. ¡Tres meses y medio de campaña, y ya la campaña estaba virtualmente terminada! En toda guerra hay dos clases de pólvora: la de los fusiles y la del espíritu. ¿Tendríamos nosotros, por ventura, la última mojada en la cartuchera?

Igual y aun más rápida hízose la campaña de 1838; porque, desembarcado el Ejército en Ancón el 9 de agosto, entraba a tambor batiente y jugando el cañón, por la Portada de Guías el 21 de este mismo mes (doce días) a la ciudad de Lima, a cuya posesión era dirigida exclusivamente la guerra.

XV

Sobran en realidad los ejemplos y aun podrían multiplicarse sin salir del suelo americano; porque, sin ir más lejos que el gran capitán de este Continente, don José de San Martín, pasaba éste la cuesta de Chacabuco el 12 de enero (de febrero) de 1817, ésto es un mes cabal después de la batalla de ese nombre, que allí librara para ir y volver de Buenos Aires con el plan acordado de nuevas campañas el 11 de marzo (apenas dos meses, y mil leguas); y en seguida volvía atravesar a galope los Andes y las Pampas, dos semanas después de Maipo, para ir a concertar otras campañas que importaban la redención definitiva del Nuevo mundo.

¡Tales eran esos hombres y esas épocas de pobres e ignorantes colonos!

Nosotros no queremos, sin embargo, por ahora, llamar la atención del país y del Gobierno sino a un solo ejemplo nacional y moral, — el que nos han dado a todos, pueblo y Gobierno, los sublimes combatientes de Iquique.

Y téngase esto que decimos, muy presente, porque la hora de la acción y del fallo se acercan juntamente, y porque si el combate mil veces glorioso del 21 de mayo de 1879 no ha de ser para Chile una grande y urgente lección, tememos mucho que no sea sino un doloroso e irreparable castigo.

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, junio 27 de 1879.

“El Nuevo Ferrocarril” de 30 de junio de 1879.



EL COMBATE DE IQUIQUE

SEGUN TRADICIONES E IMPRESIONES DE LA MARINERIA

Una visita a la Covadonga

I

El sábado 28 de junio, víspera de la fiesta del apóstol del mar, estábamos sobre la cubierta de la nave más batalladora, más aguerrida y más afortunada que ha poseído Chile y que haya sureado el Pacífico en la última mitad del siglo.

La **Covadonga** es una goleta esencialmente histórica, como en breve pasará a ser en la crónica de la marina universal una embarcación legendaria.

Es ante todo, un corcel de batalla, como el caballo de Espronceda. En los 20 años escasos que cuenta de vida, se ha batido cinco veces, y en todas partes con gloria.

En el mes de enero de 1860, cuando salía de su cuna por en medio de los robustos buques de Galicia y de las dársenas del Ferrol, armábanla en Cádiz para empre-

der la guerra contra los moros en las costas de Marruecos, y allí hacía su primera y original campaña como nave guerrera. Dos años después, la Virgen de Covadonga atravesaba dos océanos y hacía su primer cruce-ro, y peleaba dos veces, en Papudo y en Abtao, como ha vuelto a pelear ahora tres veces, en Iquique, en Punta Gruesa y en Antofagasta; tres campañas y cinco acciones de guerra, sin contar que la heroína repara otra vez su roto broquel y afila sus armas para lanzarse a nuevas y más arrojadas aventuras.

¿Y cuál de sus más famosos contemporáneos ha hecho otro tanto, ni siquiera un tercio de su vida de proezas?

II

Hemos visto eclipsarse y desaparecer en inglorioso desarme a sus más reputados contemporáneos — a la **Magenta** y la **Solferino**, que nacieron en arsenales franceses con los nombres memorables de su cuna (1859); mientras que la **Repulse** y la **Zealous**, buques británicos que hemos conocido en nuestros mares, y el **Aquiles**, que fué orgullo de su pendón (todas quillas de 1862-63), han pasado a oscura vida sin haber usado sus cañones, excepto como saludo el día de la reina. El mismo espantable **Dunderberg**, que tanto codició Chile en 1866, como si fuera por sí sólo una escuadra, ha desaparecido, convertido en leña, en la dársena de Cherburgo, y el no menos temido **Monandok**, que amenazó echar a pique a la **Numancia** en la rada de Valparaíso en “menos de un minuto”, hállase ahora tirado como viejo y desvencijado cocodrilo en el lodo de la isla de la Yegua (**Mare Island**), en el río Sacramento.

¿Y cómo no sentir dentro del pecho los ecos de esta vida de combates, cuyas vibraciones todos hemos

oído — **Papudo, Abtao, Iquique, Punta Gruesa, Antofagasta** — todos nombres y triunfos del Pacífico? Cuando la **Covadonga** deje de ser buque será un libro. Y, como tal, habrá de tener derecho a ocupar un puesto de honor en el museo de las glorias nacionales.

III

Era el momento supremo en que el barquichuelo se perfilaba por los despeñaderos de la isla de Iquique para ganar el Sur, y el **Huáscar**, como para darle su irritado adiós, envióle el único tiro certero de su torre. Toda la goleta se sacudió, como se sacude el cuerpo del caballo bajo la espuela; encogió sus ijares, y echando, después del susto y de la ira, todo el aire que pudo a sus pulmones, siguió adelante en su carrera a toda máquina, como ballenato que lleva fijo el arpón en sus costillas.

El proyectil había roto la quilla de babor una cuarta sobre la línea de flotación; había derribado con su solo impulso los dos sirvientes que pasaban las municiones por un tragaluz, lastimando en la cara a un bravo niño que presidía aquella maniobra (el guardia-marina Sáenz) y en seguida, destruyendo las piernas del desventurado cirujano, dió instantánea muerte al mozo de cámara Ojeda que le ayudaba a descender. Hecho todo ésto en el décimo de tiempo que tarda el párpado en cubrir la pupila humana, el monstruo invisible hizo su escapada asestando al pasar un feroz y rabioso mordisco a la base del palo trinquete, zabuyéndose en el mar casi sobre la costura divisoria de la proa, y en medio entre ésta y la línea de flotación. Otra vez el mismo fenómeno y el mismo milagro de preservación.

Si el proyectil entierra su cabeza un jeme más abajo de su perfil de salida, el buque, en lugar de irse a pique por el forado de babor, se habría sumergido por el forado de estribor.

IV

Y el doctor, ¿cómo murió? preguntábamos allí medio encorvados, como bajo la bóveda de una sepultura, a un joven marineró, natural de Valparaíso, que, silencioso, comenzó a seguirnos.

Y acercándose callado, en la oscuridad, una respuesta verdaderamente gráfica, levantó sus nervudos brazos, entreabrió el tragaluz que alumbraba el recinto y nos dijo:

—Por aquí, al bajarse de cubierta, a donde había subido por entusiasmo y de donde le hizo bajar la fatalidad en el instante mismo en que el proyectil bandeaba el buque. El mozo de cámara, que le servía como de estribo para dejarse caer, quedó muerto como tocado por el rayo.

—¿Y el cirujano?

—¡Ah, señor! El doctor vivió hasta las ocho de la noche. Al principio poco caso le hicieron, porque cuando se pelea ¿quién se acuerda de los que caen ni de los que mueren? Lo pusieron en este camarote (y señalaba una especie de lóbrego agujero), tapado con un coy, y allí estuvo en silenciosa agonía mientras duró el combate y la persecución del **Huáscar**; pero cuando éste nos dejó, casi al oscurecerse, lo llevamos a su camarote, junto al del comandante, en la cámara de los oficiales, y allí lo dejamos en paz porque no hablaba ni quería que le hablásemos haciéndonos señas con la mano.

Terció aquí en el lúgubre diálogo otro personaje de la leyenda. Era el mayordomo de la cámara de los oficiales, un muchacho de buena y bondadosa fisonomía, vestido con casaca — levita de botones amarillos. — “Cuando me lo entregaron (porque aquí ya él hablaba de sus dominios), le besé la mano y le pregunté cómo se sentía. Me hizo señas de que no le hablara, pero tampoco se quejaba. Una hora después vino el sangrador a decir al comandante que el doctor estaba muerto, es decir, que descansaba... Cuando fuí a avisarle al teniente Orella, bajó del puente a la cámara y le dió un beso largo en la frente, y como yo tenía la lámpara ví que dos lágrimas le corrían por el rostro...”

¡Sublime espectáculo! Aquel mozo de formas hercúlicas, que había hecho gemir el buque con la voz de los cañones y la suya propia — semejante a la del bronce — tenía escondidas dentro de las paredes de su alma aquellas dos lágrimas de ternura para el camarada y el amigo... ¡Qué grupo aquél para un inspirado pincel!

En cambio, aquellas lágrimas eran sólo una devolución. En la mañana, durante la primera hora del combate, el entusiasta cirujano — bravo como todo coquimbano y heróico como todo serenense — había estado al pie del cañón de Orella, acechando por la mura el efecto de sus balas, y a cada disparo acertado (que eran todos) lo estrechaba con efusión en sus brazos. Pero el implacable destino llevólo de repente al fatal pañol, y allí cayó mutilado.

¡Extraña ironía! El cirujano Videla, llamado a ser el último de la prueba en la batalla, moría desangrado en manos de un sangrador!

Por lo demás, toda empresa habría sido inútil, porque la **tibia** (las canillas) de ambas piernas había sido

reducida a fragmentos. ¡Pobre maneebo! Su muerte debía ser el crepúsculo de aquel día refulgente, de tanta luz, y expiró junto con ésta en la penumbra de la tarde...

Detalle triste pero sublime, que no hemos oído citar a nadie sino a bordo de la **Covadonga**.

Las granadas de la **Independencia** despedazaron los botes de la goleta chilena, esparciendo sus tablas y astillazos sobre la cubierta. De estos trozos, que el plomo enemigo había labrado, el carpintero de a bordo trazó a la ligera el ataúd del cirujano de la **Covadonga**. Pedro R. Videla, como el varón de Montcalm en las llanuras de Abrahám, fué enterrado en el surco que dejara en el campo de batalla el paso de una bala de cañón...

Pero el cirujano de la **Covadonga** no sólo cumplió hasta lo último su deber de ciudadano, sino el de médico. Llamó uno a uno a los oficiales a la cámara y les hizo beber una bien colmada copa de coñac, servida por su mano y bebida por su orden. Como hombre de ciencia, él sabía que los nervios de la maquinaria que constituyen la armazón física del ser humano necesitan de tensión, como las cuerdas del arpa, para producir sus más poderosas vibraciones. Los que han acusado ligeramente, por el dicho de marinos prisioneros, de ebriedad a los oficiales del **Huáscar**, han cometido una vulgaridad contra las costumbres del mar y de la batalla.— “La pólvora para los cañones, el **grog** para las gargantas”. — Esa es la máxima y ese el hecho británico; porque el inglés se amolda a la ley humana y sabe que el miedo en el hombre es tan natural como el amor a la vida; así como sabe que es el deber y el honor, la ira y la gloria los que forman después el cuerpo de batalla.

El mismo heroico Nelson, agonizando sobre el puente de la **Victory**, decía a su comandante de bandera (el capitán Hardy, tan conocido en Chile en la era de la independencia): ¡**Hardy, Hardy! How dear is life to all men.** (Cuán dulce es la vida para todos los hombres!)”.

VI

Satisfecha con la naturalidad impasible de los sepultureros aquella parte de nuestro interrogatorio, subimos otra vez a cubierta para visitar el departamento central — el vientre del buque. Aquí está la máquina, que es casi un juguete por sus proporciones, y a ambos lados, como dos grandes capachos de fierro, las carboneras con sus paredes de grueso latón. Una de estas paredes, la de estribor, está como desplomada hacia adentro: es una bomba de la **Independencia** que ha reventado dentro del combustible, y sofocada allí, ha empujado todo en la dirección de su velocidad, pero sin fracturar nada. Otro milagro del combate: si la bomba no se sofoca al reventar, la máquina y sus calderos estallan como un fulminante bajo la presión del martinete, y entonces la nave tres veces afortunada, que ha escapado de volar o de irse a pique a proa, muere como el hombre a quien se le revienta en la mitad de la calle un aneurisma.

Todos ponderan la admirable serenidad del primer maquinista don Emilio Cuevas, joven de apacible y casi dulce fisonomía, en aquel fatal encuentro. Un instante de pánico, y la máquina, abandonada a sí misma, se hace mil pedazos. Pero este mecánico es de “Cuevas de Rancagua”, nieto de aquel don Bernardo Cuevas que no quiso salir de las tricheras y pereció inmolado en la puerta de la iglesia. Es de los Cuevas que, como los leones, no salen de la cueva...

VII

Hemos empleado ya una larga media hora en esta pesquisa de la bravura chilena, y nos dirigimos a la popa seguidos de grupos de marineros que llegan de tierra después de su comida y de su trago. Son 8 o 10, y con una o dos excepciones de taimada sobriedad, todos los demás quieren a porfía contarnos la leyenda de su gloria.

—Esperad un poco, bravos muchachos, les dijimos.

Y bajamos a la cámara de popa para organizar mejor nuestro incesante trajín de preguntas y respuestas. Se ha dicho que el historiador es sacerdote. Pero lo que es el cronista que precede al narrador póstumo, suele necesitar hacerse alguacil para que el inventario de la gloria pase limpio y depurado a la posteridad.

VIII

Ahora un detalle casi doméstico. El piso de la cámara está cubierto con un encerado a cuadros, cuya frescura de colores revela su proximidad al almacén inglés en que fué comprado.

—“Ese es un recuerdo del comandante Prat, exclama tristemente un marinero que se ha detenido en actitud respetuosa en el dintel de la puerta. Cuando arregló el buque para llevarlo a Iquique, él mismo tomó las medidas con un papel, hincándose en el suelo, y luego volvió de tierra con este encerado, que hizo clavar sobre las tablas”.

Esta minuciosidad de detalles es una de las revelaciones del carácter completo y admirable de Arturo Prat. No descuidaba ni desdeñaba nada, desde el pavi-

mento humilde hasta la bóveda resplandeciente de la inmortalidad. En casa de su tía doña Clara Prat, calle de Mesías N.º 56, hay también un tapiz nuevo en pobre alcoba: es un regalo de Prat, como el encerado de la Covadonga.

IX

Los grupos de las estrechas puertas de la cámara habíanse vuelto todo lenguas para contestarnos, cuando, como figura dominante, adelantóse un marinero de tez morena y quebrada por los años y el cierzo. Era el “capitán de altos” Juan González Concha, y como capitán, eclipsó a los marineros con su voz y su arrogancia. — Donde manda capitán... parecían decir su gesto y su apostura, como un refrán vivo.

En dos palabras contónos González su historia. Era de Concepción. Su madre se llamaba Juana Concha, y lo echó al agua como quién lo hubiera echado a la chigua. Tenía más de un cuarto de siglo de navegación y de ésta la mitad con ingleses. Había estado, por consiguiente, en **Londra**, en **Gualtimore** (Baltimore) y en la China cinco veces, y sabía inglés como un delfín.

—¡Pero, vamos! Cuéntenos como sucedió el combate.

—Voy a decirle, señor; pero ¡cuidado con chistar! dijo a los otros con gesto de mando, y casi sacando el pito de la faltriguera.

X

—Cuando el tope dijo: ¡**Humos al Norte!** todos nos pusimos a mirar por los **lados de abajo** por la batayola (Ya hemos dicho que el capitán de altos González Concha es **arribano**).

—¿Y quién descubrió al **Huáscar**?

—Se descubrió solo el bárbaro. Cuando asomó la cara, venía muy pegado a la costa, y como adrede echaban tanto humo aquellos diablos, nadie podía conocerlos. Decían unos que eran amigos, otros que eran la **Unión** y la **Pilcomayo**, y otros que eran el diablo... Hasta que el buque delantero, como guapo, viró hacia el Oeste para encerrarnos, y entonces le vimos los dos palitos pelados y sin crucetas, y todos dijimos: ¡**El Huáscar**! es el ¡**Huáscar**!

—¿Y qué hicieron?

—Nos quedamos calladitos, mirándonos unos a otros, y mirando todos a mi comandante.

—¿Y éste qué hacía?

—Se paseaba por el puente sin soltar el antejo, y de repente mandó disparar un cañonazo. Era la señal para que viniese la **Esmeralda**. . . .

—Y luego, añadió el viejo marino, con voz casi balbuciente, llegó la pobre mancarrona, andando así, así, como coja y con muletas, al pasito, porque al moverse se le reventó un caldero. Parecía que le venían doliendo los pies.

—¿Y...?

—Se pusieron al habla con la bocina mis dos comandantes, — mi comandante Condell con mi comandante Prat.

—¿Y qué se dijeron?

Aquí el capitán de altos encartuchó su mano derecha e hinchando los robustos cachetes como un tiburón, comenzó a referir, o más bien, a remedar el diálogo sublime:

“CO-MAN-DAN-TE PRAT, TE-NE-MOS — AL HUAS-CAR Y LA IN-DE-PEN-DEN-CIA A LA VIS-

TA'': así, sílaba por sílaba, como sale de los ecos de la garganta de metal de la bocina.

—¿Y qué contestó el comandante Prat?

—Contestó: ¡CADA UNO A SUS PUESTOS Y CUMPLIR CON SU DEBER!

—¿Y qué dijo Condell?

En esta parte el buen John encontróse en sus canchas y en su buque, y asumiendo una actitud fiera y británica, escupiendo a un lado y limpiándose los labios con el revés de la mano, contestó con voz estentórea:

—¡ALL RIGHT!

Palabra que quedará en la historia y que quiere decir breve, pero valerosamente: — ¡ESTA BIEN!

—¿Y no preguntó también, el comandante Prat si había almorzado la gente, y no mandó reforzar las cargas en los cañones?

—Si, señor, pero eso fué por señales, con banderas.

Hízose aquí una pausa en el rápido diálogo, porque no era nuestro deseo que el verboso capitán de altos nos contase de plano lo que había visto, sino simplemente lo que había hecho; y estábamos viendo patentemente que quería pasar por ojo a todos sus camaradas, sin dejarles ni resollar, sobre sus hazañas.

XI

Proseguimos la calorosa charla, volviendo el capitán de altos a tomar la palabra, a la manera del capitán Orella, es decir, en la boca del cañón.

—Entonces, González, tú fuistes el que primero descubristes al **Huáscar**, como ibas diciendo?

—No, señor, fuimos todos. Pero el primero que se afirmó en que era el **Huáscar**, antes de que virase, fué

el fogonero 1.º, Gumecindo Sepúlveda que había navegado 14 meses en él, y quien, mirando con el anteojo del doctor, dijo apenas miró: ¡Es el Huáscar, caballeros! y se fué a su puesto en las parrillas.

Contaremos por vía de episodio mediterráneo, que Sepúlveda es el mismo hermoso tipo de marino que venía en la proa del carro-góndola, el 27 de junio, batiendo una bandera, y que se pasea todavía por Santiago, llevando dos fantásticas charreteras, compuestas de pañuelos de color, medallas, cintas, escapularios... Es un muchacho de San Carlos de Ñuble, donde tiene "un hermano cura", y que viendo pasar por la calle de su pueblo al 3.º de línea con la banda de música a su cabeza, hace 12 años, se metió entre los tambores, llegó a Lota, embarcóse de grumete para Australia o California, y ha corrido el Pacífico de parte a parte, como si fuera un potrero. Tiene ahora apenas 28 años, y se hallaba de fogonero en la línea americana entre San Francisco y Panamá, cuando supo la guerra y en el acto se vino "de guerra" a Valparaíso.

Háse creído que llamar a los marinos chilenos "pájaros del mar" es una figura imaginativa; pero, en verdad, eso no es sino una definición. Como el andariego pililo de tierra en las faenas, así el inquieto chango emigra de un mar a otro mar y de un buque a otro buque, como la gaviota que vuela de roca en roca por las playas.

XII

—¿Y entonces? volví a preguntar, limitando mi interrogación a una palabra para dejarlas todas al locuaz capitán de altos.

—Entonces... ¡Ah! cuando estábamos hablando con la **Esmeralda**... el **Huáscar** se atravesó, echó abajo su murada y... ¡zum! vino la bomba como un toro, medio a medio de los buques.

Y entonces ya no nos miramos, ni miramos al comandante, sino que gritamos todos: ¡Viva Chile...! y ¡Viva Chile! respondió la **Esmeralda** y comenzó la fiesta. ¡Y guaraca con ellos!

XIII

Y aquí el capitán de altos comenzó en su estilo, y en su lengua a contarnos el lance asombroso tal cual lo sabemos por los partes oficiales, y tal cual en otro lugar lo hemos narrado.

—Pero tú ¿qué hicistes? volvimos a decirle, encerrándolo dentro de su exuberante personalidad.

—Yo, como capitán de altos, contestó González, me trepé con cuatro marineros a la cofa del trinquete, y allí nos parapetamos con coyos, que quedaron hechos estopa con las balas; pero a nosotros no nos hicieron los negros ni rasguños. ¡Que cholos tan vilotes para la puntería y ésto que tiraban con ametralladoras!

—¿Y ustedes acertaban?

—¡Buen dar, señor! Traían los negros un cañón de a 300 (era sólo de 150) a la proa, y el afán que tenían era barrernos de enfilada por la popa de la goleta. Y nosotros, que no habían de cargar el bárbaro grandazo, porque si lo cargan, nos **junden**... Así, venía un negro guapetón y tomaba el atacador... ¡abajo el negro! Venía otro negro, ¡abajo otra vez el negro! hasta que los vilotes arrancaron, dejando el atacador metido en la boca de la pieza.

Y para contar esta leyenda, de la cual Víctor Hugo habría tejido tela para dos capítulos, el capitán de altos tomó un comblain del armario y comenzó a hacer el aparato de cargar y hacernos las punterías uno por uno, — a Errázuriz (Isidoro), a Espejo, a Montiel (Agustín Montiel Rodríguez), a Castro (Luis E.) y a mi mismo, más ligero que a los otros.

—¡Cuidado, hombre, que nosotros no somos negros, le dijimos; pero ni por eso el bravo dejaba de cargar y apuntar, y...” ¡tum, tum! ¡abajo el negro”!

Estábamos tupiditos en la popa, como chinchas, exclamó en esta coyuntura otro marinero del grupo, y tiramos 6,000 tiros sin soltar los rifles, que llegaban a chirrear. Cuando anelamos en Antofagasta, nos mandaron de tierra otros 6,000 tiros, porque no había quedado ningún cartucho a bordo. Por esto los comandantes de los cholos dicen que les pegamos con **metralladora**...

XIV

—Y a todo esto, ¿qué hacían el comandante y los oficiales?

—Lo que hacían era pelear y... ¡fuego muchachos! Yo aguaitaba al comandante para ver si se ponía detrás de la chimenea. Pero, ¡bueno el chiquitín! ni pestañeaba siquiera, y manda que manda: **¡Orza a babor! ¡A estribor la caña!** — **¡Fuego, muchachos!** — **Adelante la máquina!** — **Fuego y fuego, y ¡viva Chile!** y golpes con la espada retando a los negros. ¡Qué hombre tan guapazo y tan formal entre las balas! Como yo estaba en el trinquete, tenía a mi capitán Condell a la vista y no le perdía pisada.

—¿Y Orella?

—**¡Aijuna, señor!** No me hable de ese hombre. Pa-

recía un león acorralado, y a cada cañonazo que acertaba con la pieza número uno, decía palabras tan fieras y tan bonitas...

—¿Y qué decía?

—Repitiólas el capitán de altos, una a una, porque eran sólo dos y de pocas sílabas...

Y aquí quisiéramos otra vez pedir prestado su gesto a Cambronne y su paleta a Víctor Hugo en Waterloo.

—Y ¡bala y bala! Mi teniente Orella les tiró 35 balazos y les acertó 30. Mi teniente Lynch, con el cañón número dos, les tiró 30 balas, y ¡cómo serían éstas, cuando mi teniente andaba a pata pelada para no resbalarse y apuntar mejor!

—Hé aquí, exclamamos todos, dos sublimes cabos de cañón! Y estuvimos al pedir un ¡Hurrah! para ellos, por el niño que mandaba sobre cubierta los cañones de a seis (Valenzuela), y por el otro niño que no desamparó ni un solo instante el puesto del mayor peligro en el combate, — el de la Santa Bárbara (Sanz).

XV

Asegurábanos los de a bordo que en la postrera hora del combate, los cabos de cañón, Orella y Lynch disparaban con los cañones completamente caldeados, y fué un verdadero milagro que no estallasen las cargas. Cinco veces, al recular con violencia, se desmontaron las piezas, saliéndose de sus delgados rieles; y era ese el momento que habría envidiado el más eximio pintor de marina para copiar el puente de la intrépida cañonera. La tripulación en masa se precipitaba enloquecida sobre el cañón tumbado, y cual si fuera liviana pluma, con brazos hercúleos, con las frentes empapadas

de sudor y los pechos hinchados por el aliento y el coraje, lo ponían otra vez con la boca al enemigo. Cada cañón era en ese momento un grupo de Laocoon.

Nunca el hombre, como las fieras, despliega mayor intensidad de pensamiento y de acción que en el combate. Su cerebro vibra, su mirada centellea. Todo lo vé y todo lo adivina. La vida, defendiéndose, ha llegado a su apogeo en todas sus manifestaciones morales y externas, y de aquí los héroes y los hércules. Por esto mismo, los que caen perforados por el plomo no languidecen con gemidos sobre el puente. La vida estalla en el ser físico como la caldera que el vapor hincha y destroza, y sólo deja paso al alma, convertida en centella de fuego.

XVI

Un episodio sobre el cual reina a bordo, entre la marinería, una general sospecha, es la de que la **Independencia** venía mal herida y en cabuzándose por la proa cuando se varó.

Pero en lo que no hay sospechas, sino la más completa y unánime uniformidad, es en el episodio de la rendición y de las dos banderas arriadas y “echadas al agua” y ¡qué banderas!

—¿Las vistas tú? preguntábamos a uno por uno, ayudado en la investigación por Isidoro Errázuriz.

—¿Por qué no nos preguntan si los estamos viendo a ustedes?

—¡“Poca se les hizo la lanilla a los peruanos”! exclamó otro muchacho que estaba allí callado como un obenque, llamado Eulogio Gómez. — ¡“Nunca había visto banderas más grandazas”!

XVII

Lo mismo respecto del pabellón de parlamento.

—Lo vimos todos, uno por uno, dicen veinte, treinta testigos. En lo que no hay conformidad — y es natural que no la haya — es quien fué el oficial que se acercó a la mura y dijo: — **No tiren más, estamos rendidos!** — Todos dicen que por la gorra era oficial, pero nadie afirma que fuera el infortunado Moore. El fogonero Sepúlveda lo conoce y dice que no fué él, porque era “un chiquito” y Moore es hombre y “tiene harto pecho”.

XVIII

Ibamos en esta parte de nuestra demanda, cuando sintióse el toque acelerado de la campana del dique. Ha cesado la hora de la charla y comienza la del trabajo. Es el momento de partir.

¡Adiós! bravos muchachos, y un trago por la patria y la bandera.

Y tú, barea de batalla y reliquia de la gloria, valerosa **Virgen de Covadonga**, acaba pronto de ceñirte la coraza, y como la Madonna de tu nombre en las montañas de Asturias, guía otra vez a los valientes de Chile en medio del océano, porque ya has encontrado en Condell tu Pelayo!

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, julio 6 de 1879.

“Apotheosis de Prat”, por Rosales, pág. 176.

“El Nuevo Ferrocarril”, de 7 de julio de 1879.



LA SOMBRA DEL HEROE

(Una visita a la madre y la esposa del Capitán Arturo Prat)

“O star of Rome! What gratitude
can speak. Fit words to follow such a
deed as this! (1).

(Beaumont y Fletcher, *Sophocles*).

“La forma precedera ha pagado su
tributo a la naturaleza. ¡Ha muerto!
Pero esa muerte, que era forzoso espe-
rar, le hace nacer a una nueva y noble
vida: la vida de la historia en este mun-
do y la de la inmortalidad en el otro”.

(Discurso de Arturo Prat en la tumba del vice-almirante Simpson, el 25 de diciembre de 1877).

I

La prensa diaria y oficial del Perú, en medio de la grito vulgar y cotidiana de desatadas pasiones, ha dejado en los últimos tiempos testimonio de un hecho natural y generoso, que su aliento denigra, pero que, de vuelta a nuestro país, brilla como la luz fúlgida de una aureola. — “Los chilenos han perdido el juicio, exclaman aquellas hojas. Se han hecho idólatras de un nuevo culto que se llama: PRAT. Allí todo es “PRAT”.

(1) “¡Oh estrella de Roma! Nunca podrá la gratitud encontrar palabras con que cantar hazaña semejante”.

Los nombres, los buques, los batallones, las sociedades, las estatuas y hasta los escapularios. Es aquella una verdadera pratomanía". — Y la plebe burda y apasionada, formando bullicioso enjambre, entre nuestros enemigos, moteja todo eso, que es exacto, como un fanatismo necio y pasajero, como un alboroto de gente novedosa y deslumbrada.

Error profundo entre tanto es eso, hijo de enemiga envidia, porque al tributar el pueblo de Chile al héroe de Iquique homenaje de admiración viva, ardiente, ilimitada, no hace sino dejar cumplirse un hecho histórico, sencillo y natural, verdadero e inevitable como la justicia, la gloria y la historia misma.

Arturo Prat es, en efecto, lo que los pensadores modernos han llamado un "hombre representativo", es decir, una naturaleza escogida y privilegiada que se ha revelado súbitamente a sus contemporáneos, y que identificándose con su época pasa como una emanación sana y legítima de su tiempo al amor y a la veneración de las edades.

II

En otro lugar y en más vasta y durable ocasión, estudiando la vida del capitán chileno en sus menores ápices, desde su cuna, al pie del cerro de Coiquén, coronado de vistosas roblerías, hasta sobre la cubierta de fierro del monitor enemigo, hemos creído demostrar, sin esfuerzo alguno, por el solo procedimiento de la unidad de la vida y la lógica del carácter, no desmentidas jamás una y otra en su carrera terrenal, que Arturo Prat es un héroe verdadero y completo en toda la extensión del significado de esta palabra, antigua desde Plutarco a Ereilla, desde el canto épico a la sobria historia y al helado análisis filosófico que convier-

te la existencia de los seres en minuciosa e implacable autopsia. Es un hombre cabal en la escuela, en el hogar, en el deber, en la guerra, en la enseñanza, en todos los servicios públicos, en todas las manifestaciones del alma y del espíritu.

Ahora bien, pertenecemos nosotros en nuestra manera de apreciar los espíritus superiores, a la escuela que ha creado en los modernos tiempos el ilustre bostonés Emerson, a quien hace doce años conocimos en su ciudad natal, que tiene por su nombre un culto verdadero. Nosotros creemos, como ese profundo y original pensador, que todos los hombres superiores encarnan una época y legan a ella su nombre y su fama, su fortuna o su martirio, cooperando así al fin universal de bien y de progreso en que todos, y aun los átomos humanos que forman la masa humana que se denomina vulgo, entran como componentes, a manera de las moléculas infinitas que necesita y consume el sol para procurarse eterna y resplandeciente lumbre. De esta ley sublime no se ha exceptuado a sí misma ni la augusta personalidad que, bajo el nombre de "Redentor" vino al mundo a cumplir una misión divina, cuyos milagros duran todavía entre los hombres.

Pero en el sentido puramente humano y limitado de la frase, nosotros creemos en los hombres "representativos" que ha producido en el viejo y en el nuevo mundo el lento, pero eficaz desarrollo de la humanidad. Creemos que Platón encarnó en su existencia la ley mental y moral que desde sus días se llamara filosofía; creemos que Montaigne nació para encarnar el escepticismo moderno, que es la ley universal de la época en que vivimos; creemos que Shakspeare encarnó la edad en que la poesía renacía, disipando su selvático genio largo eclipse de tenebroso siglo; así como creemos

que Voltaire, Rousseau y Goethe, fueron la más viva emanación del espíritu de emancipación de la era en que vivieron. Creemos, por último, que Napoleón mismo, la más fuerte y múltiple personalidad de los tiempos modernos, constituyó por sí solo la más perfecta semblanza y resumen de la vitalidad, de las ideas, de los vicios, de los errores, de los adelantos, de las miserias y de las grandezas de la época excepcionalmente borrascosa que su genio grande e inícuo alumbró como un meteoro en medio de violentos huracanes. — “Si Napoleón, exclama Emerson, fué la Francia, si Napoleón fué la Europa, es porque los pueblos a quienes impuso su yugo obraban como una masa identificada a su potente ser, o como si la vasta muchedumbre que dominó su espíritu estuviese compuesta de millares de diminutivos Napoleones”. (R. W. Emerson, **Representative men**, pág. 219).

III

Por igual principio y creencia juzgamos nosotros hoy, y limitando el alcance de la teoría sólo a los dominios del heroísmo (que es la más grandiosa fase de la existencia humana, porque es la única virtud que no se imita y parodia) que cada edad heroica ha tenido su emblema, como cada mutación profunda está marcada en la vida de una nación por un nombre. De aquí el culto de los semi-dioses en la mitología pagana. De aquí Héctor en la guerra de Troya. De aquí Guillermo Tell en la emancipación de las montañas que repereuten todavía su leyenda en sus agrestes ecos. De aquí Ricardo Corazón de León en las Cruzadas. De aquí, por fin y

acercándonos a nuestra época, Daoíz y Velarde, los dos oscuros oficiales de artillería que entregaron al pueblo español los cañones del Dos de Mayo, héroes de una hora magnánima, que han pasado a ser el símbolo más querido y más glorioso de la laboriosa independencia de la península ibérica. Y aun nuestros mismos vecinos, que hoy nos escarnecen porque erigimos altares al heroísmo emblemático de Chile, tienen en los propios suyos dos nombres que, a ejemplo del de los dos mártires españoles que acabamos de recordar, citan de continuo como los tipos más legítimos de su gloria: — los bravos oficiales La Rosa y Taramona, que prefirieron morir despeñándose entre las rocas de Tarapacá antes que rendir sus espadas al enemigo. Y ¡notable analogía! Esos héroes peruanos sucumbieron en las mismas aguas en que cayera inmolado sobre el puente de enemiga nave el campeón chileno ARTURO PRAT, en las aguas de Iquique, en aquel tiempo asiento humilde de redes y de canoas (1823). Otra figura que se diseña con atributos de heroísmo, en el sangriento escenáculo del Perú, es Salaverry (1836).

IV

Pero la ventura especial de Chile ha consistido esta vez en que la revelación de su heroísmo militar se haya verificado conjuntamente con su iniciativa: de suerte que la irradiación fecundante del ejemplo no vá a lucir únicamente en las páginas de póstuma crónica, sino que obrará sus milagros de deber y de sacrificio como una lección viva, dictada al pie del asta de ban-

dera que engalana el frente de nuestros regimientos y la arboladura de nuestras naves de guerra. (1).

V

Persuadidos nosotros de la certidumbre y de la eficacia de esta doctrina histórica, que hace aparecer en cada época y en cada país el hombre que la humanidad en marcha necesita como guía, como caudillo o como mártir, nosotros hemos estudiado la vida del inmortal capitán de Iquique en toda su amplitud para adueñar al país de ella en luminoso conjunto y al propio tiempo en todas sus delicadas nimiedades, para confrontar las grandes líneas y los rasgos minuciosos que forman el entero de una grande existencia; y en consecuencia, dejando la parte más abultada y trascenden-

(1) Para comprobar la intensidad del sentimiento patriótico nacional que ha despertado en todo el país, aun en sus manifestaciones más íntimas de afecto el sacrificio de Arturo Prat y de su gloriosa nave en Iquique, ofrecemos al lector la siguiente curiosa estadística de los "Arturos" y de las "Esmeraldas" que llevan estos nombres simbólicos, desde el 25 de mayo, en sólo 4 de nuestras parroquias centrales:

Esta estadística arroja 30 *Arturos* y 25 *Esmeraldas*, siendo de notar que un patriota ha puesto a su hija el nombre de *Arturo* y otro a sus gemelos (hombre y mujer) "Arturo y Esmeralda Guzmán". Hay también una Carmen Covadonga, todo en el orden siguiente, copiado de los libros parroquiales:

SAGRARIO.—Victoria Esmeralda Matte, E. Arturo Rojas, V. Esmeralda Huneeus, Arturo Ramos, M. Esmeralda Mardones, Arturo Bascuñán, V. Esmeralda Urzúa, Arturo Carrasco, Arturo Castillo.

SANTA ANA.—Esmeralda Novoa, V. Arturo Morales, Esmeralda Jorquera, Carlos Arturo Tején, M. Arturo Valdés, Arturo Rivas, Arturo Bobadilla, Esmeralda Avila, Carlos Arturo Baltierra, Arturo Berrios, Arturo Carrera, Arturo Guzmán, Esmeralda Guzmán (gemelos).

SAN LAZARO.—Victoria Esmeralda Lago, Arturo Durán, Arturo Jara, Arturo Céspedes, L. Arturo Gaeta, Arturo Cáceres, Carlos Arturo R. Peña, Esmeralda Molina, Arturo Martínez, Arturo Gómez, Esmeralda Romero, Carlos Arturo Sáez, Arturo Araya.

SAN ISIDRO.—Esmeralda Aris, Esmeralda Monte, Esmeralda Paine, Esmeralda del C. Soto, Esmeralda Ahumada, Arturo Avendaño, Carlos Arturo Berrios, Esmeralda del C. Lucarca, Carlos Arturo Soto, Esmeralda Gana, Arturo Collana, Arturo Labarca, V. Esmeralda Carrasco, Esmeralda Lazo, Esmeralda Pavez, Esmeralda Hidalgo, Esmeralda del C. Boy.

ASUNCION.—Arturo Vicuña Subercaseaux, dos Esmeraldas, una Carmen Covadonga.

tal de nuestra tarea para una publicación de otra especie, vamos a bosquejar aquí algunos episodios íntimos de la existencia, la carrera y el carácter del héroe chileno, tal cual nos ha sido dable sorprenderlos en su propio hogar, tibio todavía con el calor de su presencia, de su virtud inmaculada, de su tierno y bien guardado amor.

La expresión de tales incidentes de la vida íntima, revisten forzosamente el cuadro doméstico que vamos a hacer revivir de un tinte melancólico y personal, por lo cual pedimos anticipada excusa a nuestros lectores. Conceptuamos a la verdad, apenas acreedora a indulgente excusa, toda alusión a sí mismo cuando se exhibe una grande existencia, porque así es dable al escrupuloso observador descubrir tras de la figura enaltecida el foso andamio y los utensilios vulgares del artífice. Pero entre el sacrificio del arte y el de la verdad, optamos por aquel, y vamos a contar los episodios con la misma llaneza con que han tenido lugar.

VI

Usando del permiso solicitado, nos apresuramos a declarar que, en medio de las borrascas de una existencia trabajada por caprichoso destino hemos tenido siempre, desde la más remota niñez, una afición, íbamos a decir como Zimmermann, un amor especial por los muertos. Por esto, nuestro primer acto de funcionario de una gran ciudad fué abrir ancho, holgado y respetuoso paso a los féretros, y por esto refiérenos la dulce madre que nos enseñó esa veneración con su ejemplo, que la primera manifestación de la curiosidad se despertó en nuestra alma por la incesante averigua-

ción de las últimas palabras de los que morían, propensión incurable y melancólica que debe tener sus raíces en el fondo del organismo de la vida, porque en medio siglo de existencia no se ha apagado todavía.

Al contrario, y así como fué el Cerro Blanco y los solitarios claustros que blanquean a sus pies, antes que las pardas rocas del Santa Lucía, el sitio predilecto de las escapadas del ocio infantil, recordamos haber pasado por largas y dulces horas de peregrina juventud en la majestuosa colina que domina a París como la grandiosa ciudad de los muertos, en aquel afamado cementerio del Padre Lachaise, que es como el resumen de las cenizas del mundo moderno. Y de ello tenemos dado testimonio en los **Viajes** que publicamos hace 24 años, y en un álbum fúnebre que guardamos como memoria de ensueños que pasaron junto con las yerbas, las flores y las hojas secas (**les feuilles mortes** del poeta) que recogimos en aquel santuario silencioso de todas las glorias que también pasaron. Una hoja de laurel de la tumba del bravo Labedoyère; una humilde gramínea recogida entre las grietas del marmóreo monumento del general Foy; el tallo de una mirtácea que crecía entre las tres rotas columnas, emblema funerario de los tres hermanos Lameth; un ramo de mirto arrancado por entre humilde reja a la tumba todavía anónima del bravo de los bravos, Miguel Ney; una yerba cualquiera, en fin, que crecía solitaria en el sitio de reposo de aquel tribuno impasible que se hizo expulsar de la Cámara senil de los Borbones por un pelotón de gendarmes, — el diputado Manuel. Ni nos falta tampoco una memoria de Lafontaine, en cuyo cenotafio hace duelo despier-ta zorra de bronce; ni la del poeta proscrito Moratín, ni menos ciertamente de la tumba favorita de los que

aman, eternamente adornada de coronas y construída con la piedra rojiza del Paraclito, bajo cuya canopia reposan cuerpo con cuerpo, alma con alma, las dos personas inmortales del heroísmo en el amor, — “Abelardo y Eloísa”.

VII

Por estos recuerdos y estas tendencias del alma, que nos ha sido inevitable escribir aquí para explicar todo nuestro pensamiento, se imaginará el lector cuál sería nuestro íntimo regocijo al recibir de un antiguo y noble amigo, hace ya de esto un mes, la siguiente cariñosa y excepcional misiva:

“Valparaíso, junio 25 de 1879. — Mi distinguido amigo: Rosario, mi hermana, y Carmela, que se han negado hasta ahora a recibir a las personas más caracterizadas de esta ciudad, porque su dolor no lo permite, abren sus puertas para Ud. El sábado próximo, si yo mismo no puedo, lo recibirán a Ud. en la estación de Bellavista los señores José Jesús y David Carvajal, hermanos de la viuda de Arturo Prat.

“Sin más que esto lo saluda con todo cariño su antiguo amigo.—JACINTO CHACON”.

¡Ah! No me era todavía dable visitar en tierra árida e ingrata, en prestado cementerio, marcado apenas por la cruz negra de la misericordia de menor cuantía, la tumba del héroe, encima de la colina que iluminó su gloria y dominando las aguas que inmortalizó su hazaña. Pero al menos visitaría su hogar, saludaría a la mujer bendita que le dió el ser y la enseñanza; me inclinaría conmovido delante de la esposa que le dió su alma y su ternura; acariciaría la frente de sus hijos, y

lo interrogaría a él mismo en el sitio que vió deslizarse plácidos y felices los últimos días de su escondida y siempre noble existencia. Por esto hemos titulado con propiedad este escrito: — **La Sombra del Héroe**, porque en realidad este perfil escrito no es sino su reflejo.

VIII

No necesitamos agregar que fuimos puntuales a la cita. Únicamente cambiamos la hora prosaica del medio día, la hora del tren, del polvo y de los negocios, por la calma, la sombra y el respeto de la noche...

IX

Existe en Valparaíso, casi en la medianía de la ciudad, una calle tormentosa que antiguamente se veía labrada por un cauce profundo, hoy emparedado, que el vulgo denominaba, cuando eriaza, la **Calle de los Cachos**, y hoy lleva el nombre de **Calle del Circo**, por el que tuvo allí una compañía ecuestre de norte americanos hace más de 30 años. La vía arranca de la plaza de la Victoria hacia los cerros y no tiene más de 150 metros de extensión.

En su remate, al pie de las colinas, y en el mismo solar del antiguo anfiteatro ha edificado el señor Jacinto Chacón una serie de casas en gradería, especie de cité, que más revela el genio poco ordenado del poeta que las áridas líneas del matemático arquitecto.

Una de esas casas, la que tiene el N.º 58, era el hogar de Arturo Prat.

Vivieron también en esa vía dos ilustres marinos, el almirante Simpson frente a Prat, y el almirante don

Eugenio Cortés, descendiente de Francisco Pizarro y del conquistador de Méjico (que en Medellín fueron deudos), el último en la esquina cuya fachada abre sobre la plaza Victoria. Habitaron asimismo en esa calle tan limitada como humilde un venerable filántropo, el doctor Cox, y un hombre público, que por su amor incesante y batallador por las libertades públicas de su patria mereció de sus contemporáneos el nombre de “el O’Coonell de Chile”.

X

La primera persona de la familia del capitán Prat a quien nos cupo la fortuna de encontrar fué a su venerable abuela. Equivocando la dirección en el dédalo del poeta-arquitecto, subimos una empinada escalera, y allí, en un confortable salón mostrábase, rodeada de sus hijas, la señora doña Concepción Barrios de Chacón, abuela materna del héroe de Iquique. Era un buen augurio. Comenzábamos la visión heroica por su primer capítulo, hábito y placer de historiador.

XI

Es la abuela del capitán Prat una señora notable todavía por su frescura, por la franqueza de su trato y por el temple de su espíritu. Ha tenido veinte hijos, y ha visto pasar once de ellos por el camino del dolor y de la sepultura a una vida cuyas sombras, ya próximas, no la espantan. Decíannos sus hijos que, enjugadas las primeras lágrimas de la ternura en su venerable rostro, la altiva matrona penquista había exclamado: — “Prisionero de los peruanos o muerto en la cubierta del **Huáscar**, prefiero lo último para mi Arturo”.

Esta digna señora no lleva su genuino apellido porque su padre fué un marino toscano, natural de Pisa, llamado Barri, a quien cita con este apellido Diego Barros en su **Historia de Chile** (vol 3.º, pág. 146) para contar su trágica muerte en el Cabo de Hornos.

El capitán Barri, bisabuelo del capitán Prat, perdióse, en efecto, en uno de los buques corsarios que en 1815 trajo a Chile desde Buenos Aires, el almirante Brown; y es digno de recordar que ese buque se llamaba como el compañero de infancia de Arturo Prat y su segundo en la **Esmeralda**, "El Uribe".

XII

En otra ocasión hemos dejado testimonio de que la prosapia paterna de Arturo Prat era, como la de Farragut, catalana. Hoy señalamos, por tanto, el hecho de su descendencia de un capitán pisano, hombre también de mar.

Agregaremos que en el litoral marítimo de Cataluña hay dos pueblos que llevan el nombre de **Prat**, esto es, el **Prat de Llobregat**, a una legua de Barcelona, y **Prat de Compte**, caserío montañoso en la provincia de Tarragona, no lejos del sitio de la antigua Sagunto, que sucumbió al romano sin rendirse. De este último partido proceden los Prats que vinieron a Chile.

XIII

El abuelo materno del retoño catalán, a quien tuvimos ocasión de conocer en nuestra niñez, y que falleció de 95 años de edad en la noche del 1.º de junio de 1870, fué un excelente patricio, alma bondadosa y en-

tusiasta que llevaba en su rostro, siempre afable y risueño, la huella de todos los regocijos de la patria. Don Pedro Chacón y Morales había sido uno de los amigos personales predilectos de San Martín (a quién acompañó al Perú), del director O'Higgins y de todos los espíritus culminantes de su época, especialmente entre los pipiolos, a cuya perseguida familia perteneció más tarde y hasta su último día. De su entusiasmo patriótico ha quedado una tradición viva en la ciudad, porque cada vez que llegaba a lomo de caballo, una noticia favorable a la causa de Chile, izaba una bandera en la puerta de su almacén, situado en la calle que entonces se llamaba "**Atravesada de la Compañía**", y que hoy lleva, por aquel símbolo, su nombre — **La Bandera**.

XIV

Permitásenos todavía agregar aquí como detalle de cuna y de topografía lo que sobre el sitio en que Arturo Prat viera la vida, nos cuenta un caballero catalán, hacendado del Sur, y poseído con justicia del culto entusiasta de su raza. — "Ayer escribíanos desde Quirihue el señor Ignacio Brunet, el 25 de junio salí de Chillán y, como los días son cortos, tuve que alojar y me quedé en la casa de mi hermana política Nieves Molina de Codina, dueño actualmente de la hacienda de San Agustín del Puñual. Dormí por consiguiente, en el mismo cuarto donde nació mi paisano Arturo Prat, doblemente paisano, por catalán y porque mi mujer también nació en esta hacienda... Si fuera poeta, añade el caballero catalán, probando que lo es, le diría que soñé con Arturito recién venido al mundo y que después ya hombre, lo había visto peleando en la rada de Iquique..."

XV

Tal es la tradición del materno abrigo. He aquí ahora como, uno de los compañeros de niñez y vecino de San Agustín de Puñual, describe la comarca: — “Situadas al pie del extremo Sur del estero de Ninhue, las casas del fundo de San Agustín de Puñual (que son grandes, y la propiedad lo es también) puede dominarse desde ellas un hermoso panorama, que se limita al oriente por los altos picos de los Andes, al través de los cuales se vé alzarse majestuoso el sol por la mañana. No hay sino esteros invernizos alrededor de la casa, y desde ella principian hacia la cima del elevado cerro, que, con el Caymanque y el Coiquén, forman parte del cordón central, alegres montañas de robles, hualas, boldos, maquis y peumos que casi todo el año son dormitorios de millones de choroyes.

“El pueblo de Ninhue está formado por una sola calle, de 6 a 8 cuadras de largo. Casi todas las casas son de teja, y los sitios de regadío cubiertos de preciosas arboledas de dulcísimos naranjos, cuyos frutos los habitantes van a vender a Concepción”. (1).

XVI

Una curiosa analogía todavía, porque nada hay perdido en el sendero de las existencias excepcionales, como en el crisol en que se ha fundido un metal precioso, del cual la escoria misma tiene ley. El nombre indígena de la estancia en la que vió la primera luz el mancebo sublime que pereció llamando su gente, espada en

(1) Carta del joven don Domingo F. Cruzat. San Carlos, junio 24 de 1879.

mano, al abordaje, significa: **pegar**. (“Punalm, punam, o puñalm, dice el padre Fébres, es el verbo activo **pegar**. Se sabe que **puma** quiere decir en araucano-león).

XVII

Parecerá a alguien nimio y aun fastidioso, cuanto como preámbulo de nuestra visita al hogar del capitán chileno llevamos dicho; pero ese alguien habrá de pertenecer por algún título a la gran muchedumbre, delante de la cual la humanidad desfila sólo como un inmenso rebaño. Lo que es nosotros, al ver cualquiera de los tipos luminosos de nuestro linaje, nos detenemos y nos descubrimos con respeto delante de la huella leve o profunda que han dejado sus pasos en la arena. Y hecho esto, proseguimos...

XVIII

Después de un cuarto de hora de cordial conversación en el salón de la abuela del capitán Prat, vino a buscarnos nuestro antiguo y respetable amigo Jacinto Chacón y, bajamos la escarpada escalinata por la cual habíamos subido al flanco de la colina, como para trazar el sendero recorrido por el héroe desde la alta cima en que brota la fuente de la vida. Por esa escala había rodado hacía pocos meses el joven marino al prestar solícito sostén a su esposa en cinta. Tenemos una carta autógrafa de él del mes de noviembre del año último, en que refiere que se halla **cojo** por haberse roto una rodilla en la escala “de mi **abuelita**”, calificativo de infinito cariño en una alma capaz de tan fiera resolución como la suya.

XIX

Eran las 8 de la noche del 28 de junio, y comenzaba a llover con fuerza, azotando gruesos goterones, como el redoble de un tambor que bate funerala, la techumbre del sonoro zinc que nos servía de cobertor al pasar de una vivienda a otra.

Atravesamos uno o dos pasadizos y nos encontramos en un pequeño salón, ataviado con la gracia y la sencillez de un artista. Modestos retratos de familia, flores marchitas, una consola, un sofá todo austero pero elegantemente dispuesto: tal era el menaje.

XX

Yo aguardaba entre tanto con visible emoción la hora de la entrevista.

Entoldóse una puerta, y saludé con sincero y conmovido respeto a la madre del héroe.

Es una señora, una fisonomía, una expresión que hemos encontrado antes en muchos hogares: es el tipo de una madre chilena, como la mayor parte de las nobles mujeres de este país, en que el altar cambia tantas naturalezas de ángeles en santas. En cualquiera parte del mundo que hubiera tenido la fortuna de encontrar a aquella señora, no habría vacilado un minuto en decirme a mi mismo: — “Esa es una chilena”.

La madre de Arturo Prat no afectaba ningún postizo dolor, pero era visible que lo escondía en los adentros de su alma, y allí lo guardaba como el ánfora cerrada que guarda embriagador perfume.

Hablóme con naturalidad de la niñez del hijo ya inmortal.

—No recuerdo, me dijo, lo que se ha contado de las palmadas que le diera al nacer la matrona de Quirihue. Pero sí, tengo muy presente que cuando sólo tenía quince meses, trájole mi hermano Andrés de Talcahuano a Valparaíso, en un buque de vela; y como a bordo economizaran el agua dulce, lo bañaban todos los días en la del mar, fría como el hielo.

Ese había sido el bautizo verdadero del marino...

—De niño, agregaba la santa señora, Arturo era travieso, pero con una tendencia muy marcada al aislamiento y a la reserva. Cuando lo puse en la Escuela Superior de la calle de San Diego, le gustaba volverse haciendo mil travesuras por el medio de la calle, pero siempre solo.

No se distinguía tampoco por su aplicación, y esto me afligía, porque era para mí una esperanza, que crecía al lado de su padre que vivía moribundo. Yo misma le enseñaba y enseñaba a otros para enseñarlo... Y al decir esto, un ligero temblor en la voz parecía traicionar en la digna matrona la emoción de una leyenda de perpetuo dolor y de perpetua lucha: dos polos de la vida, invisibles como los del globo; pero en torno de los cuales gira eternamente la vida de tantos seres, que es infortunio.

Y como esa vida, velada por el austero rubor de la dignidad, existen millares en estas grandes ciudades desiguales, en que la fortuna deslumbra los ojos para ocultar el ancho antro de los dolores escondidos. Santiago es un río de lágrimas que corre a cauce seco como su veraniego estuario. "A sus canas, decía, de un venerable anciano hijo de Santiago, a quien un escritor chileno encontró en desierto mineral de la cordillera en una excursión mineralógica, han sobreveni-

do las especulaciones frustradas, a éstas la muerte de sus hijos, a la muerte de sus hijos el broceo de sus minas, al broceo de sus minas el incendio de su casa. (1).

XXI

Y bien, es esa la historia de mil familias honorables e ignoradas, y especialmente la historia de la señora Chacón de Prat. Su suegro pereció víctima de una celada en la Serena; su abuelo en una borrasca del Océano; cuando fué madre perdió sucesivamente sus hijos hasta Arturo, nacido 10 años después de sus nupcias; y en seguida, cruel y prolongada dolencia privó a su esposo de todos los elementos normales de la vida, todavía el mismo incendio que acabamos de recordar, arrebatóle dos semanas después de su enlace, los restos de antigua y combatida fortuna.

¡Tal ha sido la escuela moral del héroe!

XXII

La conversación, como se comprende, había tomado un giro doloroso, cuando como entre espinas de esos arbustos floridos que solemos abrigar junto a nuestra ventana, apareció bellísima y retozona la hijita del capitán de la **Esmeralda** — Blanca Prat—. En una hora habíamos andado cerca de un siglo, desde el capitán de Pisa a aquella risueña, festiva y linda criatura, blanca paloma de azules ojos y de rosado pico que retoza a orillas de una fosa empapada en lágrimas!

(1) *Jotabeche*, a propósito del patriota don José Silvestre Lazo. *Carta de Maipo, abril 3 de 1841*.—La casa del doctor Lazo se incendió en 1840, y es la misma que ocupa su hijo don Joaquín en la esquina que forman sobre la plaza las calles de la Merced y del Estado. Allí tenía su tienda de comercio el padre del capitán Prat cuando se incendió en 1840).

Cogíala con efusión en mis brazos y besé su frente, que no esquivó al cariño ni al calor del alma. Es una niña verdaderamente linda, sin ninguna lisonja de ocasión.

—Es una picarona, me dijo la abuela, que disputa todo el día a su hermanito la espada de su padre; su afán es que con ella va a matar a **todos los peruanos**.

¡Inocente avecilla! ¡Tal vez ella se imagina que los que inmolaron a su padre sobre el puente del **Huáscar**, son simples personajes de fantástico cuento como los que la arrullan en la cuna, y espera todavía que cualquiera mañana, como antes, habrá de volver de la mar, con rostro alegre, a perseguirla entre los muebles de la alcoba, para hurtarle la caricia de sus besos, y que ella ha de pasarle todavía, con cariñosas manitas, el lápiz de trabajo, el **bouquet** de las flores del jardín, esa misma espada que noble adversario ha devuelto al muro en que hoy brilla como refulgente trofeo para todos los chilenos...!

Entretanto, como heredera o usurpadora de esa arma ya histórica, fué ella misma a traérmola. Es una espada común de marina que tiene, en la placa movable del guarda-cantón, este nombre esculpido en el bronce: **ARTURO PRAT**. Por esta inscripción supieron indudablemente los captores de su cadáver, quien era el héroe. Antes habían creído que era Thomson, y así lo publicaron con regocijo en Lima.

Los que han leído el inventario de los tiernos objetos encontrados sobre el cuerpo del capitán de la **Esmeralda**, no se habrán fijado tal vez en una circunstancia que realza extraordinariamente la naturaleza especial de su heroísmo. La primera línea de ese inventario dice así: “Una espada **sin vaina**, pero con sus respectivos tiros”.

XXIII

Habíamos llegado a esa parte de la conversación en que la lengua y el espíritu se condensan y se funden en un solo instrumento hasta formar un solo eco, cuando una señorita hermana del héroe vino a anunciarnos que su noble viuda, venciendo un serio malestar, venía bondadosamente a participar en el común, doloroso, pero animado coloquio.

XXIV

No nos atreveremos a hacer la descripción de aquella dulce y hermosa señora, velado todavía su pálido rostro por la sombra de inexorable e indecible quebranto. Y por esto ella no habrá de negarnos tampoco su licencia para presentarla al lector en un solo rasgo de la pluma.

Semejante en todo, y hasta en el pálido rostro y la larga y fúnebre túnica ceñida a esbelto busto, a la estatua del dolor, la viuda del héroe nos pareció sólo su sombra: — “La sombra del Héroe”.

No había en ninguna de las facciones de su rostro, dulcemente apacible, ninguna de esas líneas que acusan la energía del alma, sino su ternura. Sólo sus ojos, encendidos todavía por insaciable pero escondido llanto, traicionaban los largos días de angustia y soledad que llevaba contados desde la hora primera del martirio. Ella misma fué a traernos las últimas ofrendas del amor premiado que otorgara después de larga espera al ambicioso marino, y fuélas repasando una en pos de otra entre sus dedos, como si fueran las valiosas jo-

yas de una reina. Estaba allí su anillo nupcial, su libro de memorias en que había continuas alusiones a la esposa ausente, y un retrato de la beldad cuando el esposo y dueño era todavía tímido conquistador de su ventura... El mismo había escrito al respaldo de la tarjeta esta línea, que fué talvez la fecha de la primera esperanza, el primer trofeo de disputada victoria: **“La tengo desde febrero de 1869”**. Su amor había durado diez años. Su dicha cinco. Su vida apenas treinta y uno. ¡Breve resumen de una existencia corta como la mañana de la primavera!

XXV

—Lo que dominaba sobre todo lo demás en la naturaleza de Arturo, me decía la que habría sido su mejor juez, era su amor innato a la justicia. Nada le importaba en su carrera, porque su pasión era el deber y el trabajo.

Pero cuando fuera en el cuerpo de marina, fuera en la administración general del país, creía sorprender la mano oculta del favor o la bajeza, perdía de improviso su calma habitual y se exaltaba hasta la ira. No tuvo nunca postergaciones en su profesión de marino; pero miraba las de sus compañeros como propias, y sólo en casos de ese género lo notaba irritado. En todo lo demás era tranquilo, afable y hasta juguetón, porque todos los días había de retozar un rato con su Blanca, que era su más ciega idolatría. Fuera de estas expansiones íntimas, su carácter era reservado, y hasta melancólico. Continuamente lo embromábamos apostrofándolo de — “fríón” — porque jamás traía una noticia de la calle, y cuando contaba algo, esperaba que

todos estuviesen reunidos para decírnosla, y así abreviar. Su mayor placer era el trabajo, y cuando no tenía nada serio entre manos, poníase a iluminar retratos fotográficos. Su vida era muy pareja, afectuosa sin mostrarlo, abnegada sin ostentación, admirador de todas las cosas grandes, pero sin decir jamás que él las intentaría: toda su religión estaba cifrada en esta palabra que a mi me enseñó para mis hijos: — “el deber”.

XXVI

Un detalle que todavía descubre en un solo nombre el temple especial del alma de Arturo Prat. Su ambición más íntima de soldado y de padre había sido poner a su primogénito, un nombre antiguo, que es un resumen de todos los heroísmos como los que él consumó en Iquique — el nombre de “**Héctor**” —. Mas, aprovechando su ausencia en Montevideo, la tierna esposa hízose reo de evidente desobediencia, y dióle el suyo. ¿Y por qué no se lo devolvería hoy, junto con el que el infante lleva y con su espada?

XXVII

Pasaban entre tanto las horas, y aquella amable familia se complacía en detenerme con un nuevo atractivo. Aun cuando ya habían dado las diez de la noche, hora de debido reposo para los que lloran, sacaron de su cuna al último nacido, un niño robusto y hermoso de cinco meses, que balbuceaba ya acentos bulliciosos y manoteaba con sus bracitos como un pequeño grumete. Arturito Prat, “alférez de artillería”, entró al salón de su abuela y de su madre al abordaje...

XXVIII

Encuéntrese el hijo y heredero del que será en las edades futuras de nuestra historia, lo que fué en las pasadas Lautaro y Manuel Rodríguez, un emblema nacional, encuéntrase, decíamos, en ese período de la existencia en que comienza la múltiple gimnástica de los órganos de la voz, de los músculos, de todos los sentidos, y para tal aprendizaje no necesitará ciertamente el tierno niño otra institutriz que la naturaleza.

Pero cuando el vuelo de los años haya desatado en su alma y en su cuerpo la ligadura que ciñe a la materia las alas de la primera niñez y suenen para su mundanal carrera las horas supremas en que la vida se convierte en yunque y el corazón en fragua ardiente, hacemos votos porque sea su directora única, sin necesitar ajeno tutor, la que fué esposa y compañera del inmortal capitán de Chile.

¡La memoria de su padre será su escudo, el alma de la viuda será su luz, la Patria su faro!

Santiago, julio 20 de 1879.

B. Vicuña Mackenna.

“El Nuevo Ferrocarril”, de 21 de julio de 1879.

“Las Dos Esmeraldas”. Documentos N.º 19, pág. CXXII.



DISCURSO

EN LA RECEPCION, EN SANTIAGO, DE LOS MARINOS DE LA COVADONGA

El intendente Freire...” Mi honorable amigo, el señor Vicuña Mackenna, creador artístico del soberbio local en que nos encontramos, manifestará a los vencedores de Iquique los sentimientos de la ciudad de Santiago, que son también los míos”.

El señor Vicuña Mackenna: Voy a pronunciar unas cuantas palabras que espero oiga la concurrencia de pie y con la más profunda atención.

El digno Intendente de Santiago me ha confiado la honrosa misión de saludar a los ínclitos vencedores del 21 de mayo.

¿Qué podré decir yo, cuando 40,000 chilenos agrupados en la Alameda y en la plaza pública, unidos en un solo pensamiento, se han congregado sin mandato oficial, para saludar a ese puñado de valientes? Ese es el más elocuente de los brindis.

Este peñón histórico que se conmueve en sus bases de granito, sacudiendo sus entrañas estremecido de entusiasmo al soportar el peso de tanta gloria; ese es otro brindis.

Pero el brindis más entusiasta, el brindis más respetuoso, el brindis más unánime, lo pido para ese capitán chileno que se hundió combatiendo al pie de su bandera; para ese mozo de treinta años que encarna en su alma honrada toda la epopeya de las glorias de Chile, toda la leyenda de hechos culminantes que tienen de heroísmo las páginas de nuestra historia.

Quisiera que esta copa con turbio vino que tengo en mis manos, se convirtiera en el cáliz de oro en que se pudiese recoger gota a gota la sangre ardiente y generosa de Arturo Prat!

Hago fervientes votos porque el Congreso Nacional de Chile se apresure a consagrar la memoria inmaculada del vice-almirante **Arturo Prat**; y porque las ofrendas hechas a su viuda y a sus hijos correspondan a esa gloria y a ese sacrificio”.

El señor Vicuña Mackenna volvió a hacer uso de la palabra para pedir una segunda copa por el almirante Williams, que era quien había enseñado la senda que debían seguir nuestros bravos marinos; diciendo:

“Una cosa hay, señores, que llama la atención en nuestra marina; y es que en ella no hay envidia, ni encuentran eco jamás las pasiones bastardas.

“Tengo una carta del valiente jefe de la **Magallanes**, Juan José Latorre, carta que publicaré mañana, en la que me exige que en vez de pedir un ascenso para él, después del combate del Loa, lo pida para su segundo, Zenobio A. Molina. ¡He aquí un acto de desprendimiento que prueba lo que es Latorre.

Después del combate de Iquique, mi amigo el joven Orella, me pide en una carta que demos nuestros aplausos al almirante de la escuadra. Y en este momento, vosotros lo acabáis de oír, el comandante Condell no ha querido dejar pasar la ocasión que se le presentaba de mostrar la afección que profesa a su jefe y el alto concepto que de él tiene formado.

Un brindis, señores, por el almirante de nuestra escuadra, que ha sabido formar corazones como los de Prat, Condell, Latorre, Orella, Serrano y demás valientes”.

“Boletín de la Guerra”, pág. 223.

“Guerra del Pacífico”, Ahumada Moreno I. pág. 359.

1879

"EL AÑO DE ARTURO PRAT"

I

Si es cierto que los grandes hombres de cada país son el país mismo, según la frase profunda de Lamartine al visitar la Italia;

Si es cierto que cada época tiene "su hombre representativo", como lo afirma Emerson, pasando en revista la historia de la humanidad y de sus genios conductores;

Si es cierto, por último, que el heroísmo es el conjunto de todas las virtudes que se aunan, se levantan e imperan a un tiempo en el alma de un hombre;

Si es cierto todo esto, es cierto también que Arturo Prat es un grande hombre;

Es cierto que ARTURO PRAT es un "hombre representativo";

Es cierto que ARTURO PRAT es un héroe.

Asistamos a la prueba.

II

Véasele en toda su vida y en su última hora.

Niño, tiene el heroísmo del hogar.

Adolescente, ama como los paladines de la leyenda.

Marino, casi desde la cuna, besa al Océano en la frente y se mece en él, en sus olas azules, en sus tradiciones de gloria, en sus batallas de media noche, como si hubiera nacido entre sus crestas.

Nombrado para tomar al abordaje a la **Covadonga** en el puerto de Coquimbo, escribe a su madre que la idea de aquella empresa le sonreía como sus propias caricias.

Captor de la **Covadonga** envía íntegro a su techo su cuota de presa, haciendo del patrimonio del bravo el báculo del padre anciano y abatido.

Náufraga la **Esmeralda** en la rada de Valparaíso, lánzase de su lecho donde le retiene la fiebre, y sálvala.

Como Lee, "el gran Virgilio", **Arturo Prat** cree que la cosa más grande de la vida es el deber. Y de esta enseña santa no aparta jamás los ojos, desde el aposento del aula infantil hasta su última mirada al invicto mastelero en cuya cima flota invicto pabellón.

III

Se ha dicho, en efecto, y se ha creído, que hubo en Iquique un grande y pocas veces visto heroísmo de soldado.

Húbolo, a la verdad, en todos, y en **ARTURO PRAT** más alto que en otro alguno, excepto, tal vez el heroísmo guerrero de Ignacio Serrano, este **Ajax** de nuestros mares.

Pero el heroísmo genuino, propio, tranquilo, inmutable como la roca, bruñido como el bronce, sublime co-

mo la luz que alumbra las mañanas de los Andes, es el heroísmo del deber que ARTURO PRAT ostenta al pie de la colina de Tarapacá.

¡Recordemos!

Avísanle que invencible enemigo se acerca... Pero el capitán no se inmuta, ni se atropella, ni se aparta una línea del trazado de acero del deber, del orden de batalla que la Ordenanza prescribe para el mar:—“¡Salte a reconocer!”

Es la escuadra enemiga que viene ufana, provocadora, invencible... No se inmuta tampoco el adalid, que encierra en su personalidad todas las responsabilidades del deber propio y colectivo. Sube el capitán PRAT al alcázar, y con palabras de hombre y de jefe, latiendo desahogado el valiente corazón dentro del pecho y sonora la lengua en la garganta, empapada en el calor de las fauces, alienta a los suyos a morir como chilenos: — “La bandera de Chile no se ha rendido nunca!”

La vibración de aquella alma y de aquella voz repercute en la nave, y el capitán de mar, que ha recibido esa bandera y su custodia, sabe que nunca será arriada. Esto, como prenda moral, sobra a su pecho y a su mando.

Pero el hombre, el gladiador, el camarada, acuérdate que si el fragor del bronce es el himno de la batalla, el músculo del combatiente es la victoria: y entonces, sereno, impassible, sublime siempre, pregunta: — “¿Ha almorzado la gente?”

IV

Y hecho todo ésto, que es sólo el deber y sus cimas opacas y luminosas, el héroe cabal, que no se ha desmentido en uno solo de los grandes actos de su vida,

en una sola de sus voces de mando en la maniobra, pone la proa al sepulcro y dice tranquilamente a su bravo lugarteniente: — “¡Seguid mis aguas!”

Y todavía, cuando paseando segura mirada por la borda divisa que todo está cumplido, grita a todos los que le obedecen y se doblegan como si fuesen sólo la sombra de su cuerpo, al eco de su bocina de bronce: — **¡Cumplid ahora vuestro deber!**

Y más adelante del sacrificio, cuando el cañón ha tronado durante tres horas, y viénese desalado sobre el flanco de la frágil nave, rota por las balas, monstruo enemigo con sus hocicos de fierro trabados y enhiestos, acusando que en el fondo de sus entrañas está aposentada la muerte, el caudillo inmortal salta sobre su lomo como para asirle la indómita garganta, y al caer exánime deja al vencedor lo único que los héroes antiguos solían dejar en el campo enemigo: su espada y su cadáver.

Su broquel, que sería devuelto al hogar, era sólo el retrato de su esposa y de sus hijos, que nunca apartó del corazón ni como atavío ni como memoria.

V

Lo que constituye por esto la grandeza peculiar del heroísmo de ARTURO PRAT, lo que lo hace único e insuperable por otros heroísmos, es su maravillosa, nunca interrumpida, pareja, acerada, imparable unidad. Como Bayardo su nombre recorrerá la historia sustituido por una leyenda, nombre de pila de la gloria.

ARTURO PRAT ha pasado por la doble prueba del crisol de fuego en que hierve la envidia y del crisol de arcilla en que reposa el olvido.

En el fondo del primero no se ha encontrado un solo vestigio de hiel.

En el fondo del segundo está todavía lleno de lágrimas...

La gloria de ARTURO PRAT es una gloria completamente liquidada: es un finiquito de la inmortalidad que nunca jamás será revocado.

VI

La vida y la muerte de ARTURO PRAT confúndese así, en una sola intuición, en una sola voluntad, en una sola luz, como la del diamante que el lapidario acaba de laminar con el cincel; es la gran unidad del deber, que comienza en la cartilla y acaba en el salmo que los moribundos de ánimo entero recitan junto con el sacerdote en el dintel del más allá...

De aquí la talla colosal de este chileno, que ayer era sólo escondida juventud.

De aquí que el nombre de ARTURO PRAT no sólo sea un emblema de la nación chilena sino una leyenda, una admiración, una figura aparecida en luciente relieve en el horizonte que el Océano abre a todas las naciones.

Como Pablo Jones, el tipo del mar de la América del Norte; como Gravina en Trafalgar, como Canaris en Grecia, como Cochrane en el puente de la primera **Esmeralda**, ARTURO PRAT es el héroe del mar entre todos los pueblos, aquel a quien el vulgo canta, la ola arrulla, el nauta invoca en el peligro, la tempestad destaca sobre el puente, asido al timón, dando rumbo sobre la cofa, genio y salvador a la vez, que el Océano resucita en todos sus enojos como para aplacarse a su voz.

VII

La justicia universal ha sido ya hecha: la efigie de ARTURO PRAT corre en Europa esculpida en el bronce; es un estudio familiar en el taller, es un homenaje de la industria, es una lección que cita en los libros, en los arsenales, en el puente de naves poderosas, en la prensa de todas las naciones. Ayer, un diario serio de Nueva York, THE TRIBUNE, en un artículo de fondo titulado: **Ciencia y heroísmo**, a propósito del combate de Angamos devolvía a los chilenos toda la fama de dominadores del Pacífico. Pero Angamos no fué sino la reverberación de Iquique. Latorre peleó allí viendo pasearse la sombra del amigo en su propio puente, y Grau mismo, muriendo en el deber, pero sin relieve, acentuó con su propio sacrificio el holocausto incomparable que él consumó en Iquique. La **Esmeralda** fué el ara: Angamos es la aureola del ara.

VIII

Por esto, en la vida futura del Pacífico no serán únicamente ni el descubridor, ni el viajero, ni el corsario, ni el forbante, ni los libertadores, ni los genios, los únicos usufructuarios de la gloria que dispensan los grandes hechos. Magallanes, Guillermo Shouten, Jacques le Maire, Sebastián Elcano, los renombrados exploradores del Pacífico austral; Le Heremit y Von Noort, estos vengadores de la Holanda libre en esta parte de los mares donde no se ponía el sol; Drake, Davis y Sharp, los terribles corsarios de Albión; Anson y Cochrane, sus héroes legendarios, no están ya solos.— ARTURO PRAT trazó con su espada en las aguas tro-

picales el círculo que la gloria necesita, como la chispa eléctrica para brillar con fascinadora llama; y él ocupa hoy, como la luz del quemador, el centro...

Por esto, mientras el sol de los mares luzca refulgente en la superficie movable de la onda universal, no brillará ya únicamente para Salamina, para Trafalgar y para Lissa: un rayo de ese sol se fijará como lengua perenne de fuego en un paraje conocido de la rada oscura, en que se librara el titánico combate de Mayo, humilde sólo en el número.

Y por la noche, cuando la callada luna pasee su carro por la playa que bulle de vida y alegría, no será su caricia más dulce ni para la beldad, ni para la flor, ni para el ambiente que empapa la llanura, sino para una cruz tosea de madera, leño de inmortalidad enclavado por la misericordia sobre un montículo de tierra, y en cuyo brazo se lee este solo nombre: ARTURO PRAT.

IX

Y por esto también el año que a estas horas está expirando con el último destello de los astros que alumbran la vigilia, no se extinguirá entre loas, cánticos y las alegres justas de un pueblo vencedor y afortunado, sino tras de la mura de aquella nave solitaria y embesitada, que vá hundiéndose lentamente en el abismo y que muestra todavía entre las demás estrellas del opaco firmamento, la blanca, la inmaculada, la querida estrella de la Patria.

X

Lo hemos ya dicho, el año en que todo esto ha sucedido, no se denominará en las edades futuras con una

cifra vulgar, cual todas las épocas corrientes del vulgar calendario humano.

El año 1813 fué “el año de los Carreras”.

El año 1817, fué “el año de San Martín”.

El año de 1823, fué “el año de O’Higgins”.

El año lúgubre de 1837, fué “el año de Portales”.

¡Y bien! En la memoria del pueblo y de los siglos, por el solo fiat de la justicia que cumple mandatos de gloria, al año que hoy damos austero adiós, prontos todos a recibir en el deber los dones o los infortunios del que desde hoy toma su puesto en el siglo, se denominará el “año de la **Esmeralda**” o con más justicia, con más poesía y mejor y más cumplida gratitud,

“EL AÑO DE ARTURO PRAT”.

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, diciembre 31 de 1879.

“El Nuevo Ferrocarril”, de L.º de
enero de 1880.



ARTURO PRAT

(De "El Album de la Gloria de Chile")

I

Si en el presente desfile hacia la inmortalidad de los muertos ilustres de Chile engrandecido, hubiérase seguido, por el editor de esta galería nacional (cual es de uso) el orden de precedencia en la heroicidad de las hazañas, en el logro de los sacrificios o siquiera en la prioridad de las fechas, su primera página y su primera efigie habrían pertenecido de derecho al capitán glorioso, que el primero entre todos y antes que todos señaló a sus compatriotas, marinos, soldados y ciudadanos, la senda del deber en denodado combate y en sublime martirio.

Mas era preciso dejar hacer su aparición a otros antes que al capitán de Iquique a fin de no sentirse deslumbrados por aquel grandioso reflejo inicial que fué la auréola de la guerra en su cuna y será su inmortalidad en los siglos; y a este propósito convencional, hemos obedecido hasta la presente página en nuestra larga tarea de glorificadores.

II

Mas hoy el sol se ha puesto más allá del horizonte trás de la parda montaña. Las sombras descienden sobre el valle. El reino del olvido comienza. Y entonces por sí solo llega el momento de la augusta justicia y de la oportuna, necesitada y grandiosa consagración en los anales de la historia. Nunca hemos olvidado a este respecto que los restos mortales del capitán de Iquique y de sus valerosos lugar-tenientes en la batalla, sepultados de misericordia por extranjera mano en el médano que presenció su inconmensurable proeza, hállanse todavía guardados en extraña bóveda, lejos, muy lejos, de su nativo suelo, y de prestadó.

Dicho esto, más como desahogo del ánimo patriótico que como protesta contra los eternos aplazamientos de la justicia en nuestra morosa tierra, penetramos en el seno de la luz, que se llama la historia, y al pié del faro que el capitán chileno encendiera para iluminar con su proyección infinita la guerra en el mar y en sus colinas, en la playa y la montaña, vamos de lijera a contar su pura, inmaculada, incomparable vida antes del sacrificio magnánimo, antes del redentor ejemplo.

III

Vió la luz el capitán de fragata de la armada de Chile don Agustín Arturo Prat (quién, si hubiera sobrevivido a sus hazañas, sería hoy, de seguro, uno de sus más prestigiados almirantes) en el departamento de Itata y en la hacienda de San Agustín de Puñual, situada en las faldas del alto cerro de Coiquén, que mira al mar, en la noche del 3 de abril de 1848.

Muéstrase todavía, con el respeto con que se abre al peregrino un santuario, el aposento blanqueado, protegido por tosco corredor, en que nació el héroe chileno, y aun se nombra y honra en la comarca, así como el sitio de la cuna, el nombre de la campestre matrona que asistió a la bendecida madre en su alumbramiento. Ufano todo el pueblo comarecano, ha erigido por esto en la plaza de la ciudad cabecera del departamento, que es Quirihue, un monumento de mármol que da testimonio de su justísimo orgullo y digno decoro lugareño.

IV

Por sus antecesores, era el capitán Prat de estirpe catalana, procedente de Gerona, ciudad antigua de guerra, vecina de Sagunto, de la que, en los primeros albores de la revolución sud-americana (1811), había pasado a Chile y al Perú, por móviles de comercio, su abuelo paterno don Ignacio Prat.

Asesinado éste en una celada de hurto en la Serena, mientras perseguía su honrado comercio, algo más tarde (1824), quedó su viuda, una señora oriunda de Valdivia, llamada doña Agustina Barril, a cargo de varios hijos y entre éstos, de uno que llevaría el nombre de su madre y el sello del infortunio del autor de sus días.

Don Agustín Prat (que así se llamaba el último), dedicóse, en efecto al comercio, como su padre, y como él no tuvo fortuna, sino antes bien innumerables desdichas, enfermedades prolongadas, un incendio de su almacén en Santiago, cuando no había bombas ni seguros, y por último la esterilidad del campo, que antes de abrirse inopinadamente el mercado de California en 1849, era casi yermo en Chile.

Su única compensación, en medio de sus dolores físicos y quebrantos industriales, había sido, durante todo el tiempo que las plagas duraron, su esposa, mujer que cultivó en sus hijos, enseñándoles con el ejemplo la santa resignación del sacrificio, con el amor probado y con la ley inmutable del deber cumplido, el sendero que condujo al mayor de ellos desde su seno a la inmortalidad. La señora María del Rosario Chacón, hija de un entusiasta patriota de la independencia, y nieta, por su madre, de un marino italiano que pereció al servicio de Chile en las aguas del Cabo de Hornos, al unir su suerte a la de un hombre de bien, aceptó, a ejemplo de la mujer chilena y de la mujer bíblica, por entero el lote de su suerte.

Por manera que cuando todos los senderos del solicitado bienestar de la familia cerráronse para su esposo, fuése la virtuosa consorte a compartir con él, en las soledades de una remota estancia de provincia, el pan que el tardo arado rendía entonces al hogar en Chile. La hacienda de San Agustín de Puñual era de propiedad de sus padres que la cedieron en arriendo a su marido, para enagenarla poco después, en razón de la merma general de los valores de campo que por aquellos años afectó a todo el país. Hoy es propiedad de un caballero, catalán también, don Javier de Codina, que sabe honrar su raza con el culto de los recuerdos.

V

Pero en medio de sus contrastes de aciaga suerte y como si el destino hubiera querido anticipar recompensa amplísima a la familia peregrina, nacióle a la madre abnegada en el desamparo de la comarca montañosa,

el hijo cuya memoria su país hoy aclama y ella bendice, bajo las circunstancias que dejamos señaladas.

Da de aquellas vivo testimonio la fé de bautismo del infante; y como lo que hay de admirable y más digno de estudio en la vida del capitán Prat, es la inquebrantable unidad de su existencia, que es inalterable, sólida, indestructible como el acero, desde el pañal al sudario, conviene, a fin de dejar bien establecidos sus verdaderos e inmortales atributos, no quede relegado al olvido ni el más nimio de los detalles que a esa convicción suprema conduzcan. En este sentido la vida que vamos a trazar dentro de marco comparativamente estrecho, habrá de componerse de piezas justificativas, de apreciaciones morales, de cartas íntimas, de confidencias, de fallos del alma, del criterio ajeno, antes que el nuestro, porque así aparece en el conjunto realzada en sus verdaderas proporciones la talla del héroe. Y para empresa semejante ningún trozo de granito habrá de estar de más, aun allegado al alto pedestal que sustentará la colosal efigie.

VI

Conforme al juicio vulgar de las muchedumbres, que más que ser convencidas gustan de facinarse, la verdadera y para muchos la única gloria del capitán de Iquique arranca del hecho y de la fecha en que consumó su renombrada hazaña en esas aguas.

Pero lo que la justicia póstuma ha recogido sobre sus días, su carácter, su virtud, sus principios y sus hechos, así como sobre las luchas de su vida al ser ésta segada en su primor lozano, demuestra con indestructible evidencia que el acto final de la existencia

del abordador del **Huáscar** no fué sinó la consumación lógica y sencilla, sin preparación y sin violencia, de una serie de antecedentes morales que formaban la integridad immaculada e indestruible de su corta pero generosa carrera de hombre y de marino.

Es esa unidad, que se extiende desde las selvas del Itata a las playas arenosas de Tarapacá durante el espacio de 31 años, lo que constituye, a juicio nuestro, la verdadera grandeza moral del ínclito chileno que se llamó Arturo Prat; y por eso incorporamos aquí, como el primer anillo de la rota cadena, recogida hoy con piadosa solieitud e incansable afán, de entre las piezas justificativas del proceso de su gloriosa carrera, su fé de bautismo hallada en la parroquia de Ninhue, a dos leguas del selvático sitio en que naciera, y la cual, así cuenta su excepcional venida al mundo:

“En esta iglesia parroquial de Nuestra Señora del Rosario de San Antonio de Ninhue, a dos días del mes de marzo de mil ochocientos cuarenta y nueve, puse óleo y crisma y bauticé solemnemente a Agustín Arturo, de **once meses** menos dos días, hijo legítimo de don Agustín Prat y de doña María del Rosario Chacón, naturales de la hacienda de San Agustín de Puñual de este curato. Fueron padrinos don Andrés Chacón y doña Josefa Chacón. De todo lo cual doy fé. — **J. Bartolomé Venegas.**

“Es copia fiel del libro y a fojas que me refiero.— **José Ignacio Lafuente**, cura vicario”.

“Quirihue, junio 15 de 1879.—Certifico que el presbítero don José Ignacio Lafuente, que suscribe la copia precedente, es el cura de la parroquia de Ninhue en el departamento de Itata.—**José Ignacio León**, notario público”.

VII

Cuando el tierno montañés así tardíamente bautizado, porque nació enfermizo y aun mudo (al decir de su madre), hubo cumplido 15 meses, trajéronle a Santiago por la vía marítima de Talcahuano. Y con este motivo su madre, tan amante como previsora, ha referido en más de una ocasión al que estos recuerdos compagina, que a fin de robustecer la frágil estructura del niño predestinado, cuidaba durante su navegación a vela a Valparaíso, en el invierno de 1849, de mojarlo todas las mañanas en el agua fría y fortificante del océano. — Era ese el bautismo del marino después del óleo del cristiano...

VIII

Del asilo campestre que a la familia Prat había brindado su generoso abuelo materno don Pedro Chacón Morales, pasaba ahora su buena hija al cariñoso nido sub-urbano en que aquel buen caballero abrigaba su numerosa prole en el barrio de los Tajamares, y que en aquel tiempo era conocido con el nombre de "lo Herrera", por un canónigo de Santiago que, a principios del presente siglo, edificara sus vastas dependencias a manera de claustros. Hoy es el Asilo de la Providencia, y así se denomina.

Pasó allí los primeros años de su primera niñez, al pié de los Andes, quién debía ilustrar con imperecedero renombre y en edad temprana el mar de Chile. Y sólo se cuentan de él, los ejercicios gimnásticos a que por una especie de instinto restaurador de sus escasas fuerzas naturales entregábase el vacilante niño. Nadie,

de ordinario, subía más alto que él a los empinados álamos, (cual si fueran mástiles de natural aprendizaje) para hurtar sus nidos a los pájaros, ni nadie buscaba, a escondida de la solícita madre, más hondas pozas en el vecino río para aprender el arte de nadar, que en él era otro instinto.

En cierta ocasión en que distraído u holgazán se entretenía con uno de sus compañeros de aventuras en medio de la polvorosa avenida que separaba el Mapocho de su casa, frente a los cipreses de la Providencia, un coche de servicio de los que viajan a Apoquindo lo atropelló malamente, y hubieron de llevarlo cubierto de sangre y contusiones a su madre. Fué aquel el primer ensayo de guerra, el primer combate del captor de la **Covadonga** y del sublime defensor de la **Esmeralda**.

IX

Crecido un poco en años y en turbulentas empresas infantiles, a fin de hacer más asequible la educación cuotidiana de sus hijos, debida hasta entonces sólo a su prolija dedicación de madre y de institutriz, la señora Chacón, llevando por la mano a su marido ya postrado, trasladó su habitación al centro de la ciudad, a la calle Nueva de San Diego y a la casa que, al presente, una suscripción popular convierte decorosamente en monumento digno del nombre que la honra.

Hallábase situada esta mansión, hoy histórica pero en aquella sazón modestísima vivienda, a tres cuadras al Sur de la Alameda, esta vena aorta de la vida y del corazón de lento latido de Santiago, y entre la Escuela Superior, (ubicada en aquellos años cerca del

canal de San Miguel) y el Instituto Nacional, vasto edificio erigido recientemente, en el antiguo eriazó, mitad claustro y mitad cuartel de San Diego, sucursal de los Padres franciscanos, que allí cerca conservan todavía su convento grande.

El aula universitaria era la pompa de la niñez, el boato de la familia y de la inteligencia, el orgullo del barrio oscuro y mercader, al paso que la primera de las construcciones recordadas, la **Escuela de la Campana**, como se la conocía en el vecindario por el matinal llamado a sus alumnos, fué simplemente el taller. Y ese eligió con previsora ternura la madre del héroe. Quería la señora Chacón de Prat hacer de su hijo un hombre; y hecho hombre, él se haría lo que su alma enérgica y justificada, le aconsejase ser: marino, soldado, diplomático, profesor, abogado, héroe de inacabable memoria, todo lo que él quisiese y todo lo que a su vez fué.

Cuando Arturo Prat entró en efecto a la escuela que regentaban dos hombres de distinguida virtud, porque eran dos hombres de trabajo, los educacionistas Suárez y Otaíza, incansable obrero y batallador de la enseñanza hasta hoy día el primero, llevaba consigo en su ya luminoso cerebro las primeras lecciones que se aprenden en el regazo de la madre, este primer gimnasio de la naturaleza. Consta de los libros que religiosamente conserva su primer institutor, y del cual ha entregado al público su página de mayor orgullo, que el alumno Arturo Prat, al incorporarse en la Escuela Superior, a la edad de 8 años, el 13 de octubre de 1855, sabía silabar, hacer **palotes** (trazos), respondía como un pequeño papagayo a las preguntas del **Astete** y sabía marcar con trémulo dedo los contornos

de las provincias de Chile, balbuciendo el nombre de sus capitales. ¿Y quién, en aquellos tiempos, y a su edad sabía más que él?

X

Mas ha pasado apenas el primer año escolar, y el tierno niño, aunque no ha obtenido, en razón sin duda de su pequeña talla, ninguno de los premios que se disputaron y obtuvieron nombres hoy oscuros, aparece distinguido en las clases de lectura, de aritmética y de geografía. Era el futuro profesor que se formaba, codo con codo, en la dura banca, junto con Marcos Bolton, el profesor de telegrafía; con Enrique Wood, el profesor de idiomas; con Valentín Bravo, el profesor de medicina; con José Olano y Juan José Rojas Carreño, fundadores de colegios de educación, muerto el primero en el campo de batalla; con Emilio Corvalán y Mauricio Cristi, dos diaristas de mucho mayor nota que fortuna; con Vicente Mutilla, en fin, el ingeniero de la **Esmeralda**, que fiel a la consigna de los infantiles juegos, murió al lado de su capitán-condiscípulo, cumpliendo sus postreras órdenes: — ¡Guardad los fondos!

Consta todo esto de los libros de la Escuela Superior, cuyo extracto publicó hace ya algunos años con legítimo orgullo su ilustrado fundador, apenado el altivo espíritu al ver hoy la noble sala del gimnasio intelectual trocada en afanosa prendería... Y de aquellas hojas que el viento del olvido o los envoltorios del bodegón no habían esparecido todavía, resulta que al dejar el aula de la calle de San Diego, que fué el **camino del Inca**, el camino del Perú antes de la conquista, el alumno legendario, Arturo Prat, tenía estampadas

en su hoja de servicios las siguientes anotaciones: "Aplicación, **excelente**; capacidad, **buena**; conducta **buena**; asistencia, **inmejorable**". (1)

XI

La puntualidad fué una de las primeras virtudes prácticas del capitán Prat, que así habría sido comandante de una nave inglesa, con el cronómetro en la mano, como mandara con envidiable pundonor todas las de Chile.

Entre tanto, para hacer y merecer todo eso en aquella edad de la vida, en que los días son tan fugaces como el vuelo de los jilgueros que en los asuetos o en las cimarras perseguimos en el campo o en el cerro, había-se necesitado de seguro una consagración seria, asídua y casi adusta.

Pero Arturo Prat, sin ser "un niño loco" como Luis Uribe su compañero de hogar, sino todo lo contrario, un niño formal, cumplido y recto, un alumno modelo, no dejaba por esto mismo de pagar el tributo de sus años a los ejercicios y a las pequeñas pasiones que forman el primer campo de batalla de las luchas eternas de la existencia humana.

Háse, en efecto, conservado vivo recuerdo de su primer pugilato, ensayo infantil de más señalados combates; y cuando en abril de 1879 vino el capitán Prat por la última vez a Santiago con pliegos de su almirante él mismo hacía alegremente memoria del lance a su adversario en la Moneda, donde, después de muchos

(1) Artículos publicados en "EL MERCURIO" del 11 y del 13 de febrero de 1880, con el título de "EL ALUMNO ARTURO PRAT", por su primer maestro, el distinguido institutor don José Bernardo Suárez, uno de los espíritus más independientes de la enseñanza y de la prensa chilena".

años, encontráronse al acaso. El último ha contado aquella aventura, precursora en tierra firme del uso de la espada, del cañón y del abordaje en el mar, y dejámosle la palabra y el tema:

“La estrecha amistad — escribía desde Talcahuano, donde se halla honrosamente empleado don Adolfo Gaete Sotomayor, condiscípulo del héroe, — la estrecha amistad que había entre ambos, fué rota un día por una **empanada frita** que yo me comí demás de las que a Arturo le correspondían. Entonces, rabioso por esto el héroe, y aguijoneado por otros niños, — no recuerdo el nombre de ellos, — nos hicieron pelear, tomándonos del pelo, y a cual tiraba más fuerte, hasta que llegó el ayudante.

“Pero como en la infancia el reír y el llorar, el andar alegre o enojado es todo cosa de un instante, sucedió que poco duró nuestro rencor, y nuestra amistad volvió a ser más estrecha, constituyéndose en mi pasante de gramática castellana, en la cual era muy aventajado, siendo el primero en la clase del señor don Eliseo Otaíza”.

A su turno, el maestro y el juez han depuesto su testimonio en otra reyerta de mayor valía y de precoz y casi temeraria resolución contra la fuerza. Acosado un día Arturo Prat por una turba de pequeños foragidos, armados de sables de palo, hallándose él inerme, guardó su infantil rencor hasta hora propicia y pidiendo en préstamo al siguiente día, en el despacho vecino, con recado fingido tal vez de la madre o del maestro (¡lícito ardid de guerra!), el cuchillo de partir azúcar, blandiólo en medio de las rotas filas de sus contendientes, que le rendían sus espadas y denunciaron su, por ellos juzgada, aleve hazaña. — “¡Señor, señor, Ar-

turo Prat ha traído de su casa un cuchillo para matarnos...!”

Fué ese el tumultuoso denunciao de los vencidos “ocho contra uno”. Pero la sentencia del tribunal de la escuela, que no siempre es la justicia, porque el maestro es constantemente “uno contra ciento”, fué esta vez equitativa, castigando a los asaltantes por la cobardía y al asaltado por su arrojo. — “¡Fué para intimidarlos!” se contentó en decir Arturo Prat, el mismo apacible, dulce, casi melancólico mozalvete que tenía delante de sus ojos codiciosos la gorrita redonda del cadete naval.

Aprendía así sin saberlo el futuro captor de la **Covadonga** y capitán de la **Esmeralda** la primera lección del abordaje.

XII

Arturo Prat, niño de escuela, dejó su banco de San Diego, según aparece en los libros de la Escuela Superior, el 25 de agosto de 1858, y de los libros del Ministerio de Guerra resulta que el 23 de ese mismo mes fué incorporado a la Escuela Naval en Valparaíso. Tres días era lo que entonces se empleaban en hacer el viaje por las cuevas de la capital al puerto, y échase de ver que el aprendiz de la gloria no perdía tiempo. Únicamente el día en que su dueño y protector don Jacinto Chacón llevólo a bordo, o trájolo a tierra junto con su camarada Uribe, con sus trajes flamantes de pájaros del mar, deslizóse con ellos al taller de un fotógrafo, y de esa manera es cómo la historia y el arte han conservado una de las queridas efigies, modelo para la niñez, en que el uno y el otro lucen su garbo y su infantil donaire.

XIII

Tal fué, entre tanto, la niñez de Arturo Prat, consumida en noble tarea en la calle Prat, entre la Escuela Superior que fué su cartilla, y la Universidad, que veinte años más tarde sería su diploma en alta y laboriosa carrera. Niñez de buen augurio, pasada entre libros y batallas al son de la campana, en tierra como a bordo.

Conducido al altar bendecido por la fé, que es una madre; enseñado a sufrir al pié del lecho del autor de su existencia, que padeció largos años necesitado y moribundo, el hijo vivió todavía como aprendiz toda esa edad, simple preparación del día del heroísmo en el cual, exhibido en total todo su ser al ruido de las espadas y entre los lampos del cañón, mostróse en la cima de la gloria, para educar a la vez con su vida y con su muerte a las generaciones que en pos de él venían.

XIV

Hecha así, de prisa, pero con la fidelidad de las memorias inextinguibles del hogar, la cuenta de los días infantiles de Arturo Prat, horas fugaces como el ala de las mariposas que son su emblema y su ensueño, el capitán de Iquique, optando por el océano, fué nombrado, según dijimos, a la edad de 10 años alumno de la Escuela Naval, recientemente fundada, en la mediana de 1858.

Sirvióle de padrino en aquella concesión de gracia del gobierno, como le sirviese de padre verdadero después del fallecimiento del suyo, su tío materno el distinguido escritor y jurisperito don Jacinto Chacón, y he aquí como, trazando la síntesis de la pubertad,

después de los albores de la infancia que hemos visto lucir sobre el frágil niño, expresábase a propósito del futuro capitán de la **Esmeralda** su deudo que bien le conocía.

Es una palabra íntima, voz del alma, la que así habla del héroe y así dice:

XV

“Arturo Prat fué en su infancia todo lo contrario de lo que fué en su juventud. De complexión raquítica y endeble, tenía una expresión melancólica y un aire distraído. Hijo de un padre dechado de virtudes, pero, como Job, aquejado de gravísimos males, Arturo recibió como herencia un organismo debilitado, que daba a su ser una apariencia triste y enfermiza. Pero su buena mamá, mujer de capacidad y de carácter, comprendiendo el funesto porvenir que aguardaba a su niño, se consagró a extirpar de raíz los gérmenes maléficos que impedían su desarrollo. Observando ella que de todos los extremos, el de la aplicación científica del agua fría es el que más directa y radicalmente influye sobre la sangre, la depura y modifica activando la circulación, dando con ello fuerza al organismo y regularidad a las funciones vitales, estudió con toda atención el método del famoso hidroterápico Preinitz, y aplicó a Arturo con rigor y esmero su tratamiento restaurador. De este tratamiento, los benéficos sudores hidropáticos, administrados periódicamente desde su más tierna niñez hasta su más avanzada juventud, devolvieron a esa flor agostada toda su lozanía, dándole la fuerza y la salud. Y fué tal el vigor que ese tratamiento infundió a la complexión de Arturo, que éste levantaba pesadas barras

de hierro y las soportaba con el brazo extendido horizontalmente durante largo tiempo, obteniendo siempre la primacía en toda clase de ejercicios ginnásticos entre sus compañeros de colegio ó de profesión. Desarrollado en su juventud con regularidad y solidez, él ocultaba trás de una figura esbelta, alta y delgada, músculos de hierro y fuerzas atléticas. La plena salud y robustez de este joven Hércules, conservado por su madre para honra de la Patria, es un ejemplo notable de la decisiva influencia que una inteligente matrona puede ejercer en el porvenir del niño, estudiando con tiempo las causas y aplicando con perseverancia los medios de desarraigar los vicios que afectan la organizazeión de su hijo.

“Para verificar la exactitud de mis observaciones sobre el carácter e índole de Arturo en su infancia, basta mirar con atención los retratos que de él y de Luis Uribe hice sacar en 1858, el primer domingo que salieron de la Escuela Naval. En ese cuadro, ya histórico, se notará la parada arrogante, firme y marcial de Luis, contrastando con el encogimiento y endeblez de Arturo. En ese retrato está la impresión de su índole triste y de su débil constitución. Compárase ahora esta imagen con la que arrojan sus retratos de joven, y se verá en éstos algo como un modelo de la estatuaria griega, en que, en fuerza de la gracia y agilidad de su talante, revela la energía del nuevo principio de vida que le anima y el poderoso y cultivado espíritu que era el motor de máquina tan maravillosa.

“Digo máquina tan maravillosa, porque Arturo estaba admirablemente bien dotado, era un hombre completo. A una inteligencia de primer orden, unía un corazón bien templado y dispuesto a las nobles, grandes y generosas acciones. Era, en una palabra, un gran ca-

rácter. Severo y rígido como jefe, era una dama en el trato social y un modelo de ternura en el seno de su familia.—Para él no había imposible: lo que se proponía para su cultivo y perfección, lo ejecutaba.—Muy joven aún, y recargado con las multiplicadas atenciones de su empleo de vice-director de la Escuela de Marina y de profesor de ramos importantes en ella, se propuso hacer los estudios largos y complicados de la carrera de abogado, y realizó su propósito a pesar de los obstáculos que le oponía la rutina y baja emulación.

XVI

“Y en este ramo debo decir que yo tenía un verdadero placer de conferenciar con él sobre puntos oscuros e importantes de la legislación en mi tarea de exposición razonada del Código Civil vigente, y descubría en él una gran sagacidad y rectitud de juicio, que proyectaba luz sobre mi inteligencia y hacía en mí el efecto de una revelación. Pero lo que daba a su alma la grandeza y la fuerza, el ímpetu y la abnegación en el cumplimiento del deber, era la clara intuición de la vida puramente espiritual del alma en regiones desconocidas después de la muerte, y la evidencia que le asistía de que todos estamos sujetos a una prueba, a una iniciación dolorosa, en que todos tienen que caer para levantarse de nuevo, pero que todos también — unos más tarde, otros más temprano — tienen que llegar a la cima de la montaña.

“Por último, completaba estas luminosas creencias la convicción de que no hay ser creado por el Gran Dios que esté condenado a una expiación eterna, y mucho menos que esté destinado a la perdición moral;

que la cuestión es de tiempo y en las regiones donde mora el infinito y donde el alma completa su desarrollo, el tiempo es inagotable. Que Dios, bueno y misericordioso como es, no se goza en los suplicios eternos o en la destrucción de una alma que él ha creado inmortal. Estas grandes y evidentes verdades no nacieron en él por efecto de las luchas y desgracias de la vida: eran en él como una intuición, como una reminiscencia, como una revelación. El hablaba de las cosas de lo alto como si las hubiera visto. . .

“Hé aquí el secreto de su determinación y de su actitud de ángel exterminador en su abordaje al **Huáscar**. El, con toda la conciencia del acto que emprendía, iba sereno a la muerte, porque su honor y su deber, que él llevaba hasta la abnegación, le imponían la necesidad de buscar y ejecutar todo recurso de victoria para su Patria, por imposible que pareciera alcanzarlo, y se lanzó al abordaje y dirigióse al timón del **Huáscar** con el propósito de gobernarlo y estrellarlo sobre la costa”. (1)

XVII

Hasta aquí el filósofo, o, más bien, el disector doméstico y moral que verifica tranquilamente el análisis de una existencia querida.

Ahora, en cuanto a las fechas de sus adelantos, servicios y ascensos en su carrera de marino, he aquí su enumeración tomada de uno de sus mejores biógrafos entre los innumerables glorificadores que el gran marino ha encontrado.

“El 28 de agosto de 1858 se le instaló en la Escuela Naval de Valparaíso, conducido allí por su tío, nuestro poeta Jacinto Chacón. ¡Coincidencia del destino. . .!

(1) Carta al autor, escrita expresamente sobre la pubertad de Arturo Prat, por su tío y tutor don Jacinto Chacón, mayo de 1880.

ese mismo día y llevado por el mismo señor era también incorporado en la Escuela el niño Luis Uribe, segundo de Prat a bordo de la **Esmeralda**.

“Un cuadro de fotografía, el señor Jacinto Chacón llevando a cada uno de la mano, nos enseña esta primera escena de marinos.

“Los estudios de Arturo Prat fueron rápidos y lucidos. En los primeros días sus profesores se quejaban que era un tanto distraído, pero que aprendía. El no estudiaba con la contracción y ahinco de muchos de sus condiscípulos; pero sabía tan bien o mejor que ellos sus lecciones. Como recompensa al fin del segundo semestre, después de sus exámenes, obtuvo un premio que consistió en una medalla de plata.

“Es indudable que allí, con la franqueza de su carácter, con esa intuición desconocida de las almas elevadas, se hizo querer de sus compañeros con ese amor que no fué un débil sentimiento, sino ese amor inmenso y grande que le tuvieron hasta consumir a su lado el sacrificio de la vida...!

“Sin amor no se concibe tanta cooperación en tan cruenta y difícil lucha. Sin él, no imagina la mente una decisión tal en espíritus que serenos afronten las desconocidas regiones de la inmortalidad...!

“Después de 16 meses, en enero de 1860 se le embarcó a bordo de la **Esmeralda** a las órdenes del capitán de fragata don José Anacleto Goñi, volviendo en marzo de ese mismo año a continuar sus estudios en la Escuela Naval.

“En 15 de junio de 1861 rindió examen de teoría y el gobierno le dió título de guardia-marina sin examen.

“En 22 de agosto de ese mismo año volvió a embarcarse en la **Esmeralda** a las órdenes del capitán de fragata don Manuel 2.º Escala.

“Desde esta fecha datan los servicios profesionales del joven Prat. Recorre la costa en muchas ocasiones en comisiones de servicio, y en todas ellas, en su carácter de subalterno, hace su deber cumplido.

“El 10 de enero de 1863 se le trasbordó al pontón **Chile**, al mando del capitán de corbeta don Martín Aguayo, y volvióse al poco tiempo a trasbordar a la **Esmeralda**, entonces mandada por el capitán de corbeta don Galvarino Riveros.

“En julio 21 de 1864 obtuvo el grado de guardia marina examinado”. (1)

XVIII

Agregaremos nosotros a estos leves rasgos de la vida del mar, que el guardia marina Prat hizo a Lima el viaje en que la **Esmeralda** llevó en setiembre de 1864 al señor Montt, cuando este magistrado concurrió al malhadado y estéril Congreso Americano de aquella época. Asimismo, cinco años más tarde, y ya en calidad de teniente, acompañó en esa nave al ilustre vice-almirante Blanco Encalada, cuando en cumplimiento de una ley del Congreso y del voto nacional, embarcóse el último, acompañado de una comisión de ciudadanos, de

(1) *Biografía completa de Arturo Prat*, por Bernardo Vicuña. — Valparaíso, 1879.

Conceptuamos ésta la mejor biografía general entre las que aquí se han publicado del Capitán Prat, no sólo por su forma, sino por haber sido escrita a la vista de preciosos documentos íntimos y por dictados de la familia a quien el autor consultó ampliamente en Valparaíso.

Por lo demás, la *Bibliografía Prat* cuenta ya por sí sola no menos de una docena de volúmenes y folletos, escritos para honrar su memoria.

marinos y de militares, con el fin de repatriar las cenizas del prócer de la independencia don Bernardo O'Higgins, en 1869.

Otro rasgo más, que corresponde a este período de la inmaculada juventud del héroe. Cupo al teniente Prat como porción de reparto en la captura de la **Covadonga** una gruesa cantidad, y, apartando de este para él, inmenso caudal, unos pocos centenares de pesos destinados a sus libros y atavíos de profesión, llevó a su amada madre, lleno de escondido gozo, todo el resto.

Era esa para él una simple devolución de las tiernas caricias que le rodearon desde la cuna; y hasta su postrera hora no hubo hijo más amante, más solícito ni más respetuoso en el deber. Casi igual era su afecto por su respetable abuela materna, la señora doña Concepción Barrios (hija del capitán de mar Bary), la cual le sobrevivió y a quien nunca llamó sino con el cariñoso y casi infantil título de "mi abuelita". Como hombre de hogar, el capitán Prat fué siempre un ser completo, así como hombre de guerra fué **un campeón** "sin miedo y sin reproche".

XIX

Durante este intervalo de tiempo había sobrevenido la guerra con España junto con la alianza con el Perú, y fué cosa digna de notarse con relación a Arturo Prat, que tomase él parte muy señalada en los dos únicos hechos de armas que ilustraron por parte de Chile aquella guerra; en Papudo y en Abtao, al paso que siempre miró con alejamiento y aún con no disimulada desconfianza y enojo el pacto que había

puesto al mismo mástil la bandera del Perú y la de su Patria.

“Quizá debemos felicitarnos, — escribía a su madre desde Lebu, a propósito de la negativa de los marinos peruanos para juntar sus naves a las nuestras en las aguas de Pisco en octubre de 1865, — quizá debemos felicitarnos de esta ocurrencia, pues habría sido muy crítico el estado en que nos hubieran dejado si lo hacen más tarde y cuando nos encontremos en peligro”.

Y estos mismos proféticos sentimientos volvía a evidenciar tres meses más tarde en la víspera de Abtao.

“Como Ud. comprenderá, — decía a su madre desde aquel apostadero el 3 de febrero de 1866, — esta alianza, y a pesar que conocemos su necesidad, no nos agrada porque los peruanos no son gentes en quienes se pueda tener confianza, y no la tenemos, por lo cual le aseguro, prefiero, como muchos de nosotros, el que hagamos la guerra solos”.

El joven aprendiz de la guerra, que aún no había cumplido 18 años, no amaba evidentemente y como por instinto a los peruanos. ¿Presentía, por ventura, dentro del arcano de su genio, el certero mozo que el plomo peruano, disparado trás de oculto parapeto, había de matarle?....

XX

De todos es hoy sabido que el guardia-marina Prat figuró junto con Uribe, su gemelo y casi su hermano, con Latorre y con Condell, entre los que en leal combate hicieron arriar la bandera de España del

mástil de la **Covadonga** en la memorable mañana del 26 de noviembre de 1865. Pero en la noche de la antevíspera trataron en secreto los chilenos de tomar aquel buque al abordaje en la rada de Coquimbo, y hé aquí cómo el alma del héroe adolescente rebosaba de alegría dentro de su pecho, delante de aquella perspectiva, en medio de los nocturnos aprestos del asalto. — “Este día en la noche, después de ponerse la luna, debía ser el combate; estaba ya todo arreglado; dos divisiones de abordaje debían atacar, habiendo sido yo elegido para la primera división con el teniente Thomson”. Y bien ¡con el teniente Thomson debía batirse el guardia-marina en la apresada **Covadonga**, a la cual pasó con él, en Abtao, así como Thomson debía morir sobre el mismo puente del conquistado monitor en que él cayera. Sublimes, inescrutables retribuciones de la gloria y del martirio!

Ufano con tan tempranos y bien logrados ensayos en el mar y resumiéndolos en un solo voto que se cumplió más tarde sobre el puente de la **Esmeralda**, decía a este propósito y desde Ancud el 6 de diciembre de 1865, estas palabras, cuyo final parecería un eco anticipado de su inmortal arrojo de la mañana de mayo:

“Las demostraciones de alegría y entusiasmo con que han recibido la noticia en Valparaíso, Santiago y toda la República, ha sido la mayor y más grata recompensa que esperábamos. Sin embargo, yo deseo otra más dulce; pero ésta la hace imposible la distancia a que nos hallamos (distancia que creo muy pronto estrecharemos), y es la de darles un estrecho abrazo y gozar del entusiasmo viendo humillado el pabellón que trató de abatir el justo y noble orgullo del nuestro.

...“Hoy la senda de la gloria se nos presenta a la vista, nadie vacila en seguirla, todos la desean, pues en Chile no es conccida la cobardía y en nuestros buques se la desprecia”.

“Tal es la participación de gloria y de trabajo, — dice uno de los compendiadores ya citado de la vida del héroe y resumiendo la hilación de los sucesos de su carrera, — que cupo al teniente 2.º Arturo Prat en esta campaña en que se consumaron heroicos hechos, atendida nuestra debilidad de fuerzas en comparación de las que ostentaban los españoles.

“El rol de Prat era secundario; pero su apostura, la inquebrantable tarea de su puesto, eran signos de lo que podía esperarse de él. Acababa de cumplir 18 años.

“Había llegado a esa edad viril en que el rostro diseña las facciones del hombre. Su tez un tanto so-llamada por los vientos de la mar, sus negros ojos centelleantes de ardor y viveza, su flexible y alta estatura le daban una expresión de varonil belleza.

“En su alma, donde se anidaban los más puros afectos, a su filial cariño añadíase la ternura que profesaba a sus hermanos, todavía en la infancia. Sus deseos era formarlos, como su madre lo había becho con él, y sus cartas revelan sus propósitos. Su noble y digna pobreza encontró medios de darles inequívoca prueba.

“Habíale tocado como 1,700 pesos por parte de la presa de la **Covadonga** y su primera diligencia fué llevar a su madre mil pesos, repartiendo lo demás entre sus deudos. Su madre le recibió esta ofrenda con

lágrimas que empañaron sus ojos y lo estrechó silenciosa en sus brazos...!

“Tanta virtud, tan noble abnegación, le merecieron de todos los suyos un sentimiento que ya no fué amor, fué idolatría... Desde entonces es consuelo, aun más, es esperanza en estos momentos que la negada fortuna abate la sién en pesarosa incertidumbre...!

XXI

Y penetrando en la hora oportuna en el santuario de los corazones el biógrafo revelador a pausas, agrega:

“Entre el grupo que formaba su larga familia, había una joven que, tímida e inocente, había escuchado las alabanzas tributadas al jóven héroe y sin saberlo ella misma, secreto e íntimo sentimiento, nació en su interior. En Arturo sucedió igual cosa, y sea predestinación, sea ese amor que nace en una mirada y vive de esperanzas, ellos se amaron sin decírselo...!

“Era principal atributo en el alma de Arturo la honradez. ¿Quién era él todavía para comprometer el corazón de una niña a quien nada tenía que ofrecer? Sus padres, sus hermanos, necesitaban el auxilio de su sueldo: ¿cómo fomentar un sentimiento que tan difícil era poder alguna vez colmar?

“Arturo silenció y relegó como un ensueño esta impresión de su alma... Se dijo a solas: **Si alguna vez llego a ser capitán de corbeta, la diré mi amor...!**

“En los primeros días de 1873, febrero 12, recibió los despachos de capitán de corbeta graduado; acercábase ya el término fijado por él mismo para declarar su amor.

“La señorita Carmela Carvajal, cuñada de una tía suya, era la mujer que amaba, y por la que había profesado ese culto sublime de grande y misterioso sentimiento. Una palabra bastó para que esas dos almas comprimidas confiasen en alas del porvenir la realización de los ensueños de su dicha.

“Tenía ella en esa época de 19 a 20 años, y a su hermosura se agregaba la modestia y suavidad. El completaba 25, no cumplidos aún.

“El matrimonio tuvo lugar el 5 de mayo de 1873, y fué éste un día de alborozo y plácemes para toda la familia.

“No tardó el cielo en premiar las virtudes de Prat dándole un primer hijo, que nació en mayo de 1874, pero tuvo el dolor de perderle presto. En setiembre 11 de 1876 le nació su segundo hijo que, siendo mujer, la llamó Blanca Estela, nombre marino que talvez le hacía recordar cuando poseído de amor, lejos de la mujer que amaba, veía rielar la huella de su nave en medio de esas noches puras o trasparentes que ilumina la claridad de la luna...

“No tuvimos el gusto de tener amistad con él, pero varias veces le encontramos paseando su hijita por la calle del Circo, ya de 2 años, y admiramos, sin adivinar al héroe, tanta ternura y tanta solicitud. Recordamos una tarde en que le vimos volver trayendo consigo a su niña y un ramo de flores. Comprendimos que él iba a adornar su hogar con una trinidad de amor, de inocencia y de perfume...”

XXII

“Tal era el hombre juzgado como individualidad: de un carácter suave y tranquilo, era sobre todo modes-

to: cuando tenía que usar su uniforme de parada en cumplimiento de algún deber, se manifestaba desagrado; nunca quiso colgar sus medallas.

“Eran los estudios su principal entretenimiento; no rehuía enseñar a otros lo que él había aprendido.

“La escuela “Benjamín Franklin” de Valparaíso, donde daba lecciones gratuitas de Astronomía y Botánica, lloróle por esto como uno de sus predilectos hijos. Fué uno de los primeros en incorporarse a la sociedad de Bellas Letras que por el año de 1877 trató de organizarse en aquella ciudad y que desgraciadamente no se llevó a cabo.

“Amaba también la música y había aprendido a tocar el piano. Ella ejercía sobre su alma esas impresiones tiernas y sensibles que afectan con emoción las fibras de nuestro organismo. Otra virtud más: conocía el valor del dinero y lo despreciaba, lo estimaba como un medio, no como un fin; sin embargo, no quería que nada se gastase que no fuese de indispensable necesidad: su espíritu elevado desdeñaba a aquellos que cifran su valía en la fortuna.

“No comprendía que fuera de los sentimientos del corazón, el hombre adquiriese hábitos y necesidades sin las cuales dicen algunos no pueden pasar: por esta razón no fumaba, menos tomaba licor.

“Era como esos árboles que guardan el rocío para hacer brotar en su rededor verduras y flores...!

“Hasta el 22 de agosto de 1868, que se trasbordó a la **O'Higgins**, la vida de Arturo Prat se desliza en servicios de estación en Mejillones. En febrero de 1869 se traslada al **Ancud**, y en junio de ese mismo año le encontramos en el **Thalaba**. Vuelto al **Ancud**, hizo viaje a Valdivia, Chiloé y Magallanes. En enero de 1870 llega hasta las islas de Pascua en la corbeta **O'Higgins**.

“Arturo Prat miraba con desagrado los continuos trasbordos; juzgábalos perjudiciales a la marina. Se ama el buque que se sirve como se ama su propia morada. Se acostumbra en ella y todo se encuentra pronto y listo. Arturo tenía el hábito del orden y disciplina: castigaba siempre todo lo que podía contrariarlos”.

Pero castigaba más como padre que como jefe, y entre los que a sus órdenes sirvieron es voz común que un consejo dicho a media voz, una mirada severa del capitán Prat era más temida a bordo y más eficaz para la disciplina que el arresto en la alta cofa.

En una ocasión en que un grumete, fuertemente castigado por su orden, cayó al agua, el capitán Prat, sin desnudarse, precipitóse al mar y lo salvó, sin que en esta acción verdaderamente sublime él tuviera la vanidad, la afectación, ni siquiera el legítimo placer de contar su aventura. Súpose ello por otros, porque por él nada se sabía.

El capitán Prat era en el servicio sumamente reservado, casi mudo, como había nacido; y por esto la dulce compañera de su vida reconveníale a veces tiernamente llamándole “frión”...

XXIII

“Por este tiempo la vida del mar principió a enfermarle: había contraído una enfermedad de erisipela que le atacó dos veces.

“Esto y la creencia que la marina desatendida y pospuesta no sería una carrera que facilitara en el porvenir los gratos y queridos sentimientos de su amor, le hicieron pensar en adquirir otra profesión.

“La carrera del foro presentábase a su mente como un ideal de esperanza; supuso que en ella podría facilitarle el voto de su corazón.

“Sin maestros, nada más que con los libros del derecho, dedicóse por entero al estudio de las leyes y de la dilatada profesión.

“En esas horas que para todos sus compañeros eran de tregua para las fatigas del servicio, veíase a Arturo encerrado en su camarote o paseándose sobre cubierta, absorto en su estudio.

“Quien ama como él sabía amar, lo puede todo”.

XXIV

Colócase aquí entre el libro, que era su ambición, y el deber, que era su divisa, la memoria del hecho heroico que el capitán Prat consumó en la rada de Valparaíso, cuando siendo segundo jefe de la **Esmeralda**, cogida ésta el 24 de mayo de 1875 por furioso y repentino vendabal, rompió sus cadenas y fué sobre la playa del Almendral, donde naufragó.

El capitán Prat hallábase con licencia en tierra; pero al tener noticia del peligro de su nave, echóse desde una embarcación del muelle a nado, y aferrándose de un cabo que desde a bordo le arrojaron, desnudo, febril, infatigable en la porfiada tormenta, heroico en el peligro, logró salvar del desastre, junto con su jefe superior, el capitán de navío don Luis Lynch, hasta el más humilde marinero. A media noche, a la luz vacilante de las linternas, el capitán Prat fué el último en abandonar el casco de su nave destrozada por las olas.

¿Y no está allí diseñado en toda su grandeza moral en aquella prueba viril de salvamento, el magnánimo

caudillo, que montando cinco años más tarde por el mismo mes y casi en el propio día aquel mismo barco histórico, ordenó hundirlo para salvar su bandera?

XXV

Por esa misma época, dentro de su vida civil y con el tesón propio sólo de las naturalezas superiores, el capitán de marina logró recibirse en Santiago de abogado. Sus ojos se inflamaron en el estudio, pero él perseveró. En esta situación de su vida, tuvimos la fortuna de verle por la primera y única vez, en una quinta de campo de Quillota, donde convalecía. Pero después hemos visitado con religioso respeto el estrecho y desvenecijado aposento, dentro de cuyas paredes, cuando venía a Santiago a rendir sus exámenes profesionales, estudiaba. Hallábase aquél en la casa de su digna y anciana tía doña Clara Prat, que aun conserva en él su modesto mobiliario, calle de Mesías, N.º 56.

Sin embargo, cuando el capitán Prat asistía a la Universidad, vestía su mejor uniforme, y el día que rindió su examen final ante la Corte Suprema, presentóse de gran parada a recibir las congratulaciones de sus jueces examinadores, que le interrogaron sobre presas marítimas. El digno magistrado don Alvaro Covarrubias ha dado después testimonio de la brillantez de aquel acto inusitado.

Señalaremos aquí otra manifestación generosa de la rectitud de su espíritu como ciudadano. Su tema legal para graduarse en la Universidad había sido la libertad electoral, esta mugre que ensucia el manto augusto de la República y que él baldeó con su pluma como si fuese la basura que sobre la cubierta de las na-

ves deja el ollín de las chimeneas y la inmundicia de las cocinas.

Un lance todavía de aquella época y de aquella vida.

Conforme al ceremonioso formulario español de nuestros tribunales, el capitán Prat iba a penetrar en la sala de la Corte Suprema el día de su juramento, llevando ceñida al cinto la espada de Papudo. Mas el portero López detúvole, y sonriéndose se despojó de ella. Se ha dicho que esta fué la única vez que el capitán de la **Esmeralda** entregó su espada... pero no fué a un enemigo sinó a un ujier...

XXVI

Tenía todo esto lugar en 1875, y tres años después el capitán-doctor, que mantenía con buen éxito su estudio en Valparaíso, fué llamado a servicios de otro género, que requerían la firmeza de su profesión de guerra y la sagacidad de sus últimos estudios.

“La República Argentina, en 1878, — dice de él su mejor biógrafo ampliamente citado en este estudio, a título de fraternidad en el trabajo, — con motivo de la cuestión de límites, había asumido contra nosotros una actitud arrogante y provocativa que hacía inminente la guerra.

“Deseó nuestro gobierno conocer detalladamente y por un juicio que fuese adecuado e inteligente, cuáles serían las fuerzas navales que tendría que combatir, cuáles sus hombres, la opinión pública, los recursos financieros; todo lo que constituía el ser de ese país que nos invitaba a luchar.

“Después de varios exámenes de individuos, nadie encontró más apto, más adecuado que el joven marino

Prat; él, mejor que ningún otro, podía certificar evidencialmente y de un modo práctico todo lo que deseábamos saber.

“Se dió a su misión el carácter de agente confidencial, y muy luego nuestro gobierno hubo de congratularse en su elección. Prat fué allí perfectamente recibido: sus modales, su hermosa figura, la actitud marcial que le distinguía, le abrieron los salones de Buenos Aires y facilitáronle medios de conocer la armada en sus más íntimos y minuciosos pormenores.

“Fué allí, “el doctor Prat”; y así todos con respeto le llamaban, asegurando un diario de Montevideo, que era “un ilustre publicista”, cuando sólo era un ilustre mudo.

“Dícese, que el gobierno, temeroso que su nombre, ya conocido en nuestra marina, pudiera ser un obstáculo para cumplir su cometido, le indicó otro, lo que rehusó diciendo:

“Iré, señor, donde se me ordene ir; pero aquí como allá, yo deseo ser siempre Arturo Prat”.

“Era entonces cuando chanceándose con su esposa en cartas íntimas le decía:

“Son aquí (Buenos Aires) las señoras hermosas y espirituales; las niñas sin saber que soy casado, me dan miradas amables. . . No te pongas celosa, porque tú, tú sola, compañera de mi vida, serás mi único amor. . . !

“En esos días de ausencia, 29 de diciembre de 1878, ella le daba un tercer hijo que se llamó como él, Arturo”. (Bernardo Vicuña, Biografía citada).

XXVII

Otro detalle de esa misión tan delicada como audaz del capitán Prat, y que establece en la incesante

continuidad de actos públicos y domésticos la perfecta y admirable unidad de su vida de hombre y de esposo, de guerrero y de diplomático.

Había recibido por todo auxilio del gobierno una letra sobre Londres de 400 libras esterlinas, cuya venta le produjo en Montevideo 1,796 pesos. Pues bien, de esa exigua suma, después de varios meses de trabajos activos, fructíferos y reservados (noviembre 19 de 1878 a enero 18 de 1879) devolvió al Erario Nacional, con cuenta minuciosa de sus gastos, llevada en su cartera, la cantidad de 997 pesos, más de la mitad del caudal que había recibido, sin limitación para su representación en el extranjero.

Otro recuerdo, o, más bien, otro presentimiento del noble marino. Mientras vivió en Buenos Aires y en Montevideo el capitán-diplomático, no cesó de instar al gobierno a fin de que hiciere reparar de urgencia los calderos de sus tres corbetas de línea, antemural de la República, a la par con sus blindados. ¡Sospechaba ya desde entonces el capitán Prat, que la vieja **Esmeralda**, al estallar sus calderas, detendría su plan de abordaje, como aconteció en hora suprema y decisiva dentro de Iquique?

Excusado es agregar que la voz profética del espíritu del generoso patriota no fué en manera alguna escuchada.

Tres meses más tarde las tres corbetas hacíanse a la mar, llenas de parches, y entonces para poner remedio, gastóse el triple en dinero y en angustias.

XXVIII

Hallábase el capitán Prat desempeñando todavía su misión confidencial cuando estalló la guerra con las

continuidad de actos públicos y domésticos la perfecta y admirable unidad de su vida de hombre y de esposo, de guerrero y de diplomático.

Había recibido por todo auxilio del gobierno una letra sobre Londres de 400 libras esterlinas, cuya venta le produjo en Montevideo 1,796 pesos. Pues bien, de esa exigua suma, después de varios meses de trabajos activos, fructíferos y reservados (noviembre 19 de 1878 a enero 18 de 1879) devolvió al Erario Nacional, con cuenta minuciosa de sus gastos, llevada en su cartera, la cantidad de 997 pesos, más de la mitad del caudal que había recibido, sin limitación para su representación en el extranjero.

Otro recuerdo, o, más bien, otro presentimiento del noble marino. Mientras vivió en Buenos Aires y en Montevideo el capitán-diplomático, no cesó de instar al gobierno a fin de que hiciese reparar de urgencia los calderos de sus tres corbetas de línea, antemural de la República, a la par con sus blindados. ¿Sospechaba ya desde entonces el capitán Prat, que la vieja **Esmeralda**, al estallar sus calderas, detendría su plan de abordaje, como acontecióle en hora suprema y decisiva dentro de Iquique?

Excusado es agregar que la voz profética del espíritu del generoso patriota no fué en manera alguna escuchada.

Tres meses más tarde las tres corbetas hacíanse a la mar, llenas de parches, y entonces para poner remedio, gastóse el triple en dinero y en angustias.

XXVIII

Hallábase el capitán Prat desempeñando todavía su misión confidencial cuando estalló la guerra con las

repúblicas vecinas y coaligadas del Pacífico, y en el acto, embarcóse para Chile, llegando a Valparaíso a fines de febrero de 1879.

Al pasar por la colonia de Magallanes, ocurrió un lance que es todavía un testimonio de la elevación silenciosa pero nunca desmentida de la grande alma del joven adalid. Enterrábase ese día a uno de sus compañeros de colegio, al teniente Garrao, que ejercía en la colonia el oficio de capitán de puerto. El capitán Prat asistió con tierno recogimiento a la ceremonia fúnebre, y al retirarse deslizó en manos del capellán de la colonia una moneda francesa de 20 francos, rogándole que hiciese algún sufragio por el alma del condiscípulo y amigo fallecido. (Dato posterior comunicado al autor por el gobernador de la colonia de Magallanes, don Carlos Wood).

XXIX

La actual guerra no fué nunca comprendida por los hombres que la mandaron hacer a la manera como se manda tejer una frazada en un telar indígena o fabricar una torta en taller ajeno; de suerte que cuando el capitán Prat regresó al departamento, le relegaron el puesto subalterno e inerte de ayudante de la comandancia general de marina.

Trabajado en tal coyuntura por irresistible rubor, esta virginidad del alma, privilegio sólo de la mujer y del héroe, el capitán Prat vivía como disfrazado, vestía de paisano y se escondía a las miradas del público y de sus compañeros detrás de las paredes de su estudio de abogado abierto en la calle que hoy en Valparaíso lleva, por esta misma causa, su imperecedero nombre:

“Me he decidido, — escribía en esta situación, desahogando su corazón ofendido en el de un amigo, — me he decidido a dejar el uniforme y vestirme de paisano. Me dá vergüenza mientras mis compañeros parten a la guerra, quedarme aquí”. (Carta a don Darío Riso Patrón Cañas, comunicada autógrafa por éste al autor).

“Mozo sublime! — exclamaba alguien a este propósito, — aguarda tu hora! El día que vengará tu heroica impaciencia, va a llegar”.

XXX

Y en efecto, nombrado primero asesor del almirante de la armada, en cuya condición, cúpole la misión de notificar al prefecto de Tarapacá, coronel Dávila, el bloqueo de Iquique, llevando a tierra un pliego que el último cogido de convulsa rabia no pudo abrir; comisionóle en seguida su jefe para volver a Valparaíso por uno de los vapores de la carrera, y llevarle la **Covadonga**, el antiguo y querido esquife de sus primeras armas y de sus primeras glorias, que se reparaba lentamente en aquel apostadero.

Verificólo así el capitán emisario; y habiendo partido de Valparaíso el 3 de mayo en convoy con el **Abtao**, echaba su ancla en la rada de Iquique, iluminada por esplendente noche, el día 10 de ese mes, es decir, dos semanas escasas antes de su grandiosa hazaña, luz esplendorosa que en la noche de los errores alumbró a su hora la guerra y la salvó.

XXXI

Continuó el capitán Prat al mando de la **Covadonga** por algunos días durante el infructuoso cuanto fa-

tal bloqueo de Iquique. Pero habiendo resuelto el contra-almirante Williams Rebolledo ir al Callao en demanda de la flota peruana, precisamente en los momentos en que ésta se alistaba para largar sus velas con rumbo a sus puertos del Sur, trasbordó aquel jefe al capitán Thomson (que continuaba siendo por excelencia su hombre de guerra) de la **Esmeralda** al **Abtao**, destinado a servir de brulote, y confió al capitán Prat el mando de la vieja corbeta chilena, encargándole sostener durante su ausencia el bloqueo de Iquique junto con la **Covadonga**, ésta al mando del bravo Condell.

Tuvo lugar la partida de la escuadra chilena, compuesta de 7 buques, al caer la noche del 17 de mayo de 1879, y esa tarde comieron todos los capitanes en el acorazado **Blanco Encalada**, nave almiranta. Los que partían mostrábanse llenos de gozo y libaban sus copas a la victoria en cuya busca iban. Pero notaron todos el ceño entre melancólico y airado del capitán Prat. Era eso porque se quedaba.

¡Mozo sublime! volvemos a exclamar aquí. ¡Aguarda tu hora, porque esa hora va a llegar!

XXXII

El capitán de la **Esmeralda** lamentaba indudablemente en los adentros de su alma no proseguir la estela de su almirante y de sus compañeros de armas que les llevaría a gloriosa batalla. Pero no por esto dejaba de comprender el riesgo inminente de un asalto a que con los buques más débiles de la escuadra, y que lo mismo eran dejados atrás a manera de pontones sin calderos y casi sin cañones, se exponía.

Por esto, al estrechar por la última vez la mano de su jefe — según éste lo ha contado solo recientemente

te — dijole al pié de la escala del **Blanco** estas palabras, cuyo sublime laconismo repercutirá, como el grito de Leonidas en los ecos de la más remota posteridad: — “Si el **Huáscar** me ataca lo abordo”.

Y cuando llegó la hora, el invieto adalid lo abordó, cayendo el primero al pie de su torre.

XXXIII

Entre tanto, y mientras esto sucedía en el litoral de Tarapacá, la escuadra peruana, cuyos nervios eran el monitor **Huáscar** y la fragata acorazada **Independencia**, habíase puesto en marcha el 16 de mayo, a media noche, rumbo de Arica. Y de esta suerte las dos armadas rivales, que pudieron librarse franca batalla en el Pacífico, se cruzaron sin avistarse a la altura de Mollendo a las 6 de la tarde y a la distancia de 60 millas, el 19 de mayo de 1879.

Pero antes de llegar a su destino, supo el presidente Prado, que en la última venía, por un capitán inglés, el cual después se quitó la vida en la ciudad de Bath (el capitán Cross), que habían quedado manteniendo el bloqueo de Iquique sólo la **Esmeralda** inerte y la diminuta **Covadonga**. Y en el acto mismo, dándoles sólo el tiempo necesario para renovar su carbón, despachó de Arica, con la velocidad de hambrientos buitres, sus dos acorazados, a las órdenes de los capitanes de navíos Grau y Moore.

La hora presentida iba a sonar.

XXXIV

“El miércoles por la mañana, — dice una de las mejores relaciones del combate de Iquique, escrita en

su idioma nativo por un almirante escandinavo, — día 21 de mayo, se percibieron desde el puerto de Iquique dos columnas de humo, mar afuera por el Norte.

“En la misma ciudad se creyó al principio que era la escuadra bloqueadora que volvía. En la **Esmeralda** y **Covadonga** notaron, sin embargo, que los que venían eran enemigos: primero el monitor **Huáscar** e inmediatamente después la blindada **Independencia**. Pero para cerciorarse, salieron los buques chilenos del puerto, y se dirigieron inmediatamente al encuentro de los desconocidos. No tardaron mucho en saber que no se habían equivocado.

“El **Huáscar** abrió el fuego. El primer cañonazo sonó a las 8.30 A. M., y fué esa la intimación de rendirse, hecha por el más poderoso al más débil. La aguda bala cayó en el agua precisamente entre la **Esmeralda** y la **Covadonga**, y fué recibida por un unánime y atronador grito de ¡**Viva Chile!** exhalado por los valientes tripulantes de ambos buques. Ese viva fué seguido de un tiro de cada nave chilena.

“La lucha había, pues, comenzado; pero como hubiera sido demasiado desventajoso para los buques chilenos el pelear en campo abierto y mar afuera contra un enemigo bajo todos respectos superior a ellos, volvieron, defendiéndose al mismo tiempo, a la rada de Iquique.

Allí, en ese espacio estrecho, pegados a tierra, en esa bahía que, por decirlo así, es abrazada por la ciudad y la isleta que tiene en frente, los chilenos obligaban a los blindados a batirse con menos ventaja, limitándolos en su libertad, tanto para moverse, como para hacer uso de su artillería por dos razones: primera, por el deber de conservación propia; y segunda, para no da-

ñar a la ciudad peruana situada muy cerca, detrás del enemigo.

“Llegados al puerto, colocóse, en efecto, la **Esmeralda** tan cerca de tierra como le fué posible.

“Esto le atrajo, por otro lado, la desventaja de que desde la playa le podían tirar también, y no tardaron mucho en encontrarse entre dos fuegos.

“Además, despacharon del puerto botes armados con la intención de abordar los buques chilenos, que se hallaban ya atacados por todas partes.

“Entre tanto, las baterías de tierra estaban sólo armadas de cañones pequeños. Los botes de abordaje fueron con buen éxito rechazados, y huyeron.

“En tierra, además, habían puesto en juego todos los elementos disponibles para apagar el fuego que en diferentes partes habían prendido las granadas peruanas.

“Pero el ataque de tierra era el menos temible: la tempestad más violenta y más difícil de soportar fué la que estalló del lado del mar sobre los débiles pero intrépidos barcos de Chile. Los peruanos disponían de grandes cañones protegidos por blindaje contra unos cuantos pequeños y a descubierto que poseían sus adversarios.

“Dos de los buques más poderosos del Perú combatían contra dos de los más débiles de Chile. ¿Cuál podía ser el desenlace?

“Si hay algo que pueda hacer vacilar en la respuesta, sería a lo más la circunstancia de que a veces suele suceder que pequeños incidentes producen grandes resultados y que en la guerra casi nada es imposible (1).

(1) Relación del combate de Iquique leída en la Academia de Ciencias Navales de Stockolmo por el contra-almirante sueco conde Stakelberg, en octubre de 1879, y comunicada al autor por la señora chilena doña Enriqueta Cox de Schonnheyr, residente en Stockolmo.

XXXV

Y ahora, después de escuchar la fría pero severa y verídica reseña del marino del Norte que abre el combate, cedamos la palabra al propio enemigo y a su lengua de fuego, que esta vez era el alambre eléctrico y su chispa misteriosa.

Era el 21 de mayo de 1879 y amanecía.

La pintoresca ciudad de Iquique, pequeña Constantinopla de los médanos, despertábase perezosamente entre la bruma, destacándose sobre la parda colina sus elegantes minaretes.

Los centinelas peruanos, apoyados en sus fusiles y espereidos como puntos negros en la extensa playa, aguardan la hora del relevo del primer cuarto. Las rondas nocturnas penetran de regreso por el zaguán de sus cuarteles. La ciudad militar entra en reposo... El pueblo civil, aletargado por el bloqueo, este sueño del mar, bosteza en sus almohadas de salitre. Calma profunda reina en la atmósfera, en el recinto, en el océano, en el firmamento que tenue luz tropical colora. Los bloqueos tienen el privilegio de convertir las bahías en ataúdes y los pueblos en cementerios. Eso era Iquique al amanecer del memorable miércoles 21 de mayo de 1879.

Sólo las avanzadas de los muelles, listas para evitar los desembarcos nocturnos de los chilenos, creen divisar movimientos extraños y sopechosos en la flotilla bloqueadora.

La **Covadonga** voltejea inquieta hacia el Norte, y al fin endereza su proa a ese rumbo, como peje-espada que ha divisado a la ballena y se alista al terrible y desigual encuentro. La **Esmeralda**, aferrada todavía a su ancla, aparece entre los reflejos de la alborada como enhiesta roca enclavada en la bahía.

De repente colúmbrase junto a la isla un lampo de cañón, y las colinas de la playa del Colorado, repercutiendo los ecos, llevan el sobresalto a todos los soñolientos moradores de la perezosa ciudad.

¿Qué ha acontecido?

Es la **Covadonga** que dispara el primer cañonazo de alarma a su consorte...

¿Por qué y para qué fin?

Ese cañonazo, en el sentido figurado de la guerra quería decir sencillamente a las tripulaciones:

— ¡**Preparaos para pelear y para morir!**

Condell y Orella, éste último con su vista de lince, habían reconocido a los dos formidables acorazados del enemigo que, levantando crestas de espuma, venían en su demanda con toda la pujanza de sus poderosas hélices.

Entre tanto, nada de esto se apercibía en tierra.

El general Buendía dormía como su nombre. Sólo el vigilante Suárez, estacionado en la colina del Molle, sobre la espalda meridional de Iquique, tenía su caballo ensillado y velaba en su tienda. Belisario Suárez fué el genio infatigable de la defensa de Tarapacá.

Por eso sus compatriotas vencidos en todas partes, hoy lo repudian.

XXXVI

Entre tanto, el hermoso reloj de la torre de madera, que ocupa el centro de la plaza de armas de Iquique, acababa de sonar las 8 de la mañana; y los telegrafistas de todas las estaciones militares comienzan a instalarse tranquila y automáticamente en sus puestos, como de ordinario. Los telegrafistas, estos artífices de emo-

ciones, a tantos centavos por palabra, son seres indiferentes, simples apéndices de carne y tendón, agregados a los apéndices de madera y acero de sus aparatos. Sus almas se asemejan a los sobres de cartas, con la sola diferencia que no tienen goma, porque no tienen saliva. Su única misión es hacer hablar a secas al mundo y guardar estricto silencio. Son simples aisladores humanos, que hacen hablar a todos los hombres y a todas las razas, pero que no hablan ni pueden hablar... ¡Singular oficio!

El telegrafista de Iquique ha sentido el primer llamado de la mañana. Es el saludo del trabajo universal, que en todas partes despierta a la misma hora.

El ingeniero don Narciso de la Colina, muerto más tarde en el puesto del deber en Miraflores, y que llevaba nombre adecuado para un artífice de ferrocarriles, avisa al coronel Suárez que se ha dado orden para que ciertos carros de carga estén listos en cierto paraje de la línea. Es este casi el tema exclusivo de todos los telegramas de la campaña de Tarapacá, que contiene en cerca de 200 páginas en folio el libro copiador de la oficina de Iquique, prisionero hoy en un armario y del cual sacamos exclusivamente el argumento de esta narración conmovedora, pero rigurosamente histórica. Eran aquellos los pedidos cotidianos y repetidos cien veces en el curso del día: de víveres, de forraje, de bestias, de armas, de pólvora, y, sobre todo, de agua... El agua es el servicio eterno del telégrafo en los médanos. El desierto tiene sed, y, como el soldado de los húmedos valles de Chile, jamás se sacia hasta la hartura... El desierto es un enfermo incurable de hidropesía.

XXXVII

El telegrafista ha trasmitido así el anuncio del ingeniero de la Colina y lo ha asentado con mano reposada en su libro copiador y en la página 82 de su cuaderno, cuando, un renglón más abajo, siéntese que su pulso se ha estremecido, como si la corriente eléctrica hubiese saltado de los alambres a sus dedos.

¿Qué ha acontecido otra vez?

Todo el secreto del drama está allí. Comienza la emoción; agítase la concurrencia; el telón del océano ha sido descornado por mano misteriosa, pero visible, y la tragedia heroica ha subido al escenario de la historia. Una muchedumbre ávida y febril, de veinte mil espectadores, mitad soldados, mitad vecinos, está agrúpada, como en el vasto circo romano, en la playa, en los muelles, en los balcones, en las rocas, en las azoteas. Los gladiadores han saludado al rey del anfiteatro y a la muerte, y la lid gigante comienza en la líquida arena.

El telegrafista acaba de anunciárnoslo con trémulas vibraciones de temor y de entusiasmo, que todavía llegan y todavía palpitan. Las copiamos con la fidelidad escrupulosa con que el facultativo cuenta los latidos del corazón del que se muere...

“General en Jefe a coronel Suárez (mayo 21 de 1879, 8.38 A. M.).

“Huáscar, Independencia baten a los buques chilenos Esmeralda y Covadonga”.

Y luego se lee esta línea como en forma de post-data: “Qué esté lista la división”.

¡Lista la división del Molle, la división Suárez, en que forman el Zepita y el Dos de Mayo! ¿Para qué?

Aquella no es cuestión de soldados ni de tierra.

Es una simple batalla de mar.

¡Ah! Pero los peruanos prevén que los chilenos van a rendirse o a encallarse inmediatamente. Esto último será el máximun de su heroísmo de náufragos abandonados; y es preciso acordonar la playa, desde el Colorado al Molle, para que ni uno solo escape. Es indispensable que el círculo esté completamente formado como una trampa de hierro, como el círculo del alambre en la batería eléctrica. Así lo dice el sub-jefe de Estado Mayor, Benavides, en su parte oficial de la tarde, y así lo hace.

Los Cazadores de la Guardia se agazapan como cazadores de liebres a lo largo de la playa del Colorado.

Los Cazadores del Cuzco completan la red y la caza en la otra extremidad de la bahía.

Los lobos del mar no tendrán por donde huir. Las divisiones **están listas.**

Y era en ese preciso momento de las pusilanimidades minuciosas, de las victorias baratas, cuando el capitán Prat, pálido, pero sereno, tranquilo, sublime, completamente dueño de sí mismo, dueño de su voz y dueño de su buque, roto y casi inmóvil, pero convertido por el heroísmo en roca, arenga a su tripulación desde el alcázar, y señalando con su espada el tricolor que flota dulcemente con la primera brisa en los mástiles, dícele estas palabras, que oyó el Pacífico en todas sus lindes: — **¡Esa bandera no se ha rendido nunca!**

La orden del día de la gran jornada estaba dada, y los dos barcos se acercaban como para darse de viva voz el último adiós de los que van a morir lidiando.

—**¡Seguid mis aguas!** grita el capitán Prat con su bocina, y la vibración del telégrafo, como si hubiera co-

gido en el espacio la entonación heroica, llevaba al Alto de Molle este eco, seco como el rechinar de las espadas en un duelo:

—¡Siguen batiéndose!

BUENDIA.

XXXVIII

En esos precisos momentos una embarcación pasa por el costado de la **Esmeralda**; y una mujer que estrecha contra su regazo tres tiernas criaturas pide, con la voz temblorosa del espanto, socorro y albergue a los chilenos.

Es la mujer del piloto Stanley “el hombre infierno” de los peruanos, que huye de su pontón, cogido entre dos fuegos, mientras su marido huye en el **Lamar** hacia Antofagasta.

Y entonces, rasgo a la vez sencillo y grandioso, que ha sido referido con el apropiado nombre de “una galantería en el martirio”, el capitán Prat baja del alcázar, se acerca a la mura de su buque convertido en un castillo de fuego, y alzando cortesmente de sus anchas sienes su gorra de combate, la misma con que una hora hacía había saludado el oriflama de la Patria invicta, díjole estas palabras de esquisita cortesía: —“No tenga cuidado, señorita!” — y mostróle el rumbo de salvación hacia la playa del Colorado, que los peruanos comenzaban a coronar de tropa, asustadas por el heroísmo. (1).

(1) Esta escena se halla prolijamente contada en un memorial en inglés que el piloto Stanley presentó más tarde al gobierno de Chile, detallando sus sufrimientos y los de su familia. Esta fué reducida a prisión y tratada por las autoridades peruanas de Iquique con un lujo de crueldad que espanta. En ningún pecho, en la playa peruana, brilló en esas horas ni el más leve reflejo de la magnanimidad de Prat.

XXXIX

Sobreviene aquí en el libro de las peripecias del combate un instante de pausa, que parece trazado por toscos rasgos de pluma en el papel mudo y rayado a máquina, como las cuentas de vulgar mercader.

Pero los jefes peruanos que presencian las diestras evoluciones de los dos barcos encerrados y sin esperanza, necesitan llevar aire a sus pulmones, aliento a sus pechos. Necesitan hablar y hablan.

El telegrafista no ha tenido suficiente calma para mirar el reloj suspendido al muro fronterizo de la máquina, y no ha apuntado la hora.

Pero deben ser apenas las nueve de la madrugada, y Buendía dice a Suárez estas dos palabras, que no son sin embargo la victoria ni sus alas:

¡Llevamos ventaja!

BUENDIA.

Y el entendido capitán del Alto, comprendiendo a la distancia, por esa sola frase, que no es mansa oveja la que el lobo acorrala, sorprende al general en jefe desde la altura con este consejo de acertada mira militar:

Batería de tierra será bueno que cañonée a buque cerca de tierra.

SUAREZ.

Ejecútase el consejo sin tardanza, y el barco chileno, como el león mañoso y envejecido de la cerranía andina, que los vaqueros tienen cogido dentro de un círculo de cardones encendidos, visibles como nocturna lumbre desde la llanura, dispara a la vez sus dos baterías al mar y a la playa, asemejándose a un volcán en erupción...

Fué en ese momento preciso y terrible cuando la **Covadonga** doblaba la punta de la isla de Iquique (hoy Serrano) y perdía de vista a su gemela. Y al notar sus marineros las llamaradas de sus disparos por andanadas, y el fuego de su fusilería y el de la gente de tierra, creyeron que la **Esmeralda** había volado antes que rendirse...

Por esto el primer telegrama del 24 de mayo, vía de Tocopilla, vía de Chacabuco, vía de Caracoles y vía de Antofagasta, tenía el laconismo siniestro y rápido del relámpago, y decía así: **La Esmeralda, antes de rendirse, se voló...** Simple engaño de hora y de retina. La **Esmeralda**, hacía dos horas más tarde algo mucho más grande y más inusitado: impasible, indomable, taimada y grandiosa, ibase a pique con la bandera al tope como el **Vengeur** de Francia!

XL

Pero en ese momento, con la goleta que escapa como gaviota herida, perforado su flanco de babor por una granada del **Huáscar** que se lleva de camino una noble vida, cambia la decoración, el escenario, los corazones, los latidos del alambre.

—**¡Buque enemigo proa Cavancho!** exclama Suárez a caballo sobre el Molle, viendo venir el barquichuelo como bruto desbocado hacia la playa que domina desde el Alto; y como si sintiera a pesar suyo el mismo recelo que hizo exclamar a Buendía en el primer arranque del combate: —**¡Qué esa división esté lista!**, el segundo jefe del ejército peruano pregunta a su superior en el anuncio telegráfico:

—**¿Mandó fuerzas?**

Era el cierzo helado de la duda y la zozobra que comenzaba a soplar en las caletas del desierto: — la **paraca** venía esta vez proa del Norte. . .

El general Buendía, comprendiendo la ansiedad de su segundo, junto con la inminencia del peligro y de la caza, respondió:

—**Esté listo en su puesto. Disposición tomada.**

BUENDIA.

Era ese el — **All right!** de Condell, dicho con la fraseología del que manda para vencer, no del que obedece para morir.

XLI

Deslizanse ahora varios minutos, que son siglos. El telegrafista de la máquina de Iquique ha perdido toda posesión de sí mismo. — Es dueño del manubrio del aparato, pero no es dueño de su alma ni de su pulso. Las líneas que copia se hacen fuego en espirales, como los buques que pelean en la rada, y el desatentado obrero maltrata la ortografía de la lengua, como la **Covadonga** maltrataba en esa hora a su enorme perseguidora.

Comienza el vértigo en la tierra y en el mar la grandiosidad.

La inquietud ha vuelto, en efecto, a aparecer tras el estambre del papel de los recuerdos, como apareció en la madrugada tras la bruma. Las líneas se tuercen, el martinete está mudo, los ojos siguen por encima de la colina los rumbos encontrados de la incertidumbre.

Son las once de la mañana y todavía no circula por los alambres esta palabra, que es siempre rápida como la centella: — “Victoria!”

La **Esmeralda** se resiste y pelea.

La **Covadonga** huye y pelea.

Esa es la única faz de la batalla.

Una sombra pasa por la frente del General en Jefe, que el sudor empapa, y pregunta:

—¿Qué hace la **Independencia**?”

BUENDIA.

Y el eco del Molle, apagado por el estrépito lejano del cañón, le contesta en el apunte gráfico del libro:

—¡**Persigue buque chileno!**

SUAREZ.

El sobresalto aumenta.—¿Cómo! La **Independencia**, fragata poderosa, que traga los vientos y las olas en su marcha triunfal, ¿no ha dado caza todavía al barquichuelo fugitivo...?

Al sobresalto sucede el asombro, y el generalísimo peruano vuelve a preguntar a los que están en el divisadero de la altura:

¿Qué hace la **Independencia**?

BUENDIA.

Y Suárez, enervado, inmóvil sobre su montura, con los ojos fijos en el mar plácido que se mece a los pies de su caballo, contesta secamente otra vez:

¡**Persigue al Covadonga!**

SUAREZ.

XLII

Ocurre aquí en el libro de cuyas páginas copiamos, con la fidelidad nimia de los lapidarios, estos rápidos diálogos de la batalla naval de Iquique, algo de extraño y singular.

Nadie ha preguntado y nadie ha respondido.

Pero son o han debido ser las doce del meridiano, y el telegrafista, sin el dictado aparente de nadie, ha escrito medio a medio de la página como quien escribe un epitafio, estas palabras, que son el resúmen de la espantosa tragedia:

“Esmeralda a pique.

“Baró” Independencia”.

¿Quién dictó esas líneas? ¿El hombre, el viento, el cañón lejano... o fué el alma de los que del fondo de la ola y de los barcos sumergidos subían al empíreo, sembrando el espacio de quejidos y de gritos de fracaso y de victoria?

El libro mudo y misterioso no lo dice.

XLIII

Y en efecto, pasados los azares de la primera hora, cumplida la promesa del héroe sobre el puente del **Huáscar**, enterrado el glorioso abordador por la mano de un noble extranjero junto con sus bravos secuaces, Serrano y Aldea, el capitán del monitor peruano, como humillado por su dolorosa victoria, pero enalteciendo su alma de marino con exclarecida magnanimidad, juntó hasta los más pequeños arreos del ínclito mártir, y como si fueran otras tantas reliquias, enviólos a su esposa con la siguiente carta que es el más digno apoteosis de la titánica hazaña:

“MONITOR “HUASCAR”.

Pisagua, junio 3 de 1879.

‘Dignísima señora:

“Un sagrado deber me autoriza a dirigirme a Ud. y siento profundamente que esta carta, por las luchas que va a rememorar, contribuya a aumentar el dolor que hoy justamente debe dominarla.

“En el combate naval del 21 del próximo pasado, que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas y chilenas, **su digno y valeroso esposo**, el capitán de fragata don Arturo Prat, comandante de la **Esmeralda**, fué, como Ud. no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo, en defensa y gloria de la bandera de su Patria..

“DEPLORANDO TAN INFAUSTO ACONTECIMIENTO y acompañándola en su duelo, cumplo con el penoso y triste deber de enviarle las para Ud. inestimables prendas que se encontraron en su poder, y que son las que figuran en la lista adjunta. Ellas le servirán indudablemente de algún consuelo en medio de su gran desgracia, y por eso me he anticipado a remitírselas.

“Reiterándole mis sentimientos de condolencia, logro, señora, la oportunidad para ofrecerle mis servicios, consideraciones y respeto con que me suscribo de Ud., señora, muy afectísimo seguro servidor.

MIGUEL GRAU (1).

(1) Hé aquí el inventario de los objetos que el jefe peruano envió generosamente a la viuda del héroe y que ésta guarda como dentro de un santuario.

INVENTARIO de los objetos encontrados al Capitán de fragata don Arturo Prat, comandante de la corbeta chilena “Esmeralda”, momentos después de haber fallecido a bordo del monitor “Huascar”: Una espada sin vaina, pero con sus respectivos tiros; un anillo de oro, de matrimonio; un par de gemelos y dos botones de pechera de camisa, todo de níquel; tres copias fotográficas, una de su señora y las otras dos probablemente de sus niños; una reliquia del Corazón de Jesús, escapulario del Carmen y medalla de la Purísima; un par de guantes de preville; un pañuelo de hilo blanco, sin marca; un libro memorandum; una carta cerrada, y con el siguiente sobre escrito: Sr. J. Lassero, Gobernación Marítima de Valparaíso. Para entregar a D. Lorenzo M. Paredes. —Al ancla, Iquique, mayo 21 de 1879. El oficial del detall. P. Rodríguez Salazar.

XLIV

Llegado es el momento de poner término a este ensayo que por su figura culminante, su punto inicial en la guerra y el ámbito inmenso en que estaba llamado, como ejemplo, a ejercitar su acción posterior en el mar como en la tierra, debía de fuerza abarcar el mayor espacio en el "**Album de la gloria**". Y como de preferencia hemos aceptado en esta reseña de vida tan preclara el testimonio ajeno al nuestro propio, estampado ya en otros libros (1), va a sernos lícito invocar aquí la voz más querida que endulzó las fibras del guerrero y apasionó con mayor vehemencia su entusiasta corazón. Porque así, y de prestado, dentro del propio santuario, sabremos todos lo que fué en sus santas intimidades aquel grande espíritu, conservado hasta hoy en ánfora de lágrimas.

Es su propia esposa la que habla, y así desde el fondo de su corazón de mujer y de su pecho de esposa, mediante generosa condescendencia que empeñará eternas gratitudes, vierte en el papel el blando y oloroso bálsamo. (2).

XLV

"Arturo, cuando niño, era vivo y juguetón, pero al mismo tiempo muy dócil. Se distinguía por su inmenso cariño a su madre. Muchas veces, para tenerlos en so-

(1) Para más prolijos datos, especialmente sobre el combate de Iquique, puede el lector consultar *Las Dos Esmeraldas* (1879) y la *Historia de la Guerra* (1880-1882), el *Combate Homérico*, brillante cuadro del Sr. Grez, la *Biografía de Prat*, por los señores Medina y Guerrero, etc., etc.

(2) A petición nuestra, la digna señora Carmela Carvajal de Prat se sirvió escribir estos apuntes íntimos en mayo de 1880, y con motivo del primer aniversario del combate de Iquique. Están contenidos en una carta escrita a nuestro amigo don Jacinto Chacón, en Curimón, el 14 de mayo de 1880.

siego a él y a sus hermanitos, ésta les decía que ella querría más al que estuviera más tiempo a su lado, y era seguro que Arturo dejaba de jugar y pasaba largas horas junto a ella para ser el preferido de su mamá. Era aplicado, observador y le gustaba saber el por qué de todas las cosas, y su padre, que tal vez presentía lo que ese niño podía llegar a ser más tarde, se complacía en satisfacer todas sus preguntas. Tenía muy buena memoria y supo aprovechar y conservar las lecciones y consejos de toda clase que en su niñez recibió de su tierna madre.

“Cuando él apenas contaba 6 o 7 años, ella le enseñó los principios de la música, y más tarde, sin más que estas escasas nociones, ayudado de su natural constancia y paciencia, Arturo consiguió aprender algunas romanzas que eran su más agradable distracción en sus horas de descanso, durante las fatigosas estaciones de Magallanes o de Mejillones, en las que casi nunca saltaba a tierra.

“Es imposible imaginar una vida más pura y arreglada. Me refería uno de sus más íntimos amigos y compañeros, que Arturo era tan serio desde muchacho que siempre les censuraba sus lijerizas. Por esto le decían que él era para ellos una especie de **opinión pública**.

“Fué desde niño muy prolijo para todo. Cuidadoso de su persona y de su casa, nunca estaba desocupado, y aun en las visitas que hacía a las personas de su familia, se ocupaba de arreglar lo que estaba en desorden o de hacer alguna cosa útil; así es como algunos de sus más próximos parientes conservan varios trabajos de su mano, como cajitas curiosas, habiendo obsequiado a su padre un escritorio trabajado por él mismo e iluminado varias fotografías, entre ellas la de su abuelita,

la de la interesante esposa de Ud. y la de nuestra hijita Blanca Estela.

“Era tal el cariño hacia sus padres y el deseo de verlos tranquilos y felices, que a veces se privaba hasta de ir al teatro, que era su distracción favorita, por no gastar ese dinero en simples pasatiempos cuando podía emplearlo en cosas más necesarias.

“Si, como hijo amante nada dejaba que desear, como esposo y como padre puedo asegurarle que fué un modelo de ternura. — Quería compartir conmigo hasta los más íntimos cuidados de la familia. Así me escribía en una ocasión desde Mejillones: — “A cada momento me parece que te veo rendida de mecer a nuestra hijita, sin que a tu lado esté yo para ayudarte a compartir, aunque sea en pequeño, tus trabajos: lo único que me consuela es que en esta vida todo es relativo; **hay placer porque hay dolor**, y a la grandeza de éste corresponde la intensidad de aquél”.

“Era por carácter reservado y nunca hablaba más de lo necesario, pero era muy minucioso y expansivo para escribir; en sus cartas no se olvidaba de nada ni de nadie.

“Quien lo hubiera visto en el seno de la familia, tratando de aliviarme en lo posible en el cuidado de lo que él llamaba sus tiernos ángeles no habría podido reconocer en él al marino austero, al jefe estricto.

“Recuerdo que el día de nuestro enlace, un jefe que lo apreciaba mucho, pero que sólo lo conocía bajo este último aspecto, decía a uno de mis hermanos: “El joven es cumplido, es una alhaja, pero es muy tirante”.

“Amaba a nuestra hijita con delirio y jugaba con ella como un niño; pero una vez que se ponía a trabajar, ya no había para él más que sus papeles y sus libros;

se contraía de tal manera, que ni la bulla de los niños le interrumpía, ni molestaba.

“Nadie mejor que Ud. sabe con cuantas dificultades tuvo que tropezar para realizar su propósito de recibirse de abogado. Toda mi esperanza era que una vez recibido se retirara de la marina, que presentía me sería tan funesta, pero nunca pude decidirlo. — A este respecto me escribía en 1874:

“La idea de abandonar la marina me es antipática y, a la verdad, sólo impelido por poderosas razones me decidiría a hacerlo. No cuento entre mis defectos la inconsecuencia. — Mientras no posea un nombre, si no respetable, al menos de mérito como abogado, debo conservar el de marino, que me lo ofrece, y llevar como **accesorio** el otro. — No tengo ninguna mezquina ambición; ni los honores ni la gloria me arrastran, pero creo puedo servir en algo a mi país en la esfera de fectividad tanto del uno como del otro”.

“Tenía gran confianza en Dios y la esperanza segura de una vida mejor. Así es que jamás se abatía por los reveses de la vida. En esta convicción, siempre me repetía: “**Dios nos guía**, y lo que sucede es siempre lo mejor que debe suceder”. — En 1874 me escribía, a propósito de la muerte de una amiga muy querida: “El pesar que esta desgracia me ha causado ha sido mayor por afectar tan cerca tu tierno corazón y hallarme tan lejos para enjugar tus lágrimas y fortalecerte a tí en la resignación, ya que no fué posible recibir su último adiós. Entre tanto, mi amiga, quédenos el consuelo, para los que creemos en una segunda vida, que la virtuosa matrona que hemos visto desaparecer de la vida temporal goza para siempre de la espiritual; que la buena esposa, la tierna madre, la abnegada amiga del pobre y del poderoso, le han conquistado”.

“Deseando que ésta llene el objeto que Ud. se propone, tiene el gusto de saludarlo su afectísima atenta servidora.—**Carmela Carvajal de Prat**”.

XLVI

Después de este nombre, — suave perfume de una tumba delante de la cual los chilenos estarán mañana postrados de rodillas, fresca corona de flores envuelta en los tules de eterna viudez, — sólo queda un deber para el compaginador humilde: arrodillarse sobre la lápida todavía sin nombre en el cementerio o en el pedestal de Chile, y esculpir en ella el ósculo de la eterna reverencia del imperecedero culto del amor a lo grande y a lo excelso.

¿Y por qué nó?

Contemplemos bajo todas sus faces, como ha de mirarse en la cúspide del orgulloso monumento de glorificación que en la playa chilena le aguarda después del prolongado secuestro en bóveda extraña y de comereío.

Examínesele en toda su vida y en su última hora.

Niño, tiene el heroísmo del hogar.

Adolescente, ama como los paladines de la leyenda.

Marino, casi desde la cuna besa el Océano en la frente y se mece en él, en sus olas azules, en sus tradiciones de gloria, en sus batallas de media noche, como si hubiera nacido entre sus crestas.

Nombrado para tomar al abordaje a la **Covadonga** en el puerto de Coquimbo, escribe a su madre que la idea de aquella empresa le sonrío como sus propias caricias.

Captor de la nave española, envía íntegra a su techo su cuota de presa, haciendo del patrimonio del bravo el báculo del padre anciano y abatido.

Náufraga la **Esmeralda** en la rada de Valparaíso, lánzase de su lecho donde le retiene la fiebre, y sálvala.

Como Lee, “el gran Virginio”, Arturo Prat cree que la cosa más grande de la vida es el deber. Y de esta enseña santa no aparta jamás los ojos, desde el aposento del aula infantil hasta su última mirada al invicto mastelero en cuyo tope flota invicto pabellón.

Se ha dicho, en efecto, y se ha creído, que hubo en Iquique un grande y pocas veces visto heroísmo de soldado.

Húbolo, a la verdad, en todos, y en Arturo Prat más alto que en otro alguno, excepto talvez el heroísmo guerrero de Ignacio Serrano, este Ajax de nuestros mares.

Pero el heroísmo genuino, propio, tranquilo, inmutable como la roca, bruñido como el bronce, sublime como la luz que alumbra las mañanas de los Andes, es el heroísmo del deber que Arturo Prat ostenta al pié de la colina de Tarapacá.

¡Recordemos!

Avísanle que invencible enemigo se acerca... Pero el capitán no se inmuta, ni se atropella, ni se aparta una línea del trazado de acero del deber, del orden de batalla que la Ordenanza prescribe para el mar: — “Sale a reconocer!”

Es la escuadra enemiga que viene ufana, provocadora, invencible... No se inmuta por esto el adalid, que encierra en su personalidad todas las responsabilidades del deber propio y colectivo, y se limita a gritar con voz de aliento: — “**Muchachos el combate es desigual...!** Ascende entonces el capitán glorioso al alcázar de su nave acometida por los buitres del Norte... Y entonces, y con palabras de hombre y de jefe latiendo desahogado el valiente corazón dentro del pecho y sonora la lengua

en la garganta, empapada en el calor de las fauces, anima a los suyos a morir como chilenos: — “¡La bandera de Chile no se ha rendido nunca!”

La vibración de aquella alma y de aquella voz repercute en la nave entera de la cubierta a la cofa, del bauprés a la hélice, y el capitán de mar, que ha recibido esa bandera y su custodia, sabe que nunca será arriada.

Esto, como prenda moral, sobra a su pecho y a su mando.

Pero el hombre, el gladiador, el camarada, acuérdate que si el fragor del bronce es el himno de la batalla, el músculo del combatiente es la victoria; y entonces, sereno, impasible, sublime siempre, pregunta: — “¿Ha almorzado la gente?”

XLVII

Y hecho todo esto, que es sólo el deber y sus cimas opacas o luminosas, (que esto poco importa), el héroe cabal, que no se ha desmentido en uno solo de los grandes actos de su vida, en una sola de sus voces de mando en la última maniobra, pone la proa al sepulcro y dice tranquilamente a su bravo lugar-teniente: — “¡Seguid mis aguas!”

Y todavía, cuando paseando segura mirada por la borda divisa que todo está ejecutado dentro del deber postrero, que es el martirio, grita a todos los que le obedecen y se doblegan como si fueran sólo la sombra de su cuerpo, al eco de su bocina de bronce: — ¡Cumplid ahora vuestro deber!

XLVIII

Y más adelante del sacrificio, cuando el cañón ha tronado durante tres horas, y viénese desalado sobre el

flanco de la frágil nave, rota por las balas, enfurecido monstruo enemigo con sus hocicos de hierro trabados y enhiestos, acusando que en el fondo de sus entrañas está aposentada la muerte, el caudillo inmortal salta sobre su lomo como para asirle la indómita garganta, y al caer exánime deja al vencedor lo único que los héroes antiguos solían dejar en el campo enemigo: su espada y su cadáver...

Su broquel, que sería devuelto al hogar, era sólo el retrato de su esposa y los de sus hijos, que nunca apartó del corazón ni como atavío ni como memoria.

XLIX

Lo que constituye por esto la grandeza peculiar del heroísmo de Arturo Prat, lo que lo hace el único e insuperable por otros heroísmos, es su maravillosa, nunca interrumpida, pareja, acerada, impasible unidad.

Como Bayardo, su nombre recorrerá la historia sustituido por una leyenda, nombre de pila de la gloria.

Arturo Prat ha pasado por la doble prueba del crisol de fuego en que hierve la envidia y del crisol de arcilla en que reposa el olvido.

En el fondo del primero no se ha encontrado un solo vestigio de hiel.

El fondo del último está todavía lleno de lágrimas...

La gloria de Arturo Prat es una gloria completamente liquidada: es un finiquito de la inmortalidad que nunca jamás será revocado.

L

La vida y la muerte de Arturo Prat confúndese, así, en una sola intuición, en una sola voluntad, en una

sola luz, como la del diamante que el lapidario acaba de laminar con el cincel; es la grande unidad del deber, que comienza en la cartilla y acaba en el salmo que los moribundos de ánimo entero recitan junto con el sacerdote en el dintel del más allá. . .

De aquí la talla colosal de este chileno, que ayer era sólo escondida juventud.

De aquí que el nombre de Arturo Prat no sólo sea un emblema de la nación chilena sino una leyenda, una admiración, una figura aparecida en luciente relieve en el horizonte que el Océano abre a todas las naciones.

LI

Como Pablo Jones, el tipo de mar de la América del Norte; como Gravina en Trafalgar, como Canaris en Grecia, como Cochrane en el puente de la primera **Esmeralda**, Arturo Prat es el héroe del mar entre todos los pueblos, aquel a quien el vulgo canta, la ola arrulla, el nauta invoca en el peligro, la tempestad destaca sobre el puente, asido al timón, dando el rumbo sobre la cofa, genio y salvador a la vez que el Océano resucita en todos sus enojos como para aplacar su voz.

LII.

Y otra vez, por esto, lo decimos al concluir, y cuando el tiempo enfriando los ánimos y los momentos sólo deja paso a la convicción tranquila y al fallo justiciero.

Arturo Prat, como marino de Chile, fué por la pureza y la grandiosa unidad de su vida un verdadero semi-dios de la antigüedad.

LIII.

Una cosa de gran dolor quédanos todavía por agregar a estas memorias de una vida sin tacha, de un holo-

causto sin ejemplo, de la más grandiosa magnanimidad de nuestra historia. Es una voz de la tumba. Es una reclamación suprema y urgente ante la posteridad.

¿Por qué, en efecto, mientras la mano de la Patria enlutada, de la amistad solícita, de la tierna fraternidad, o simplemente de la misericordia de los buenos, ha devuelto al suelo blando de la cuna los despojos queridos de los que en el páramo cayeron, sin exceptuar los más humildes; por qué yacen todavía casi insepultas, bajo una plancha de hierro destinada a guardar, no los trofeos siquiera de la guerra sino los fardos del comercio, después de un lustro casi completo de resignación y espera, las santas cenizas del héroe inmortal?

¿Qué se aguarda?

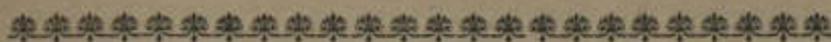
¿Acaso la erección del suntuoso monumento confiado a la morosidad extranjera?

¿Acaso el regreso a sus lares del último barco, del último soldado, del último cadáver?

¡Ignorámoslo! Pero al poner fin a la vida del campeón de Iquique, escrita cincuenta meses después de su inmólación, la espina del remordimiento se atraviesa en nuestra garganta y como una voz secreta, salida de olvidada y casi profanada tumba, nos acusa.

Y lo único que en semejante dolor alivia y alza el ánimo, es la esperanza de que la hora de la apoteosis no se halla lejos, que cincel del arte labra ya el cáliz destinado a recoger las últimas lágrimas, que el semidios de la historia va al fin a encontrar en los dinteles de su cuna, el altar marmóreo que consagrará, con los reflejos del bronce enemigo herido por el sol de Chile, su inclita, inmensa, imperecedera gloria.

“El Album de la Gloria de Chile”, págs. 99 a 127.



PAGINAS DE UNA LEYENDA DEL MAR

La gloria de los tripulantes de la "Esmeralda" consagrada oficialmente por el Estado Mayor peruano, documento dado a luz a propósito de la dilación indefinida del monumento conmemorativo del combate de Iquique.

I.

Cuando el bravo cuanto infortunado contra-almirante Grau, digno siempre de las opiniones que sobre su carácter y carrera hemos sostenido y sostenemos, recaló el 2 de junio de 1879 a la bahía de Pisagua, regresando de Ilo, después de la segunda persecución del BLANCO, y escribió a la viuda del inmortal capitán Prat su noble epístola de aquel día, dejó suficientemente comprobada, con su opinión y su voto de marino y de adversario, la conducta del comandante chileno "victima (estas fueron sus propias palabras) de SU TEMERARIO ARROJO EN DEFENSA Y GLORIA DE LA BANDERA DE SU PATRIA".

Pero esa elevada y varonil revelación, digna de un hijo del mar, era en tal caso la expresión únicamente

de un sentimiento individual, el arranque de la admiración innata en todo ser por toda sublime hazaña, transmitido privadamente por un hombre de corazón a un desconsolado hogar.

Y aunque ese testimonio era sobrado para acallar las miserables mentiras forjadas por la envidia y el encono, la historia necesitaba una consagración más amplia del hecho memorable y del sacrificio imponderable, y esa fortuna ha cabido a la diligencia del que esto escribe.

II.

Entre los papeles del estado mayor peruano capturados en la estación de Peña Grande por el coronel Sotomayor, en su marcha de Santa Catalina a Iquique, a fines de noviembre último y que hoy se custodian encima de una ventana (por falta de estante) en la biblioteca Egaña, bajo los ojos del cuidadoso guardián, existe en efecto un documento auténtico y palpitante, escrito una hora después del combate, en cuyo momento su honrado autor no fué probablemente dueño de reprimir la calificación del hecho que había presenciado y tal cual reflejábase en su conciencia de hombre y su corazón de soldado.

Tal es el parte oficial del combate del 21 de mayo en la rada de Iquique pasado en la tarde de ese día al general Buendía por su jefe de estado mayor (suplente) en esa época, el coronel don Antonio Benavides, respecto de las operaciones de tierra que ese jefe, en razón de su puesto, fué llamado a presidir.

Hállase calificado en ese documento el hecho militar plenamente como "HEROICO"; y esto, para los que están al cabo del significado de un boletín oficial

relativo a una operación ejecutada por el enemigo, sabrán valorizarlo en lo que vale para la gloria de nuestra marina. Si el capitán Prat hubiera sobrevivido, bien habría podido el general en jefe peruano, sin mengua para su fama merecida de soldado caballeresco, reproducir el acto famoso de Salaverry, cuando en el puente de Uchumayo, siendo testigo presencial de las proezas de soldado y de jinete del coronel Ballivián, su más temible adversario en el ejército invasor de Santa Cruz, envió un parlamentario a rogar al héroe boliviano aceptase el despacho de general del ejército del Perú, otorgado por su presidente y general en jefe en guerra a muerte.

III

Pero aparte de la calificación militar y de la consagración moral del heroísmo de los tripulantes de la ESMERALDA en la rada de Iquique, aparecen en el tenor general del documento que vamos a reproducir una circunstancia dominante que enaltece el mérito de nuestros marinos y habla muy alto sobre la hazaña especial ejecutada por el comandante Condell, salvando aquel día de imperecedera memoria su buque y su Patria.

Esa circunstancia es el concepto claro, completo, fijo, universal que reinó en el campo peruano, sobre que nuestros dos buques **se rendirían** infaliblemente en vista de la incalculable superioridad de sus adversarios; y esto fué de tal suerte que todas las operaciones que el estado mayor peruano ejecutó respecto del ejército de tierra desde la primera hora, consistieron únicamente en preparar la recepción de los inevitables prófugos y naufragos, tendiendo en la playa del Colorado y en la

caleta del Molle dos batallones, como un simple cordón de salvadores y captores, encargados de recibir a los que huyendo de sus buques tratasen de salvarse en la costa.

Es cierto que ese concepto militar y esas oportunas medidas estaban plenamente justificadas por el carácter histórico y general de los hechos de esa especie, y francamente no fué culpa de los peruanos que no sucediese lo que con tanta razón esperaban: todo lo cual redundaba en honor de nuestros juveniles comandantes, uno de los cuales glorificó a su Patria muriendo y el otro matando. Porque no debe olvidarse que la acción de la ESMERALDA y de la COVADONGA se completan entre sí, como dentro de un palenque de hierro.

Si la ESMERALDA no hubiese resistido cuatro horas, la COVADONGA no habría podido escapar del **Huáscar**, así como la resistencia de la heroica goleta fué parte a salvar a la desapercibida Antofagasta, con sus trasportes al ancla, sus fuertes inconclusos, sus máquinas colocadas a la lengua del agua, y su ejército amontonado, echando a pique a la **Independencia** destinada a esas precisas, inmediatas y seguras operaciones.

IV.

Ahora, y sin más que estos leves preliminares, damos cabida al documento anunciado, cuyo tenor textual es el siguiente:

“ESTADO MAYOR DEL EJERCITO DEL SUR.

“Iquique, mayo 21 de 1879.

Señor General en Jefe del ejército:

“Cábeme el honor de dirigirme a VS. con el objeto de acompañar los partes que el señor coronel comandan-

te general de la I división y el jefe accidental de la brigada provisional de artillería, pasan a este Estado Mayor General, y a la vez narrarle los hechos sobre el movimiento que tuvieron las fuerzas existentes en esta plaza, durante el combate naval que empeñaron las naves peruanas **Huáscar** y fragata **Independencia** con las chilenas **ESMERALDA** y **COVADONGA**, que permanecían bloquendo este puerto.

“A poco más de las 7 A. M. se avistaron dos vapores que venían del Norte y como a las 8 se dejaron conocer que eran las naves nacionales ya indicadas. Avanzadas sobre el puerto, a las 8.30 rompieron los fuegos sobre las chilenas, que lo verificaron también. Mientras esto sucedía, trató la **COVADONGA** de escaparse hacia el Sur, acompañada del transporte **La Mar**, perseguidos éstos por la **Independencia**; y aprovechando su poco calado, fueron a guarecerse a la ensenada de Molle. Creyéndose entonces que **allí serían rendidos**, di orden al batallón Cazadores del Cuzco N.º 5 de línea, marchara inmediatamente sobre esa playa a fin de tomar a los individuos que pudieran desembarcar huyendo de los fuegos de nuestra fragata. No sucedió así, pues aprovechando, repito, de su poco calado, continuaron muy pegados a la costa y la **Independencia** en su seguimiento hasta esta hora, que son las 2 P. M., no se sabe el resultado de tal persecución.

“Como al Norte del puerto estuviese empeñado el combate entre el **Huáscar** y la **ESMERALDA**, ésta huyendo se acercó tanto a la playa de la ensenada del Colorado, que se supuso también que allí se rendiría. Queriendo aprovechar, como en Molle, si desembarcaban **prófugos**, se destacó el batallón N.º 7 Cazadores de la Guardia, que fué situado a la ceja de dicha ensenada,

ordenándose además a la brigada de artillería de la primera división viniera inmediatamente a ocupar un puesto desde el que podría dirigir sus fuegos a la **ESMERALDA** con algún provecho. Así se verificó, y en cuanto las piezas rompieron sus fuegos, lo mismo que nuestros nacionales que guardaban ese punto, **fueron contestados por la artillería de dicho buque y su guarnición por el espacio de media hora**, habiéndose visto obligada, por esto, a abandonar el puerto, haciendo rumbo al Norte. Entonces, el **Huáscar** a toda máquina se fué sobre ella, y después de un rudo choque la echó a pique a las 11.40 A. M. **sucumbiendo HEROICAMENTE con sus tripulantes.**

“Indescriptible es, señor General, el entusiasmo y decisión que tanto la fuerza de línea como los guardias nacionales han manifestado al presenciar este combate naval que **hará época en los anales de la historia contemporánea.**

Testigo presencial VS. de cuanto dejo referido, habiendo cumplido fielmente las órdenes que me impartió para la situación de las tropas, que ya se encuentran en sus respectivos cuarteles, sólo me resta felicitar a la Nación, a nuestra marina y a VS. por el triunfo alcanzado hoy sobre las naves enemigas que sostenían al bloqueo de este puerto.

Dios gue. a VS.—ANTONIO BENAVIDES.—Jefe de E. M. Gral.”

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, abril 10 de 1880.

“El Mercurio” de 15 de abril de 1880.

“Guerra del Pacífico, de Ahumada Moreno, I. pág. 316.



LA JORNADA DEL 21 DE MAYO

Contada a la posteridad por los telegrafistas de Iquique

“Esmeralda” se fué a pique enteramente. No sabemos si “Hudscar” haya recogido algunos tripulantes, aunque vemos que echa botes al agua. . . .” (Despacho del telegrafista de Iquique al de Molle, mayo 21 de 1879).

I

Amanece. . .

La pintoresca ciudad de Iquique, pequeña Constantinopla de los médanos, se despierta perezosamente entre la bruma, destacándose sobre la parda colina sus elegantes minaretes.

Los centinelas peruanos, apoyados en sus fusiles y esparcidos como puntos negros en la playa, aguardan la hora del relevo del primer cuarto. Las rondas nocturnas penetran de regreso por el zaguán de sus cuarteles. La ciudad militar entra en reposo. El pueblo civil, alestargado por el bloqueo, este sueño de mar, bosteza en sus almohadas de salitre. Calma profunda reina en la atmósfera, en el recinto, en el océano, en el firmamento

que ténue luz tropical colora. Los bloqueos tienen el privilegio de convertir las bahías en ataúdes y los pueblos en cementerios. Eso era Iquique al amanecer del memorable miércoles 21 de mayo de 1879.

Sólo las avanzadas de los muelles, listas para evitar los desembarcos nocturnos de los chilenos, creen divisar movimientos extraños y sospechosos en la flotilla bloqueadora.

La **Covadonga** voltejea inquieta hacia el Norte y al fin endereza su proa a ese rumbo, como peje-espada que ha divisado a la ballena y se alista al terrible y desigual encuentro. La **Esmeralda**, aferrada todavía a su ancla, aparece entre los reflejos de la alborada como enhiesta roca enclavada en la bahía.

II

De repente colúmbrase junto a la isla un lampo de cañón, y las colinas de la playa del Colorado, repercutiendo los ecos, llevan el sobresalto a todos los soñolientos moradores de la perezosa ciudad.

¿Qué ha acontecido?

Es la **Covadonga** que dispara el primer cañonazo de alarma a su consorte. . . ¿Por qué y para qué fin?

Ese cañonazo, en el sentido figurado de la guerra, quería decir sencillamente a los tripulantes:

—¡**Preparaos para pelear y para morir!**

Condell y Orella, este último con su vista de lince, habían reconocido los dos formidables acorazados del enemigo, que levantando crestas de espuma, venían en su demanda con toda la pujanza de sus poderosas hélices.

III

Entre tanto, nada de esto se apercibía en tierra. El general Buendía dormía como su nombre. Sólo el vi-

gilante Suárez, estacionado en la colina del Molle, sobre la espalda meridional de Iquique, tenía su caballo ensillado y velaba en su tienda.

Pero el hermoso reloj de la torre de madera, que ocupa el centro de la plaza de armas de Iquique, acaba de sonar las ocho de la mañana, y los telegrafistas de todas las estaciones militares comienzan a instalarse tranquila y automáticamente en sus puestos, como de ordinario.

El telegrafista de Iquique ha sentido el primer llamado de la mañana. Es el saludo del trabajo universal, que en todas partes despierta a la misma hora.

El ingeniero don Narciso de la Colina, nombre adecuado para un artífice de ferrocarriles, avisa al coronel Suárez que se ha dado orden para que ciertos carros de carga estén listos en cierto paraje de la línea. Es ese el tema casi exclusivo de todos los telegramas que contiene, en cerca de 200 páginas en folio, el libro copiador de la oficina de Iquique, prisionero hoy en un armario y del cual sacamos exclusivamente el argumento de este artículo, rigurosamente histórico.

IV.

El telegrafista ha transmitido el anuncio del ingeniero de la Colina y lo ha asentado con mano reposada en su libro copiador y en la página 82, cuando, un renglón más abajo, siéntese que su pulso se ha estremecido, como si la corriente eléctrica hubiese saltado de los alambres a sus dedos. ¿Qué había pasado?

Todo el secreto del drama está allí. Comienza la emoción, agítase la concurrencia, el telón del Océano ha sido recogido por mano misteriosa pero visible y la tragedia heroica ha subido al escenario de la historia.

El telegrafista acaba de anunciarnoslo con trémulas vibraciones de temor y de entusiasmo, que todavía llegan y todavía palpan. Las copiamos con la fidelidad escrupulosa con que el facultativo cuenta los latidos del corazón del que se muere...

General en jefe a coronel Suárez (mayo 21 de 1879. —8.30 A. M.).

Huáscar, Independencia baten a los buques chilenos Esmeralda y Covadonga. — Y luego se lee esta línea en forma de postdata: —**Que esté lista la división.**

V

¡Lista la división del Molle, la división Suárez, en que forman el Zepita y el Dos de Mayo! ¡Para qué? Aquella no es cuestión de soldados ni de tierra. Es una simple batalla de mar.

¡Ah! Pero los peruanos piensan que los chilenos van a rendirse o encallarse inmediatamente. Esto último será el máximo de su heroísmo de náufragos abandonados, y es preciso acordonar la playa, desde el Colorado al Molle, para que ni uno solo se escape. Es indispensable que el círculo esté completamente formado como una trampa de hierro, como el círculo del alambre en la batería eléctrica. Así lo dice el sub-jefe del Estado Mayor Benavides, en su parte oficial de la tarde, y así lo hace.

Los **Cazadores de la Guardia** se agazapan, como cazadores de liebres a lo largo de la playa del Colorado. Los **Cazadores del Cuzco** completan la red y la caza en la otra extremidad de la bahía. Los lobos del mar no tendrán por donde huir. “Las divisiones están listas”. Y era en ese preciso momento de las pusilanimidades

minuciosas, de las victorias baratas, cuando el capitán Prat, pálido, pero sereno, tranquilo, sublime, completamente dueño de sí mismo, dueño de su voz y de su buque roto y casi inmóvil, pero convertido por el heroísmo en roca, arenga a su tripulación desde el alcázar, y señalando con su espada el tricolor que flota dulcemente con la primera brisa en los mástiles, dícele estas palabras, que oyó el Pacífico en todos sus lindes: — ¡Esa bandera no se ha rendido nunca! . .

VI

La orden del día de la gran jornada estaba dada y los dos barcos se acercan como para darse de viva voz el último adiós de los que van a morir lidiando.

— ¡Seguid mis aguas! gritaba el capitán Prat con su bocina, y la vibración del telégrafo, como si hubiera cogido en el espacio la entonación heroica, llevaba al Alto del Molle este eco, seco como el rechinar de las espadas en un duelo:

— Siguen batiéndose.

BUENDIA.

VII

Sobreviene un instante de pausa, que parece trazado por toscos rasgos de pluma en el papel mudo y rayado a máquina, como las cuentas del vulgar mercader.

Pero los jefes peruanos que presencian las diestras evoluciones de los dos barcos encerrados y sin esperanza, necesitan llevar aire a sus pulmones, aliento a sus pechos. Necesitan hablar y hablan.

El telegrafista no ha tenido la suficiente calma para mirar el reloj suspendido al muro fronterizo de la máquina, y no ha apuntado la hora.

Pero deben ser apenas las 9 de la mañana, y Buendía dice a Suárez estas dos palabras, que no son, sin embargo, la victoria ni sus alas:

¡Llevamos ventaja!

BUENDIA.

Y el entendido capitán del Alto, comprendiendo a la distancia, por esta sola frase, que no es mansa oveja la que el lobo acorrala, sorprende al general en jefe desde la altura con este consejo de acertada mira militar:

—Batería de tierra será bueno cañonée a buque cerca de tierra.

SUAREZ.

VIII

Ejecútase el consejo sin tardanza, y el barco chileno, como el león mañoso y envejecido de la serranía andina, que los vaqueros tienen cogido dentro de un círculo de cardones encendidos, visibles como nocturna lumbre desde la llanura, dispara a la vez sus dos baterías al mar y a la playa, asemejándose a un volcán en erupción.

IX

Fué en ese momento preciso y terrible cuando la **Covadonga** doblaba la punta de la isla de Iquique (hoy Serrano) y perdía de vista a su gemela. Y al notar sus

marineros la llamarada de sus disparos por andanadas, y el fuego de su fusilería y el de la gente de tierra, creyeron que la **Esmeralda** había volado antes que rendirse.

Por esto el primer telegrama del 24 de mayo, vía de Tocopilla, vía de Chacance, vía de Caracoles y vía de Antofagasta, tenía el laconismo siniestro, rápido del relámpago y decía así:—**La Esmeralda antes que rendirse se voló...**

Simple engaño de hora y de retina. La **Esmeralda** hacía dos horas más tarde, algo mucho más grande y más inusitado:—inflexible, indomable, taimada y grandiosa, íbase a pique con la bandera al tope, como el **Vengeur**.

X

Pero en ese momento, con la goleta que escapa como gaviota herida perforado su flanco de babor por una granada del **Huáscar**, que se lleva de camino una noble vida, cambia la decoración, el escenario, los corazones, los latidos del alambre.

—¡**Buque enemigo, proa Covadonga!** exclama Suárez a caballo sobre el Molle, viendo venir el barquichuelo como bruto desbocado hacia la playa que domina desde el Alto; y como si sintiera, a pesar suyo, el mismo recelo que hizo exclamar a Buendía en el primer arranque del combate: ¡Qué esa división esté lista! el segundo jefe del ejército peruano agregó a su superior en el anuncio telegráfico:

¿**Mando fuerza?**

Era el cierzo helado de la duda y la zozobra que comenzaba a soplar en las caletas del desierto:—la **paraca** venía esta vez proa del Norte.

XI

El general Buendía, comprendiendo la ansiedad de su segundo, junto con la inminencia del peligro y de la caza, respondió:

—**Esté listo en su puesto. Disposición tomada.**

BUENDIA.

Era ese el **All right!** de Condell, dicho con la fraseología del que manda para vencer, no del que obedece para morir.

XII

Pasan varios minutos que son siglos. El telegrafista de la máquina de Iquique ha perdido toda la posesión de sí mismo.—Es dueño del manubrio del aparato, pero no es dueño de su alma ni de su pulso. Las líneas que copia se hacen fuego en espirales, como los buques que pelean en la rada, y el desatentado obrero maltrata la ortografía de la lengua, como la **Covadonga** maltrataba en esa hora a su enorme perseguidora.

Comienza el vértigo en la tierra y en el mar la grandiosidad.

XIII

La inquietud ha vuelto, en efecto, a aparecer tras el estambre del papel de los recuerdos, como apareció en la madrugada tras la bruma. Las líneas se tuercen, el martinete está mudo, los ojos siguen por encima de la colina los rumbos encontrados de la incertidumbre.

Son las 11 de la mañana y todavía no circula por los alambres esta palabra, que es siempre rápida como la centella:

—“¡Victoria!”

La **Esmeralda** se resiste y pelea.

La **Covadonga** huye y pelea.

Esa es la única faz de la batalla.

XIV

Una sombra pasa por la frente del general en jefe, que el sudor empapa, y pregunta:

—¿Qué hace la Independencia?

BUENDIA.

Y el eco del Molle, apagado por el estrépito lejano del cañón le contesta en el apunte gráfico del libro:

¡Persigue buque chileno!

SUAREZ.

XV

El sobresalto aumenta.— ¡Cómo! — La **Independencia**, fragata poderosa, que traga los vientos y las olas en su marcha triunfal, ¿no ha dado caza todavía al barquichuelo fugitivo...?

Al sobresalto sucede el asombro, y el generalísimo peruano vuelve a preguntar a los que están en el divisadero de la altura:

¿Qué hace la Independencia?

BUENDIA.

Y Suárez, enervado, inmóvil sobre su montura, con los ojos fijos en el mar plácido que se mece a los pies de su caballo, contesta secamente otra vez:

¡Persigue al Covadonga!

SUAREZ.

XVI

Ocurre aquí en el libro de cuyas páginas copiamos con la fidelidad nimia de los lapidarios estos rápidos diálogos de la batalla, algo de extraño y singular.

Nadie ha preguntado ni nadie ha respondido.

Pero son o han debido ser las 12 del meridiano, y el telegrafista, sin el dictado aparente de nadie, ha escrito medio a medio de la página como quién escribe un epitafio, estas palabras, que son el resúmen de la espantosa tragedia:

Esmeralda a Pique (sic.).

BARO Independencia.

XVII

¿Quién dictó esas líneas? ¿El hombre, el viento, el cañón lejano... o fué el alma de los que del fondo de la ola y del barco sumergido subían al empíreo, sembrando el espacio de quejidos y de gritos de victoria?

El libro mudo y misterioso no lo dice.

XVIII

Al contrario, el inteligente y advertido Suárez se ha alejado de la estación telegráfica del Molle; ha bajado a la playa vecina de Cavancha para contemplar más de cerca la incomprensible catástrofe y llevarle socorro.

El coronel de artillería Castañón (Emilio) (1), autor del rifle llamado **peruano**, ha tomado su puesto al lado del telegrafista y le dicta este mensaje, dirigido a

(1) Jefe accidental en ese día de la 3.^a Div., que con la 2.^a de Suárez, vivaqueaban en Molle —(n. del c).

Buendía, pero que llevó la palidez de la muerte a todos los rostros del Perú:

Tripulación Independencia toda dispersa en tierra. Sólo Moore a bordo. Bueno sería presencia de US. aquí.

CASTAÑON.

La desmoralización de la derrota comenzaba en los "vencedores". Necesitábase en la caleta la presencia del generalísimo que había creído vencer en la rada.

¿Dónde estaban entonces en la mitad del día las **ventajas** ganadas en la primera hora del fatal encuentro?

XIX

Iquique se había vestido de banderas como para un día de fiesta, y ágil chalupa, ceñida de vistosos trapos, hendía las aguas para llevar a Pisagua y a Arica el boletín del engañoso triunfo...

Pero casi a la misma hora alistábase el mensajero del desastre.

Y éste seguía sus peripecias en estos cuadros sucesivos que el rollo del alambre iba desenvolviendo en los horizontes.

XX

Nadie en Iquique puede creer el fatal anuncio, y como el centurión en la puerta del apóstol, el prefecto pregunta por la tercera vez al jefe superior del Molle:

¿Qué hay de Independencia?

LOPEZ LAVALLE.

Y el coronel Castañón contesta al prefecto:

Punta Grande oculta Covadonga. Huáscar deja Independencia y persigue al chileno...

CASTAÑÓN.

XXI

Pero el prefecto López Lavalle, que en un caso posterior e imaginario de avería del **Huáscar** en Tocopilla debía dejar estampado en los libros de la oficina telegráfica de Iquique estas palabras: **Estamos llorando...** vuelve a inquirir inconsolable:

¿De la Independencia no hay más detalles?

LOPEZ LAVALLE.

Y el artillero Castañón contesta como si apuntara:

¡No hay más!

CASTAÑÓN.

Y en seguida agrega estas dos palabras, que son el penúltimo cuadro de la inmortal jornada:

**Huáscar manda botes a Independencia.
COVADONGA SE FUE...**

CASTAÑÓN.

XXII

El drama ha concluído. Los personajes mismos se han retirado de la escena hacia el vestíbulo.

Un tercero sobreviene, como en el epílogo de la tragedia griega, y el coronel Macías, **inspector de campo del teatro de la guerra** (así era su título), pregunta, al caer la tarde, al cuartel general del Molle, que domina en anfiteatro el ancho mar sin naves:

Se ve salir mucho humo... Avise lo que hay.

MACIAS.

Y el impasible artillero, sentado en su cureña, como después de la batalla que la ha roto, contesta secamente:

(Contestación a Buendía).

Independencia arde por proa.

Y luego, como para consolarse y consolar, agrega:

—Parece hecho así por convenir.

CASTAÑON.

XXIII

Pero ni aun así, ni con la columna de humo, ni con el resplandor de la lejana hoguera, resignáronse a creer en el campo de Iquique la inmensa fortuna de Condell, porque parece haber ido al alto del Molle otra interrogación de esperanza y de señales del buque perdido, pues se lee en la misma hoja del libro (pág. 83) esta respuesta textual:

—No ha salido... Está ardiendo (sic).

CASTAÑON.

XXIV

El epílogo del drama terminaba, a su vez, como había terminado el drama y tal cual nos lo ha contado ese sencillo pero veraz sordonnudo que en el presente siglo comienza a ser el más imparcial guía de la historia — el telégrafo.

XXV

Pero todavía, como si a virtud de la ley eterna de los contrastes hubiera querido el silencioso narrador de la jornada de mayo dejar trazado el parangón de la grandeza en la gloria con la pequeñez de las cosas vulgares de la vida, el telegrafista de Iquique cierra el registro de aquel día memorable con esta inscripción de servicio menudo que reproducimos copiándola de la que sigue en pos del último telegrama de la batalla, a título de arte y fidelidad:

Del comandante Chocano, jefe militar de Agua Santa, al coronel Suárez.—mayo 21.

Llegó comandante Barrios con contingente. Pide forraje para doce bestias. No hay forraje.

CHOCANO.

XXVI

Y así, como las hojas rayadas de azul y encarne del libro copiador de la oficina de Iquique, están, las unas junto a las otras, todas las cosas grandes y miserables de la existencia del hombre, sobreviviendo únicamente en la inaccesible cúspide del bien todo lo que está resumido en esta sola palabra, sencilla y santa:

—¡El deber!

Los chilenos habían cumplido el suyo, y ésta fué su grandeza.

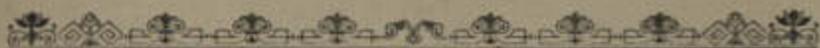
Los peruanos no lo cumplieron, y ésta fué su mengua y su derrota.

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, mayo 5 de 1880.

“Apotheosis de Prat”, de Rosales,
pág. 210 a 220.

“El Nuevo Ferrocarril”, de 20 de ma-
yo de 1880.



LA NIÑEZ DE ARTURO PRAT Y DE LUIS URIBE, LOS ULTIMOS CAPITANES DE LA ESMERALDA.

I

Es un concepto antiguo y probado que la centella invisible y sublime que engendra las grandes almas, nace en el hombre junto con la vida, junto con el alma.

Como el tenue arbusto que brota en suelo virgen, como el tinte pálido que colora la flor escondida en el capullo, como el aroma que el sol entibia y derrama dulcemente en las corolas, así la niñez, flor de la vida, es el síntoma revelador de las existencias grandes o raquílicas, puras o depravadas, heroicas o cobardes.

La cuna es el doble misterio de los seres.

El seno de una mujer alimenta el ser físico, y la criatura vive... Esa es la vida.

Pero al mismo tiempo Dios, por el intermedio de esa nodriza misteriosa que se llama la naturaleza, alienta el deseo, el instinto, la pasión, el amor, el sacrificio, el heroísmo... Esa es el alma,

II

Y cuando el alma y la vida han roto el pañal y arrojado la andadera, comienza la niñez precursora; y el porvenir, ese arcano insondable que el ángel del bien o del mal va alumbrando, señala la final etapa del sendero, breve o dilatado, en cuya postrera tabla miliaria colúmbrase desde larguísima distancia una u otra de estas dos leyendas, resumen y epitafio de toda terrenal carrera. — **Gloria...** — **Nada...**

Así, Ricardo Whittington, llegando a los suburbios de Londres, niño descalzo, harapiento, pero oyendo, sentado en una roca del camino real, los ecos del lejano campanario que le decían: — **Tú serás alcalde** (lord mayor) **de Londres** — no hacía sino adivinar su destino; como Napoleón Bonaparte, mancebo esquivo y sombrero, recién venido de la selvática Córcega a la escuela militar de Brienne, jugando a los soldados en los claustros y fabricando balas de cañón con la nieve caída en los patios, revelaba, según Bourrienne, su discípulo, el más extraordinario genio militar de su edad y de todas las edades. — Niño también de cortos años era Carlos XII, rey de Suecia, el hombre evidentemente más bravo y temerario de su siglo y tal vez de todos los siglos; cuando su ayo hizole escribir en su atlas geográfico, a fin de domar su altivez nativa, aquella humilde parábola del cristiano que dice: **Dieu me l' a donné, Dieu me l' otéra**, y el chicleto real, borrándola con énfasis, puso, conforme a su índole ingenua y terrible: **Dieu me l' a donné et le Diable no me l' otéra pas** (1).

(1) Dios me la dió y ni el diablo me la quitará.

III

Hubo asimismo entre nosotros, en los albores de la revolución que emancipó en un solo envión la materia y el pensamiento, una serie de niños, especie de grade-ría del genio, nacidos en corto intervalo de años entre sí, pero que alcanzaron a encontrarse y a sentir el invisible contacto de las almas en los juegos infantiles del **Colegio Colorado**, almáeigo de la transformación latente, pero escondida, que calentaba en esas horas el suelo y los cerebros. Fueron esos niños, destinados al martirio de su propio genio, don José Miguel Carrera (1785-1821), don Manuel Rodríguez (1786-1818) y don Diego Portales (1793-1837).

Y mientras desde el colegio cumpliáse en ellos, en su arrogancia, en su espíritu de dominio, que es ley universal de superioridad, y hasta en la señalada osadía de los pasatiempos, la evolución de la grandeza que los llevaría sucesivamente a la dictadura y a los cadalsos de la envidia, esta venganza perenne de las almas empequeñecidas, ciertas tradiciones de familias describen a otros niños, contemporáneos de aquellos, arrodillados en los jardines en arrobadora plática con los seres increados, o predicando, subidos a las ventanas o a los árboles, a la complacida servidumbre de sus casas solariegas. Esos niños, que alcanzaron mansa misión de redentores de almas, llamábanse Francisco Balmaceda (1772-1842) y Manuel Vicuña (1778-1843).

IV

Cumplióse asimismo esta irrefragable ley de los seres, de una manera viva y poderosa, en los dos mancebos predestinados que, viniendo al escenario de la vida

y de la historia por apartadísimos rumbos, fueron hermanos y los últimos capitanes de la nave de más gloria que cobijara jamás la bandera de Chile en el Pacífico, en cuyo seno invicta yace.

Pero la transición ingénita de las almas y de los destinos verificóse en el uno y en el otro de diverso modo, si bien por el mismo camino, que fué el de la educación por el deber y por la luz del entendimiento.

V

El uno de aquellos, llamado ARTURO PRAT, nacido al pie de la sierra de Ninhue, divisadero del mar, lavado en sus ondas, como en el Jordán al día siguiente de su bautizo de cristiano; traído de Talcahuano a Santiago para ser criado en la soltura del campo en la chacara de la Providencia; niño dulce, tranquilo, pundonoroso, rígido, con su padre enfermo, criado a la luz de la virtud que resplandecía en la frente de su madre, que el dolor hacía alternativamente tierna y severa, ese ser que escondía, bajo frágil estructura, heredada de doliente tálamo, todos los tesoros de la ley del deber, encontraría en la educación de su espíritu el fuego que daría esplendor lozano a sus fibras, como comunicalo la tibia atmósfera del invernáculo a la planta delicada temerosa del cierzo.

VI

En el otro, por el contrario, niño amoroso, cándido y locuáz, como lo llamó su madre, que era a veces inspirada poetiza, la húmeda savia rebotó temprano el vaso estrecho de la primera infancia, y bulliciosa, turbulenta

y calurosa, invadió el sosegado hogar con su rumor. Luis Uribe fué en sus primeros años, un niño esencialmente travieso, alegre y simpático, busca ruidos y busca pleitos, de todo lo cual ha quedado perdurable memoria entre varios vecinos de su barrio de la calle del Circo, plaza de la Victoria, donde se creara en Valparaíso, su ciudad, su escuela, su cimarra y su cuna.

VII

Opuestos en todo, menos en los ricos gérmenes de la simiente sembrada por Dios en sus almas, los dos niños gemelos que la gloria mece hoy en sus robustos brazos reflejan sus almas, en sus rostros, en los retratos mellizos que, sacados de copia auténtica y antigua, tenemos ante nuestra vista. (Reproducido en el "Nuevo Ferrocarril" de 20. V. 1880).

ARTURO PRAT oculta, bajo su gorra de aprendiz de mar, que ese día lleva por la vez primera, la tímida pero resignada intuición del primer deber, del primero y duro sacrificio aceptado por deber; al paso que en su fisonomía abierta, expresiva, maligna y casi osada, el que iba a ser desde esa hora su compañero inseparable en el libro y en la nave, en el hogar y en la fama, traiciona su mal disimulada y casi petulante alegría la aceptación del sacrificio, a su manera. Ambos suben en la misma hora, con paso firme de neófitos, la escalinata de sogas de la **Esmeralda**, buque escuela; pero ARTURO PRAT se resigna, y esa es en él la forma perenne y sublime del deber. Luis Uribe, al contrario, se alborota y se entromete, porque era, en sus primeros días, y antes que las severidades, de la disciplina y del infortunio ejercitarán su ánimo domándolo, era en él la forma vi-

vaz del deber. Luis Uribe tenía, como su condiscípulo y amigo IGNACIO SERRANO, la alegría del sacrificio, el franco sonreír de la batalla.

VIII

La mudanza vino más tarde, mucho más tarde, con la disciplina del cuerpo, que es el régimen; con las penas del alma, que son la segunda y definitiva escuela de la existencia, la prueba del metal por el fuego. “Luis Uribe, (dice en efecto, de él un hombre que bien le conociera, y en carta íntima que bondadosamente, a petición nuestra, nos ha escrito), era en su niñez todo lo contrario de lo que es al presente. Era vivo, loco, aturdido, impetuoso, violento, voluntarioso. Pero también era noble, gracioso y simpático. Era además, como su buena madre y mi amada esposa decía en un himno dedicado a Luis, “niño amoroso, cándido y locuáz”.

‘En la Escuela Naval, sin embargo, se distinguió por su empeñosa aplicación y contracción a sus deberes. La disciplina militar había encarrilado ese torrente y hecho en él un joven sumiso a sus superiores, pero activo y lleno de pundonor. Este punto de honor, que formaba el fondo de su alma, había contribuido a esta transformación. Como no podía soportar con calma una reconvención, esforzábese por cumplir con esmero sus obligaciones, y llegó a ser un modelo de resignación y austeridad en el cumplimiento del deber, el indómito niño que llevaba en sus entrañas la fuerza y el ímpetu del huracán. Conservando en su naturaleza todo el fuego de su infancia, había morigerado su ser, y era tranquilo, moderado, sobrio, atento, generoso, y en su altiva apostura parecía poseer todas las dotes de un bri-

llante y patriota marino". (Carta del Sr. Jacinto Chacón, padre político de Luis Uribe, Valparaíso, mayo 14 de 1880).

IX

Tal fué el cambio de rumbo que la brida del deber impuso a aquella naturaleza indómita del hijo de las musas y de un rudo minero de Atacama. Pero en ARTURO PRAT verificóse sin esfuerzo alguno la transubstanciación que la primera enseñanza operó en el espíritu dispuesto, como el campo por el surco, para recibir las semillas intangibles de la luz, este rocío de las almas, que alumbrándolas las fecunda.

X

El destino había llevado a ARTURO PRAT a habitar en un barrio de Santiago de vulgar aspecto y bullicioso tráfico, pero en el cual la sabiduría ha erigido sus templos y cuya calle dominante cambiará desde hoy (o desde mañana) su anticuado nombre por el preclaro suyo. ARTURO PRAT vivió en una casa que existe todavía en la segunda cuadra de la calle A. PRAT, (antes "Vieja de San Diego"), a una cuadra de la Universidad y a tres cuerdas de la Escuela Superior.

El aula universitaria era la pompa de la niñez, el boato de la familia y de la inteligencia, el orgullo del cuartel oscuro y mercader, al paso que la última, la **Escuela de la Campana**, como se la conocía en el vecindario por el matinal llamado a sus alumnos, fué simplemente el taller. Y ese eligió con previsora ternura la madre del héroe. Quería hacer de su hijo un hombre; y hecho hombre, él se haría lo que su alma enérgi-

ca y justificada le aconsejare ser: marino, soldado, diplomático, profesor, abogado, héroe de inmortal memoria, todo lo que él quisiere y todo lo que a su vez fué.

XI

Cuando ARTURO PRAT entró, en efecto, a la escuela que regentaban dos hombres de distinguida virtud, porque eran dos hombres de trabajo, los educacionistas Suárez y Otaíza, incansable obrero y batallador de la enseñanza hasta hoy el primero, llevaba consigo en su tierno cerebro las primeras lecciones que se aprenden en el regazo de la madre, este primer gimnasio de la naturaleza. Consta de los libros que religiosamente conserva su primer institutor y del cual ha entregado al público su página de mayor orgullo, que el alumno ARTURO PRAT, al incorporarse en la Escuela Superior, a la edad de 8 años, el 13 de octubre de 1855 (había nacido el 4 de abril de 1848), sabía silabar, hacer **palotes** (trazos), respondía como un pequeño papagayo a las preguntas del **Astete** y sabía marcar con trémulo dedo los contornos de las provincias de Chile, balbuceando el nombre de sus capitales. ¿Y quién, en aquellos tiempos, sabía más que él?

XII

Mas, ha pasado el primer año escolar, y el tierno niño, aunque no ha obtenido, en razón sin duda de su primera edad, ninguno de los premios que se disputaron y obtuvieron nombres hoy oscuros, aparece distinguido en las clases de lectura, de aritmética y de geografía. Era el futuro profesor que se formaba, codo con

edo, en la dura banca, junto con Marcos Bolton, el profesor de telegrafía; con Enrique Wood, el profesor de idiomas; con Valentín Bravo, el profesor de medicina; con José Olano y Juan José Rojas, fundadores de colegios de educación; con Emilio Corvalán y Mauricio Cristi, dos diaristas de mucho mayor nota que fortuna; con Vicente Mutilla, en fin, el ingeniero de la **Esmeralda**, que fiel a la consigna de los juegos infantiles, murió al lado de su capitán condiscípulo, cumpliendo sus postreras órdenes: — ¡Guardad los fondos!

XIII

Consta todo esto de los libros de la Escuela Superior, cuyo extracto publicó hace algunos meses con legítimo orgullo su ilustrado fundador, apenado el levantado espíritu al ver la noble sala trocada (síntomas de los tiempos) en afanosa prendería... Y de aquellas hojas que el viento del olvido o los envoltorios del bodegón no habían esparcido todavía, resulta que al dejar el aula de la calle de San Diego, que fué el **camino del Inca**, el **camino del Perú** antes de la conquista, el alumno legendario, ARTURO PRAT, tenía estampadas en su hoja de servicios las siguientes anotaciones: “Aplicación, **excelente**; capacidad **buena**; conducta, **buena**, asistencia, **inmejorable** (J. B. Suárez.—“Mercurio de 11 de febrero del 80).

XIV

Para hacer y merecer todo esto en aquella edad de la vida, en que los días son tan fugaces como el vuelo de los jilgueros y de las mariposás, que en los asuetos

y en las cimarras perseguimos en el campo o en el cerro, habíase necesitado de seguro una consagración seria, asidua y casi adusta.

Pero ARTURO PRAT, sin ser "un niño loco" como Luis Uribe, sino todo lo contrario, "un niño formal", cumplido y recto, un alumno modelo, no dejaba por esto mismo de pagar el tributo de sus años a los ejercicios y a las pequeñas pasiones que forman el primer campo de batalla de las luchas eternas de la existencia humana. Háse, en efecto, conservado recuerdo de su primer pugilato, ensayo infantil de más señalados combates; y cuando por abril de 1879 vino el capitán PRAT por la última vez a Santiago con pliegos de su almirante, él mismo recordaba alegremente el lance a su adversario, en la Moneda, donde, después de muchos años, encontráronse al acaso. El último ha contado aquella aventura, precursora en tierra firme del uso de la espada, del cañón, y del abordaje en el mar, y dejámosle la palabra y el tema.

"La estrecha amistad, escribía desde Talcahuano, donde se halla honrosamente empleado don Adolfo Gaete Sotomayor, condiscípulo del héroe, la estrecha amistad que había entre ambos, fué rota un día por una **empanada frita** que yo me comí demás de las que ARTURO le correspondía. Entonces, rabioso por esto el héroe y aguijoneado por otros niños, no recuerdo el nombre de ellos, nos hicieron pelear, tomándonos del pelo y a cual tiraba más fuerte, hasta que llegó el ayudante.

"Pero como en la infancia el reír y el llorar, el andar alegre o enojado es todo cosa de un instante, tiene Ud. que poco duró nuestro rencor, y nuestra amistad subió a ser más estrecha, constituyéndose en mi pasan-

te de gramática castellana, en la cual era muy aventajado, siendo el primero en la clase del señor Eliseo Otaíza”.

XV

A su turno, el maestro y el juez han depuesto su testimonio en otra reyerta de mayor valía y de precoz y casi temeraria resolución contra la fuerza. Acosado un día ARTURO PRAT por una turba de pequeños forajidos armados de sables de palo, hallándose él inermé, guardó su infantil rencor hasta hora propicia, y pidiendo en préstamo al día siguiente, en el despacho vecino, con recado fingido tal vez de la madre o del maestro (¡lícito ardid de guerra!) el cuchillo de partir azúcar, blandiólo en medio de las rotas filas de sus contendientes, que le rendían sus sables y denunciaron su, por ellos juzgada, aleve hazaña.— “Sr. Sr., ARTURO PRAT ha traído de su casa un cuchillo para pegarnos!”

Fué ese el tumultuoso denuncia de los vencidos, “8 contra uno”. Pero la sentencia del tribunal de la Escuela, que no siempre es la justicia, porque el maestro es casi siempre “uno contra ciento”, fué esta vez equitativa, castigando a los asaltantes por la cobardía y al asaltado por su arrojo.— “Fué para intimidarlos!” se contentó con decir ARTURO PRAT.

Aprendía así sin saberlo el futuro captor de la **Covadonga** y capitán de la **Esmeralda** la primera lección del abordaje. . .

ARTURO PRAT, niño de escuela, dejó su banco de San Diego, según aparece de los libros de la Escuela Superior, el 25 de agosto de 1858, y de los libros del Ministerio de Guerra resulta que el 28 del mismo mes fué incorporado a la Escuela Naval de Valparaíso. Tres

días era lo que entonces se empleaban en hacer el viaje por las cuestas de la capital al puerto, y se hecha de ver que el aprendiz de la gloria no perdía tiempo. Únicamente el día en que su deudo y protector don Jacinto Chacón llevólo a bordo, o trájolo a tierra junto con su camarada Uribe, con sus trajes flamantes de aprendices de mar, deslizóse con ellos el taller de un fotógrafo, y de esa manera es como la historia y el arte ha conservado una de las queridas efigies, modelo para la niñez.

XVI

Tal fué la niñez de ARTURO PRAT, consumida en la noble tarea en la **calle Prat**, entre la Escuela Superior, que fué su cartilla, y la Universidad, que 20 años más tarde sería su diploma en alta y laboriosa carrera. Niñez de augurio, pasada entre libros y batallas, al son de la campana en tierra como a bordo. Conducido al altar bendecido por la fé, que es una madre; enseñado a sufrir al pie del lecho del autor de su existencia, que sufrió necesitado y moribundo, el hijo vivió como aprendiz toda esa edad, simple preparación del día del heroísmo, en el cual exhibido en conjunto todo su ser al ruido de las espadas y entre los lampos del cañón, mostróse en la cima de la gloria, para educar a su vez con su vida y con su muerte a todas las generaciones.

XVII

¡Y ejemplo tan digno de ser conservado en los anales de la grandeza humana como el heroísmo postrero de ARTURO PRAT! La tranquila, inmutable, sublime resolución del capitán que heredó junto con su mando su alma, no es sino una confirmación viva del poder

de la enseñanza aun sobre las almas impetuosas.—Luis Uribe había echado su corazón y su conciencia, como su hermano de armas, en el mismo molde de granito y como la liga de subida ley que en el crisol alcanza el operario con productos extraídos de apartadas vetas, así de aquellos dos espíritus forjóse una sola inmortalidad.

Por esto, ARTURO PRAT y Luis Uribe, sin ser ni remotamente deudos nacidos, el uno en las montañas del mediodía del país y el otro en sus valles setentrionales, inscribiéronse en el mismo día y por la misma protectora mano en la Escuela Naval de Valparaíso; juntos vistieron el uniforme de parada, que todavía lucen en su apostura infantil de novicios; juntos recibieron la custodia del puerto y de la nave; juntos la defendieron, y juntos y como asidos de la mano cayeron desde el puente al piélago, para vivir juntos en la inmortalidad.

¿No es verdad que en este primer aniversario, comandando la **Pilcomayo**, “el buque más avanzado de la línea de combate” el capitán Luis Uribe es simplemente la resurrección de ARTURO PRAT?

XVIII

Y es así como en el curso enseñador de los años, anillo de la cadena de los siglos, que comenzaron para el último en Duilio y en Temístocles, para llegar hasta Nelson y hasta Cochrane, ejecútase por los que han sido enseñados a ser hombres y a ser héroes aquellas grandes cosas que los que han sido enseñados a egoístas, a cobardes y a “ricos”, ni comprenden, ni aman. “Se trataba de inculcar en sus tiernas almas, dice el primer maestro de los niños, los nobles sentimientos del patriotismo, recordándoles el nombre de los héroes que han tenido en más estima la Patria y la libertad que la vida.

Se les refería las biografías de Balmaceda, de Salas, de O'Higgins, de Juan Bart, de Napoleón".

¿Y cómo entonces de tales niños no habían de nacer más tarde para la República sus capitanes, sus vengadores y sus imperecederos adalides? El capitán PRAT puso a su primer y único hijo el nombre de "Héctor".

XIX

La niñez no tiene propiamente biografía, como no tiene definición exacta la esperanza, pero tiene modelos inmortales, cual el héroe de Iquique.

Quisiera el cielo, entre tanto, que nuestros hijos inspirasen su alma en esos ejemplos, cuando rota sobre la tumba la égida del cariñoso amor, haya enmudecido la palabra que su cuna les alienta, con temprano pero incesante y amoroso afán en esa senda — la gloria en el deber — y en ese nombre, que fué la gloria en el heroísmo — ARTURO PRAT.

II

LA PUBERTAD DE ARTURO PRAT

I

Escrito e impreso todo lo que precede, recibimos de Valparaíso dos hermosas páginas que completan y embellecen nuestro rudo trabajo, iluminándolo con los más dulces colores del afecto humano, el amor y la confianza del que hizo oficio y llenó misión de abnegado padre.

Entregamos por consiguiente, esas confianzas a la admiración de los chilenos, la primera escrita por nuestro amigo don Jacinto Chacón con sincera gratitud; la segunda, arrancada al alma y a la pluma de la joven viuda del capitán ilustre, con íntimo orgullo.

Son ambas una contribución generosa a la amistad y al aniversario; pero son también, a la vez, un pedazo del corazón, un eco del santuario, la voz de la tumba, que se alza evocada por el amor, para hacernos escuchar su póstuma plegaria, su último tierno y grandioso adiós.

Por esto hemos puesto al frente de la primera de esas epístolas complementarias el título de **La pubertad de Arturo Prat**, porque es al período de su existencia al que más de cerca se refiere, y al segundo, **El alma de Arturo Prat**. ¿Por qué podría llamarse de otro modo lo que se arranca del fondo del alma de la dulce y amada compañera de su vida?

II

—“Sr. don Benjamín Vicuña Mackenna. — Valparaíso, mayo 18 de 1880. — Mi querido amigo:

Paso hoy, después de dejar cumplida mi tarea respecto de mi amado hijo Luis Uribe, a bosquejar la arrogante figura de nuestro malogrado ARTURO.

“ARTURO, como Luis, fué en su infancia todo lo contrario de lo que fué en su juventud. De compleción raquítea y endeble, tenía una expresión melancólica y un aire distraído. Hijo de un padre dechado de virtudes, pero, como Job, aquejado de gravísimos males, ARTURO recibió como herencia un organismo debilitado, que daba a su ser una apariencia triste y enfermiza. Pero su buena mamá, mujer de capacidad y de carácter, comprendiendo el funesto porvenir que aguardaba al niño, se consagró a extirpar de raíz los gérmenes maléficos que impedían su desarrollo. Observando ella que de todos los extremos, el de la aplicación científica del agua fría es el que más directa y radicalmente influye sobre la sangre, la depura y modifica, activando la circulación, dando con ello fuerza al organismo y regularidad a las funciones vitales, estudió con toda atención el método del famoso hidroterápico Preinitz y aplicó a Arturo con rigor y esmero su tratamiento restaurador. De este tratamiento, los benéficos sudores hidropáticos, administrados, periódicamente desde su más tierna niñez hasta su más avanzada juventud, devolvieron a esa flor agostada toda su lozanía, dándole la fuerza y la salud. Y fué tal el vigor que ese tratamiento infundió a la compleción de ARTURO, que éste levantaba pesadas barras de hierro y las soportaba con el brazo extendido horizontalmente durante largo tiempo, obteniendo siempre la primacía en toda clase de ejercicios gimnásticos entre sus compañeros de colegio o profesión. Desarrollado en su juventud con regularidad y solidez, él ocultaba, tras una figura esbelta, alta y delgada, músculos de fierro y fuerzas atléticas.

“La plena salud y robustez de este joven Héreules, conservado por su madre para honra de la Patria, es

un ejemplo notable de la decisiva influencia que una inteligente matrona puede ejercer en el porvenir del niño, estudiando con tiempo las causas y aplicando con perseverancia los medios de desarraigar los vicios que afectan la organización de su hijo.

“Para verificar la exactitud de mis observaciones sobre el carácter e índole de ARTURO y Luis en su infancia no tiene Ud., mi querido amigo, más que mirar con atención los retratos que de estos niños hice sacar en 1858, el primer Domingo que salieron de la Escuela Naval. En ese cuadro ya histórico verá Ud. la parada arrogante, firme y marcial de Luis, contrastando con el encogimiento y endebles de ARTURO. En este retrato está la impresión de su índole triste y de su débil constitución. Compare Ud. ahora esta imagen con la que arrojan sus retratos de joven y verá en éstos algo como un modelo de la estatua griega, en que, en fuerza de la gracia y agilidad de su talante, revela la energía del nuevo principio de vida que le anima y el poderoso y cultivado espíritu que era el motor de esta máquina tan maravillosa.

“Digo máquina tan maravillosa, porque ARTURO estaba admirablemente bien dotado; era un hombre completo. A una inteligencia de primer orden, unía un corazón bien templado y dispuesto a las nobles, grandes y generosas acciones. Era, en una palabra, un gran carácter. Severo y rígido como jefe, era una dama en el trato social y un modelo de ternura en el seno de su familia. Para él no había imposible: lo que se proponía para su cultivo y perfección, lo ejecutaba.

“Muy joven aún y recargado con las multiplicadas atenciones de su empleo de vice-director de la Escuela de Marina y de profesor de ramos importantes en ella,

se propuso hacer los estudios largos y complicados de la carrera de abogado, y realizó su propósito, a pesar de los obstáculos que le oponían la rutina y baja emulación.

“Y en este ramo debo decir a Ud. que yo tenía un verdadero placer de conferenciar con él sobre puntos oscuros e importantes de la legislación, en mi tarea de exposición del Código, y descubría en él una gran sagacidad y rectitud de juicio que proyectaba luz sobre mi inteligencia y hacía en mí el efecto de una revelación. Pero lo que daba a su alma la grandeza y la fuerza, el ímpetu y la abnegación en el cumplimiento del deber era la clara intuición de la vida puramente espiritual del alma en regiones desconocidas después de la muerte, y la evidencia que le asistía de que todos estamos sujetos a una prueba, a una iniciación dolorosa, que todos tienen que caer para levantarse de nuevo, pero que todos también, —unos más tarde, otros más temprano— tienen que llegar a la **cima de la montaña**.

“Por último, completaban estas luminosas creencias la convicción de que no hay ser creado por el GRAN DIOS que esté condenado a una expiación eterna, y mucho menos que esté destinado a la perdición moral; que la cuestión es de tiempo y en las regiones donde mora el infinito y donde el alma completa su desarrollo, el tiempo es inagotable. Que Dios, bueno y misericordioso como es, no se goza en los suplicios eternos o en la destrucción de una alma que él ha creado inmortal.

“Estas grandes y evidentes verdades no nacieron en él, como en Luis, por efecto de las luchas y desgracias de la vida: eran en él como una intuición, como

una reminiscencia, como una revelación. El hablaba de las cosas de lo alto como si las hubiera visto....

“He aquí el secreto de su determinación y de su actitud de ángel exterminador en su abordaje al **Huáscar**.

“El, con toda la conciencia del acto que emprendía, iba sereno a la muerte, porque su honor y su deber, que él llevaba hasta la abnegación le imponían la necesidad de buscar y ejecutar todo recurso de victoria para su Patria, por imposible que pareciera alcanzarlo, y dirigióse al timón del **Huáscar** con el propósito de gobernarlo y estrellarlo sobre la costa.

“Me detengo porque ya es de noche y Ud. me urge por el pronto despacho de esta carta, para que alcance a cumplir el objeto que Ud. se propone. Por lo demás, estos ligeros apuntes sobre el carácter de ARTURO se completan con esas interesantes pinceladas que he pedido para Ud. a la digna esposa del héroe, Carmela Carvajal, en las que ella pinta con sentimiento y bello colorido la tierna actitud de ARTURO en el dulce y amoroso hogar que él sacrificó conscientemente ante la honra y salvación de su Patria.

“Lo saluda su afectísimo amigo

Jacinto Chacón”.

III

EL ALMA DE ARTURO PRAT

I

Curimón, mayo 14 de 1880.

Señor don Jacinto Chacón. — Valparaíso

Apreciado señor y amigo:

Acabo de recibir su carta, en la que me pide algunos datos sobre la vida íntima de ARTURO. Esta ha permanecido oculta hasta hoy para la generalidad, con excepción de muy pocas personas que pudieron apreciar el tesoro inagotable de ternura que guardaba su alma. Voy a referir a Ud. a la ligera algunos rasgos que lo den a conocer bajo este aspecto, ateniéndome a los recuerdos que de su niñez conserva su santa madre y a mis propias observaciones, apoyadas en palabras del mismo ARTURO, tomadas de nuestra correspondencia particular.

ARTURO, cuando niño era vivo y juguetón, pero al mismo tiempo muy dócil. Se distinguía por su inmenso cariño hacia su madre. Muchas veces para tenerlos en sosiego a él y a sus hermanitos, ésta les decía que ella querría más al que estuviera más tiempo a su lado, y era seguro que Arturo dejaba de jugar y pasaba largas horas junto a ella para ser el preferido de su mamá. Era aplicado, observador y le gustaba saber el por qué de todas las cosas, y su padre, que tal vez presentía lo que ese niño podía llegar a ser más tarde, se complacía en satisfacer todas sus preguntas. Tenía muy

buena memoria y supo aprovechar y conservar las lecciones y consejos de toda clase que en su niñez recibió de su tierna madre.

Cuando él apenas contaba 6 ó 7 años, ella le enseñó los principios de la música, y más tarde, sin más que estas escasas nociones, ayudado de su natural constancia y paciencia, ARTURO consiguió aprender algunas romanzas que eran su más agradable distracción en sus horas de descanso, durante las fatigosas estaciones de Magallanes o Mejillones en las que casi nunca saltaba a tierra.

Es imposible imaginar una vida más pura y arreglada. Me refería uno de sus más íntimos amigos y compañeros que ARTURO era tan serio desde muchacho, que siempre les censuraba sus ligerezas. Por esto le decían que él era para ellos una especie de **opinión pública**.

Fué desde niño muy prolijo para todo. Cuidadoso de su persona y de su casa, nunca estaba desocupado, y aun en las visitas que hacía a las personas de su familia, se ocupaba de arreglar lo que estaba en desorden o de hacer alguna cosa útil; así es como algunos de sus más próximos parientes conservan varios trabajos de su mano, como cajitas curiosas, habiendo obsequiado a su padre un escritorio trabajado por él mismo e iluminado varias fotografías, entre ellas la de su abuelita, la de la interesante esposa de Ud. y la de nuestra hijita Blanca Estela.

Era tal el cariño hacia sus padres y el deseo de verlos tranquilos y felices, que a veces se privaba hasta de ir al teatro, que era su distracción favorita, por no gastar ese dinero en simples pasatiempos, cuando podía emplearlo en cosas más necesarias.

Si como hijo amante nada dejaba que desear, como padre puedo asegurarle que fué un modelo de ternura. —Quería compartir conmigo hasta los más íntimos cuidados de la familia.— Así me escribía una ocasión desde Mejillones: “A cada momento me parece que te veo rendida de mecer a nuestra hijita, sin que a tu lado esté yo para ayudarte a compartir, aunque sea en pequeño, tus trabajos: lo único que me consuela es que en esta vida todo es relativo; **hay placer porque hay dolor**, y a la grandeza de éste corresponde la intensidad de aquel”.

Era por carácter reservado y nunca hablaba más de lo necesario, pero era muy minucioso y expansivo para escribir; en sus cartas no se olvidaba de nada ni de nadie.

Quien lo hubiera visto en el seno de la familia, tratando de aliviarme en lo posible en el cuidado de los que él llamaba sus tiernos ángeles, no habría podido reconocer en él al marino austero, al jefe estricto.

Recuerdo que el día de nuestro enlace, un jefe que lo apreciaba mucho, pero que sólo lo conocía bajo este último aspecto, decía a uno de mis hermanos: “El joven es cumplido, es una alhaja, pero es muy tirante”.

Amaba a nuestra hijita con delirio y jugaba con ella como un niño; pero una vez que se ponía a trabajar, ya no había para él más que sus papeles y sus libros; se contraía de tal manera, que ni la bulla de los niños le interrumpía ni molestaba.

Nadie mejor que Ud. sabe con cuantas dificultades tuvo que tropezar para realizar sus propósitos de recibirse de abogado. Toda mi esperanza era que una vez recibido se retirara de la marina, que presentía me

sería tan funesta, pero nunca pude decidirlo. A este respecto me escribía en 1874:

“La idea de abandonar la marina me es antipática y, a la verdad, sólo impelido por poderosas razones me decidiría a hacerlo. No cuento entre mis defectos la inconsecuencia. —Mientras no posea un nombre, si no respetable, al menos de mérito como abogado, debo conservar el de marino, que me lo ofrece, y llevar como accesorio el otro.— No tengo ninguna mezquina ambición; los honores ni la gloria me arrastran; pero creo puedo servir en algo a mi país en la esfera de actividad tanto del uno como del otro”.

Tenía gran confianza en Dios y la esperanza segura de una vida mejor. Así es que jamás se abatía por los reveses de la vida. En esta convicción siempre me repetía: “**Dios nos guía**, y lo que sucede es siempre lo mejor que debe suceder”.

En 1874 me escribía a propósito de la muerte de una amiga muy querida: “El pesar que esta desgracia me ha causado ha sido mayor por afectar tan de cerca tu tierno corazón y hallarme tan lejos para enjugar tus lágrimas y fortalecerte a tí en la resignación, ya que no fué posible recibir su último adiós. Entre tanto, mi amiga, quédenos el consuelo, para los que creemos en una segunda vida, que la virtuosa matrona que hemos visto desaparecer de la vida temporal goza para siempre de la espiritual que la buena esposa, la tierna madre, la abnegada amiga del pobre y del poderoso le han conquistado”.

Deseando que ésta llene el objeto que Ud. se propone, tiene el gusto de saludarlo su afectísima A. S.

Carmela Carvajal de Prat”.

II

Después de este nombre —suave perfume de una tumba delante de la cual los chilenos estarán mañana postrados de rodillas, fresca corona de flores envuelta en los tules de eterna viudedad— sólo queda un deber para el compaginador humilde: arrodillarse como los otros sobre la lápida todavía sin nombre del cementerio de Iquique y esculpir en ella el ósculo de la eterna reverencia del eterno culto del amor.

ARTURO PRAT fué un semi-Dios.

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, mayo 20 de 1880.

Apoteosis de Prat, de Rosales, pág. 22.

“El Nuevo Ferrocarril” de 20 de mayo de 1880.



LA GLORIA DE ARTURO PRAT Y DE CARLOS CONDELL EN LAS NIEVES DE LA ESCANDINAVIA.

Hermoso homenaje de una mujer chilena

A Tomás Eastman

“Det var det enda änek som fanns tillstuder... (Era esa la única cubierta (la del *Hadsjar* que aun le quedaba para pelear!) (Köngl Krigsvetenskaps Akademin, Stockholm, 1879, pág. 336).

I

Cuando los enemigos de la república en el extranjero se afanaban en deslustrar el brillo de la inmortal hazaña de Iquique, y los sistemáticos empedregados de todas las cosas grandes de esta tierra pequeña se complacían en reducir a la condición de simple pensionista subalterna a la viuda del héroe que abrió con su espada y con su muerte las puertas de la gloria para todos los chilenos, hubo almas resueltas en sostener que Chile no tendría jamás bastante fortuna para recom-

pensar ese servicio ilustre, así como no morían dentro de los lindes del Pacífico la memoria del hecho de mar que más alta fama le diera.

Y en efecto, sabíamos ya hasta donde había alcanzado el renombre de los combatientes de Iquique en Inglaterra y en Estados Unidos, en Francia y en Italia, en el Imperio alemán y en la España misma, en todos los países en fin, que navegan, tienen tradiciones y ejemplos de renombradas hazañas marítimas.

Pero hasta hoy ignorábamos que la grandeza del capitán Prat hubiese sido consagrada en los hielos de la antigua y vieja Escandinavia, nodriza de los atrevidos navegantes que, si no descubrieron positivamente el Nuevo Mundo antes que Colón, antes que él, de seguro, lo sospecharon; ignorábamos que la patria de Gustavo Wasa y de Gustavo Adolfo hubiese pagado también un digno tributo a nuestro glorioso marino y a nuestra naciente escuadra.

Y sin embargo, esto había sucedido de una manera especial y nobilísima en una ceremonia pública celebrada en Estocolmo, capital de Suecia, a los seis meses exactamente cumplidos del combate de Iquique, y mediante un hermoso discurso pronunciado por el almirante Stakelberg, de la marina real de Suecia.

Por la última mala nos ha llegado, en efecto, un ejemplar de la revista sueca publicada en Estocolmo con el título de KONGL KRIGSVENSKAPS AKADEMIEN, correspondiente al 15 de noviembre de 1879, en la cual encontramos una interesante y fiel relación del combate del 21 de mayo, la cual, con leves variaciones, es en todo conforme a la verdad.

Respecto de la traducción que hoy ofrecemos al público de tan precioso documento, venido desde tan

lejos y de tal alta autoridad, nos permitiremos decir más adelante dos palabras, tal vez menos dignas de interés que el discurso del almirante sueco, pero que estamos seguros acogerán con benevolencia suma los lectores de "EL MERCURIO".

Este homenaje de la vieja Escandinavia al remoto Chile, tiene el siguiente título: **Discurso pronunciado el 21 de octubre de 1879 en la sala de la Academia de las ciencias militares en Estocolmo por el contra-almirante de la marina real de Suecia, barón R. O. de Stakelberg, y dice textualmente como sigue:**

“Señores:

El ortodojo, manso y virtuoso británico, héroe naval y navegante universal, Sir Francis Drake, a quien también llamaron hereje y jefe de saqueadores, durante el reinado de Isabel, paseó su pequeño bajel corsario el **Golden Hind** en las costas de Sud América, y a expensas de los españoles adquirió fama de riquezas y la más brillante corona triunfal del más puro oro y plata, ricamente adornada de perlas y piedras preciosas, la cual él supo arrancar de manos de sus enemigos durante su famoso y devastador viaje. Sea dicho también de paso, que en éste se encontró con más recios vientos que nunca, a todo lo cual pudo añadir la gran distinción de recibir de la espada de su soberana misma el golpe de caballero. Descubrió asimismo Sir Francis Drake que el mar Pacífico merecía muy poco su dulce y tranquilo nombre. Los saqueados españoles fueron también sin duda, de la misma opinión y en este punto probablemente sólo estuvieron de acuerdo con Sir Francis.

II

Los mares pueden ser caprichosos e inconstantes en parte, pero del todo no lo son; y ahora, en estos días, está el océano Pacífico tan inquieto como en los tiempos de Isabel. Sobre todo vemos que este mar en la actualidad se halla más agitado que los demás y es el solo entre ellos atormentado por las borrascas de las pasiones; el único cuyas olas rugen de venganza y encono y se enrojece con sangre. Discusiones entre los descendientes de aquellos colonos españoles a quienes Sir Francis Drake visitó hace tres siglos; querrela entre hermanos es la que esta vez causa la tempestad. Chile se encuentra en contienda con Bolivia y el Perú.

Hé aquí una lucha en la cual los campeones se presentan dos contra uno, o más bien uno contra dos; esto es si las cifras del censo pueden considerarse como la medida de las fuerzas beligerantes de estas repúblicas. Chile posee solamente cerca de 2.120,000 habitantes, mientras que Bolivia cuenta con 2.325,000, y el Perú con cerca de 2.700,000, o sean juntos 5.025,000.

De cualquier modo que sea, por lo que respecta a las fuerzas de los beligerantes, al medirse entre sí sobre el húmedo elemento se igualan las diferencias en gran manera, desde que Bolivia aunque deslindando con el mar, no posee ningún buque de guerra y en consecuencia puede ser excluída de todas las cuentas que hagamos sobre este particular.

Sobre el mar se encontrarán solamente Chile y el Perú, y en esto estaban al principio de la guerra las dos repúblicas bastante cerca la una de la otra.

III

Chile tenía los buques siguientes:

Blindados, buques acasamatados: **Almirante Cochrane** y **Blanco Encalada**.

Ambas naves son hermanas y exactamente iguales. El modelo de ellas fué hecho por Mr. M. J. Reed, y las dos fueron construídas en 1874-75 por la compañía de construcciones de máquinas y de buques de Earle en Hull. Tienen 200 piés de largo, 45.75 de ancho y calan 21.77. Cada una pesa 3,500 toneladas, tienen dos hélices y andan 13 millas por hora, fuerza indicada de 3,000 caballos; las máquinas fueron construídas por Mr. John Penn & Sons, Greenwich. Todo su largo está protegido a flor de agua por un cinturón de fierro de 7.5 pulgadas, el cual disminuye hacia las extremidades del buque hasta 4 pulgadas; descansa sobre una capa de teak de 6 pulgadas. En protección de los tiros altos está toda la cubierta que llega hasta el borde del cinturón, forrada en planchas de fierro de 2 a 2.5. Sobre esta cubierta reposa la casamata encorazada, en la cual hay 6 cañones de 9 pulgadas Armstrong de 23 centímetros cada uno, protegidos por corazas de 5 hasta 6 pulgadas sobre revestimiento de teak de 7.5 a 9.10.

La coraza de la casamata está cortada en ángulos que entran y salen, y de esta manera están en ellos cortados los portales de tal modo que los dos cañones de adelante, uno a cada lado, pueden apuntar hacia proa, los del medio casi en la misma dirección, los de atrás hacia popa, y todos en ángulo recto de los costados. Cada cañón domina un sector de 100 grados de arco. A más de los cañones de la casamata, lleva el buque 2 cañones Armstrong de a 20 que tienen su puesto sobre cubierta, el uno en la proa y el otra en la popa.

Estos blindados, bastante imponentes, tienen espón, el cual sale debajo del agua 8 piés más afuera que la proa. Por medio de un fondo doble completo y de divisiones longitudinales y trasversales, estos buques están divididos en varios compartimentos a prueba de agua. Aparejados como barcas pueden desplegar un velámen considerable.

(El orador hizo una minuciosa descripción de cada uno de los buques chilenos y de todos los peruanos, lo cual no traduzco porque sería una repetición de lo que se publicó en los diarios chilenos, y después continuó así su discurso):

IV

Aun cuando estos datos no sean completos, —y yo sé que desgraciadamente no lo son—, podrán sin embargo, dar una aproximada idea de las fuerzas navales de ambos países. Comparadas con las fuerzas de las grandes naciones marítimas, caen las de Chile y el Perú en la insignificancia; mas preciso es considerarlas como respetablemente grandes si se toma en cuenta las poblaciones que las han costado, y que no han considerado demasiado gravoso los sacrificios que han hecho para procurarse tales medios de defensa. Comparadas una escuadra con la otra y bajo las circunstancias actuales, parecen ser, como dije antes, poco más o menos iguales.

Es verdad que Chile posee solamente dos blindados, mientras que el Perú dispone, o más bien dicho, disponía de 4; pero la ventaja del número no da infaliblemente ventaja de fuerza, y cada uno de los blindados chilenos es en todo mejor armado, mejor encora-

zado, más velero y más nuevo que ninguno de los buques peruanos. Tocante a los sin blindajes, las fuerzas parecen estar, tanto en número como en tamaño, igualmente repartidas.

V

En la guerra actual es indudable que las batallas decisivas tendrán lugar en tierra sea entre **ejércitos** o **entre diplomáticos**, y yo, si he de decir verdad, preferiría este último medio.

Pero también si las fuerzas reunidas de Chile y del Perú no bastarán para ofrecer al mundo la todavía no vista tragedia de un combate naval habido entre escuadras encorazadas, tales como se pueden construir en nuestros días, probablemente tendremos mucho que esperar para obtener la muy variada y quizá sorprendente experiencia que sin duda resultaría de tal combate, lo cual sería una ganancia general, cualquiera que fuera el vencedor.

No impide de ningún modo todo esto que los pequeños encuentros que este año han inquietado el mar Pacífico, nos puedan dar una que otra lección digna de observación y de cuidado.

Entre éstos hay uno sobre todo que ha atraído la bien merecida atención general, aun en la mitad Norte del globo, y en tierras cuyas riberas son batidas por las olas de otros mares que el que fué testigo de esta acción que **ha despertado la admiración universal**. Aludo, señores, al combate naval de Iquique el 21 de mayo último, y pido que se me permita decir dos palabras sobre este **extraordinario acontecimiento**.

VI

Desde el principio de la guerra los buques chilenos habían bloqueado a Iquique, puerto y ciudad muy importante de la república peruana. El comandante en jefe de la escuadra, almirante Williams Rebolledo, había tenido noticias de que una división de buques enemigos, conduciendo tropas, dinero y provisiones de guerra, debía salir del Callao protegida por el **Huáscar** y la **Independencia**, para arribar a un puerto situado más al Sur y más cerca del teatro de la guerra. También sabía que el presidente del Perú, general Prado, tenía la intención de embarcarse en uno de esos buques, y en consecuencia resolvió salir al encuentro del enemigo para de ese modo frustrar su empresa.

Con este intento dejó a Iquique el 17 de mayo con los acorazados **Blanco Encalada** y **Almirante Cochrane** y las corbetas **O'Higgins**, **Chacabuco**, **Abtao** y **Magallanes**, encargando a la pequeña corbeta de madera **Esmeralda** y a una pequeña goleta llamada **Covadonga** que entre tanto sostuvieran el bloqueo.

VII

Si la escuadra chilena hubiera conseguido encontrar a la peruana, las circunstancias generales de la campaña se habrían presentado, sin duda, bajo otro aspecto y desarrollándose de otro modo. Entonces también la fuerza bloqueadora de Iquique habría sido suficiente para mantener la interdicción de ese puerto.

Pero bien sabemos que no es tarea tan fácil el dar con el enemigo y sobre todo encontrarlo donde uno lo desea. Si así sucediera, la ciencia militar sería menos

difícil. Los buques peruanos habían salido, en efecto, del Callao el mismo día que la escuadra chilena dejaba a Iquique, es decir el 17 de mayo; pero mientras que esta última tomaba el camino más corto en mar abierto, se fueron los peruanos costearo cerca de tierra y alcanzaron de este modo a llegar sin impedimento a Arica. Allí o en el camino, en Mollendo, les dieron la noticia, sin duda, de que sólo la **Esmeralda** y **Covadonga** quedaban en Iquique.

VIII

El miércoles por la mañana del 21 de mayo, se percibieron desde el puerto de Iquique dos columnas de humo, mar afuera por el Norte.

En la misma ciudad se creyó al principio que era la escuadra bloqueadora que volvía. En la **Esmeralda** y **Covadonga** notaron, sin embargo, que los que venían eran enemigos: primero el monitor **Huáscar** e inmediatamente después la blindada **Independencia**. Pero, para cerciorarse salieron los buques chilenos del puerto, y se dirigieron inmediatamente al encuentro de los desconocidos. No tardaron mucho en saber que no se habían equivocado.

El **Huáscar** abrió el fuego. El primer cañonazo sonó a las 8.30 A. M. y fué esa la intimación de rendirse hecha por el más poderoso al más débil. La aguda bala cayó precisamente entre la **Esmeralda** y la **Covadonga**, y fué recibida por un unánime y atronador grito de ¡**Viva Chile!** exhalado por las valientes tripulaciones de ambos buques; ese viva fué seguido por un tiro de cada nave chilena.

IX

La lucha había, pues, comenzado; pero como era demasiado desventajoso para los buques chilenos el pelear en campo abierto y mar afuera contra un enemigo bajo todos aspectos superior a ellos, volvieron defendiéndose al mismo tiempo, a la rada de Iquique.

Allí, en ese espacio estrecho, pegados a tierra, en esa bahía que, por decirlo así, es abrazada por la ciudad y la isleta que tiene enfrente, los chilenos obligarían a los blindados a batirse con menos ventajas, limitándolos en su libertad tanto para moverse como para hacer uso de su artillería, por dos razones: primera, por el deber de conservación propia; y segunda, por no dañar a la ciudad peruana situada muy cerca, detrás del enemigo.

Llegados al puerto, se colocaron, en efecto, la **Esmeralda** y **Covadonga** tan cerca de tierra como les fué posible.

Esto les atrajo por otro lado la desventaja de que desde la playa les podían tirar también, y no tardaron mucho en encontrarse entre dos fuegos.

Además, despacharon del puerto botes armados con la intención de abordar los buques chilenos, que se hallaban ya atacados por todas partes.

Entre tanto, las baterías de tierra estaban sólo armadas de cañones pequeños. Los botes de abordaje fueron con buen éxito rechazados y huyeron.

En tierra, además, habían puesto en juego todos los elementos disponibles para apagar el fuego que en diferentes partes habían prendido las granadas peruanas.

Pero el ataque de tierra era el menos temible: la tempestad más violenta y más difícil de soportar fué la que estalló del lado del mar sobre los débiles pero intrépidos barcos de Chile. Los peruanos disponían de grandes cañones protegidos por blindaje, contra unos cuantos pequeños y a descubierto que poseían sus adversarios.

Dos de los buques más poderosos del Perú combatían contra dos de los más débiles de Chile. ¿Cuál podía ser el desenlace?

Si hay algo que pueda hacer vacilar en la respuesta, sería a lo más la circunstancia que a veces suele suceder que pequeños incidentes producen grandes resultados y que en la guerra casi nada es imposible.

X

Cuando esa contienda más que desigual había durado cerca de una hora, el jefe de la **Covadonga**, habiendo observado que su posición y la de su compañera era demasiado terrible para poderla sostener, tuvo la feliz inspiración de pretender alejar del lugar del combate, y sobre todo de la acosada **Esmeralda**, a uno de sus adversarios. Si conseguía eso, tendría este buque que habérselas solamente con un enemigo, pues éste tendría que repartir sus fuerzas. Tanto la **Covadonga** como la **Esmeralda** podrían pelear mejor, cada uno con su enemigo, más bien que dos contra 2, como entonces lo hacían. Los buques chilenos podrían así con más facilidad evadir los espolonazos.

Viéndose en la imposibilidad en tales circunstancias, de defender o ayudar de un modo efectivo a la **Esmeralda**, el comandante de la **Covadonga** resolvió salir del puerto.

Con este fin dió orden de seguir al Sur, apegado a la orilla, lanzando de paso y muy de cerca a la **Independencia** una bala desafiadora; alcanzó luego la punta más lejana de la isla, y en un instante se halló fuera de la bahía.

El jefe de la **Independencia**, señor Moore, que no podía ver impasible al atrevido, ni dejar escapar al desafiadorcillo sin ningún castigo recogió gustoso el guante que éste le había tirado y no perdió un instante para ir en su persecución. La **Covadonga**, que a toda fuerza de máquina navegaba hacia el Sur, se mantenía casi siempre tan cerca de la playa como le era posible.

XI

Así como la caza puede ser considerada entre nosotros como una ciencia, el combate de la **Covadonga** con la **Independencia** representa un episodio de esta ciencia.

Herida, despedazada y haciendo agua, perseguida de cerca por un terrible y del todo aventajado enemigo, tuvo la **Covadonga** que ejecutar una obra tan difícil como esforzada durante las tres largas horas que duró esa caza!

Por fortuna para la perseguida **Covadonga**, uno de los grandes cañones cazadores de la **Independencia** se había desmontado y de ese modo se había inutilizado. Pero a pesar de eso tenía la valiente goleta chilena que sufrir una andanada tras otra, respondiendo lo mejor que podía.

Ya en dos ocasiones había evadido felizmente las tentativas del espolón de la **Independencia**. La tercera vez se le esperaba aún. La distancia entre los dos bu-

ques era ahora muy pequeña, pues por causas de las averías que la **Covadonga** había sufrido, su andar era más lento. Ya en el puerto de Iquique una de las balas del **Huáscar** le había penetrado por un costado y salido por el otro a flor de agua. Había hecho mucha agua. Más tarde la **Independencia** la había herido dos veces también a flor de agua.

Por la mucha presión que le entraba las calderas no podían dar más que cinco libras de presión.

El bravo capitán Condell notó entonces que la **Independencia** se preparaba para arrojarse sobre su buque con toda fuerza.

Este era el instante fatal, el momento decisivo. La **Covadonga** se hallaba entonces justamente enfrentando una roca que sale de Punta Gruesa y su capitán no vaciló en aventurar la prueba; resuelto continuó su curso y felizmente pasó resbalando sobre las peñas.

Sea que el capitán de la **Independencia** no se le ocurriera el peligro, o que, una vez en movimiento no alcanzase a virar, o sea porque la caña del timón se le hubiese descompuesto, la fragata peruana continuó también el mismo rumbo hasta que de repente se paró quedando encallada en las rocas.

Bajo más de un punto de vista fué este un fuerte golpe para la blindada peruana. ¡Se creía tan segura de su triunfo! ¡Se hallaba ya tan cerca de su presa! Pero justamente entonces recibió orden: **Hasta aquí no más llegarás!** El lecho de rocas que fué su último descanso no sería tan duro como la humillante y desesperante sentencia de lo Alto...

XII

La **Covadonga**, que tan de sorpresa había quedado dueña del campo de batalla, no tardó de volver al

lugar del naufragio. Cuidadosa, eligiendo su posición para no exponerse a los cañones del campeón caído que todavía continuaban haciendo fuego, le atravesó desde cerca el blindaje con dos tiros, hechos con sus cañones de a 70. Al segundo cañonazo arrió la **Independencia** tanto su bandera como el gallardete del comandante que llevaba al tope del palo mayor e izó en su lugar la bandera de parlamento.

Tan pronto como el jefe de la **Covadonga** vió esto, ordenó que cesara el fuego y preguntó al jefe de la **Independencia** si se rendía. Este repitió entonces verbalmente lo que había antes indicado arriando la bandera y al mismo tiempo pidió que se le mandara un bote.

Aunque con la mejor voluntad de parte de los chilenos, no fué posible satisfacerle en sus deseos, pues ya en ese instante el **Huáscar** aparecía, y con rapidez se acercaba al lugar de la tragedia.

XIII

En otra parte se dice que la bandera peruana no fué arriada sino bajada por una bala enemiga. Como prueba de que no se arrió, se expone: que uno de los tenientes de la fragata blindada **Independencia**, don Guillermo García y García, fué muerto por una bala de ametralladora mientras estaba poniendo una bandera de repuesto; que la **Independencia** y **Covadonga** cambiaron tiros largo tiempo después que la bandera había caído, y finalmente que la fragata varada había sido incendiada por los peruanos mismos. Pero sea que la fragata **Independencia** haya arriado su bandera o nó, sabido es que al menos antes que se presentara el **Huáscar**, se hallaba en tal posición que las leyes suecas, tan-

to antiguas como modernas y por el reglamento de guerra, se considera como rendida, y sobre todo se menciona entre esas circunstancias la de que “cuando ya no se puede conseguir ni ayuda, ni socorro, es permitido a un comandante rendir su buque”. Como se dice en los artículos de guerra de 1798, “se había varado y no se podía sacar de allí”; o como nuestro reglamento actual se explica sobre el mismo punto: “Se había varado y el fuego enemigo era tan poderoso que nada se podía hacer para que flotara”.

XIV

Cuando, como decía, señores, el jefe de la **Covadonga**, desde el lugar del naufragio en Punta Gruesa, vió al **Huáscar** viniendo del Norte de Iquique, comprendió la suerte que allí habría corrido la **Esmeralda**. No tenía, pues, tiempo que perder. Y para poder escapar él mismo, tuvo que servirse, sin demora, del único medio que le quedaba: abandonar su presa, de la cual no podía ni tomar posesión ni defenderla. Por otra parte, la tripulación de la **Independencia** se salvaba en esos momentos tanto en los botes como a nado, y luego llegaría el **Huáscar** en su socorro.

Cuando la Covadonga salió de Punta Gruesa, fué perseguida por el **Huáscar**, pero logró felizmente escapar hasta llegar a Tocopilla, en donde desembarcó sus muertos y heridos, y continuó hacia el Sur hasta Cobija, y de allí a Antofagasta, tal vez para componer las averías que había sufrido. Desde allí mandó su jefe el parte oficial del 6 de junio sobre el combate de Iquique al jefe de la escuadra señor Williams Rebolledo.

Según ese parte, concluyó el combate a las 12.35

P. M. Durante las 4 horas que duró éste, había tirado la **Covadonga** continuamente con sus cañones:

38 balas de a 70 (**fullkolor**, en sueco, y que por no tener diccionario sueco, no puedo traducir los nombres de los proyectiles).

27 granadas de a 70.

Y con un cañón:

30 granadas de a 9 libras.

4 tarros de metralla (**granadkarterescher**).

34 balas sólida (**fullkolor**).

15 **straskotts**.

Y 3400 tiros de fusil y 50 de revólver.

En muertos había perdido: al primer cirujano, un marinero y un grumete. Heridos había un oficial, un aspirante y cuatro hombres.

El mismo buque había sufrido las averías siguientes; una de las balas agudas de grueso calibre del **Huáscar** había penetrado por la proa a babor, despedazando el pie del palo trinquete y salido por el costado de estribor a flor de agua. Esta fué la que mató al doctor y al grumete. Otra bala de cañón había entrado a la carbonera de proa y otra en la popa, saliendo ambas por el lado de estribor a flor de agua.

La lancha estaba averiada y uno de los botes enteramente echado a perder, la jarcia estaba muy maltratada.

En la popa, bajo la cubierta, se veía la raspadura de una bala que no había hecho agujero y aun menos penetrado. Además de esto, todo el casco del buque se hallaba cubierto de tiros de metralla y de fusil.

Por otro conducto se supo que la **Covadonga** había sufrido mucho más y que estaba tan averiada que no se podía componer y era preciso desarmarla. Así también

se decía que de sus 120 hombres de tripulación, sólo quedaron sanos 17. Puede ser que el comandante Con-dell no considerase necesario designar en su parte oficial sino a aquellos que habían sido **gravemente** heridos.

Las pérdidas de la fragata **Independencia**, entre muertos y heridos subieron a 18 hombres, todos heridos de metralla y de bala. El resto de la tripulación fué trasportada del lugar del naufragio a Iquique por el **Huáscar**.

XV

Mientras que del modo anteriormente dicho la **Covadonga** era perseguida por la **Independencia**, peleaba la **Esmeralda** su última batalla en el puerto de Iquique. La lid había sido allí más encarnizada. La **Esmeralda** había ya sufrido mucho por la poderosa artillería de su enemigo. Estaba atravesada por las balas en varias partes y hacía agua considerablemente. A otras pérdidas se agregó también que una granada que reventó en la máquina mató a un tiempo a todos los ingenieros.

Mientras tanto, el **Huáscar**, gracias a su blindaje, se hallaba sano, activo y fuerte como antes.

Después de un espolonazo, el cual no causó daño notable, el jefe de este último buque, don Miguel Grau, que de todos modos consideraba ya a la corbeta chilena imposibilitada para defenderse, aprovechó la ocasión para intimar verbalmente al jefe de la **Esmeralda** que se rindiera. Pero don ARTURO PRAT se negó a arriar su bandera y continuó haciendo fuego como mejor podía.

El **Huáscar** preparó entonces otro ataque con el espolón, y al mismo tiempo que le tiraba dos balas con los cañones de la torre, se lanzaba a toda fuerza de

máquina sobre su bravo antagonista. El choque se sintió esta vez más fuerte, e hirió a la erguida **Esmeralda** más profundamente que antes. Le quebró el eje y le echó a perder el timón, quedando de ese modo imposibilitada para moverse; pero los cañones no los habían podido emudecer y la bandera chilena flameaba al tope.

Faltaba todavía otro ataque. Era el último. Absolutamente inevitable era para la **Esmeralda**, y casi también inevitable era para el **Huáscar** el cual debía de tratar de poner fin a la larga y pofitada lucha. Tirándole, como antes, dos formidables balas, una de las cuales le arrancó casi toda la proa, se precipitó el acorazado peruano con todo su peso destrozador contra el costado de la **Esmeralda**. Esta se bamboleó e inclinándose hacia estribor, bajó lentamente la cabeza y se hundió de proa en las silenciosas y azulejas aguas al grito penetrante de ¡Viva Chile! que exhalaba su náufraga y magnánima tripulación. . . En el mismo instante que la proa se hundía, nadie sabe de quien ni como se oyó un fuerte cañonazo de los de su popa. Esa fué la última palabra de la indomable **Esmeralda**, y cuando ella resonaba, tenía aun enarbolado el tricolor chileno, que había llevado fiel hasta en la muerte!

XVI

Pero antes que la **Esmeralda** llegara al fondo de su honda tumba de 10 brazas de agua, en ese mismo instante en que el enemigo le daba el golpe mortal, quedaba todavía un medio extremo para arrebatarse el triunfo de las manos, y don **ARTURO PRAT** no era hombre de dejarse arredrar por ningún peligro, ni tam-

poco de desesperar mientras **tal corazón latiera en tan valeroso pecho**. “Sígueme muchachos, lo abordaremos”, les gritó a sus compañeros; y con el sable en una mano y el revólver en la otra, corre de su buque que se hundía al del enemigo. Sólo tres de ellos, audaces como él, oyeron o alcanzaron a seguirlo. Estos eran el teniente Serrano que llegó hasta la torre, donde cayó muerto atravesado por una bala de mosquete, un cabo artillero y un marinero, los cuales también cayeron sobre la cubierta del **Huáscar**. El capitán PRAT penetró hasta el puente del comandante, que estaba situado detrás de la torre, sobre la casucha del timón; allí disparó tres tiros de revólver y mató al teniente Velarde; pero también recibió un golpe mortal, siendo herido en su noble frente por un marinero que disparó su mosquete contra el **león rugiente** que lo atacaba.

Así halló su heroica muerte el jefe de la **Esmeralda**, el valiente don ARTURO PRAT en el combate de Iquique. Con la espada en su mano cayó muerto sobre la cubierta del buque enemigo. ¿Qué más podía hacer? Era esa la única cubierta que aun le quedaba para combatir.....!

XVII

El combate entre el **Huáscar** y la **Esmeralda** concluyó a las 11 y 45 de la mañana, apenas una hora antes que el de la **Independencia** y **Covadonga**, y había durado cerca de tres horas. De la tripulación del **Huáscar** sólo había muerto uno (el señor Velarde) y 4 heridos a saber: un oficial y 3 marineros. El buque mismo no había sufrido casi nada, ni por sus ataques con el espolón, ni por el fuego del enemigo. Que los chilenos

manejaron bien sus cañones, se dejaba ver, sin embargo, por las innumerables marcas que quedaron impresas en el blindaje del monitor peruano.

Sólo 40 hombres de la **Esmeralda**, sobre una tripulación de 200, fueron salvados y hechos prisioneros.

Muchos siguieron a su buque a su húmeda tumba. Pero aún antes de que la corbeta chilena se hundiera, ya la pérdida de sus tripulantes era considerable: un solo proyectil del **Huáscar**, disparado un instante antes que se hundiera, le mató nada menos que 36 hombres.

XVIII

En lo que todos están acordes, tanto amigos como enemigos, es que los héroes de la **Esmeralda** sobrepujan todo elogio, y que el 21 de mayo de 1879 fué un día de gloria tanto para ellos como para Chile. Los hombres valientes no son del todo enemigos entre sí. Se podrán matar por alguna noble causa, pero se estiman y se aman a pesar de eso. Los peruanos en Iquique, en la mañana de ese día, se regocijaban bulliciosos al oír el primer tiro del **Huáscar**; más antes de medio día el gozo había cesado y un sentimiento lúgubre se esparció por toda la ciudad. "El sentimiento causado al ver hundirse en las olas al buque enemigo, que con tanto heroísmo se había defendido, fué más poderoso que la alegría de la victoria y sofocó el goce del triunfo". Así dice un diario peruano del mismo Iquique.

XIX

El jefe de la **Esmeralda**, don ARTURO PRAT, nació en Santiago en 1846. El 30 de agosto de 1858 fué recibido en la escuela náutica de Valparaíso. A los 18

años había concluido allí sus estudios, y sirvió en varios de los buques de la república. El 26 de noviembre se hallaba en la **Esmeralda** cuando ésta tomó a la **Covadonga**, y en 1866 tomó parte en el combate de Abtao.

Prat era hombre inteligente e instruído. El solo estudió la jurisprudencia y se recibió de abogado después de haber rendido un brillante examen. Desempeñó esta profesión durante el tiempo que permaneció en Valparaíso.

Después que estalló la guerra lo colocaron como auditor de guerra en la marina; pero como un mes antes de su **gloriosa muerte** recibió el mando de la corbeta **Esmeralda**, de cuya responsabilidad verdaderamente se mostró digno.

El jefe del vaporecito-aviso **Covadonga**, don Carlos Condell, nació en Valparaíso el mismo año que don Arturo Prat. Se inscribió en la misma escuela que él, el 27 de julio de 1858, y entró también al servicio de la marina al mismo tiempo, en la cual, con dos interrupciones también, continuó. Lo mismo que el señor Prat, tomó él parte en el combate de Papudo y en Abtao. Que es un valiente e inteligente oficial, lo probó bastante con su conducta en el combate de Iquique.

¡Cuán sorprendente encadenamiento en la suerte de dos hombres y de los dos buques!

XX

Señores:

Permitidme ahora algunas palabras para concluir.

Las primeras noticias que tuvimos acerca de estos acontecimientos llegaron por telégrafo y eran muy breves y casi ininteligibles. Nos decían que un blindado

peruano había combatido contra dos corbetas de madera chilenas, y que los tres buques se habían hundido. Días después se rectificó la noticia diciendo que el combate había sido entre dos blindados peruanos, es decir, la **Independencia** y el monitor **Huáscar**, y los dos buques de madera chilenos **Esmeralda** y **Covadonga**; que el jefe de la **Esmeralda** mismo había hecho volar su buque prendiendo fuego a la santa-bárbara; y finalmente que el bergantineito **Covadonga** había echado a pique al blindado **Independencia** haciéndole un agujero.

Si esto hubiera sido cierto habría dado mucho que pensar sobre el actual sistema de acorazados.

Bien cierto es que en la lucha entre la **Independencia** y **Covadonga** no fué el bergantín de madera y sin coraza el que sufrió más, sino la fragata blindada. Pero no fué tampoco el blindaje el que causó su ruina. El poco conocimiento del sitio en que se batía fué la causa del siniestro. Con coraza o sin ella, la fragata peruana habría corrido irremediablemente la misma suerte, pues es indudable que habría encontrado los escollos de Punta Gruesa.

Por lo que respecta al **Huáscar**, la suerte que obtuvo dan motivos para sostener la conveniencia de los blindajes.

Por lo que entiendo, el combate de Iquique no se puede decir que haya proporcionado a la ciencia de la guerra naval ninguna experiencia enteramente nueva. Pero en vez de eso, según mi parecer, ha establecido y reforzado el actual sistema.

Así, pues, me parece que ha mostrado, probado y afirmado lo siguiente:

1.º La ventaja de conocer el campo de batalla, y el peligro de no conocerlo;

2.º Que un buque de madera y sin blindaje puede alguna vez flotar y conservarse aun bastante tiempo después de haber recibido uno o varios balazos a flor de agua;

3.º Que el ataque a espolón generalmente falla o al menos no es bastante eficaz mientras el atacado se pueda mover con libertad; y

4.º Que el blindaje de fierro, aunque no consistiera más que en planchas de 4 a 5 pulgadas sobre 8 a 10 de madera, protege a un buque con bastante eficacia.

Pero lo que mejor ha evidenciado el combate de Iquique es la antigua y constantemente renovada experiencia de que los hombres valientes son **valientes en cualquier lado de la coraza en que se hallen.**

XXI

Después de escrito lo anterior, ha llegado la noticia de que el 8 de octubre el **Huáscar** ha sido vencido y tomado por los dos blindados chilenos **Blanco Encalada** y **Almirante Cochrane** en un combate que duró dos horas, afuera de los Mejillones de **Chile.**

El gobierno chileno ha ordenado que el jefe del buque peruano, almirante Grau, que murió al principio del combate, sea enterrado con todos los honores correspondientes a su rango.

El buque **Huáscar** ha corrido la misma suerte que el poderoso cacique de los Incas que llevó su nombre. Acabó su notable carrera en el cautiverio".

Hasta aquí la relación del ilustre marino escandinavo, que, dentro de la más sobria y estricta imparcialidad, ha sabido hacer justicia al heroísmo de los chilenos.

Ahora, en cuanto a la presente traducción, los que tengan alguna noción de la significación moral del estilo, que no es sino el alma vertida en caracteres visibles, habrán comprendido que el rudo lenguaje sueco ha pasado por el suave tamiz de un alma femenina, tímida en todo, menos en su puro, generoso y exaltado patriotismo.

Debe, en efecto, "El Mercurio" el honor del tributo que precede a la señora Enriqueta Cox, noble y hermosa matrona chilena, hija de Valparaíso, que hace algunos años unió su suerte y otorgó su espléndida belleza a un valiente marino escandinavo, hoy capitán de la marina real de Suecia, el señor de Schonmeyr.

La señora Cox de Schonmeyr, cuyas tres apreciables y distinguidas hermanas residen todavía en Valparaíso, donde han formado hermosos hogares, ha traducido, en efecto a pesar de una antigua y dolorosa enfermedad a la vista, el notable discurso del barón de Stakelberg con cariñoso desvelo y lo ha enviado a uno de nuestros colaboradores con la siguiente patriótica y a la vez que tierna, varonil y hermosa carta que publicamos en seguida, junto con la respuesta que a ella ha sido dada.

Señor don B. Vicuña Mackenna

Estocolmo, 29 de agosto de 1880.

18, Brunkebergtorget 3 troy

Señor:

Aunque no tengo el gusto de conocer a usted personalmente, me tomo la libertad de dirigirme a usted bajo el título de paisana. Contandó sólo con la bondad

de usted y su muy conocido patriotismo, me atrevo a mandarle por la posta un discurso sobre la guerra de Chile que fué pronunziado en la **Sala de la Academia de ciencias de la guerra** en Estocolmo, en presencia de un auditorio de lo más distinguido que hay aquí entre hombres científicos, militares y navales, el cual fué muy aplaudido.

Ahí, pués, va esa traducción, señor Vicuña, confiada en que me dispensará todas las faltas, borraduras y raspaduras. No lo puedo copiar de nuevo por no fatigar demasiado mis malos ojos.

Y suplico a usted que después de corregirlo me haga el favor de darle un lugar en algún diario o en el "Altar de la Patria".

El origen del discurso del contra-almirante Stakelberg fué este: en el mes de julio de 1879, cuando recibí los diarios chilenos que me impusieron de los gloriosos pero tristes acontecimientos del combate de Iquique, después de haberlos leído con el corazón conmovido hasta su última fibra, tanto de pena como de admiración por nuestros héroes, me afligía al pensar que desde aquí de ningún modo podía yo seguir el ejemplo de patriotismo y abnegación que cada individuo desplegaba en mi patria. ¡Qué triste me sentía al estar tan lejos de ella! Me encontró mi esposo con los ojos hinchados de llorar, y para distraerme me llevó a orillas del lago a pasearme.

Allí me encontré con el barón Stakelberg, quien, como muchos otros, me felicitó por los sucesos de Iquique. Yo le ofrecí mis diarios y le dije que un hombre como él ignorara los detalles del combate. Viéndome él tan conmovida de patriotismo, se avivó más su interés, y el resultado fué el discurso que le incluyo.

La opinión del barón de Stakelberg nos puede justamente lisonjear, pues que este señor, a más de ser comodoro de la marina real de Suecia, es miembro de la Dieta y uno de los más distinguidos miembros de la Academia, caballero de la orden de la Espada y de varias otras.

Suplicando a usted dispense mi osadía y con mil cariñosos recuerdos para cada una de las dignas señoras que tuve el gusto de conocer en su familia, como son su mamá y la señora doña Magdalena Vicuña, a quienes mucha amabilidad les debo, quedo de usted atenta y segura servidora.

Enriqueta Cox de Schonmeyer.

CONTESTACION

Señora Enriqueta Cox de Schonmeyer,

Santiago, octubre 21 de 1880.

Distinguida señora y querida compatriota:

No sin emoción he leído la noble y sentida carta con que usted me ha honrado, junto con la traducción y revista original en sueco, en la que se glorifica dignamente la memoria del más grande, del más ilustre y del más querido de los héroes de Chile, por un no menos ilustre marino de la nación, valiente como ninguna, que en diversos siglos conquistó casi toda la Europa.

No podrá usted imaginarse, digna señora, cuánta es mi gratitud por el honor que me ha dispensado, y cuán profundo es el respeto que me inspira su tierno y delicado patriotismo, agitando a tan inmensa distancia su corazón de mujer y de chilena. Me imagino verla a usted a orillas del frígido lago, llorando de gozo

y de dolor sobre la gloria de Chile y sobre el martirio sublime de sus valientes hijos; y esta imagen, que habría sido digna del buril del escandinavo Thorwaldsen, dirá a todos los chilenos cuán viva, cuán inestinguible y cuán santa es la llama del patriotismo en todas las almas que en esta tierra o en lejanos lares no han marchitado el hálito de codiciosa o cobarde política.

Estoy por esto seguro que el trabajo del almirante Stakelberg, vertido al español por usted con ojos llorosos y trémula mano, será leído de un extremo a otro de Chile, y especialmente a bordo de los buques que han recogido la herencia de PRAT y de sus gloriosos compañeros, con un sentimiento de profundo cariño y de un digno respeto hacia el autor, respeto que sólo podrá compararse a la simpatía pública a que se ha hecho acreedora la fiel, tierna y escrupulosa traductora.

Conforme a los deseos que usted me manifiesta en párrafo por separado, adjunto a la presente un libro que con el título de "**Las dos Esmeraldas**" contiene la relación minuciosa del combate de Iquique y dos colecciones fotográficas de los retratos de sus héroes: una de éstas para su álbum de chilena, y la otra como un pequeño homenaje destinado al digno autor del discurso que ha consagrado en la patria de Carlos XII la memoria del ínclito marino chileno.

Ruego a usted se sirva decir a ese distinguido caballero que no debe ser del todo extraña la sangre de los chilenos a las afinidades del heroísmo escandinavo, ya que todavía existe en el corazón de esa tierra la comarca de donde partieron los conquistadores primitivos de España (Gottland), y puesto que tanto en la guerra de la Independencia, como en la presente, han corrido juntas las del sueco y las del chileno, en el cam-

po de batalla, en mar y en tierra. Usted sabe que en Arica pereció bravamente a bordo del **Huáscar**, presa y altar chileno, el temerario capitán Thomson, hijo de sueco, y en Tacna rindió juvenil vida Carlos Severín, hijo de danés.

Puede usted asegurarle también que no menos de cuatro o seis descendientes de la raza escandinava Bianchi - Forelius, Involds, Brohor Bergman y otros militan en nuestras armas, sin que tenga noticia de existir uno solo en el campo de nuestros enemigos.

No será tampoco demasiado pretencioso de mi parte decirle que los **Mac**... (que no faltan en Chile con alguna adición céltica) son de puro y antiguo origen escandinavo y en este sentido puedo considerarme, distinguida señora, doblemente compatriota suyo.

En conclusión, me permito rogar a usted asegure al digno almirante sueco que tan bien ha sabido interpretar el heroísmo chileno, que aunque la victoria ha coronado hasta aquí y seguirá coronando los esfuerzos del pueblo amado de Chile, somos de aquella raza que en la adversidad **no se rinde**, como Carlos XII en Bender, porque sabemos **pelear hasta en la última tabla que quede a flote**, como Arturo Prat en Iquique...

Reiterando a usted digna señora, mis sentimientos de consideración y de respeto, tanto en el nombre de las personas de mi familia, a quien usted bondadosamente recuerda, como en el mío propio, tengo el honor de ofrecerme de usted y de su digno esposo atento servidor y amigo.

B. Vicuña Mackenna.

“El Mercurio” de 22 de octubre de 1880.

“Boletín de la Guerra del Pacífico, pág. 794.



LOS PILILOS DE LA ESMERALDA

(21 DE MAYO - 23 DE NOVIEMBRE DE 1879)

“*Toda la tripulación de la corbeta Esmeralda ha ha pelcar ha bordaje: de manera que toda la tripulación ha a morir uogada*”. (Carta de uno de los tripulantes de la *Esmeralda* a su madre, datada en Iquique el 14 de abril de 1879).

“*Los prisioneros de la Esmeralda se encontrarán en tierra y mañana a primera hora serán embarcados a bordo del Cochrane*”. (Parte oficial del comandante Latorre.—Iquique, noviembre 22 de 1879).

I

La legión inmortal de la **Esmeralda** no fué en su cuna una cohorte escogida como la legión **tebana** de la antigüedad.

Fué todo lo contrario.

Los acorazados y las corbetas, listos para la mar desde noviembre, habíanse llevado la flor de la marina del Pacífico, la cresta de las olas que derriban los arrecifes; el chilote de corazón de luma, el **piuco** de Carlemapu y de Calbuco, Hércules en miniatura bajados de los arrabales por la leva; los ágiles **huanayes** del

Maule, que rompen la barra con sus remos y sujetan las correntadas con la escama de sus pechos; los mansos **changos** de los médanos del norte, sumisos a la voz del hombre pero indómitos como el viento del huracán, cabalgando en sus canoas labradas como sus corazones de un solo y rudo tronco, —todas estas castas, que son la marinería nativa de las tripulaciones de Chile, navegaban en las horas en que la vieja capitana de la república estaba amarrada a su boya como el cautivo a su cadena, o más bien, como el inválido a su lecho.

En cuanto al gremio de fleteros, de calafates, de buzos, este baluarte de madera de Valparaíso, los **Navales**, en fin, peces del mar, estaban acuartelados en tierra.

II

La guerra había comenzado con una invasión de mar el 12 de febrero; pero el gobierno (que no se creía en guerra) vacilaba en autorizar el gasto de 300 pesos que exigía la recorrida de las costuras de la cubierta de la **Esmeralda**, por cuyas rendijas siquiera pasaba la luz y el agua... Por las rendijas de la Moneda no pasaba nada... En el mes último han salido, sin embargo, de las arcas públicas dos millones largos de pesos, pago de intereses de la guerra a plazo...

III

Sólo el 20 de febrero, esto es, una semana después de la ocupación de Antofagasta recibió la **Esmeralda** orden de alistarse; y el teniente **Uribe**, desembarcado, mirado con indiferencia, casi perseguido, instalóse a su bordo como enganchador.

Y sin embargo, era tan hondo el movimiento interno que agitaba las entrañas del país; era tan querido

V

Sobresalían, también, en la nómina de los tripulantes de la **Esmeralda** 5 griegos, y, cosa extraña, pero fácil de explicarse en esa raza de pájaros del mar, aunque tenían a bordo los puestos más diversos, ninguno pereció, salvándose cada cual a la postre a nado. Uno de aquellos afortunados compatriotas de Temístocles, que iban al encuentro de su Maratón, era condestable (**Equalli**), el otro contramaestre (**Micalbi**), el otro timonel (**Eduardo Cornelio**), el otro capitán de altos (**Pulo**), el último y el más griego de la falange (**Estamatópoli**) era fogonero.

El griego, digámoslo de paso, no sólo es navegante audaz y marinero experto: es el eterno expoliador de los caminos reales del océano, y de su raza sacó evidentemente lord Byron el tipo del **giaour**. Hay memoria de haber venido al Pacífico aventureros griegos junto con los Pizarros y Pedro de Valdivia. Llamábase el más notorio de aquellos **Pedro de Candia**, insigne mosquetero; y cuando el **Draque** aportó a Valparaíso medio siglo más tarde, había ya griegos en sus playas. Sábese por esto que los griegos dieron en el Pacífico origen al nombre de **gringos**, por una inflexión de voz en la ruda parlanza castellana (1).

VI

Tal era la masa de combate que el capitán Thomson sacó de Valparaíso y tal fué el inventario humano que entregó en Iquique al capitán **Prat**, un mes des-

(1) En las memorias de los virreyes del Perú se habla de *griegos*, o de *gringos* como cosa sinónima, y algo parecido acontece en la Península. "Griagos, dice el diccionario español, voz usada familiarmente en esta frase popular: *hablar en griago*, es un lenguaje ininteligible, oscuro, etc., que no se entiende".

pués de su estadía, esto es, el memorable 16 de mayo, en que la escuadra de Chile partió en convoy cerrado para tierra ignota...

VII

El elemento de guerra que prevalecía en la cubierta y en la batería de la capitana de Iquique, era sin embargo, la estirpe chilena, ésta indómita cruzade potros castellanos en vientres de Arauco. Todos los marineros primeros, que dan los cabos de cañón, la mayor parte de los timoneles y los capitanes de alto, todos los grumetes, todos los soldados eran de la cría que el vulgo, por su desnudez y sus harapos, alegremente llevados, ha denominado con el nombre de familia del **pililo**.

¡Y bien! Esa gente bizoña, colecticia, desigual, recogida en 24 horas en la playa y en la taberna, había pasado sucesivamente, en el espacio de 40 días, por las manos de un capitán de guerra que tenía la reputación de ser el más terrible domador de tripulaciones, y en seguida había desfilado, compuesta y sumisa delante del joven adalid, cuya más provechosa virtud, antes del heroísmo, era la justicia. Y eso, hierro y justicia, es lo que hace en pocas horas del pililo soldado, y del soldado héroe inmortal.

Cuando **Manuel Thomson**, que debía morir sobre la cubierta del **Huáscar** en el sitio que cayera **Arturo Prat**, entregó al último la **Esmeralda**, le entregó con ella una falange de hombres de combate, más o menos adiestrados para la maniobra y la pelea.

Una hora después, y cuando, en la temerosa soledad de la bahía, recorriera el recién nombrado comandante las baterías y los pañoles, las cámaras y las hamacas de su buque, la tripulación había adivinado la

mudanza, cual en el océano adivinan el rumbo; y como si la aureola profética que en las apoteósis del arte rodea las sienes de los glorificados, rodéase ya la tranquila frente del predestinado del heroísmo, la resolución de seguirle, de obedecerle y de imitarle anidóse en todos los corazones.

VIII

De aquí la admirable, la milagrosa unidad, que constituye la grandeza moral de la epopeya de Iquique. En una tripulación que ha venido de todos los parajes del mundo, que habla diversas lenguas, que acaba de instalarse como bajo de techo prestado en aquella nave condenada al servicio vulgar de los pontones, no hay, cuando el peligro asoma, sino una sola voluntad, un sólo latido, un sólo brazo, una resolución única y sublime. —defender la bandera y morir cubriéndola con sus pechos y con sus hachas en la borda, en el alcázar y al pie del mástil: **“La bandera de Chile no se rinde...”**

Y eso, que era la muerte, ejecutóse sin que una sola voz desfalleciera en aquel horrible desamparo, durante una batalla que duró la mitad de un día, inmóvil el buque, atacado por la tierra y por el mar, envuelto en un círculo de fuego, solo, sin socorro posible, roto por la metralla y por el espolón, todo a la vez y todo a un tiempo....

Sin embargo, ¿quién escuchó siquiera dicho al oído una sola vez, ronco y ahogado gemido de desaliento? Nó. La bandera flanca al tope del mástil, y el pillito del mar está allí para salvarla muriendo. Y todos, menos la bandera inmortal, que es la patria, perecen asidos a sus pliegues. Nó la bandera tricolor no fué en Iquique un trofeo, fué la mortaja de la gloria.

IX

No tiene cabida en esta memoria consagrada exclusivamente al denudado sublime, pero anónimo de los tripulantes de la **Esmeralda** la enumeración de sus hazañas, sus nombres, sus hechos, sus testigos: todo descendió al fondo del mar dentro de la gloriosa quilla, y allí, entre las arenas del olvido, está sepultada para los más, la doble leyenda de su vida y de su fin.

Para los que les sobreviven, que son apenas una cuarta parte del denodado grupo, fueron dignos de los que sucumbieron, y a aquellos, para dejar cumplida la fama del recuerdo en el día de su gloria, habremos todavía de seguirles breve espacio (1).

X

Lo que sufrieron los 42 marineros detenidos, no como prisioneros sino como reos y como rehenes, en los calabozos de Iquique forma parte legítima de esta narración consagrada al heroísmo del pueblo en todas sus faces, inclusa la de la taima magnánima de los que sufren sin mirar la cara a sus carceleros.

Pero esa página de dolor, lóbrego epílogo de la vida de la vieja **Esmeralda**, que tiene por teatro una cuadra inmundada de la aduana de Iquique convertida en calabozo y en pesebres de esqueletos, es conocida y ha

(1) Es curioso el hecho de las agrupaciones numéricas de las tripulaciones de la *Esmeralda*, desconocidas por el factor de la muerte. Hemos dicho que el número total de los tripulantes, con exclusión del pasajero Sr. Cabrera, que se hallaba allí por un mero accidente, era de 200 contados uno a uno. Ahora bien el número de los muertos contados uno a uno fué, el de las 3/4 partes del total o sea 150 contados también uno a uno.

El número de salvados fué esto: Oficiales 8 y gente de mar 42; total 50.

sido en hora oportuna vilipendiada por el fallo público, y más que esto, por el ejemplo después del cautiverio y de la victoria.

Pero lo que constituye un hecho ignorado de la vida de aquellos hombres nobles y desventurados es que, así como los mantenían desnudos, descalzos, alimentados con las sobras de los cuarteles, cuando las había, y por insultos y el látigo cuando carecían de ellas, extenuados hasta parecer cadáveres, así temíanlos y en secreto maquinaban como áherreojarlos.

XI

Ordenó al principio el **supremo director de la guerra** que, convertidos en presidiarios, se les llevara a trabajar en el desierto y en las obras militares necesitadas por la campaña, violando así dos veces los más reconocidos principios del derecho de guerra respecto de los prisioneros. Mas, pensóse después que era más cómodo y más arreglado a la pereza (suprema ley de aquellas gentes) guardarlos con centinela de vista como cobarde reparo contra nocturnos bombardeos, o sencillamente como carne de represalia cerca del vivaque y del fogón del campamento.

Mantúvoseles en esa dura vida del galeote durante 6 meses, y nunca se tuvo seguridad de su último destino. Separados de sus queridos jefes, aquellos desdichados vivían hacinados en vil establo como puercos, sólo para envidiar la suerte de los que se habían inmolido como verdaderos héroes, recordando sus tristes hogares y su patria.

Su personal estaba clasificado como sigue: Un mayordomo, un condestable, un contraamaestre, 2 guardianes, un timonel, 3 capitanes de altos, un patrón de bo-

te, 12 marineros primeros (entre 42), un marinero segundo, 6 fogoneros y 5 grumetes salvados entre 33! De la guarnición militar, que era también de 33 soldados de alférez a tambor, perecieron 26... Salvó el alférez **Hurtado**; pero pereció, tocando la última diana del último disparo de cañón el corneta **Canales**, nombre de pílilo apropiado para su oficio...

XII

Pero digimos antes que de la suerte en que vivían martirizados aquellos náufragos sacados del agua por la magnanimidad tardía de un capitán ilustre, para vivir entre villanos carceleros subalternos, eran temidos, y esto es lo que vamos a probar en el término de este relato sencillo, como la vida del mar, pero severo en su verdad como la historia.

Cuando sintióse en Iquique, que era su cárcel, el primer cañonazo de Pisagua, el 2 de noviembre de 1879, el culto pero tímido prefecto civil de la plaza, general don Ramón López Lavalle, viejo soldado de Vivanco y de su escuela, tomó la pluma y excitado escribió al coronel Suárez, jefe de estado mayor y que no sabía asustarse, la siguiente nota con calidad de urgencia:

Iquique, noviembre 2 de 1879.

Señor coronel, jefe de Estado Mayor General:

“En el caso de que esta plaza necesitara trabar combate con el enemigo, es posible que los prisioneros chilenos que se hallan en la aduana sean un **embarazo dañoso a las operaciones militares**. Y en previsión de esto me dirijo a US. con el fin de que se sirva dictar las órdenes respectivas a efecto de salvar este escollo.

Dios gue. a US.—**R. López Lavalle**”.

XIII

Pasaron, después de esta misiva y de este apremio, unas pocas horas; cundió de improviso la alarma en el campo peruano; puestos sus generales entre el hambre y el cañón chileno, resolvieron marchar al encuentro del último hacia la Encañada, y mientras tenía lugar todo esto, casi en el azar del pánico y de la prisa de una fuga, el gobernador de Iquique volvía a escribir sobre el escollo de los chilenos que agobiaba su pecho, y entre el miedo y su consejo, remitió el día 4 el siguiente grave despacho al cuartel general:

Iquique, noviembre 4 de 1879.

Señor coronel jefe del E. M. G. del Ejército:

Aún cuando ya he oficiado a US. de la conveniencia de que los prisioneros chilenos no queden en esta capital, **una vez que salga el ejército**, juzgo oportuno aducir algunas otras consideraciones que seguramente merecerán la atención de US.

Sabe US. que, teniendo en cuenta los destacamentos de la gendarmería el número de soldados dependientes de esta prefectura es reducidísimo, en términos que, **dado un momento de peligro**, apenas bastarían para atender al servicio de la población, por manera que será muy difícil de consagrar una guardia a la custodia de los chilenos.

Tal incidente puede ser causa de que intenten una fuga **atacando la guardia**, en cuyo caso, o ésta se vería precisada a hacerles fuego, o **el pueblo los despedazaría indudablemente**. De cualquier modo que sea, el ene-

migo se halla en condiciones de ejercer **represalias** con nuestros compatriotas que están en su poder imputándonos **traidoramente** actos que mal se avienen con el carácter del país y que la civilización y las leyes universales execeran.

No pasando de **ciento y tantos** dichos prisioneros, bien se les puede **distribuir entre los cuerpos del ejército**, con cuya medida se les pone en verdadera imposibilidad de hacer daño a las operaciones de la guerra o de ser para ellas un estorbo atendible.

Sírvase US. reflexionar seriamente en las indicaciones que de jo hechas en previsión del buen nombre nacional y hasta un conflicto para las escasas fuerzas encargadas de responder por la seguridad y el orden de esta capital.

Dios gue. a US.—R. López Lavalle.

XIV

Pero estaba escrito en el libro del destino que ni el singular ardid del prefecto de Iquique se vería cumplido ni los infelices chilenos, cuyo número aumentado con los prisioneros de las calicheras, llegaban a ciento, saldrían de los calabozos en que se les mantenían en rehenes para servir de tales en las filas al frente de las balas de sus compatriotas.

Los **pillulos** de la **Esmeralda** eran otra vez el escollo a flor de agua en que la gloria del Perú y de sus naves había encallado en la bahía de Iquique.

Dos días después de la fecha recordada, esto es, el 6 de noviembre, y cuando el ejército peruano se ponía

en marcha hacia Pozo Almonte y la Encañada, el coronel Suárez puso, en efecto, al pie del pliego de consulta únicamente la siguiente providencia:

Iquique, noviembre 6 de 1879.

“Contéstese en los términos acordados”.

SUAREZ

XV

¿Cuáles fueron los términos de este último acuerdo respecto de los heroicos náufragos de la **Esmeralda**? Ignorámoslo por completo.

Pero, tres semanas más tarde, las falúas del puerto y de la escuadra chilena que bloqueaba a Iquique conducían a bordo del **Cochrane** una muchedumbre de pasajeros cuya miseria, igual a sus andrajos, y la lividez de sus rostros ofrecían desde la distancia un espectáculo casi repelente.

Aquellos miserables seres eran, sin embargo, los elegidos de la gloria, que venían a recibir antes que sus jefes la corona rostral acordada por el fallo nacional al hecho de mar de más imperecedera fama en el Pacífico.

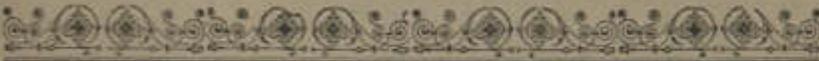
Eran los **pililos de la Esmeralda** que regresaban a Chile para respirar un día sus dulces brisas y en seguida volar en sus alas a vengar su naufragio, su cautiverio y su martirio.

Por esto, los gloriosos **pililos de la Esmeralda** son hoy, al frente de los muros y de los cañones del Callao, que día a día retan, los fieros y victoriosos tripulantes del **Huáscar**.

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, mayo 20 de 1880.

De “El 21 de mayo de 1879”.



ARTURO PRAT

COMO LUCHADOR CONTRA LA INTERVENCION
ELECTORAL

*(Con motivo del 2.º aniversario del memorable holocausto al deber y a la gloria
en la rada de Iquique el 21 de mayo de 1879)*

DE O'HIGGINS A PRAT

I

¡Luchar es vencer!

En treinta años de porfiada lucha, pacífica unas veces, sangrienta en otras, Chile ha conquistado una a una todas las hermosas libertades que hoy disfruta y que nada ni nadie será parte a quitarle.

Pero las ha conquistado y las ha identificado en su vida y las ha incorporado en sus códigos sólo porque ha luchado.

¡Luchar es vencer!

Si nó, recordemos.

II

Hace 22 años que no existía la libertad de la asociación política, sino a virtud de un permiso revocable de la policía, dictado a la puerta de la cárcel.

Hace ese mismo número de años que la libertad de imprenta estaba entregada a la férula de los jueces del crimen, con jurados cómplices previstos de los municipios que los nombraban por cambullón en el último día de cada año.

Hace igual fecha desde que era un crimen disentir en la plaza pública la Constitución del Estado, y un sacrilegio pedir su reforma.

Pero un día unos cuantos mozos de corazón y que no son todavía viejos, citan a un meeting público a las 12 del día para discutir la Constitución, pedir su reforma y protestar en una sala de baile contra los actos de intervención electoral de aquella época (12 de diciembre de 1858).

• Esos mozos supieron con certidumbre plena que al día siguiente en la hora de la cita serían llevados a la cárcel.

Pero asistieron al meeting, es decir, lucharon, y llevados a la cárcel en número de varios centenares, protestaron contra la fuerza bruta que dispersaba una reunión pacífica y de discusión.

Y si hoy el país tiene el pleno derecho de convocarse sin aviso ni permiso previo hasta en la más humilde aldea, es porque hubo quienes lucharon, quienes sufrieron y quienes así vencieron.

Por esto hemos dicho y hoy lo probamos “luchar es vencer!”.

III

En aquel tiempo escribir sistemáticamente contra el Gobierno, fundar un diario de oposición, era casi delito calificado de sedición, y la policía tenía en permanente un sello para lacerar las puertas de las imprentas errantes, al paso que los jueces del crimen condenaban a prisión, a destierro y hasta el patíbulo..... (histórico) a los escritores públicos desde el jurado del Diablo Político al jurado de Francisco Bilbao, dos protestas casi contemporáneas desde el jurado del coronel Godoy en setiembre de 1845 al jurado de la **Asamblea Constituyente** en diciembre de 1858, fuera una batalla continuada por alcanzar la libertad del pensamiento.

Y porque hubo escritores que lucharon desde sus calabozos, desde los sótanos en que la amistad los escondía, desde el pontón, desde el buque, desde el destierro, hubo al fin la amplia libertad de imprenta que hoy vive y aun en el **exceso se desborda**.

Toda emancipación es una batalla.

Toda libertad es por consecuencia una victoria.

IV

Por otra parte, cuando la Constitución de 1833 cumplió su mayor edad viril, es decir, sus primeros 25 años hubo una demostración solemne de respeto y sumisión a sus arcanos (1858). Los grandes sacerdotes del poder se inclinaron delante del area inmutable y dijeron al país ;**Será eterna!**

Pero esa Constitución era una negación de cien preciosas libertades.

El Consejo de Estado era una hechura personal del Presidente de la República.

Los ministros eran consejeros natos de Estado.

Bastaba un voto más sobre el de los ministros para declarar en estado de sitio una provincia de la República o toda la República, desde Copiapó a Chiloé y con ese voto hacíase casi siempre esa declaración en la víspera de toda contienda electoral.

El Senado era nombrado por la colectividad de las provincias, es decir, por la lista canónica y central de los gobiernos, sistema astuto que excluía toda iniciativa autonómica de los pueblos.

La Cámara de Diputados sólo tenía una puerta de entrada —la de la Moneda, es decir, la de la intervención, comprada por el servilismo anticipado u ofrecido en prenda.

En una palabra, la Constitución era una muralla de la China que corría paralela a los Andes por el llano central, con reductos en todas las capitales de provincias y de departamentos, desde el Salado al Bío-Bío.

Y ¡ay! de quien osara pasar sobre sus almenas, porque los mandarines de la intervención se congregaban de derecho, como los druidas en el templo para discernir el castigo al profano.

El día de elecciones era por esto en todas partes día de difuntos, porque los pueblos se convertían de derecho en sepulcros o en cárceles.

V

Pero hubo siempre por fortuna de esta fuerte tierra, luchadores incansables en el Parlamento; éstos al fin vencieron en el seno mismo de los congresos serviles, que tenían mayoría de vientres (hoy suprimidas en las incompatibilidades) y aquellos al fin vencieron como los otros. Y hoy la Constitución no sólo ha sido re-

formada, sino que volverá a serlo, siguiendo los perfeccionamientos incansables del espíritu.

Y por todo esto hemos dicho y hemos justificado que “¡luchar es vencer”.

VI

Y esto mismo decimos hoy aniversario de una contienda heroica, respecto del mal y del atraso más antiguo, más profundamente arraigado y más innoblemente apadrinado de cuantas plagas han desfigurado el alma y corrompido las entrañas de este pueblo en todo, menos en el servilismo político, alentado y aun grande.

La intervención de los gobiernos para nombrar individuos y gobiernos de traspaso convirtiendo al pueblo en simple espectador de su tramoya, es a la verdad enfermedad tan inveterada por excepción en este país y tan remota como su primer gobierno constituido. Y para dar la prueba de ello nos será lícito copiar aquí una carta inédita que autógrafa tenemos a la vista del director don Bernardo O'Higgins al intendente de Concepción don Ramón Freire, escrita en la víspera de su memorable caída del poder, y en la cual el glorioso dictador preconiza hasta como cosa santa la intervención de los gobiernos en el traspaso del poder, sea en la República, sea en el **Papado**...

VII

Esa carta dice textualmente como sigue:

“Santiago, enero 14 de 1823.

“Señor don Ramón Freire.

“Mi distinguido amigo.—No esperaba yo una contestación a mis cartas, poco cordiales expresiones como

las de 8 del corriente que leo y releo con bastanté mortificación del cariño que a usted he profesado y no apartaré jamás de mí. Para mayor dolor no me escribe usted de su puño, dejándome en duda de si lo que leo es dictado por el corazón: yo quisiera abrir a usted el mío para que viese sus heridas envueltas en unos afectos sinceros. ¿Cómo ha olvidado usted que he sido su mayor amigo y que por usted me habría despojado de cuanto en el mundo pudiera halagarle? Entre usted en recuerdos de nuestra unión y vea si merezco ser tratado con la amargura que experimento: Quiera el cielo que usted no sufra igual pago de los que han sorprendido su buena fé: el que hace valer las armas y las injurias contra otro debe esperar que las hagan valer contra sí. ¿A qué continuar hiriéndome cuando yo todo lo pospongo a la amistad? ¿Ha creído usted acaso que las amenazas ni nada de lo críado pueda asustarme? Pero usted y todos saben si sé arrostrar la muerte: más me abate una ingratitud que un cañón abocado al pecho. En fin ya todo lo he sufrido y después de la satisfacción de haber hecho el bien, no me queda otra que ser injuriado por haberlo hecho.

“Usted ha divulgado los secretos. Usted ha hecho circular que escribí cartas para que la elección de diputados recayera en los que yo quería. Es verdad, QUERIA HOMBRES DE BIEN, QUIETOS Y SEPARADOS DE TODO PARTIDO. Usted mismo en el tiempo de las elecciones, porque no le había dejado a usted todo el negocio me reconvino y protestó que lo habría desempeñado con más secreto y más a mi gusto.

“Sin duda habrán hecho a usted creer que es algún **gran crimen** que los gobiernos propendan a que tales elecciones recaigan en los **primeros hombres de una na-**

ción. Si así fuese, lo engañan, pues es una obligación de todo gobierno velar por el buen orden, la tranquilidad y felicidad de los pueblos. Ese paso se dá en todos los gobiernos y hasta **EN LA ELECCION DE PAPAS**, de cabildos, etc. Usted cree que yo ignoro cómo se ha elegido la Asamblea de esa provincia? Todo lo sé y lo callo por no ofender la amistad.

En fin, al ver nuestros amigos la conducta que he observado, me dan cada día nuevas pruebas de unión sincera: resta sólo que usted no permanezca por más tiempo separado, violando los más sagrados pactos. Irán los diputados; tendremos Congreso, pero es preciso callen las pasiones, desterrar odios y renovar para siempre la amistad.

Esto es lo que quiere su invariable amigo, etc.—
Bernardo O'Higgins.

VIII

¡Y bien!

No valió toda esa calorosa defensa de la legitimidad de la intervención de los dictadores y de los pontífices, ni los tiernos llamamientos de la amistad guerrera, para que el primer gobierno de Chile no fuese derribado a nombre del principio y de la dignidad de la libertad electoral, piedra angular de la República.

Pero tampoco valió aquella victoria de las armas penquistas y de la arrogancia de los próceres de Santiago para corregir a fondo el mal que estaba embebido como la viruela endémica en la masa de la sangre, es decir, en el pueblo-rebaño de la conquista, en el gobierno Rey y el gobierno Papa del coloniaje.

La empresa era mucho más árdua, porque venía de mucho más lejos.

El empuje sería mucho más esforzado porque el muro tenía hondos cimientos.

Y la lucha por lo mismo duraría no años sino décadas de años.

Más de medio siglo va corrido desde entonces, y la intervención está viva, violenta, enferma; pero usufructuada y acariciada en secreto, todavía.

Ha reculado cien estados en la serie de batallas que el pueblo y sus caudillos le han librado, luchando con ella a brazo partido y desigual; pero de debajo de la tierra en que se esconde, se siente que el monstruo hipócrita se agita y se apresta para hincar en el corazón de la República su última dentellada, antes de morir.

IX

Por eso es preciso continuar la lucha, cueste lo que cueste hasta la última hora, hasta la última urna, hasta el último sacrificio.

¿Y sabéis quién ha dicho esto? ¿Quién lo ha asegurado? ¿Quién luchó a su manera como los otros y mejor que los otros que le precedieron? Un genio sublime. La encarnación de todos los amores, de todas las virtudes, de todos los heroísmos de la patria chilena: ARTURO PRAT, el capitán de Iquique, el emblema del 21 DE MAYO.

X

El capitán Prat no sólo fué soldado, marino y héroe.
Fué un ciudadano de Chile
Fué un pensador patriota.
Fué un hombre libre.
Fué un genio inmortal.

Llamado, en efecto, en 1876 a rendir su prueba final de abogado, miró en torno suyo, vió la lucha encarnizada, al pueblo flagelado y se puso de su parte.

Ejercitó su pluma por la moralidad de Chile, como tres años más tarde blandiría su espada por su gloria.

Aconsejéronle sus maestros elegir para su memoria universitaria un tema adecuado a su carrera de marino, —un estudio sobre presas, sobre el corso, sobre la piratería... Pero el glorioso capitán de la **Esmeralda** rehusó. Su deseo era luchar contra los piratas que en mar llano saquean al pueblo para su provecho y por esto, desde la altura de su mente augusta, anatematizó a los salteadores del derecho que en Chile se llaman **los ganadores de elecciones** y que de continuo tienen por guarida los ministerios, las intendencias, las gobernaciones, los cepos de campaña, los cuarteles de policía, todas las cloacas, desde el palacio a la taberna.

XI

No es posible en un artículo de aniversario anunciado por el telégrafo en la víspera de su publicación, entrar en el fondo del vivo, ardiente, generoso razonamiento con que el capitán Prat ampara el derecho del pueblo contra el eterno incorregible desmán de la autoridad; pero, desde su primera página su elucubración política es un cántico de libertad y de profundo acatamiento a la extensión de los derechos populares recientemente adquiridos.

“El país entero **aplaude con entusiasmo**, dice a propósito de la reciente promulgación de la ley de 12 de diciembre de 1874, **su advenimiento**, considerándola como ley **REDENTORA** que venía a salvar de las **INFLUENCIAS ILEGITIMAS** y del privilegio de las ma-

yorías, la libertad del voto y la representación de las minorías. “Si ella no satisfizo, añade, las aspiraciones más avanzadas en esta materia, ni todas las exigencias de los partidos, había al menos consagrado la justicia y conveniente representación de las minorías por medio del **voto acumulativo** en la Cámara de Diputados y del **limitado** en las Municipalidades.

“La antigua ley había sido enteramente trastornada; la misma Constitución política, extendiendo al personal del Senado y estableciendo su elección por provincias, había ayudado a esta transformación eminentemente liberal.

“La **CREACION DEL PODER ELECTORAL** y su organización por medio de la **junta de mayores contribuyentes** que sustituye a las municipalidades en el ejercicio de toda función electoral, la prohibición impuesta a la junta receptora para **objetar por sí misma** a los subrogantes su calidad de electores, la **importantísima reforma de la presunción de la renta** por el hecho de saber leer y escribir, que equivale a la forma más inteligente y la única aceptable del sufragio universal, y **LA JUSTICIA ELECTORAL POR JURADOS**, importaban innovaciones tan trascendentales, que los partidos de oposición, condenados de ordinario a una **FORZOSA ABSTENCION**, sacudieron su **LETARGO** y se **aprontaron a la lucha** que debía presenciarse el año de 1876 y en la cual, por una coincidencia casual iba a verificarse la renovación total de todos los poderes públicos que emanan de elección directa o indirecta del pueblo”.

XII

He ahí al hombre del derecho; he ahí la síntesis de Iquique anticipada tres años en la fórmula de la con-

ciencia, antes de esgrimir la espada fulgurosa del combate.

ARTURO PRAT ha encontrado que la libertad electoral, garantida por la égida de la ley, no es sólo un derecho, es un poder, es el PODER ELECTORAL, que él cita y afirma en el párrafo que acabamos de reproducir fielmente de su prueba.

Por consiguiente, para el luchador de Iquique la intervención, que no es derecho, que mucho menos es poder, sino usurpación del derecho, sustitución escandalosa del poder que es la ley, no tiene más valimiento que el del crimen común, y como a tal, llegando a los detalles, a las previsiones, a la interpretación, a las precauciones contra el fraude, tratábala el capitán Prat en todas sus páginas.

Sin ir más lejos del alcalde que es la primera rueda que la intervención pone en movimiento al hacer su aparición de hecho en el acto electoral, hé aquí como se explica, comentando el art. 41 de la ley de municipalidades, que establece la subrogación de los alcaldes.

Este artículo dice así:

“En caso de imposibilidad de un alcalde, (en el desempeño del juzgado de policía local), será subrogado según el orden de designación por los otros, y a falta de éstos, para suplencia accidental y mientras se reúne la Municipalidad, por el regidor que el Gobernador o subdelegado en su caso, designare”.

Y en seguida, el sano, el puro, el honrado comentador vierte su idea protectora en esta fórmula saludable y verdadera:

“Tal disposición si ofrece un **puerto de refugio** en ausencia de otro más conveniente, **no es el que se requiere**, pues podría llegar un momento en que fuera el

governador quien designare al regidor que debiera entender y fallar en los reclamos a que diere lugar la lista de mayores contribuyentes formada por él mismo, conclusión en abierta contradicción con el principio dominante en la ley de elecciones de alejar estos actos, en lo posible, de la ingerencia de la autoridad administrativa”.

XIII

Y hé aquí ahora su condensación neta, enérgica, lacónica, pero incisiva y tersa como el acero, que el más ilustre de los chilenos de la edad moderna, hace del crimen electoral y como cogiéndolo, al parecer con ira, por la garganta, lo lleva arrastrando desde el zaguán de la mesa fraudulenta al solio de carmesí rojo, en que toman asiento los potentados del gobierno y del castigo.

“En consecuencia, dice el capitán Prat, resumiendo un capítulo entero de la ley, cometerá delito público electoral: el gobernador que, sin requisición de la junta envíe al recinto jurisdiccional de ella fuerza armada o aprehenda algún elector sin su consentimiento; la junta que, sin llegar un caso extremo, use de la fuerza puesta a sus órdenes; la autoridad militar que, hallándose dentro de los ciento cincuenta metros jurisdiccionales, desobedezca las órdenes del presidente de la junta o compela a asistir al cuartel, el día de las votaciones, a los individuos calificados de la guardia cívica; el presidente que, sin acuerdo de la junta haga uso de la fuerza armada; y finalmente, los consejeros de estado que debiendo fallar un reclamo de nulidad no lo hubiesen hecho dentro del término que la ley les fija”.

(La “Memoria” de prueba del capitán Prat fué publicada en los números de la “Revista Chilena” correspondientes a los meses de junio y julio de 1879, y tiene el siguiente título: “OBSERVACIONES A LA LEY ELECTORAL VIGENTE, Memoria de prueba para optar al grado de licenciado, leída ante la comisión universitaria por Arturo Prat Chacón).

XIV

Y bien. ¡El ofrecimiento del aniversario está cumplido!

El capitán-adalid, don **ARTURO PRAT**, redimió la gloria internacional de Chile, batiéndose sin esperanza de vencer en el puente de la **Esmeralda**, y muriendo en el puente del **Huáscar**, el inmortal día que hoy conmemoramos.

Pero tres años antes el capitán-publicista, don **Arturo Prat**, había sentado las bases de la honra interna de Chile, defendiendo el derecho y el pueblo contra todos los crímenes y los subterfugios de la intervención.

Pueblos de Chile, que el mejor homenaje que hoy sea dado tributar al héroe del derecho y a la encarnación de la gloria, consista en seguirle, ya que a nadie será dado imitarle.

Luchemos para conseguir la última, la más preciosa, la más fundamental de las libertades de Chile, si no como los titanes que pelearon este día en la **Esmeralda**, al menos, como han sabido pelear en todas partes los chilenos.

Pueblos de Chile: "LUCHAR ES VENCER".

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, 20 de mayo de 1881.

"La Nación" de Valparaíso de 21 de mayo de 1881.



LA GALANTERIA Y EL MARTIRIO

EL CAPITAN PRAT Y LA MUJER DEL HOMBRE INFIERNO

(De "El Arturo Prat" de Quirilue)

I

La vida de **Arturo Prat**, adalid de Chile, ha sido estudiada por el lente de la historia bajo todas sus faces, y como el cristal de roca, la vívida diafanidad de su alma pura refleja sólo, a la luz del sol, prismas brillantes que ni una leve sombra empaña.

Pero ha quedado en el fondo de su existencia moral y guerrera un punto inexplorado, que hoy día de su aniversario, vamos a revelar en esta hoja que ha nacido con su nombre al pié de la montaña orlada de enhiestos robles a cuya sombra viera él la luz primera.

Ese punto recóndito del alma del guerrero es su respeto profundo, su consagración caballeresca, su ternura infantil por la mujer.

II

Durante su corta vida mostróse el capitán **Prat** amante hasta la abnegación de su buena madre, con quien partiera su pan. Y a la mujer bella y venturosa a quien ofreció más tarde su vida y hoy le llora, tribu-

tó aquel culto del corazón que participa de la diosa y de la vestal, porque enciende en lámpara candente el fuego perenne de una sola adoración.

Cuando los gladiadores del **Huáscar** salieron de debajo de su coraza de fierro para recoger el cadáver del héroe y despojarlo, encontraron que junto a su corazón tenía una sola prenda de valía: era el retrato de su amada, cinco años antes de ser su esposa, y en su anverso él mismo había escrito con mano trémula de gozo: "Lo tengo desde 1869".

III

Explicanse fácilmente esas ternuras por las emociones naturales de la vida en la juventud. Son el reflejo y el premio de venturosas conquistas hechas a la lumbre del hogar, bajo la enramada del jardín, en el paseo, en la esplanada, en la bahía, que en día de plácido reposo surcan alegres góndolas de felices enamorados.....

Pero el rasgo que hoy vamos levemente a contar no posee ninguno de esos encantos ni empapa con sus luces divinas y azules del cielo las cristalinas aguas, sino el turbión del infierno en el rechinar de horrible batalla.

IV

Vivía, según se recordará, en la bahía de Iquique, metido como un cetáceo dentro de un pontón, un piloto inglés, práctico del puerto, llamado Stanley, y al cual los peruanos, atribuyéndole falsamente la pérdida del acorazado **Independencia**, pusieronle el inmerecido apodo de "Hombre Infierno".

El piloto Stanley era únicamente un honrado y laborioso capitán de Australia que vivía dentro de su

chata como el águila-macho en el nido, acompañado de su buena esposa y de cinco tiernos hijos, uno de ellos prendido todavía a la cáscara del huevo en el madero.

Dejados los capitanes **Prat** y **Condell** en la solitaria bahía, solían por la tarde ir a matar el tedio del bloqueo, en conversación con aquella buena gente, sentados sobre la cubierta del pontón, aspirando la brisa de la tarde tropical, precursora casi infalible de próxima borrasca.

Y cuando ésta estalló una mañana, hace de ello hoy día dos años, el piloto **Stanley**, temeroso de su suerte, corrió a refugiarse en el **Lamar**, dejando la vida de sus hijos y la de su esposa, por pedido de la última, confiada a la clemencia del cielo y del que venciera en la titánica pelea.

V

En la primera hora del combate la valerosa señora, escondida con sus cachorros en el fondo de la chata soportó con ánimo sereno, el fragor de la batalla. Pero cuando la **Esmeralda** movióse de su fondeadero para interponerse entre el pueblo y su agresor, el refugio de la señora **Stanley** quedó en medio de los dos combates, crugiendo su quilla al disparo incesante de los cañonazos.

Vínole entonces de socorro una inspiración de madre, y ayudada por un muchacho que la servía, echó un botecillo al agua y metióse en él con su cría, remando ella misma con un brazo, mientras que con el otro apretaba contra su seno la criatura última nacida que, aterrada lloraba.

VI

El capitán **Prat**, que en ese momento supremo mandaba la batalla desde el alcázar, apercibió el bote y su

riesgo inminente de ser barrido por los proyectiles enemigos, por los suyos propios y por la metralla infernal que vomitaban a esa hora los cañones de la playa.

Y entonces el héroe gentil, acordándose que era padre; que era esposo, que era hombre, bajó del castillo, acercóse a la borda y haciendo seña con su gorra a la extranjera consiguió hacer llegar el bote al costado. Y cuando estuvo al alcance de su voz, díjole con respetuoso ademán y manteniendo su gorra de jefe en la mano, estas palabras que la mujer salvada ha recordado con tierna gratitud en un documento en inglés que de ella poseemos: **¡Señorita, no tenga susto!** . . . y mostrándole con el brazo el rumbo protector de su quilla, vióla alejarse en salvo hacia la playa del Colorado, mientras la gloriosa capitana se ponía en facha y aguantaba para proteger ¿qué? ¿una mujer!

¡Sublime galantería en el martirio!

Tal es el rasgo ofrecido, desconocido de todos, leve tal vez para el vulgo, pero que a juicio de los que estudian al hombre en las profundidades de su ser, levanta del fondo del buque que se va a pique un destello de gloriosa lumbre que va a confundirse en los resplandores de la diadema inmortal que ciñó las pálidas sienes del héroe itateño el memorable 21 de mayo de 1879.

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, mayo de 1881.

“El Arturo Prat” de Quirihue, mayo 21 de 1881.

“La Nación” de Valparaíso de 24 de mayo de 1881.

“El Mercurio” de Valparaíso de 21 de mayo de 1881.



EL TERCER ANIVERSARIO

LA VERDADERA SIGNIFICACION DE LOS ALTOS HECHOS
Y DEL GLORIOSO SACRIFICIO DE ARTURO PRAT Y
SUS COMPANEROS EN LA RADA DE IQUIQUE EL 21
DE MAYO DE 1879.

(Escrito especialmente para "El 21 de Mayo" de Iquique)

I

Hay algo característico en el alma y en el músculo del chileno que lo distingue y lo levanta sobre los demás pobladores de la América española.

El chileno no es asimilable.

Como el araucano que durante cerca de cuatrocientos años se ha resistido indómito a la espada y a la cruz; y como el vizeaño que resistió ocho siglos al árabe y al fin lo expulsó de su suelo, así la raza mixta que ha nacido de esas dos estirpes originarias, de Lautaro y de Pelayo, mantiene hasta hoy incólume su vigor y su propensión irresistible a su autonomía, es decir, a su independencia.

II

De este fenómeno habíase dado ya cuenta en la medianía del siglo pasado, esto es, en lo más profundo y tenebroso de las entrañas del coloniaje, el ilustre historiador escocés Guillermo Robertson, y así lo asentó en su famosa historia de la América.

Y el pábulo que alimenta pasión tan antigua y tan vehemente es el patriotismo.

Por eso el chileno, propiamente, nunca emigra.

Sale del país, pero lleva la patria consigo en el corazón y en el brazo, en el recuerdo y en el ambulante hogar.

No se asemeja al teutón que se trasforma, ni al escandinavo que se identifica, ni al francés que cual simple ave de pasaje, vuela y revolotea por el mundo.

Más cercano al celta de que procede el bretón, el irlandés y el vascongado, la patria es la imágen, la misión y el dulce peso que a todas partes lleva, como Eneas a Anquises, sobre sus robustos hombros.

III

De aquí es que el chileno en todas partes, en la ancha pampa argentina con don José Miguel Carrera; en el buque con el invieto Cochrane; en California con los primeros exploradores de oro; en lá metrópoli peruana con San Martín; en el desierto con sus primeros descubridores con Almeida y Moreno, con Ossa y Díaz Gana; en Tarapacá con los industriales cosmopolitas; en todas las titánicas faenas de la Sierra, con don Enrique Meigss y sus enérgicos ingenieros, en todas partes, ha formado una pequeña patria "un chilecito", como el que a espaldas de la cordillera de Coquimbo ha brotado, de una vertiente de las pampas.

IV

Y como esta aspiración no es un sentimiento aislado ni egoísta, la mancomunidad de miras y de propósitos, forma pronto liga; diseñase en un programa más o menos fijo y al fin toma cuerpo en un hecho concreto y poderoso.

De aquí aquella asociación temprana y atrevida que en Caracoles y Antofagasta nació casi espontáneamente, de la huella de la yerta arena del arriero y del pozo insondable del operario de las minas, asociación de guerra antes de la guerra, que se llamó "La Patria" y aspiró de hecho a la independencia antes de la anexión tímida que todavía la trabaja.

De aquí la cohesión férrea, sorda pero tenaz e invencible de las faenas de la pampa del Tamarugal y de los talleres de sus pueblos donde la aspiración hacia la patria y por la patria no cedió ni al látigo vil de los mayores, ni al oro tentador del monopolio, ni al plomo vil de los esbirros que mataban a los escritores de Chile porque invocaban como suprema ley del destierro pasajero su ausente régimen, es decir a la patria inmortal que, aunque medida a palmos por los geógrafos, no tiene, como el cielo y como el océano, límites ni horizontes para los espíritus.

V

La "patria chilena" estaba, por consiguiente, formada en Antofagasta y en Tarapacá, simples apéndices territoriales de Bolivia y el Perú, antes de la invasión de las armas, antes del derecho de la conquista de los fuertes, antes del legítimo botín de la victoria.

Los únicos que no comprendieron ni divisaron esta armazón de acero y de granito, enterrada en las arenas y en la cual debía reposar la estructura que hoy lentamente se erige, fueron los miopes gobiernos de Chile.

Pero bien lo comprendieron y bien lo experimentaron dentro de las trémulas fibras de sus asustadizas almas los gobernantes del Perú.

Y por esto decretaron, como primera medida de guerra, la expulsión en masa de la familia chilena, no obstante que esa resolución equivalía a un doble suicidio, porque arrojaba de su seno al obrero que enriquecía la tierra, y enviaba a su adversario un ejército listo, varonil, aguerrido al clima y a la interperie, fiero e irritado con los expulsadores.

¡Ah! Y si entonces hubiera habido un hombre de previsión y de audacia que hubiera devuelto en alas de nuestra escuadra irresistible, esa ola humana contra los arrecifes de la costa de que partieran, ¡cuánta habría sido la duración de esta eterna guerra y cuánto el ahorro de sangre del chileno!

VI

¡Y bien! señalados los orígenes, los móviles y el organismo íntimo de las masas emigratorias que una década antes de la guerra habían hecho chilenas las playas de Antofagasta y Mejillones, de Cobija y Tocopilla, de Iquique y de Pisagua, era preciso, conforme a una ley histórica e ineludible que la transformación trascendental de aquellas comarcas a una nueva vida, a su derecho de incorporación definitiva al suelo patrio, a su mudanza de denominación internacional ante el

mundo como provincias de Chile, tuvieran cual éste y como todas las naciones libres y trasformadas de la tierra, un día clásico, una fecha excepcional que señalara su advenimiento y su asimilación en la común familia.

Chile, colonia española, había tenido su día de setiembre, Buenos Aires su día de mayo, Venezuela su día de abril, Lima y Bogotá su día de julio, y por esto era también preciso que Tarapacá, factoría peruana, o, más propiamente, mercado cosmopolita, tuviese en su hora una data inmortal, y ésta fué la que diera en el glorioso VEINTIUNO DE MAYO DE 1879 el sublime mancebo chileno que se llamó ARTURO PRAT.

VII

Y eso, que no lo habían comprendido ni los presidentes ni los ministros, ni los almirantes, echáronlo de ver los tripulantes de aquellos débiles esquifes abandonados en enemiga playa. “Este será el más lindo puerto de Chile, después de Valparaíso”, escribía el cirujano mártir de la **Covadonga**, Pedro Regalado Videla, a su maestro al contemplar en la bruma de una mañana de mayo los pintorescos minaretes de la ciudad, echando el capitán Prat en sus aguas el ancla que ni todos los siglos alcanzarán a arrancar de su lecho de arena. Y esto decía el inspirado precursor, exactamente como Isidoro Errázuriz exclamaba en un meeting popular de la medianía de febrero que “los límites septentrionales de Chile eran, desde el día de la declaración de guerra, las abruptas laderas del río Camarones”.

VIII

Y a la verdad, ¿cómo se explicaría de otra manera que por esa intuición profunda e indestructible del

ánimo de nuestros jóvenes marinos lo que ocurrió en la mañana para siempre memorable de que hoy apenas hacemos el tercer recuerdo?

El Capitán PRAT sabía tan bien como URIBE, como SERRANO y como RIQUELME, &, conforme a las obvias leyes del honor y de los preceptos de la Ordenanza, que debía defender con heroísmo su nave.

Y así él y los suyos ejecutáronlo de una manera cual nadie, desde los tiempos de Nelson y de Canaris, héroe de la Grecia moderna, pusieronlo por obra.

IX

Pero todo heroísmo humano tiene también un límite humano.

Y cuando el glorioso barco que simbolizara tres veces la gloria naval de Chile, allí en las aguas de Papudo y en la rada del Callao, destrozada por el ariete hasta en sus más vitales entrañas, iba lentamente sumergiéndose, había justo derecho en cada pecho de héroe para cubrir su vida con la gloria conquistada.

X

Pero los tripulantes de la **Esmeralda** no hicieron eso sino que diciéndose los unos a los otros con la mirada ardiente, con la voz de fuego y con el ronco estampido del último cañón: “Esta tierra y este mar es nuestro... fuéronse a pique... cruzándose de brazos en el soberbio y nunca sino por ellos conquistado alcázar...”

¿Y por qué?

¡Ah! porque la batalla naval de Iquique no debía ser sólo una gloriosa y a la larga estéril hazaña,

sino la **toma de posesión** fecunda y eterna de aquel suelo que era chileno antes de aquel día.

Y por esto mismo, si alguna vez mano cobarde y corazón pusilánime y traidor intentara borrar aquel pacto de la gloria y de la emancipación en el sacrificio, las aguas tranquilas que bañan las faldas del Colorado se agitarían por sí solas, y arrojando a su superficie sangrientas espumas irían a salpicar con ellas el pecho y la frente de los renegados...

XI

Esa es por tanto la significación verdadera y filosófica, tradicional e histórica de la hazaña imperecedera que hoy en su cuna cumple su primer trieno.

Otros han señalado en no menos de doce volúmenes diferentes, los caracteres militares y heroicos de aquel prodigio; pero era llegado el caso de mostrar a los indecisos la significación política y nacional de aquel gran día, y para eso no nos parece mal elegida su tercera fecha.

Sépanlo, pues, los pueblos de Tarapacá desde el Loa al Morro de Arica.

Sépalo el gobierno de Santiago.

Sépalo el Congreso de Chile que va a reunirse.

El territorio de Tarapacá es indestructiblemente e irrevocablemente chileno desde el 21 de mayo de 1879, como Chile fué libre desde el 18 de setiembre de 1810.

XII

Y si hasta hoy no se ha firmado en la plaza pública el acta de la alianza y de la incorporación, que sea

el primer acto del Congreso Constituyente, para mañana convocado, otorgarla, a fin de que antes de ser traídas a su último descanso las cenizas del emancipador, pidan aquella todos los chilenos al ruido de las salvas del cañón y del martillo del desierto al golpear los yunques, sobre sus manes y sobre su tumba.

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, mayo 15 de 1882.

(Tomado de "El Veintuno de mayo"
de Iquique, N.º 655, de mayo 21 de 1882).



UNA VISITA A LA TUMBA DE ARTURO PRAT

(Por uno de sus compañeros de armas)

I

Muchas descripciones, más o menos sentimentales y aun patéticas, de la tumba del héroe han sido puestas delante de los ojos del público durante los cuatro años que van corridos desde la sublime inmolación de Iquique: 1879 - 1883.

Los viajeros apresurados, los excursionistas de ocasión, los corresponsales oficiosos y los repórteres incansables, estos entrometidos agentes que venden y compran las noticias, ni más ni menos como los corredores de comercio compran y venden cecinas, han ido alguna vez a interrogar en su solitaria majestad a los muertos gloriosos en su lecho de arena, y cada cual ha contado a su manera y según su propio estro, lo que los muertos les han dicho o han creído oírles...

II

Todas esas vanalidades, sin embargo, más o menos ingeniosas, lo confesamos, no nos habían interesado se-

riamente. No nos gusta el trasiego de las tumbas para satisfacer el apetito enfermizo de emociones que aqueja a la humanidad moderna, fatigada de su propia monotonía, y por esto siempre leímos todas las visitas públicas al sepulcro del capitán de Iquique sin más impresión que la corriente para las cosas de la pasajera existencia. Un bonito cuadro delante del cual se pasa, y nada más. . . .

III

Pero en el curso de nuestro todavía no cansado afán por desenterrar honras y justicias perdidas en el olvido público sobre los hombres que ya pasaron dejándonos tanto y tan alto acopio de gloria y de fortuna, encontramos hace poco, como un verdadero hallazgo, en una carta íntima de padre a hijo, sin el más remoto propósito ni siquiera presentimiento de que ella alguna vez hubiera de llegar a los estrados del público, una tierna, sencilla y sobre todo veraz y desnuda relación de un peregrinaje hecho a la fosa en que bajo tosca cruz yacía, al lado de su valeroso segundo, el hombre de mar que el heroísmo convirtió en faro de perdurable luz para los que habían de seguir sus huellas. Y vamos hoy a confiarla a la prensa, como un doble homenaje, porque quien la escribiera ofreció también algo más tarde a su patria el holocausto de su noble vida.

Fué el malogrado, el inteligente y pundonoroso teniente don Avelino Rodríguez, muerto a bordo del **Blancó Encalada** en la tarde de la batalla de Miraflores, quien al dirigirse un año antes a establecer el bloqueo del Callao, a bordo de la **O'Higgins**, recaló en

Iquique por abril de 1880, visitó sin más fin que satisfacer su propia alma, la tumba de su antiguo maestro y compañero, y describió a su digno padre, don Agustín Rodríguez B., que aun vive, sus tiernas y levantadas impresiones en los términos que en seguida copiamos de su carta original e inédita que a la vista tenemos:

“Callao, abril 16 de 1880. . . . Dejaba para lo último la primera de mis visitas, aquella que era un deber sagrado, una noble satisfacción del patriotismo chileno: la visita a la sepultura del capitán Prat. . .

“Una vez desembarcados y orientados sobre el camino que debíamos seguir para llegar al cementerio, emprendimos la marcha en ese sentido, acompañado de otro compañero.

“La ida fué alegremente conversada; la variedad de cuadros que encontrábamos en el camino nos proporcionaba abundante tema para la charla: de este modo se nos pasó más que ligero el tiempo o la distancia que teníamos que recorrer.

“Llegamos al cementerio (cuya descripción omito porque usted ya debe conocerlo bien por las vistas fotográficas que de él deben encontrarse en los almacenes de ésa); en la puerta, como es natural, encontramos al portero, un español cuya nacionalidad traseiende desde a legua.

“Lo saludamos cortésmente, y sin más que ver nuestro uniforme nos dice sobre la marcha: “Allí en el fondo, a mano izquierda, está”.

“No nos hicimos repetir la seña: tan rápidamente habíamos comprendido su indicación, como él inteligentemente el objeto que nos llevaba a ese lugar santo, de paz y de recuerdos. Dimos las gracias y toma-

mos la calle de arbolillos que nos conducía a ella. Continuamos nuestro camino hasta llegar a una sepultura sencilla, rodeada de una reja de madera pintada de blanco que tenía una cruz en su cabeza, en la que se leía esta inscripción: **ARTURO PRAT, 21 DE MAYO.**

“No sabría explicarle mi situación en presencia de esa fosa que contenía los preciosos restos del antiguo profesor, del pundonoroso oficial, del hijo amante y cariñoso, del joven estudiante, del excelente esposo y padre de familia, y por último, del heroico y sublime capitán de la **Esmeralda**, que con su sangre generosa diera a Chile días de gloria, asegurara su victoria y le marcara el envidiable y risueño porvenir que la Providencia le depara. La vida de ese grande hombre, en todas sus faces, se me presentaba alumbrada por el luminoso faro de sus virtudes, y así me parecía verlo, ya cadete, ya oficial, ya comandante, y siempre sencillo, modesto, digno, grave y caballero.

“No hay duda que el capitán Prat era uno de esos seres predestinados para ser los genios benefactores de su patria, los hombres que le dan el nombre al siglo en que vivieron, y por eso me parece muy exacta y muy feliz la idea de Viena Mackenna, de llamar al presente el **siglo de Prat**, al menos por lo que se refiere a Chile.

“Los maderos y listones que forman la cruz y reja, se encuentran cubiertos de sentidas inscripciones que la gratitud y la admiración de los que han llegado hasta su morada han dedicado a su memoria.

“Al lado de la sepultura del capitán **Prat** se encuentra la del teniente Serrano. Son perfectamente iguales, como erigidas por el mismo generoso y noble corazón: abunda en las mismas inscripciones.

“Las flores y coronas nunca han sido mejor empleadas que en el adorno de estos queridos mausoleos.

“La **Magallanes** y el **Toltén** han tenido la buena idea de erigir un pequeño recuerdo a los héroes que atestigüe el patriotismo y gratitud de sus tripulantes. Nosotros también pensamos erigirle el nuestro tan pronto como las necesidades de la campaña nos permitan proporcionarnos los materiales y el tiempo que habemos menester.

“El regreso del cementerio hizo gran contraste con la ida. Volvimos mustios, cabizbajos y pensativos. A la ida habíamos recorrido a Iquique como quien recorre una de nuestras ciudades de Chile; ahora recordábamos que Iquique era una ciudad peruana, la llave de un emporio de riquezas, que el sacrificio de **Prat** nos la había conquistado y que cualquiera que fueran las manifestaciones que Chile agradecido hiciera a su memoria, no sería nada al lado de su merecimiento y de su gloria”.

IV

Tal fué la peregrinación del alma del teniente de marina al capitán ilustre, el homenaje del discípulo al maestro, el tributo de admiración, de cariño y de respeto del compañero al compañero.

Y ¡ay! más feliz el que en pos del ejemplo vivo cayó como el maestro en el puesto del deber ansiado, hoy mientras los toscos ataúdes del glorioso capitán y su segundo, extraídos sucesivamente del cementerio y del templo, yacen visitados de tarde en tarde por el plumero en un rincón de la comandancia de armas de Iqui-

que, teniendo a sus pies sobre la desnuda tabla la humilde urna de Aldea; él al menos ha sido devuelto a la blanda tierra donde desde la cuna pasó sus días y en la cual, arrodillándose el anciano padre, el hermano, el amigo, el chileno agradecido, alcanzan la inefable dicha de ir cada día a bendecir su memoria.

¡Plugiera al cielo que eso pudiera hacer en breve la noble y desolada viuda, la madre santa y la inocente Blanca....!

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, mayo 20 de 1883.

(“El Mercurio” de 21 de mayo de 1883).



LA ULTIMA REVELACION DE ARTURO PRAT

(En el cuarto aniversario de su gloria)

I

La inmensidad y la brillante lucidez de la hazaña de Iquique, semejante a la luz del sol, que tras parda montaña y umbrío bosque, no aparece de súbito sino en ráfagas sucesivas y deslumbradoras, se ha hecho paso a la inmortalidad por medio de continuas revelaciones.

II

En la hora primera de zozobras y de inquietud profunda, fué la revelación del **Lamar**, apareciéndose este barco en Antofagasta con el confuso rumor de una catástrofe sublime.

Vino en seguida la revelación y la leyenda heroica de la **Covadonga** en Tocopilla.

En pos de ésta la revelación peruana que llenó al mundo de asombro, porque fué el tributo irresistible del enemigo a la gloria y al martirio de los que habían sucumbido.

Y más adelante todavía el parte sobrio y magnánimo de los ínclitos compañeros del héroe, escrito en la penumbra de su cautividad; y luego la noble carta de Grau a la viuda del campeón, devolviéndole su espada junto con los trofeos de su alma; y más adelante aún la revelación de los documentos y de los telegramas apresados al enemigo, y hasta la confesión de aquella madre de nacionalidad inglesa (la mujer del piloto Stanley), que al huir despavorida de su pontón con sus hijos en los brazos, pasó por la borda de la capitana chilena pidiendo misericordia, en cuyo momento el denodado adalid que la mandaba, corriendo hacia ella en medio del fuego y alzándose cortesmente de sus sienes, como si fuera en un salón de gala, la gorra de marino, esa misma gorra con que había pedido a su gente, agitando en el aire, el último saludo a la patria, encaminóla tranquilamente hacia el rumbo por el cual podía salvarse.... y así la salvó.

III

Ha ido todo esto formando por grados la conciencia universal sobre el conjunto verdaderamente grandioso del cuadro de Iquique, y engrandeciéndolo con la proyección continua de nuevos y más vívidos destellos.

El juicio severo, exigente, a veces implacable de la historia, encontraba sin embargo un punto vago en que la maravillosa tela no brillaba con inagotable resplandor.

Ese episodio de la batalla, ese claro oscuro de la apoteosis, era el **momentum** y la eficacia militar del abordaje del **Huáscar** en el instante en que el capitán

de la **Esmeralda**, seguido de un solo sargento de la guarnición, saltó sobre el puente del acorazado y gloriosamente cayó.

IV

No era ciertamente cuestión del heroísmo personal del combatiente en esa hazaña, única tal vez en el mundo desde que por la vez primera en la guerra marítima de los pueblos, chocábase dos buques en semejantes condiciones.

Pero quedaba fluctuando, como el lampo del disparo entre las nubes del humo del combate, la incertidumbre de la acertada o falaz elección del momento, de los medios adecuados y de las expectativas del éxito por el jefe del asalto.

¿Por qué, en efecto, el comandante del buque acometido no había agrupado convenientemente su gente delante del espolón del monstruo?

¿Por qué no había hecho maniobrar su pesada nave de manera que al recibir el golpe mortal del asaltante lo devolviera, si no con sus cañones impotentes, con sus hachas de abordaje?

¿Había sido aquella una resolución instantánea y por lo mismo imperfectamente ejecutada?

¿Había sido el abordaje del monitor enemigo sólo un arranque del vértigo del combate, el salto del león qué, acosado por la jauría de la enramada, la acomete para abrirse paso o morir?... .

V

Hé aquí la duda que quedaba todavía confundida en el dintel luminoso de la historia, cuando una última, reciente y autorizada revelación ha venido a poner en

completa evidencia la admirable, la sublime, la perfecta unidad de conducta del héroe y del campeón, desde el primero hasta el último instante de la lucha.

El contra-almirante don Juan Williams Rebolledo, el jefe de la escuadra de Chile en el Pacífico a esas horas, acaba de entregarnos en su manifiesto póstumo el último detalle, la postrera confirmación del heroísmo.

Según su testimonio, el capitán de la **Esmeralda** quedóse en las aguas de Iquique perfectamente al cabo del peligro inminente que importaba en esas angustiosas horas servir a su patria de coraza con dos viejos esquifes de madera; y en el preciso tiempo de separarse ambos, el jefe y el subalterno, trazóle el último su plan de combate con la calma perfecta de una resolución tranquila, deliberada, inquebrantable. "Almirante, díjole en la escala de la nave capitana al despedirse, si el **Huáscar** me ataca lo abordo".

VI

Y así, en efecto, llegado el instante supremo, púsole en obra el capitán de la **Esmeralda**.

El mismo jefe superior que acaba de lanzar a la publicidad este esclarecimiento capital y tan largo tiempo reservado, se encarga asimismo de explicarnos su malogro. La **Esmeralda** desde el primer ímpetu de la batalla quedó sin manejo y apenas con un caldero roto que la dejaba inmóvil.

En tales condiciones el abordaje colectivo hacía-se imposible, y al ejecutarlo el comandante PRAT apelando a su gente con su grito y con su espada, no hacía sino cumplir dentro de lo posible y lo titánico una proeza inmortal que en otras circunstancias habría podido tal vez darle la victoria.

VII

La gloria de Iquique es, por consiguiente, cabal, y la fama de su ínclito caudillo brilla ante el mundo y en todo su nítido esplendor como denuedo y como pericia, como resolución y como heroísmo.

El nombre del capitán PRAT en su carácter de marino y de adalid de Chile, fulgura hoy, por lo tanto, sin una sola sombra, como un sol sin celajes, en su cuarto aniversario.

VIII

...El sol ha acabado de salir tras de los perfiles de la nevada montaña y del ramaje del bosque sombrío.

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, mayo 20 de 1883.

(Tomado de "El Mercurio N.º 16786 del 21 de mayo de 1883").

DISCURSO

Pronunciado por don Benjamín Vicuña Mackenna como presidente de la comisión de la Gratitude Nacional en la tercera conmemoración celebrada por ésta del glorioso 21 de mayo de 1879:

“Señoras, Señores:

“No en vano escogen los pueblos y las naciones nombres y estandartes, aniversarios y veneraciones inmortales.

“La patria no es sino un nombre: la nuestra llámase Chile; pero, ¡cuántas grandes almas, cuántos hombres valerosos, cuántos preclaros héroes han rendido a ese nombre generosa vida desde que el poeta cantara como una predicción:

“Dulce patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró?”.

¿Qué es la bandera? Apenas un símbolo, una tela de tres colores, la estrella blanca en la banda azul, un asta y nada más. Pero, ¡quién no ha sentido estremecerse de gozo todo su ser cuándo, flameando en el

alto mástil o en la apretada fila de batalla, rodeada de resplandecientes bayonetas, esa bandera ha conducido a nuestros soldados al asalto y a la victoria?

¡Ah señores! Hubo para nuestro glorioso, imponderable, invencible ejército, una sola hora de congoja, de negro luto, casi de agonía, durante esa terrible y lenta guerra que a la manera de la serpiente de los trópicos va arrastrándose por el suelo de la ocupación y depositando su ponzoñosa baba en la sangre de nuestros más floridos regimientos; y esa hora suprema y única de la larga jornada, ¿fué por ventura una derrota? ¿Fué un contraste? ¿Fué un desfallecimiento? ¿Fué siquiera el cruel, impasible, irremediable pero previsto flagelo de la pestilencia....?

¡Ah! nó, señores. Habíase perdido simplemente en el matorral de una quebrada la bandera de un regimiento, sirviendo sus pliegues de ensangrentada mortaja a seiscientos cadáveres de bravos. Y desde ese día el ejército de Chile, vencedor en catorce combates sucesivos, sentíase sombrío, irritado consigo mismo, presa de un dolor sordo y continuo....

¿Por qué?

Porque al formar en la línea de parada uno de sus más aguerridos cuerpos, se mostrara huérfano de su pendón, emblema venerado de su honra.

Mas, cierto día hallóse el trapo sagrado escondido entre las vestiduras sacerdotales del enemigo vencido, y el ejército entero palpité de alegría como delante de una gran victoria, en presencia de aquella querida e inestimable reliquia.

Era otra vez, señores, aquel pendón así recobrado tras del templo, la bandera sublime de la patria, aque-

lla bandera del bardo de Yungay, de después del cantor de la Independencia, cuando dijera:

“Bandera tricolor,

“Bandera de victoria....”

Y a su turno, este día, este aniversario, esta nueva veneración consagrada desde hace tres años en el almanaque de las glorias nacionales ¿qué significa, señores?

Es apenas una fecha en el libro de la vida —“21 de mayo de 1879”— es apenas un imperceptible punto geográfico en las márgenes de los mares, “Iquique”; es apenas una mañana de combate encarnizado y desigual, sostenido contra un monstruo de fierro por un envejecido inmóvil esquife de madera “La Esmeralda”.

Pero allí está la patria, el nombre, la bandera, Chile entero, encarnado en el alma sublime de aquel capitán de guerra que gritó sobre el puente:

“Chile no se rinde!”

Y en seguida, como Leonidas y como Ricaurte, peleó al pie de la bandera con SERRANO y con RIQUELME, y después saltó sobre la bandera enemiga con ALDEA para morir “sin rendirse”.

Hé ahí, señores, la admirable unidad del heroísmo en la patria, en la bandera y en la inmortalidad. Hé ahí la triple significación del día que hoy conmemoramos.

Hé ahí la condensación grandiosa de la vida del mancebo mil veces glorioso, cuyo nombre ningún chileno pronunciará hoy o en los siglos venideros sin sentir su alma inundarse de ráfagas de orgullo y ráfagas de lágrimas.

Sí, señores.

ARTURO PRAT es un eterno emblema nacional, es la coronación viva de su época.

En la cúspide de la guerra de cuatro años brillando en lo alto del mástil de sus cien victorias, de la mar y de la tierra!

Señores: voy a concluir.

El emblema de la edad de Chile que la historia y la tradición han denominado la patria vieja, fueron los hermanos CARRERAS.

El emblema de la reconquista española fué el inmortal guerrillero MANUEL RODRIGUEZ.

El emblema de Chacabuco y de su redención fué O'HIGGINS.

El emblema de Maipo y de su desenlace americano fué SAN MARTIN.

Y por esto en las edades futuras, cuando se esculpa en el mármol la portada y las efigies de la leyenda homérica que en tres años diez mil chilenos escribieron con su sangre en las arenas y en las montañas del Perú, al desfilar a su vista legiones de los muertos gloriosos y de los sobrevivientes invencibles, todos, por un común e irresistible impulso, sin oír la voz de mando, sin aguardar el toque del clarín, se descubrirán respetuosos delante de la figura del primer adalid de Chile y, batiendo la marcha de la gloria, le presentarán las armas cuál a los héroes vivos.

Salve, entonces, tres veces salve, hoy tercer aniversario de su sacrificio, al sublime capitán de Iquique, al hijo de Chile, a ARTURO PRAT.

Salve, tres veces salve, a los que con él envueltos en la bandera murieron por él y como él en este día.

Señores: Hoy y eternamente ARTURO PRAT será en la tierra como en el mar, en la historia como en el porvenir, en la escuela como en el solio, el caudillo de Chile en la edad de su expansión.

Y por eso hoy, rodeados aquí nosotros de los que junto a él y conforme a su ejemplo se sacrificaron dejando millares de huérfanos sin pan, y en presencia de los humildes pero laboriosos obreros que en medio de inverosímiles resistencias han logrado ya labrar en el muro una cavidad que guarde sus venerandos huesos, elevamos una íntima plegaria para que en el cuarto aniversario del **"21 de mayo"**, las cenizas del adalid nos sean devueltas con las de sus lugar-tenientes, a fin de que descansen al pie de la cruz, esta bandera secular de los cristianos, en el dulce seno de la tierra agradecida que fué su madre y su maestra, su altar y su holocausto'.

He dicho.

(Tomado de "El Veintuno de Mayo" de Iquique, junio 3, 1883, N.º 666).

B. Vicuña Mackenna.



COMO SE ENCONTRO LA ESMERALDA

...Eran los días de eterno bloqueo de Iquique uno de los más grandes errores de la guerra del Pacífico; y nuestros buques, esquivos guardadores del puerto del salitre, arrastraban vida de zozobra sobre las pesadas olas, poseídos los ánimos de sus fogosos tripulantes de esa especie de escorbuto moral que ellos mismos denominaban en esa época "torpeditis":

Pasaban los barcos bloqueadores, en consecuencia, las largas noches de la estación, mar afuera, voltejeando entre Puntas y sólo cuando tras de los pardos farellones de la rugosa altiplanicie de la comarca de Tarapacá, aparecían los primeros resplandores del alba, los fugitivos de la media noche entraban pausadamente a la bahía y fondeaban nuevamente frente a la callada ciudad.

Los bloqueadores del salitre hallábanse así bloqueados por la dinamita, y para creerse seguros, aún durante la luz, sus capitanes, a la manera de las aves que acecha el cazador, mudaban día a día de sitio en su apostadero.

En uno de estos cambios cotidianos de la previsión, cupo a los tripulantes del acorazado **Lord Cochrane**, que a la sazón comandábalo el capitán de navío don Enrique A. Simpson, insigne artillero y consumado marino, sondear un paraje de seguridad frente a la playa llamada del Colorado, que cierra hacia el Norte la extensa bahía de Iquique; y aconteció al levantar con nervudo brazo el contramaestre de servicio el escandallo, que dió aviso de que algo de raro y de elástico, a la vez que de pesado, detenía el plomo a medio camino entre el fondo del océano y la superficie agitada en hora matinal por ese movimiento peculiar de las aguas trannochadas del Pacífico que se han adormecido tarde al viento de la travesía, vaivén duro y monótono que los marinos denominan "marullo", y los que viajan y se marean lo llaman mar boba, que es para las entrañas del hombre lo que la tempestad para su alma.



Dióse parte al afanoso comandante de lo que tenía lugar y de lo que se sospechaba. Subió aquel al puente, acercóse a la borda, y cogiendo en sus propias manos el prisionero escandallo, ordenó a una escuadrilla de marineros lo izase con su esfuerzo a la superficie.

Y entonces apareció, a manera de enorme serpiente enroscada sobre sus propios anillos y que las olas marinas habían vuelto tersa como el alambre metálico, un enorme cable que tenía a lo menos cien metros de longitud y cinco o seis quintales de peso. Era aquel hallazgo el espía o calabrote que en la segunda embestida del monitor **Huáscar** contra la capitana chilena, abandonada tres meses en la bahía y en el día que hoy conmemoramos en su 2.º aniversario, había hecho arro-

jar el bravo teniente Serrano para saltar al abordaje y morir sobre los lomos de fierro del monstruo enemigo, erizado de escamas, y vengar así espada en mano a su heroico caudillo acorralado al pie del mástil.

Aquel tejido de burdo cáñamo del Báltico o de Odessa en el Mar Negro, no era ya, en consecuencia, un trozo de cable más o menos valioso como apero del mar: era un rayo de luz en las tinieblas misteriosas del océano, era una guía transparente que señalaba el verdadero camino por el cual la **Esmeralda**, tres veces ufana almirante de Chile, había descendido a su gloriosa tumba hundida por el espolón de su asaltante, vencida nunca, invicta siempre. El calabrote prendido de la borda de la corbeta en el acto del abordaje, rápido en seguida para desprenderse por el estirón del **Huáscar** al retirarse, había quedado así flotando en torno de la nave sumergida como si hubiera sido la reja funeraria que protegiera su húmedo sepulcro.

Y, en efecto, allí estaba el barco, heroico símbolo vivo de pasadas y de recientes glorias, divisándose casi a la simple vista sus cofas y las extremidades de su cubierta y masteleros, como si éstos hubieran sido los huesos de un gigante embalsamado a semejanza de las sombrías momias de los antiguos señores de aquella tierra, y que alzado ahora sobre su quilla hubiera querido decir a los que por allí cruzaron en sus barcos los colores de Chile: **aquí estoy aún... .. venid a sacarme!**

Pareciendo al menos al comandante del **Cochrane** oír esos gritos de silenciosa agonía en el olvido, ordenó que el buzo del acorazado bajara inmediatamente al

fondo del casco náufrago para intentar su rescate, simple devolución del deber al heroísmo. Obedeció animoso el buzo, que era chileno, la orden de su jefe, y descendiendo como la fúnebre sombra de un cadáver que busca otro cadáver, descolgóse por los cables que habían servido a la última maniobra del combate, al puente donde yacían en su sitio y callados los cañones, penetró en las sala de las postreras conferencias del heroísmo, paseóse sombrío por entre las cureñas inmóviles de las baterías.

El lóbrego silencio de los cementerios en las noches profundamente oscuras, interrumpido apenas por el quejumbroso gemido del agua entre las grietas, era todo lo que reinaba y se oía en aquel paraje clásico y triste en que tres meses há, había brillado con sus más fúlgidos resplandores la gloria incólume de Chile.



Hizo entonces el joven y robusto trabajador del mar las señas de ser izado, y lleno de asombro y de tristeza contó a sus compañeros lo que en el fondo del mar había visto.

La **Esmeralda** yacía intacta, inmóvil, tranquila, echada un poco sobre uno de sus costados, como una sultana, a 25 o 30 metros de hondura, reposando después de la inmolación y de la hazaña sobre un lecho de arena mientras que le envían el llorado ataúd.



La nave inmortal hallábase así viva todavía como recuerdo, como trofeo, como reliquia, esperando cual la orgullosa **Victory** que Nelson montó en Trafalgar y

flota todavía ufana como buque almirante en las dársenas de piedra de Portsmouth, el día de su resurrección mediante algún milagro de la gloria, esta carne de la vitalidad de los grandes pueblos que no piensa como la carne de la víscera del organismo de los seres.

El comandante del **Cochrane** hizo colocar con este motivo, tal vez con esa esperanza, y a guisa de fúnebre lápida, una boya roja que marcase el sitio del inmortal sacrificio, ordenó se guardase en un sitio de honor el cable del abordaje, que hoy se custodia intacto y rodeado de cien banderas en el Museo Nacional, y desde ese día hasta el presente, junto con todos los marinos de su patria, aguarda que el Gobierno, que sabe gastar sin tasa el dinero de las arcas y el sudor de su gente de mar en extraer desde rocas escondidas la quilla herida de un oscuro transporte, cumpla con el deber de rescatar de su helada fosa siquiera el último cañón que disparó al hundirse Ernesto Riquelme, siquiera el último madero en que puso su planta en la mañana del 21 de mayo de 1879 el para siempre renombrado capitán de Chile, **Arturo Prat**.

B. Vicuña Mackenna.

Santa Rosa de Colmo, 20 de marzo de 1885.

FIN.

